

PEARL S.

Buck

Aún es mediodía



se

Esta historia es prácticamente una autobiografía de Pearl Buck. Refleja lo que sucedió en su propia vida. Es la historia de una mujer joven en una ciudad pequeña cuyo padre es un predicador distante emocionalmente. Cuenta desde la muerte de su madre, pasando por su matrimonio poco feliz y triste, tener un hijo deficiente mental y el amor que por fin encuentra en una relación inusual. Un relato muy fiel a la propia vida de la autora.



Pearl S. Buck

**Aún es
mediodía**

ePub r1.0

Título original: *Aún es mediodía*

Pearl S. Buck, 1966

Traducción: M^a del Carmen Azpiazu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



I

Era domingo por la mañana. El año, 1920; el lugar, Middlehope, al este de Pennsylvania, en los Estados Unidos de América. Joan Richards, cómodamente relajada y dormida en su cama, abrió los ojos despacio, completamente, para ver el sol de junio que irrumpía por su ventana. La luz iluminaba todo su cuarto azul y marfil y caía sobre los acianos delicadamente ajados del papel de las paredes. Una ligera brisa veraniega movía las fruncidas cortinas color crema de las ventanas. El cuarto estaba vivo de aire y luz de sol.

Una sensación de fuerte alegría la recorrió. Por fin estaba en casa, en casa y para quedarse. Durante todo su último

curso en la Universidad había tenido conciencia de que su adolescencia había terminado, se había sentido impaciente por empezar su vida de mujer. A lo largo de los meses finales se había ido alejando, poco a poco, de las cosas que la habían absorbido en años anteriores. Ahora incluso las promesas finales lanzadas a través del campus de escribirse, de visitarse, de no olvidarse nunca, estaban teñidas de irrealidad. En la vida que venía, ¿querría conservar lo que tenía? ¿Quién permanecería..., qué amistad llenaría ahora su necesidad? Ella lo quería todo como viniera, plenamente, intensamente, corriendo. Ella tenía confianza en el porvenir,

inquieta ante el mucho tiempo que tenía por delante, lleno de vigor su cuerpo grande, repleta de todo lo que necesitaba para lo que quisiera hacer. Había tal plenitud en ella que incluso durante este rato podía dejar a un lado su propia abundancia y descansar en una pausa feliz. Más tarde, cuando la vida la acuciara, elegiría esto o aquello. Hoy no iba a elegir... Sólo a gozar.

Bostezó y se estiró sonriendo. Cuando se estiraba, su cabeza y sus pies tocaban los extremos del lecho. Siempre había sido demasiado grande para su cama. Siempre se le estaba quedando todo pequeño..., ¡todo menos el hogar! Se alegró de que su primera mañana; en

casa fuera domingo. Le encantaban los domingos; por la mañana en esta vieja rectoría donde había vivido desde que ella naciera aunque los domingos no eran realmente de ellos. Pertenecían a la Iglesia presbiteriana, la cual pertenecía al pueblo de Middlehope excepto para quienes eran bautistas y metodistas, Pero éstos no eran numerosos. En Middlehope eran los presbiterianos, y quizá, los episcopalianos, como los Kinney, demasiado pocos para tener iglesia propia, y por ello venían a la iglesia de Ladrillo. Una vez al mes, su padre les dedicaba un servicio especial y les leía la oración de la tarde o de la mañana. Ella disfrutaba. Le gustaba el

sentido de pompa que dicho servicio introducía en la vieja iglesia encalada. Le gustaban los ornamentos que vestía su padre. Otros domingos vestía su abrigo-túnica, estrechamente abrochado sobre su cuerpo delgado y alto. Había algunas personas, muy pocas, como la señora Winters y el señor Parsons, que no acudían los domingos episcopalianos, pero de todas formas, su padre siempre había hecho lo que creía que debía.

Sonó un reloj en alguna parte de la casa, con un sonoro eco por el largo vestíbulo y hasta su cuarto. Contó las lentas notas musicales. Ocho. Era hora de levantarse. En domingo, en casa del

ministro, el desayuno debía estar terminado para las nueve. Se sentó en la cama y entonces, en el espejo que quedaba ante ésta, se vio a sí misma, siempre demasiado grande, pero aun así sorprendentemente bonita.

Deseaba desesperadamente ser bonita. A ella le gustaban mucho las personas bellas. En la Universidad se había preguntado con frecuencia si podría llamársele bonita. Pero quizás era verdaderamente demasiado alta. Quizás era, como máximo, atractiva. Incluso hubo algunos meses durante su segundo curso en los que se vistió, con éxito, con camisas y corbatas masculinas; Después se había rebelado

contra ellas. En secreto le entusiasmaba lucir prendas muy femeninas, como el camisón que llevaba puesto sobre los rosados frunces de encaje, su cabeza se erguía noble, con su larga trenza de color castaño dorado sobre el hombro. Se admiró a sí misma durante un instante, sus ojos verdeazulados muy claros, su boca encarnada y bastante grande, su pálida y suave piel. «Bonita es quien obra bien», solía decir siempre su madre. Curioso modo aquel en que las pequeñas moralejas de su madre la habían impresionado tan profundamente cuando era niña... Aún podían impresionarla si se lo permitía. Pero no se lo permitiría. Nada en la vida podría

entristecerla..., ¡nada, nada! Sólo quería cosas agradables, pensamientos agradables, estar a salvo del sufrimiento.

Volvió a echarse saboreando profundamente y con alegría el aire fresco, el lindo color del cuarto, a sí misma su libertad. Era joven, fuerte, libre. La intensidad fluía dentro y fuera de ella. Se entregó plenamente a aquel instante, a aquel momento de sol, a esta hora de una mañana tranquila; a esta casa de paz. Sentía un exquisito agudizarse de cada uno de sus sentidos. Aquí había calma. Aquí había seguridad. Aquí volvía a ser pequeña, una niñita dichosa durante una hora,

despertándose, como se había despertado durante tantas mañanas de su vida, a la seguridad de las paredes que la circundaban, a la caliente y deliciosa comida sobre la mesa, al rostro de su madre a su derecha en el desayuno y a su padre a la izquierda, y frente a ella Francis y Rose, su hermano y su hermana. Formaban un cálido círculo de intimidad y seguridad a su alrededor. Los amaba ardientemente.

Al otro lado de la cancela del jardín se hallaba Middlehope, casi tan próximo como su propia familia. Surgieron rostros ante su mente... La señora Winters, la señorita Kinney, el anciano señor Parker... Hoy todos estarían en la

iglesia, todos deseosos de verla. Se hallaba generosamente rodeada por todos ellos, que deseaban quererla porque era joven y bella. ¿Verdad que sí era bella? En la tranquilidad de la casa, en esta mañana de junio, yacía esperando, esperando, segura de todo, a punto de empezar plenamente, pero prolongando la deliciosa hora infantil.

Entonces, a través de la profunda quietud dominical, escuchó un murmullo, un doble murmullo, una voz, llena y clara bruscamente silenciada, una insistencia más grave y constante. No podía captar las palabras, nunca había podido captar las palabras. Toda su vida había oído a veces ese murmullo que

salía de las cerradas puertas del dormitorio de sus padres, junto al de ella. De niña había escuchado atentamente, sensible a cada atmósfera de su mundo, y por ello inquieta. ¿Sería posible que sus padres estuvieran discutiendo? Pero su madre salía siempre de la cerrada puerta con su habitual animoso y rápido paso.

—Vamos, querida Joan —diría en tono agradable—, ¿estás lista para el desayuno?

No podía ser una discusión. En la mesa, de pequeña, hacía una pausa ante sus gachas y miraba interrogadoramente de un rostro a otro. Pero no había nada nuevo que ver. La morena y sonrosada

faz de su madre era alegre, los ojos vivos y castaños, su rizado cabello oscuro alzado en una onda sobre su frente. La pálida y serena cara de su madre tenía su habitual aspecto elevado. Se sentía aliviada. Estos dos eran los dioses de su infancia, que permanecían sentados en sus tronos sin alterarse. Los olvidaba y volvía a sentirse a gusto. Todos eran felices. Todo era agradable.

Sin embargo, en este instante, ella quedó en suspenso. La vieja sensación de presentimiento infantil cayó sobre ella una vez más. ¿No reñían? ¿Habrían estado riñendo todos aquellos años? Se volvió de costado y escuchó. Oyó la voz de su madre surgir rápidamente, casi

hasta hacerse inarticulada y luego detenerse. ¿Qué era aquel ruido ahogado? ¿Lloraba su madre? Tuvo un instante de pánico, el pánico de un niño que ve llorar a un adulto y siente un golpe en el corazón, pues si éstos lloran también, nadie está a salvo de inquietudes.

Mas pronto, cuando aún estaba escuchando, llamaron firmemente, se abrió la puerta y entró su madre, muy rozagante en su vestido estampado color lavanda. La onda castaña sobre la frente estaba ahora mezclada de blanco, y su figura era un poco llenita y maciza. Hablaba con su clara voz cálida y melodiosa, y su rostro se transformó en

una brillante sonrisa. Una sonrisa significaba un gran cambio en el rostro decidido de su madre.

—¿Todavía en cama, perezosa?

Sus ojos rápidos y brillantes recorrieron el cuarto. Recogió un par de medias, colocándolas estiradas en el respaldo de una silla y, con su rica voz llena de tolerancia, dijo:

—Quédate en cama si lo deseas, querida. A tu padre no le importará que por esta vez no vayas a la iglesia.

¡Qué tontería imaginarse a esta mujer segura y reconfortante llorando tras una puerta cerrada! Saltó de la cama y envolvió a su madre en sus jóvenes y ansiosos brazos inclinándose desde su

altura para besarla.

—¡No quiero perderme nada! —
exclamó.

Las mejillas de su madre enrojecieron. Recibió el abrazo con calor, pero con timidez.

—Has crecido tanto que casi no te conozco. Te pareces a la familia de Paul siendo tan alta —le dijo medio avergonzada—. Cuando pienso en ti imagino una niña de unos doce años con dos coletas, y de pronto, ¡aquí estás, con un palmo de altura más que yo! —Alzó los ojos para mirar los de su hija—. Casi te tengo miedo.

Su rostro se ensombreció y las dos se miraron en la gravedad de un instante.

Ambas se sentían extrañas. La muchacha no pudo resistirlo.

—¡Soy la misma! —musitó asustada, mirando al suelo, la cabeza inclinada.

En su voz había el matiz de un niño perdido, que su madre dudaba en reconocer.

—¡Claro que lo eres! Y ahora, querida, si vas a venir..., no llegues tarde —replicó prestamente.

Ésta era la forma de ser de su madre: práctica, capaz, habilidosa. Bajo el manto familiar las cosas estaban otra vez bien. Una vez más se sentía feliz y segura. Empezó a cepillarse el cabello, canturreando la melodía que tal vez cantarían luego en la iglesia

presbiteriana, pues era la favorita de su padre: «Qué firme fundamento, oh santos del Señor». El sol brillaba glorioso con el día que crecía. De lo que había sido el silencio del amanecer brotaban ahora sonidos, el ruido del pestillo en la puerta del jardín, el comedido y lento paso de su padre por la escalera, la rápida paletada de carbón que Hannah echaba en el horno de la cocina, el grito de su hermano pidiendo una camisa limpia, el teclear sobre el piano. Rose tocaba suavemente un himno. Todo había empezado en la casa.

Llegó al comedor un poco tarde,

pero segura del cariño que todos sentían por ella. Era la primogénita de la familia, la muy querida, la joven reina. Captó la amable mirada de los ojos de su madre y sonrió magnánima. Aunque con los ojos la madre dijera: «Bonita es quien obra bien», sus ojos mostraban orgullo por su hija.

—Me gusta mucho ese vestido verde —dijo—. Me alegro de que lo compráramos en vez del blanco. Además, tampoco se nota tanto la suciedad. Tú llevas muy bien esos frunces aunque eres tan alta.

Así hablaban sus labios, gravemente y con compostura. Pero en los ojos de su madre la muchacha veía otras palabras:

«Joan es preciosa... Joan es lo que yo haber sido... Es alta, guapa y fuerte. Hará cuanto yo no he sido capaz de hacer». Todo estaba patente en los ojos de su madre antes de que se volviera y empezara a servir el café. Entonces dominó su vanidad decentemente.

—¡Oh, Joan, estás preciosa! — exclamó Rose. Pero la madre repuso suavemente:

—Siéntate, querida. Padre espera para dar gracias.

Al oír esto, Joan miró contritamente a su padre, que esperaba para dar las gracias antes de empezar a comer. También deseaba agradecerle a él, y por ello exclamó de corazón:

—¡Lo siento, padre querido!

Él no replicó, pero esperaba pacientemente. Por su mirada tranquila y remota sabía ella que él nunca sería capaz de fijarse en que el vestido era verde y fruncido y que su pelo brillaba formando una amplia y suave masa sobre el cuello. Él era un hombre de Dios. Su madre era viva calurosa y humana, conocía los cuerpos de sus hijos íntimamente y los amaba con secreta pasión, secreta porque temía exteriorizarla, por miedo a que algo o alguien hallara así un medio de golpear o herir su corazón a través de sus hijos. Si alguien los alababa, ella respondía tranquila: «Son buenos hijos, y eso

basta». Pero su propia entonación mostraba que no era bastante. Eran mucho más, y ella lo sabía, y se alegraba de ello.

Pero el padre nada sabía de sus hijos sino que tenían almas que salvar. Esperaba y confiaba que estaban salvados. No se atrevía, ni aun en sus gracias por el cotidiano alimento, a introducir una petición que fuera en verdad por ellos, pues sabía que su propia alma estaba segura, como es natural.

—Sálvanos, oh Señor, te suplicamos, y si éste fuera el día del la muerte para cualquiera de nosotros, acepta nuestras almas y déjanos vivir

contigo por toda la eternidad. Amén.

Muerte y eternidad... Las dos palabras cobraban forma y sentido cuando él hablaba de ellas a su modo profundo y grave. También Dios vivía por el breve instante de su discurso. Este hombre podía llamar a Dios, y de la seguridad de su creencia Dios era convocado y tenía vida. Pero al cesar su voz y abrirse de nuevo todos los ojos, Dios, la Muerte y la Eternidad regresaban a sus sombras y desaparecían.

En lugar de ello había vida, esta vida en esta habitación, las paredes pintadas de amarillo, las blancas cortinas que se agitaban, la alfombra,

marrón desgastada, los libros que rebosaban por la casa, libros que todos habían leído y con los que habían terminado, pero a los que no se podía tirar porque eran libros. Sobre la mesa se hallaban las sustancias mismas de la vida, fruta, leche, pan y mantequilla, huevos con tocino y un tarro de cristal con mermelada que captaba y retenía el sol profundamente..., tan profundamente que cuando Rose alargó el brazo para cogerla le dijo Joan:

—Vuelve a ponerla al sol, Rose. Es ambrosía al sol.

Rose sonrió y volvió a dejarla dónde estaba dispuesta a complacer a su hermana. Pero ella guardaba silencio,

pues rara vez hablaba como no se le preguntara.

Entonces la puerta se abrió de golpe y entró Francis. Miró primero a su madre y ella le miró a él y el orgullo que tenía por sus hijos chispeó en su mirada.

—Ven aquí, hijo. Deja que te anude otra vez la corbata.

—Nunca me sale bien el nudo —replicó, sonriendo irónico.

Dobló sus largas piernas y se dejó caer ante ella, arrodillado, apoyando los brazos en su regazo y mirándola confiado. Ella soltó la corbata, tirando de los extremos y volvió a anudarla con movimientos precisos y breves. Ella había comprado la corbata y la eligió

roja porque su hijo era tan moreno como ella, y a ella en secreto le encantaba el rojo, aunque le parecía que ahora era un color poco propio de su edad y no lo usaba más que como ribete de un cuello o como forro apenas entrevisto. Cuando era joven siempre tenía entre los demás un vestido rojo. Pero ahora en cambio, le gustaba ver la redonda y morena barbilla de su hijo sobre una corbata roja, y se complacía en ponerle una rosa roja en su ojal. Su pelo y ojos parecían más negros con el rojo. Ahora, mientras terminaba, él cerró los brazos alrededor de su talle y apretó el rostro contra su seno.

—Qué bien hueles, mamá —

murmuró.

Ella le dio unas palmaditas en la mejilla y alisó un mechón de su cabello. No tenía apuro cuando, su hijo le demostraba su cariño. No se sentía tímida ante él como lo estaba ante sus hijas.

—Ve a tomar el desayuno antes de que se enfríe —le dijo. Y dirigiéndose a la sirvienta Hannah añadió—: Traiga bollos frescos para Francis.

El muchacho se levantó y, moviéndose con la gracia perezosa de su juventud, que crecía con demasiada rapidez, se dejó caer en su silla y empezó a comer. Pero esta vez su padre le vio y le habló:

—¿No vas a dar gracias a Dios?

Él joven le miró fría y poco benévola. Al encontrarse con la clara y solemne mirada sacerdotal apartó la vista, inclinó la cabeza un instante y movió los labios, aplacando así al hombre de Dios que era su padre. Pero no llamó a Dios.

De esta forma la vida matinal transcurría con energía en esta habitación. Hannah trajo de nuevo pan y café, y todos comieron abundantemente, excepto el padre, que lo hacía con sobriedad. Pero estaban acostumbrados a ello. Hasta que hubiera transmitido a su pueblo lo que de nuevo había aprendido de Dios, no comería con

apetito.

Su hambriento cuerpo era su tentación. Le gustaba mucho la comida. De niño creció de prisa, y siempre tenía hambre, siempre comía tanto que sus hermanos se reían de él. Más tarde, tan pronto como un misionero le convirtió cuando contaba trece años, empezó a darse cuenta que tendría que luchar para domeñar su gran cuerpo, porque, ¿cómo podría un hombre salvar su alma si el cuerpo era su amo? Se había sentado a la mesa de su madre aquel frío domingo de noviembre, entre todos sus vigorosos hermanos y hermanas, y había dejado que su plato lleno permaneciera así ante él. «Tomaré un tercio de todo, nada

más», prometió a Dios. El rico aroma de la salsa del pollo agitaba su nariz. La fragancia de las patatas guisadas, del dorado puré de nabos, del bizcocho caliente, le hacían sentirse mal. Notaba la aguda dulzura de la miel, el picor de los melocotones en conserva y el pesado e intoxicante perfume de los pastelillos calientes de carne picada. Al otro lado de la mesa el misionero comía delicadamente, rehusando casi todo.

«¡No come usted, señor Barnes!», exclamaba su madre, pintada la desesperación en su redondo rostro. ¿Qué podía hacerse con quienes no comían? En esta enorme granja todos comían.

El misionero había sonreído ligeramente y con cierta tristeza al responder:

—He comido poco durante tanto tiempo que mi estómago no sabe disfrutar. Tiene el hábito de la pobreza y lo prefiere.

También él entonces enseñaría a su propio cuerpo. Su madre vio cómo le retiraban el plato y se asustó:

—¡Paul, estás enfermo! ¡Nunca te he conocido sin comer!

Él sonrió, mareado, húmedas las palmas de las manos por la fuerza de su apetito. Pero no había comido. En un fuego de rubor y timidez había resistido las bromas de sus hermanos.

—Bueno, si Paul no come es que está bastante enfermo como para morirse.

—Siempre he dicho que lo que cansa a Paul es llevar a cuestras tanta comida. —Había sonreído su padre secamente, pero nadie había sabido el hambre que estaba sufriendo todo el tiempo.

Aún ahora, después de todos estos años, nunca se sentaba a la mesa y olía los alimentos sin sentir una voraz debilidad en el estómago. Pero nadie lo sabía. Se hubiera avergonzado de que incluso Mary, su esposa, lo supiera. Por ello, pronto había convertido en regla el privarse antes de presentarse ante Dios

en nombre de su pueblo. A la tarde comía hambriento y dormía pronto, gastado, vaciada el alma. Pero ahora permanecía sentado en silencio, meditando, brillantes los ojos extraños, la mente ausente del cuerpo, sordos los oídos a no ser que se pronunciara su nombre.

Los hijos estaban también acostumbrados a esto. Le aceptaban entre ellos, le dejaban que fuera como parecía que debía ser y se volvían hacia la madre. Ella era el sol y hacia ella giraban y se lo contaban todo, o casi todo, excepto la capa más recóndita de sí mismos que, sin darse cuenta, guardaban de ella y de todos.

Y ella a cambio se les entregaba gozosa. Cada uno recibía lo que necesitaba. Al igual que les diera su leche cuando nacieron, les daba ahora el alimento de su cerebro, de sus pensamientos y de cuanto sabía. A veces no era suficiente, pero ella lo desconocía y ellos no se lo decían, si es que se daban cuenta. Les daba tanto que parecía bastante.

Sentada entre ellos en esta mañana dominical se hallaba en su momento mejor y más pleno. Sabía que la casa era acogedora y cómoda alrededor de sus hijos. Estaba alimentándoles con lo mejor que tenía, alimentando sus cuerpos con pan, leche, carne y fruta,

introduciendo riqueza en su sangre y su carne, efectuando la eterna transustanciación mística de la madre. Pronto también estarían alimentados sus espíritus. Ella no comprendía del todo cómo ocurriría, pero en la casa de Dios se sentaban y recibían pan y vino para sus almas, y eran las manos de su padre que se los daban. Estaban salvados. Cuerpos y alma estaban salvados. Ella sonreía con paz y les entrega porciones de su amor.

—Joan, ¿está el huevo como a ti te gusta? Solía gustarte así, medio hervido, pero si lo prefieres de otra forma... ¡Las personas cambian...! Rose, te he puesto una manta nueva en la cama. No me

gustaba la otra. Pensé que sería mejor que tuvieras la rosa, le va tan bien a tu cuarto. Frank, cariño, toma más jamón crujiente, como a ti te gusta.

En todo esto no olvidaba al hombre, pero la mayor parte de las veces se dirigía a él por mediación de los hijos.

—Pásame su taza, hijo —se dirigía al muchacho—. Ha dejado que se le enfríe. Se lo cambiaré. —Alzando ligeramente la voz decía con claridad—: Aquí tiene un poco de café caliente, Paul. Bébetelo ahora antes de que vuelva a enfriarse.

La miró con vaguedad, tomó la taza, bebió un poco, levantándose luego.

—Me voy a la sacristía —dijo

suavemente, y pareció, con su suave y silencioso paso, que se deslizaba de la habitación.

Sabían que hasta el momento en que todos estuvieran reunidos en los bancos estaría rezando. Rezaría tanto tiempo y tan intensamente que saldría hacia ellos transfigurado, brillante la piel de su rostro y santificado el cuerpo. No lo comprendían. Francis concebía de mala gana la exaltación de su padre. Pensándolo así dijo esta vez en voz alta:

—No sé qué puede estar rezando tanto tiempo. ¡Uf, a mí se me acabaría el disco antes de entrar en la iglesia!

—No dice nada —contestó suavemente su madre, incapaz de tolerar

el comentario—. Espera ante el Señor.

Supo por la voz de ella que ahora no le dejaría hacer lo que quisiera, ni aun a él, no en este asunto, entre aquello que había entre hombre y Dios. Inclino la cabeza haciendo una mueca con sus rojos labios, y fue cubriendo el pan de dorada mermelada, tragándolo a grandes bocados. Rose jugueteaba con un montoncito de migas secas, soñando, absorta en sí misma.

Pero Joan captó las palabras de su madre y se quedó mirando al jardín a través de la mesa, sonriendo. ¡Esperando ante el Señor! Esperando, esperando..., ¡ante el Señor! Las palabras desfilaban en el aire,

brillantes, sonoras y enganchando otras palabras. Ella esperaba..., esperaba radiante. Alzad vuestra cabezas, abríos, eternos portales, y entrará el Rey de la Gloria. ¿Quién es este Rey de la Gloria...? ¡Alzad, alzad la cabeza..., y esperad!

Siguió orgullosa a su madre a la iglesia, erguida la cabeza sobre su recto cuello. Hacía años su madre le había dicho:

—Eres alta, de modo que sé tan alta como puedas.

Después de todo aquello, aunque a veces detestaba que su cabeza

sobresaliera sobre las demás lo recordaba y se estiraba cuanto podía.

Tras ellas venía Rose, sola, menuda y compuesta. Francis llegaba cuando le parecía o, si se sentía lo bastante rebelde, no iba, si el día era demasiado hermoso y tentador para ir al río. Pero el deseo de su madre seguía obligándole. Todos sus deseos pesaban sobre él por el cariño que le profesaba, y a él no le parecía ese amor demasiado pesado porque todavía no tenía otro.

Pero ahora se le resistió un poco. Cuando ella le dijo esta vez, con los ojos cautos, decidida a mantener la voz agradable:

—¿Estás preparado para ir a la

iglesia, hijo?

—Iré pronto —respondió, mirándola desde la hamaca del porche donde se había tumbado contemplando los rosales; y al esperar ella—: No me esperéis.

Le miró, apretando la lengua contra los dientes cerrados, manteniendo la sonrisa en los labios. Un año antes le hubiera dicho breve y naturalmente, segura de que, porque le quería, sabía lo que mejor le convenía: «Ve a ponerte al instante el sombrero y el abrigo y ven conmigo». Pero ahora su instinto, siempre vivo, orientado hacia sus hijos, en especial a su varón, le advertía que estaba cercano el momento en que

pronto se le negaría rotundamente. Una mañana le diría:

—Detesto la iglesia, no iré más contigo.

Temía la madre el momento, y semana tras semana lo alejaba, y él lo sabía y era arrogante con ella, mandón, debido a su juventud.

Por eso ella le había dejado solo, que fuera cuando quisiera, y conducía a sus dos hijas a la iglesia. Joan se sentó junto a su madre, y Rose junto a Joan. El aire era para ellas tan familiar como el de casa. Este sitio era también una especie de hogar. Durante muchísimos domingos Joan se había sentado en el mismo banco delantero junto a su madre,

y el puesto de Francis estaba al otro lado. Entre estos dos fuertes y vivaces hijos se sentaba la madre, separándolos, calmándolos, impulsándolos hacia su padre para que él los impulsara hacia Dios. Rose era obediente y hacía naturalmente, o parecía hacerlas, las cosas debía.

Pero hoy no estaban completos como tanto tiempo habían estado. Joan podía sentir la intranquilidad de su madre hasta que Francis llegara a su sitio. Su madre rezó rápidamente, con la mano sobre los ojos, sentándose después a esperar a Francis, deseando que viniera. Quería que sus hijos estuvieran reunidos ante la congregación, todavía alrededor

de ella, todavía fieles. Muchos padres venían solos. La iglesia estaba llena de viejos solos cuyos hijos se habían ido del pueblecito, o si no se habían ido, habían crecido y permanecían tranquilamente en casa o salían a divertirse. Pero ella estaba aquí con sus hijos. Joan sabía y sonreía ante el orgullo de su madre y le seguía la corriente cuando, tras el servicio, conducía a sus hijos por la nave, a través de la gente.

Volvió un poco la cabeza para mirar a su alrededor. Era temprano y la gente iba reuniéndose. Toda su vida había venido pronto con su familia para ser como decía su madre, un ejemplo. El sol

irrumpía, en la iglesia en largas y brillantes barras metálicas, y la luz, ligeramente coloreada por las vidrieras, brillaba sobre las plateadas cabezas de algunos ancianos y ancianas que también habían llegado pronto. Captó la mirada del viejo Mr. Parker y le envió una sonrisa, sintiendo su corazón tibio hacia él. Él le había enseñado música y de él había aprendido a escribir las melodías que brotaban tan fácilmente en su mente. Era el encargado de la tiendecita de música del pueblo y que no le hubiera bastado para vivir de no haber también afinado pianos y dado clases de canto en la escuela del distrito. Enseñaba con fidelidad, regularmente, para poder al

fin tener alguna pequeña pensión. Ya no podía cantar mucho, aunque en un tiempo tuviera una pasable y dulce voz de barítono. Pero ahora apenas podía aclararse la garganta y dar la nota para que la captaran voces más jóvenes.

El órgano empezó a sonar, profunda y suavemente, con notas sonoras y bien sostenidas. Joan volvió el rostro hacia la música, escuchando con atención. Podía ver la espalda de un hombre, recta y esbelta. Le conocía, al menos le conocía así, en la iglesia, sentado de espaldas a ella, consiguiendo extraer música del órgano. Conocía su espalda mejor que su rostro, su música mejor que su voz. En otro tiempo nadie le

conocía muy bien, aunque vivía en el pueblo y era nativo de él. Tenía bufete propio en la ciudad, a la que iba casi a diario. Dormía por la noche en casa de su madre en el pueblo, donde siempre había dormido, excepto durante los dos años que pasó en la guerra. Era hijo único, y su padre había muerto cuando él era un niño. Para los del pueblo parecía no tener más vida que esta del pueblo, cuidar de su madre, caminar muy despacio con ella por el jardín. Comentar acerca de las flores.

—Creo que las lilas habrán florecido mañana —le diría.

—Yo también lo creo, madre —replicaría.

«Martin es cuanto tengo en la vida», decía ella a los vecinos, y se aferraba a él para tener algo por qué vivir, y por él tenía la cuadrada casa de ladrillo rígidamente limpia y ordenada. Él entraba cada noche en el reluciente vestíbulo oscuro y se movía silencioso por las limpias habitaciones llenas de penumbra.

Pero cada mañana se iba a Filadelfia, donde trabajaba tan bien, que se había formado una pequeña reputación como abogado, fama que alcanzaba remotamente a los del pueblo llenándolos siempre de duda y admiración, pues le conocían desde que nació. Siempre habían dicho: «Su padre

no era gran cosa, tenía grandes ideas sobre aquella fábrica de camisas en South End, pero no pudo conseguir que siguiera funcionando... Un buen hombre, pero nada brillante». Por eso se les hacía difícil creer en el hijo. «Si Martin hubiese venido a la fábrica y me hubiera ayudado, las cosas habrían sido distintas». Pero Martin había empezado pronto a vivir su propia vida, y en cuanto murió su padre vendió la fábrica a Peter Weeks.

Martin Bradley nunca hablaba de sí mismo. En silencio, sonriendo ligeramente a todos, venía todos los domingos por la mañana a tocar el órgano como había empezado a hacerlo

a los dieciocho años. El primer domingo que pasó en casa después de la guerra, ya estaba en el órgano otra vez. Nadie le preguntó qué había sucedido entretanto, y él nada dijo y pronto se olvidaron de que había estado fuera una vez.

Ahora, mientras Joan escuchaba y contemplaba su derecha espalda y su morena y estrecha cabeza, en la que el pelo empezaba a encanecer, tocaba una de Bach meticulosa y perfectamente, redondeando cada nota, haciéndola completa y dándole todo su valor. La puerta del coro se abrió y cuatro personas entraron, irregularmente, como les pareció, un poco como disculpándose, como si sintiesen que

todo el mundo los conocía con ropaje distinto. Eran dos hombres y dos mujeres, el señor Winters, la señora Parsons, el señor Weeks y la señorita Kinney. Tomaron asiento mirando seria y conscientemente ante ellos, excepto la señorita Kinney, que una vez estuvo de misionera en África. Ésta sonreía continuamente y sus ojos corrían de acá para allá, tan inquietos como dos mariposas de color azul pálido.

Se abrió entonces la puerta de la sacristía y la música se suavizó. Entró el padre dé Joan, sacerdote recién llegado de la presencia de Dios hacia su pueblo. En treinta años, esto nunca se había hecho rutinario o pesado para él. No

entraría si no venía de Dios. Una vez, cuando Joan era muy pequeña, recordaba había habido un retraso. La gente le esperaba, paciente primero, sorprendida después, fijos los ojos en la puerta de la sacristía. Pasaban los minutos y el órgano seguía incesante, vagando en variaciones, pero dispuesto en cualquier instante a llegar a la principal nota final. Ella no tenía más que seis años, pero captó el asombro y la ansiedad de su madre; la oyó musitar:

—Tendré que ir a ver qué pasa. —Y sintió que su madre se disponía a levantarse.

Entonces se abrió la puerta como en alas del viento, fuerte y rápidamente, y

el padre irrumpió triunfante, resonante su voz hacia su pueblo:

—Alabemos al Señor cantando...

Más tarde, cuando la madre exclamó:

—Paul, ¿dónde estabas? ¡Nos tenías a todos esperando!

—No podía obtener la bendición de Dios, y sin ella no podía subir al púlpito —respondió simplemente. Pero ahora, al acercarse la ancianidad, su calmado temperamento parecía contar siempre con la bendición de Dios. Se movió tranquilo y sereno, alto, cabeza algo inclinada, pero sus ojos permanecían claros y azules, tan inocentes como los ojos de un niño. Se dirigió hacia sus

feligreses y se detuvo ante éstos. El órgano calló y la gente le miró, esperando. Pero antes de que pudiera hablar, se oyó un ruido la puerta, un paso por la nave y un movimiento. Francis, que venía una vez más a sentarse junto a su madre. El padre le esperó.

Ahora estaban todos. El padre instalado sobre ellos en el púlpito y la madre y los tres hijos en sus puestos habituales. Los rostros vueltos hacia él, esperando lo que estaban a punto de recibir.

Recibieron así el aliento divino. La gente se alzó entre las barras coloreadas de sol, cogida y retenida en su

resplandor durante un momento. Cantaron juntos, y Joan cantó sobre todos ellos, resonando su fuerte voz juvenil sobre las débiles voces ancianas, arrastrándolas, reuniéndolas en su chorro tan lleno. Después se sentaron cómodamente dando gracias y escuchando la lectura de las Escrituras. También dieron, en el momento oportuno, moneditas de plata que tintineaban en los viejos platos de estaño.

En el piso del coro se erguía la señora Parsons, alta y flaca, pero sin embargo con dulzura en sus ojos sin ilusión, cantando *El Señor cuida de los suyos*. Cantaba quizá demasiado

despacio, colgándose de las palabras favoritas, y su voz se ahogaba en las notas agudas, aunque seguía cantando con conmovedora esperanza. Lo que esperaba podía suceder aún. Por eso cantaba, creyendo confiadamente en lo que no había recibido. Le encantaban estos momentos de cánticos, cuando podía perderse en vagas esperanzas sobre la historia que estaba escribiendo.

Emily era tan parecida a su padre, tan poco paciente con los «garabatos» de su madre como los llamaban. Edward siempre había sido testarudo con ella respecto a eso. Cuando llegaba a casa y hallaba que las cosas no estaban preparadas porque ella había estado

escribiendo, se ponía difícil. Y ahora Emily, que aunque sólo tenía quince años, también era dura.

—¡Escribes tales tonterías, madre!
—su voz era fría mientras metía ruido con los platos en el fregadero.

Ned —querido muchacho— era mayor que Emily, pero aún escuchaba sus narraciones y sus ojos se humedecían.

—Neddie, no es más que una historia —le respondía una y otra vez.

Él la ayudaba a seguir esperando. Algún día alguien querría sus historias. Alguna de las cartas no sería rechazada y Edward diría:

—Vaya, vaya, Florrie, tenías razón,

y yo estaba equivocado —añadiría lo que nunca había dicho por nada—. Perdóname, Florrie.

Sólo necesitaba tener paciencia y seguir escribiendo como mejor pudiera.

—Pero el Señor cuida de los suyos. No dejará... —canturreaba tiernamente, despacio, húmedos los ojos, turbada y grave la voz en la garganta.

Se sentó, confortada, y empezó a planear una nueva historia..., la mejor. Era tan fácil planear historias en la iglesia, durante el tranquilo rato del sermón... Se dejó llevar por sus pensamientos, dichosa.

De ese modo empezó el sermón. A causa del sermón, los niños habían

pasado silenciosos todos los sábados de sus vidas, aunque fuera día de fiesta. Sabían que su padre se sentaba en el austero despacho a estudiar las Escrituras para todos ellos. No podían entrar allí por ningún motivo. Andaban de puntillas por la casa seguidos de sus amiguitos, en busca del cacharro de pastelillos de la cocina. Con las manos llenas de pasteles salían corriendo de la casa silenciosa y descendían por la calle, libres, contentos, gritando de delicia. A su alrededor había árboles y prados, y bajo sus pies la suave hierba, de un verde profundo, y el día de una fiesta.

Sus voces cantaban y gritaban

mientras jugaban con desesperado placer, llegando incluso a reñir a veces. Pero hasta las riñas eran agradables e intensas. Ni un instante pensaban en su padre en el estudio, buscando en el Libro para hallar alimento para sus almas, como tampoco pensaban en su madre cocinando y haciendo para ellos repostería, planchando y cosiendo. Todo aquello se daba por descontado; todo formaba los cimientos de su vida segura, y para ellos era para siempre.

Nada sabían de Dios más que lo que se les decía. Creían, o pensaban que creían, lo que su padre les decía. Confiaban en él sobre Dios. Cuando les decía que Dios era un buen padre que no

permitía que sufriera ni un gorrión del jardín, le creían. Además parecía cierto, porque todos los gorriones que veían estaban gorditos y atareados. Cuando les decía que hasta los cabellos de sus cabezas estaban contados, le creían porque estaban acostumbrados al cariño. No les hubiera parecido extraño si su madre contara sus cabellos, ya que los quería mucho, y por ello no era raro que Dios pudiera también hacerlo. Eran importantes, estaban satisfechos y seguros de Dios, y creían que Él los amaba y cuidaba de ellos.

Estaban también Jesucristo, que murió por sus pecados, y el Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo era una

sombra sin sustancia ni forma, y lo dejaban así. Pero Jesús era real, «Dulce Jesús, humilde y blando». Era conmovedor y real, aunque más real antes de su resurrección que después. Después se convertía en un ser incorpóreo. Decía: «No me toquéis». Pero antes, cuando era hombre había dicho: «Venid a mí» y «aceptad a los pequeñuelos». Así le entendían. Hubieran ido corriendo a Él, riendo y gritando de haber estado cerca, porque les era muy próximo, aunque muerto.

Pero cuando colgaba de la cruz por sus pecados se sentían incómodos y culpables, sin saber por qué. Sólo sabían que eran pecadores y que todo el

mundo era pecador. Habían sido «concebidos y nacidos de pecado». Hacía mucho, Joan se había preguntado qué significaba «concebido en pecado». Un día preguntó a su madre:

—¿Yo también fui concebida en pecado?

Los ojos de su madre se abrieron sorprendidos, sus morenas mejillas enrojecieron y respondió rápidamente:

—Cuando seas mayor te lo explicaré todo. ¿Quieres llevarte a Francis e ir a jugar con Netta Weeks? Puedes llevarle dos pastelillos para que dé uno al pequeño Jackie.

Pero nunca se lo explicó. Al cabo de cierto tiempo Joan supo que no podía

ser algo de lo que sólo ella tuviera culpa. Si todos eran concebidos así, era un pecado común, de modo que lo olvidó, porque había mucho en qué pensar en la temporada de trabajo. Había mucho que gozar y ella nunca quería pensar en cosas desagradables. Eligió ser feliz y reír.

Mas Rose no pudo olvidar. Una vez, Rose le preguntó con tristeza, secos sus labios de pronto:

—Joan, ¿crees..., entiendes lo que es ser concebido en pecado?

Joan se sorprendió de la pregunta. Para entonces ya sabía cómo empezaba la vida dentro del cuerpo de una mujer, gracias al cuerpo de un hombre, pero era

un conocimiento secreto. Lo había aprendido a escondidas en la escuela, culpablemente, contra su voluntad. Había escuchado, sorprendida, y exclamado, enfadada:

—No lo creo. —Pero se vio forzada a creerlo.

—Yo lo sé —le dijo Netta Weeks.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Joan en alta voz.

Pero Netta no hizo sino sonreír tontamente. Joan sintió que se ponía enferma. Se marchó, pero no pudo olvidar. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera olvidar cuando miraba a sus padres. Pero se obligó a sí misma a olvidar, para poder escapar de aquello.

Pero no podía soportar hablar de ello ni aun con Rose. A decir verdad, hablado entre ellas parecería más vergonzoso. Su carne sana se erizaba de asco al pensarlo, ofendida.

—No sé nada de eso —declaró secamente. Salió corriendo al jardín y cortó un gran ramo de las rosas rojas de su madre.

Rose no hizo más preguntas. Creció hacia dentro de sí. Leía su Biblia cada noche, aun en invierno, por frío que estuviese su dormitorio. Nunca se apresuraba en sus oraciones. Si se sentía tentada a apresurarse para meterse en la cama caliente, se castigaba rezando más despacio. Rose siempre estaba dispuesta

a ir a la iglesia, a soñar, a recibir el pan y el vino, llenándosele fácilmente los ojos de lágrimas al pensar en quien murió por sus pecados. Se sentía llena de pecado. Guardaba todos sus pecadillos para recordarlos cuando el pan se deshacía en su lengua y cuando el vino quemaba delicadamente sus labios, porque era tan dulce sentirse limpia por la sangre de Jesús... Era casi un goce pecar para poder ser lavada. Pero eso también era pecado, desear pecar, y por ello rezaba extasiada, para que se le perdonara una y otra vez.

Rose guardaba en sí esta secreta e intensa vida, y porque vivía hacia dentro, hacia fuera parecía siempre

suave, dulce y obediente, y sus ojos azules, en su mansedumbre, parecían de santa. Los del pueblo comentaban a menudo:

—Es una criatura angélica..., tan *buena*.

Al oírlo sentía placer, un extraño placer que hormigueaba por su cuerpo. Planeaba nuevas bondades, un número fijo de buenas obras cada día. Llevaba flores a la vieja señora Mark, tumbada en su casita de piedra, al borde del pueblo, inválida en cama con una parálisis progresiva. Le llevó flores hasta que la señora Mark dijo, quejándose:

—No me quedan ya floreros, niña.

Además, las rosas me dan fiebre de heno. Hala, ya sé que tu intención es buena, pero con la voluntad me basta.

—Sí, señora Mark —respondió Rose apartándose de la áspera y quejumbrosa anciana.

Pero aun así no podía renunciar a su bondad. Para cuando llegó a casa había recordado que no debía importarle verse perseguida por ésta. Por eso siguió yendo a ver a la señora Mark, llevándole manzanas y un bote de mermelada que había conseguido de su madre con halagos, y soportando sus quejas. Una vez, cuando la vieja protestaba contra sus inútiles piernas, le dijo dulcemente:

—Dios lo hace por algo, querida señora Mark. Nos envía los sufrimientos para prepararnos para el cielo. —Frase que había oído a la señora Parsons cuando murió la pequeña Emma Winters.

Entonces la anciana se revolvió contra ella. Luchó tomando impulso contra sus mullidos almohadones y le gritó:

—¡Fuera, a mí no me hables de esas tonterías! Me gustaría saber qué interés puede tener Dios en tenerme así tendida de espaldas... Yo podía haber sido una mujer útil con mis piernas. ¡No me hables! No sabes nada... Hablas como tu padre. Sal de aquí y vete a jugar donde te corresponde.

Rose recogió sus libros mansamente y se fue. Al principio se sintió enfadada y ofendida, pero luego recordó a Jesús y un exultante sentido de haber obrado bien la llenó. Había sido como Jesús. No había respondido nada. Cuando sus enemigos la perseguían, era, como él, un cordero inocente conducido al sacrificio. Pero renunció a ver a la señora Mark, y en vez de ello rezaba por ella, por las noches, a salvo en su propio cuarto.

Ahora, en la iglesia, permanecía silenciosa, sentada ante su padre, vuelta la cara hacia él, su espíritu sometido al de él. Le gustaban las horas en que se levantaba a predicar, dominándola,

diciéndole en qué creer. Entonces no era su padre. Era su sacerdote, su salvador. Le amaba apasionadamente. Para ella representaba a Jesús, a Jesús que había muerto por ella. Ahora quedaría limpia de la cabeza a los pies, limpia y nueva. En su corazón exclamaba: «Lávame, para que quede más blanca que la nieve». Permanecía sentada esperando quedar limpia, y llena otra vez de amor..., amor..., amor. Sus ojos brillaban, tenía los labios entreabiertos, su respiración brotaba suave y rápida. Olvidó todo, excepto a su salvador, su adorado salvador.

Su respiración acelerada sonó como un aleteo al oído de Joan. Ésta se volvió, mirando a Rose con curiosidad, a la pequeña, extraña y silenciosa Rose. Las manos de Rose estaban recogidas en su regazo, pequeñas manos inmaculadamente blancas que lavaba muchas veces al día, suaves manos pálidas, llenas en la palma, puntiagudas en los dedos. A veces parecía como si Rose y ella no fueran hermanas. No podía comprender la paciencia de Rose. Estaba resignada como los ancianos lo están, dispuesta a sufrir. A Joan le parecía que a Rose incluso le gustaba

sufrir.

Un día que efectuaban la limpieza primaveral, su madre le había reñido por ser tan lenta y soñadora.

—Rose, te aseguro que nunca conseguiremos limpiar la sala si sigues parándote ante todo.

—Soy mala —repuso Rose volviendo el rostro hacia su madre, sonriendo, bebiendo en su enfado, hablando en un extraño susurro apasionado—. Sé que deberías pegarme, madre.

—Nunca he pegado a ningún hijo mío —repuso la madre, ofendida, sorprendida, deteniéndose en su trabajo para mirar a Rose de frente.

—No..., no —se apresuró Rose—. ¡Pero lo merecería!

Y, sin embargo, era tan menuda e infantil, su carita tan redonda como la de un niño, su rostro tan puro como el de una criatura, la voz dulce, sus ojos castaños tan suaves... No tenía antojos, nunca pedía nada. Vestía sin quejarse las ropas que pronto se le quedaban pequeñas a Joan. Ahora mismo tenía el vestido del verano pasado de Joan, de gasa azul un poco ajado ya. Joan sintió que la invadía una oleada de cariño. Tenía que procurar que Rose tuviera algo nuevo. El próximo vestido nuevo sería para Rose.

Algún día compraría a Rose cosas

nuevas de la cabeza a los pies. Deseaba que Rose fuera dichosa. Era tan agradable cuando todo el mundo era feliz...

La voz de su padre llegó intensa a sus oídos:

—Así que démonos cuenta, antes de que sea demasiado tarde, de lo que Dios significa para cada uno de nosotros. No está lejos de ninguno de nosotros...

La voz se hizo borrosa de nuevo al prender la cuestión en sus pensamientos. ¿Qué era Dios para ella? No lo sabía. Ahora no le importaba que estuviera cerca o lejos. No creía ni dejaba de creer en Dios. No era importante. Dios era como esos ancianos de la iglesia,

esos cariñosos viejos amables con ella, que la habían conocido desde que nació y se preocupaban, y siempre se preocuparían por ella. No hay duda de que estaba allí, para ser invocado en los momentos necesarios. Pero no necesitaba nada. Lo tenía todo. Tenía su juventud. Tenía su belleza. Es decir, en caso de que fuera verdaderamente bella.

Pero estaba empezando ahora a creer, en secreto y a menudo, en su propia hermosura. Guardaba celosamente cada pequeña afirmación de ello que oyera a su alrededor. «Joan se hace más bonita al hacerse mayor». «Creo que Joan va a ser la belleza de la familia, pese a ser tan alta». «Los ojos

de Joan son preciosos», y en la apertura de curso Mary Robey le había susurrado bromeando:

—¿Sabes lo que dijo mi hermano Tom, Joan? ¡Dijo que le gustaría besarte en la boca!

Sus labios ardían. Ningún hombre la había besado todavía. Una vez un tímido muchacho la estrechó en un baile y tras un paseo a la luz de la luna se le acercó más aún. Pero ella se apartó. Su cuerpo la instaba a apoyarse en él, pero no su corazón. Se echó a reír porque estaba muy indecisa en su apuro, y entonces también él se separó, y ella le dijo medio riendo, medio llorando:

—Vamos con los demás..., a la luz.

Pero en algún sitio la esperaba el beso. Creía que el amor la estaba aguardando. Vendría a su encuentro, alto y fuerte, más alto aún que ella, y ella saldría a recibirle. Lo quería todo, todo del amor, un amor que condujera al matrimonio y creciera en los hijos, muchos hijos. Quería que su casa estuviera llena de niños, concebidos no en pecado sino en amor. Quería trabajar, cocinar y hacer dulces para ellos, coser para ellos, levantar a su alrededor los muros de un hogar y un amor, y tenerlos a salvo. Viviría también a salvo, a salvo y rodeada por ellos como ella los rodeaba y los tenía seguros. «La señorita Joan Richards se casó el día de

hoy con..., con...». ¿Con quién se casaría? «La iglesia estaba decorada de brezo y rosas de junio. La novia estaba hermosísima vestida de raso blanco, con el velo de encaje de novia de su madre prendido con flores de azahar».

Avanzaba por la nave, bajo floridas arcadas. Rose caminaba a su lado con un vestido nuevo del más pálido rosa nacarado. Se detuvo un momento para pensar en el vestido de Rose. Después siguió adelante. Su padre esperaba para celebrar la ceremonia. Su madre era la madrina de honor. También su madre tendría un vestido nuevo, de chifflón gris plata. ¿Qué podría hacer Francis? Se quedó pensando. Quería que todos

tomaran parte en ello. Le miró, planeando, meditando. Travieso, le había quitado la alianza a su madre y se la ponía en su meñique. La madre le miraba ansiosa y él bromeaba fingiendo que se le caía.

Entonces, como un azote que cortara sus sueños, oyó la voz de su padre que acusaba al pueblo con solemne cólera.

—Os digo que Dios no nos hallará sin culpa...

Sus sueños habían desaparecido como la bruma. Inclino la cabeza. Se encogió avergonzada dentro de su cuerpo. ¿Por qué no dejaba de hablar de aquel suceso feo, horrible? Había ocurrido hacía tanto tiempo... El pueblo

siempre se disgustaba cuando lo mencionaba, como ocurre con las gentes buenas y tranquilas al recordarles su única locura. ¡Se estaba tan a gusto en la iglesia hasta que él había empezado a hablar de ello...! Podía sentir cómo se agitaban las personas bajo sus palabras. Aquí y allí se escuchaba una tos seca. Sólo la señora Parsons seguía sonriendo con su vaga, nebulosa sonrisa. Por el rabillo del ojo vio que el señor Weeks, en el coro, cogía su libro de himnos y empezaba a leerlo ostensiblemente. Todos sabían que el señor Weeks acudió junto al señor Bradley aquella vez, hacía años, cuando todos eran pequeños, y le había dicho lo que dijo su hijita Netta...,

y el señor Bradley le había respondido que era una maldita embustera con una mente sucia y que ningún muchacho del South End podía haber pasado el día entero en el pueblo porque era día laborable en la fábrica. Entonces el señor Weeks, rabioso, se había llevado a Netta al South End para encontrar al muchacho negro que, según ella, le había puesto las manos encima. Y después, cuando el señor Bradley fracasó, el señor Weeks había adquirido la fábrica.

De todas formas, siempre había habido sangre en South End, pues los obreros blancos hacían huelga contra el señor Bradley por haber traído negros. Él había empezado teniendo todos los

obreros blancos, pero llegaron los malos tiempos. Por ejemplo, los hombres dejaron de llevar tantos cuellos duros y almidonados precisamente cuando él había comprado mucha maquinaria para fabricar dichos cuellos. Por ello había reducido los salarios, y cuando los blancos fueron a la huelga, trajo negros.

Netta había dicho a todas las niñas de la escuela que un muchacho negro la había detenido al ir hacia el colegio, cuando estaba sola en el callejón.

—¡Veis, me hizo así! —Levantó la falda y se puso la mano en uno de sus delgados muslos—. Mi padre me llevó en seguida a South End, le buscamos y le

reconocí en seguida. No era de un color tan negro..., más bien amarillento.

Lo había repetido una y otra vez. Pero Netta era una embustera. La habían escuchado creyéndola sólo a medias. Aun así el muchacho fue azotado por una banda de blancos en South End. Hombres y mujeres habían salido corriendo de Middlehope a ver. Netta temblaba al contarlo.

En la iglesia, después de estos ocho años, la voz de su padre seguía aún reprendiéndolos. Nunca les dejaba olvidarlo.

—Dios nos preguntará por qué no hacemos nada por esas gentes. Hemos vertido sangre injustamente, incluso

puede que inocente..., y la mancha permanece todavía sobre nosotros si no la limpiamos con nuestras oraciones y buenas obras.

Iba a pedirles de nuevo dinero para su misión de South End, y ellos no querían darle. Querían olvidar South End. La iglesia se llenó de pronto de una silenciosa pugna entre el pueblo y su padre. Apenas podía ella respirar. Vio inclinarse la cabeza de su madre, las manos fuertemente unidas. Sólo a Rose no le importaba. Rose sonreía un poco, escuchando. En el coro, la señora Parsons no se preocupaba, porque no estaba atenta.

Francis miraba directamente a su

padre con rostro pétreo. Había vuelto a poner el anillo en la mano de su madre y contemplaba a su padre con odio. ¿De qué servía ir a predicar a aquellas gentes? Predicar no era bastante. Si su padre supiese algo, algo de lo que los demás sabían, vería que era una tontería creer que con predicar salvaría a alguien en South End.

Por fin terminó. Joan alzó la cabeza para respirar la antigua atmósfera de paz en la iglesia. Era tan agradable sentir paz en la que soñar. ¿Dónde estaba? Iba caminando por la nave central vestida de raso, con una larga cola blanca... Pero su padre interrumpió con su resonante conclusión:

—Vivamos por tanto victoriosos hasta el fin, triunfantes, sabiendo en quién hemos creído. Y ahora, a Dios que nos da su abundancia...

El órgano estalló alegre en una despedida. Las personas se levantaron presurosas y aliviadas, esperando para hablarse, para dar vueltas al sol, para hacer planes de verse durante la semana. Su madre reunió a los hijos a su alrededor y los condujo por el pasillo, con la mano sobre el brazo del hijo, que se estiró y abandonó su infantilismo adoptando la gravedad de un joven, y ella le miró brillándole de satisfacción el rostro. Intentaba ocultar su orgullo con decencia, pero le brillaba en los

ojos y lucía en su sonrisa y resonaba en su voz. Al otro lado andaba Joan, sonriendo, viva aún en su cara la dulzura de su sueño. Todos le saludaron con cariño, dándole la bienvenida. También era hija de ellos, hija del pueblo.

—Bueno, Joan, ya sabemos por el periódico que has tenido estupendas calificaciones.

—Joan será famosa algún día...

—Qué orgullosos estaremos de haberla conocido...

—Bobadas —dijo el señor Billings en voz alta—, alguien se casará con ella mucho antes de eso. En su lugar tendrá niños, y será mucho mejor también.

—Ven, Joan —dijo su madre

levantando un poco más la cabeza y con voz fría por parecerle que el señor Billings era muy abrupto. Después de todo no era sino el carnicero y se trataba de un negocio vulgar. Recordó entonces que todas las semanas regalaba a la rectoral un redondo de cordero o buey, que era miembro de la iglesia y que era su profesión la que le volvía rudo, sin duda, por lo que añadió—: Buenos días, señor Billings; hace un hermoso tiempo.

Pero su voz era cortés y señorial, y al instante se volvió hacia la señora Winters, cuyo esposo pertenecía al consejo parroquial, además de estar en el coro, y le preguntó por sus peonías. Joan sonrió como excusándose al señor

Billings, pero a él no le importaba nada. Guiñó uno de sus ojillos negros y alegres, y su grande y redonda cara se llenó de arrugas bajo las enmarañadas cejas.

—Esta semana mandaré un solomillo —susurró fuerte— especial para usted. Me parece que sería más propio, sabe, que un simple trozo para asar.

—Gracias —respondió, mostrándole sus hoyuelos. También aceptó el regalo de la admiración que mostraban sus ojos. Era un viejo gordo, torpe e ignorante, pero aun así valía la pena recibir su mirada, que se detuvo un instante en su cara. Valía la pena de tener todo, cada partícula de cariño, de

admiración. Quería que arrojaran flores a su paso para andar sobre ellas. Se volvía de unos a otros, riendo, saludando, tomándolo todo. Todo era encantador. Concedía generosamente sus promesas—. ¡Claro que iré! ¡Oh, las comidas en el campo son tan divertidas...! Haré un pastel de chocolate. ¡Haré un gran pastel!

Se olvidó de su madre y de Francis, que las arrastraba impaciente.

—¡Ay! Estoy muerto de hambre, mamá —murmuraba tras su rostro grave y maduro—. La iglesia siempre me da hambre.

Se olvidó de Rose, que seguía silenciosa y suavemente tras ellos.

Estaba embebida en sí misma, una reina que volvía a su reino, una mujer que volvía a ser bonita y joven.

Era excitante ver sueños y anhelos incluso en los viejos rostros. Sabía que les hacía recordar de nuevo, amar de nuevo, porque ella era viva. Los pocos jóvenes se sentían tímidos en su presencia, porque era alegre y llena de confianza. Estaba Netta Weeks, que después de todo no había ido a la Universidad y que había dicho a todos:

—Padre dice que no puede gastar ahora el dinero, hasta que la fábrica le rinda.

Ahora Netta se asió a Joan musitándole:

—Quiero verte..., quiero que tengamos una charla como en los viejos tiempos, como solíamos tener...

—Claro, Netta —respondió Joan rápidamente.

Pobre Netta. La comprendía..., comprendía a todos..., los compadecía..., estaba llena de generosidad hacia ellos. Un muchacho que estaba cerca la miró de reojo, un granjero joven y duro, y ella lo supo al instante, aunque no le miró, porque era un desconocido. Pero se detuvo un momento, permitiendo que él lo hiciera.

Por fin salieron al sol de un día sin nubes y al instante Francis se separó y se fue silbando por la hierba. Estaba

contento de verse fuera de la iglesia. De nada servía recordar cosas. A veces, al sol como ahora, le parecía que quizás había imaginado ver ahorcar al negro, o que se lo había inventado por lo que había oído acerca de South End. La gente aún hablaba de ello, algunos, en las perezosas tardes de aquellas calles. Pero por la noche sabía que lo había visto.

—¡Eh, tú! —le gritó a un muchacho al otro lado de la calle—. ¡Te veré esta tarde!

—Me voy a preparar la carne —dijo la madre.

—Ya voy —respondió Joan.

Miró a su alrededor. Todos iban

esperándose, hambrientos de pronto y recordando sus comidas dominicales.

—Yo esperaré a papá —repuso Rose.

—Entonces me voy a ayudar a mamá.

Pero faltaba una persona por salir de la iglesia. Era Martin Bradley. Bajó airoosamente las escaleras, arrollada la partitura bajo el brazo. Siempre esperaba y salía solo. Levantó el sombrero.

—¿Cómo está, señorita Richards? Es agradable tenerla de vuelta..., ¿supongo que para quedarse?

Ella se sorprendió. Nunca antes le había hablado tan directamente ni nunca

la había llamado señorita Richards. Miró sus melancólicos ojos castaños. Era algo más bajo que ella, muy poco... No, eran de la misma estatura.

—Bueno..., no sé..., una temporada, de todas formas —tartamudeó, intimidada de pronto.

Él volvió a alzar su sombrero y ella pudo ver su suave pelo oscuro, blanco en las sienes. Él sonrió ligera y agradablemente, pero sólo con los labios, y se fue. Ella empezó a caminar despacio por el prado, sonriendo hacia la rectoral. Era extraño cómo al crecer una todo el mundo parecía distinto. Hacía años que conocía a Martin, los domingos formando parte del órgano,

los días de labor un rostro del pueblo. De pronto se definía por sí mismo; incluso era bastante guapo, de una manera suave, secretamente anticuada.

Pero ella no sabía qué forma tenía y la ligera admiración se había desvanecido, al menos por el momento. Se la llevó el cálido mediodía, la paz del umbrío prado, las rosas colgando sobre el porche, y ahora la carne hirviendo y la picante tarta de manzana. Corrió escaleras arriba a casa. Había comida sobre la mesa, caliente y deliciosa, lista para ser devorada. De pronto se sintió muy hambrienta.

Los días de labor, la casa volvía a ser ella misma. Ya no pertenecía a la iglesia de ladrillo rojo y al pueblo, les pertenecía a ellos. Era suya, para vivir como quisieran, y cada uno vivía su propia e intensa vida, completamente solos y, sin embargo, siempre cálida, estrechamente unidos. Había las cotidianas ocasiones en que todos se reunían al necesitarse, no tanto por ser imprescindible uno concretamente, sino por tener que ayudarse mutuamente.

Por las mañanas, Joan dormitaba en la dulzura de estar medio despierta medio dormida. Su cuerpo era a la vez

liviano y pesado; su mente, profundamente adormilada y, sin embargo, en su exterior, despierta al sol, a los ángulos del familiar mobiliario, a la suavidad de las sábanas contra sus miembros y la blandura debajo. No tenía por qué levantarse. Aún no había urgencia de trabajar. La vida seguía esperando, todavía en vacaciones. Cada mañana su cuerpo se calmaba con el sueño y no sentía hambre en seguida. Podía dormir cuanto quisiera, se decía, y comer cuando le apeteciera. Ésta era su casa y era libre en ella. Sonrió, profundamente libre, profundamente feliz, y se volvió en la almohada a dormir de nuevo.

Pero ya no acudió el sueño. Con perversidad, sus pensamientos dominaban su cuerpo lánguido. Su mente bajó en silencio las escaleras y vio a los demás unidos a la mesa. Sólo su sitio estaba vacío. Su padre vacilaba antes de dar gracias, como siempre que uno de ellos no estaba allí.

—¿Dónde está Joan? —preguntaba —. ¿Está enferma?

—Deja a la niña descansar —decía con calma la madre—. Éstas son sus vacaciones. Déjala estar.

Seguían sin ella. Pero la echaban de menos, y lo sabía. La comida no era completa. No estaban bien alimentados a no ser que comieran juntos. Su mente

volvió a subir en silencio la escalera. Presionó a su cuerpo, que yacía inerte, los ojos cerrados. Se encontró pensando que también ella los echaba de menos y que prefería desayunar con ellos a hacerlo sola. Quería su lugar entre ellos.

De pronto dio un salto, completamente despierta, se quitó el camisón rápidamente y se metió como una flecha bajo la ducha. La abrió por completo, una punzante y fría lluvia sobre ella. Se volvió y la recibió sobre sus pechos, dejándola caer a sus pies; se volvió y la recogió en sus hombros, bajando hasta los talones. Luchó un instante con la espesa toalla, pasándola una y otra vez sobre el cuerpo. Se metió

la ropa por la cabeza, abrochó los escasos botones y se puso las medias y zapatos; cepilló su largo cabello y lo retorció. Corrió riendo hacia la mesa, con los cabellos aún húmedos.

—¡Creía que ibas a dormir esta mañana! —exclamó su madre, dichosa.

—No quería perderme nada. De pronto sentí que me faltaba algo.

—Seguro que te hubieras perdido estos bollos —gritó Francis—. Yo me cuidaré de que te falten tantos como yo pueda conseguir —alargó la mano para coger uno caliente mientras Hannah los pasaba, sonriendo halagada.

Todos se sentían animados porque había bajado. Cada uno empezó a hablar

para sí y sus pensamientos, excepto la madre, que debía escucharlos a todos. Pero todos necesitaban el círculo completo ante el cual hablar. El padre comía hoy con apetito, meditando sobre el día anterior. Alzó la vista en medio de la conversación para preguntar a su esposa, turbado ante el pensamiento:

—Mary, ¿tú crees que ayer había tantos como de costumbre?

—Sí, Paul..., considerando la época del año —le contestó al instante, aunque sus ojos seguían alegres entre sus hijos—. A la gente le gusta salir de excursión y a comer al campo con un tiempo así.

—Los miembros de la iglesia deberían recordar su deber —murmuró

él sin tranquilizarse por completo—. El servicio debería serles tan necesario para sus almas como el alimento para sus cuerpos.

—Oh, pero, padre —interrumpió Joan—. ¿No crees tú que el alimento para las almas puede venir también de otras formas? Yo sé que lo hallo en la música..., en la belleza que hay en todo...

El rostro de su padre se puso un poco más grave. Apretó los labios con paciencia antes de responder con seguridad.

—Esas cosas no conducen a conocer al Señor. No hay más que un Salvador y es el Crucificado.

Esta vez Rose alzó sus ojos ocultos tras pesados párpados mirando a su padre y dejándolos caer de nuevo, meditando. Por encima de la joven y rubia cabeza de Rose, Joan miró el jardín y vio allí las deslumbrantes rosas recién abiertas y los lirios de verano del bordillo. Los lirios amarillos estaban ya crecidos. Olvidó lo que había dicho su padre. Después de desayunar saldría a meter su cara con delicadeza en los lirios, como lo hacía el colibrí al descubrirlos. De un verano al otro recordaba la fragancia de esta flor; entre cientos de aromas y perfumes conocía esta clara dulzura única. Pero tal conocimiento, decía su padre, no era

conocimiento de Dios. Se volvió impaciente hacia la madre.

—Madre —exclamó.

Pero la madre no estaba dispuesta a escucharla. Escuchaba a su hijo, y su cara aparecía turbada.

—No sé por qué no puedo, mamá — insistía él. Su morena y hermosa cara parecía más oscura y en cierto modo más hermosa. Las mejillas estaban teñidas de rojo y se mordía los labios hasta ponerlos carmesíes—. Todos los chicos van. Si hasta Ned Parsons va, y siempre me lo estás poniendo de modelo... Y ya he invitado a mi chica.

—No me gusta que vayas a esa sala de baile —repuso ella con terquedad—.

Tu padre es el ministro. —Se detuvo y apretó sus labios gordezuelos. Tenían exactamente la misma forma que los de su hijo. Preguntó después con dificultad y tono diferente—: ¿Qué chica has invitado?

—¿Por qué voy a decírtelo si no puedo llevarla? —repuso él, decidido a castigarla.

La verdad es que aún no había invitado a ninguna. Pero deseaba herirla.

—Oh, Frank —susurró, implorándole—, no seas tan... Ya sabes que quiero que te diviertas cuanto puedas. Pero no me parece que eso esté bien para ti.

—Ésa no es la razón —replicó—.

Es porque papá es un ministro sagrado. ¡Toda mi vida me he visto fastidiado porque papá es el sagrado ministro!

Pero el rostro sensitivo de su madre cambió. Podía enfadarse hasta con su hijo.

—Si llegas a ser la mitad de bueno que tu padre, Francis...

—Espero morirme antes que serlo —repuso, ferviente, entre dientes.

—¿Adónde quieres ir, hijo? —preguntó su padre.

No había oído nada, pero ahora los miraba, dándose cuenta de pronto de la discordia.

—¿De qué sirve pedir nada? —estalló el hijo contra la madre,

ignorando al padre—. Debería hacer como los demás y no decir nada... ¡Soy un tonto!

Ahora tenía la victoria sobre la madre. Por encima de todo deseaba ella que él le contara todo. Temía el momento en que hubiera silencio entre ambos, el silencio de una conversación trivial, superficial. Se asía a él como era todavía. Cuando era tormentoso y rebelde sabía por lo menos lo que era, y mientras le conociera sería suyo. Pero se daba cuenta de que ahora sólo le retenía día a día, incluso hora a hora. Cedió ante él, temerosa de que fuera ésta la última hora.

—Lo pensaré.

Él la comprendió y al momento se puso alegre y se volvió al padre.

—Han abierto un sitio nuevo para comer y nadar a tres millas por la carretera sur, y una pandilla habíamos pensado ir esta noche para cenar y quedarnos después un rato.

—Comprendo —dijo el padre con vaguedad. Se le ocurría últimamente que debería tomar más interés en la vida de su hijo ahora que tenía dieciséis (¿o serían diecisiete?) años. De todas formas estaba dejando de ser un niño. Cuando eran niños era natural que su madre los cuidara, pero Francis ya no era un niño—. ¿Has..., ejem..., terminado los estudios? —inquirió,

cortés.

—Paul —interrumpió la madre, impaciente, medio avergonzada de él ante el hijo—. ¿No te acuerdas de que fuimos hace un año a la fiesta de clausura?

—Claro que sí, querida —respondió suavemente, mirándola con su clara mirada distante y azul—. Pero me había parecido que se habló algo de estudiar latín este verano. Podría ayudarte —añadió, animándose de pronto y pareciendo estar más cerca, y con desafiante interés.

—O yo —añadió Joan, sonriendo traviesa.

—Vaya —rió el muchacho con

fuerza—, todavía voy a tener que trabajar con una banda de profesores en la familia. ¡Vamos, habla, Rose!

—¿Yo? —preguntó Rose saliendo de sus brumas—. No podría... Además he prometido a papá que daré una clase especial de catecismo para niñas este verano.

—He prometido al chico un mes de vacaciones, Paul —dijo la madre. Después le sonrió amplia e inesperadamente—. Pero es un detalle por tu parte querer ayudarlo... Sé que se alegrará...

—Pues claro —concluyó el muchacho, alegre, satisfecho, levantándose de la mesa.

Terminó la comida y todos estaban de nuevo unidos gracias a ella. Ahora sus vidas se separaban y cada uno iba por su camino, pero tres veces al día se unían de nuevo físicamente. El cuerpo era su lazo, la identidad de su carne y su sangre. Se reunían para comer y beber, renovando su carne y su sangre. Se levantaban refrescados y dispuestos para vivir separados cierto tiempo. Buscando lo que necesitaban más allá del cuerpo, vivían solos. Pero una y otra vez se reunirían, para nunca estar perdidos en soledad.

Joan no sabía aún qué iba a ser en su

vida. Se levantó, ligera y ociosa en su corazón, y fue al jardín. El sol lo inundaba como el vino en una copa. El olor de la tierra surgía de la hierba, cálido y cercano. Venía de entre las flores. Se fue al lirio amarillo, se inclinó y se llenó de su fragancia. Respiró profundamente hasta que toda ella estuvo llena, llena de fragancia. Pero bajo su delicadeza se notaba el fuerte y musgoso olor de la tierra.

Se enderezó y fue paseando, sin prisa y a gusto, mirando cada hoja y cada flor. No tenía nada que hacer, y el jardín estaba precioso. Entre los capullos entreabiertos de un rosal blanco, una araña había tejido su tela,

cogiendo aquí delicadamente la punta de una hoja, allí el borde de un cáliz, reuniendo apretadas un puñado de rosas, ligeramente y con seguridad, en una red de plata. En el centro de la blancura y de la plata estaba la araña, pequeña, negra e inmóvil.

Al otro lado se prolongaba la calle, alejándose de la casa y del jardín, lejos del pueblo, hacia el campo y aun más allá. Contempló hacia el Este y el Oeste.

Al Este, la iglesia estaba cerrada y silenciosa. Nada tenía que ver con hoy. Ayer la gente había estado allí prestándole vida, pero en este momento pasaba de largo, poniendo sus vidas en otras cosas. Pasó una mujer. Era la

madre de Martin Bradley y ni siquiera volvió la cabeza para mirar donde había estado el día anterior. Pero se detuvo al ver sola a Joan, pues era alguien con quien hablar, cosa que no podía resistir. Sonrió a Joan acogedora y suavemente. Era pequeña y regordeta, satisfecha de sí y de su hijo; su vestido sencillo de algodón gris la ceñía tanto como las plumas a un pájaro gordito.

—Hace un hermoso día, ¿verdad? Me voy a la carnicería para conseguir pronto unas mollejas. A Martin le encantan las mollejas troceadas para cenar, hechas con un poco de tocino. Lo hago yo misma. A los dos nos gustan las mollejas.

Asintió, sonrió y se fue dándose importancia, pisando firmemente con sus pequeños y gruesos pies que apuntaban hacia fuera. Iba a su diaria misión. Todas las mañanas se dirigía temprano a la carnicería a conseguir el bocadito en que había pensado para su hijo. Si lo lograba, se sentía triunfante. Si fracasaba, si alguien se le había adelantado, el día se le amargaba. Sentía pequeños pero intensos odios contra las vecinas que llegaban antes que ella.

—Lo siento, señora Bradley —le diría el señor Billings, animado y ensangrentado entre los huesos—. La señora Winters acaba de estar aquí y se ha llevado hoy los riñones. ¿Qué le

parece un poco de hígado? Está fresquísimo esta mañana.

—A Martin no le gusta tanto — replicaría fríamente la señora Bradley sin consolarse, y elegiría una chuleta.

Si al ir a casa se encontraba con la señora Winters, se mostraría fría. Así seguiría hasta triunfar de nuevo. Si durante varios días no lo lograba, se amargaba. Entonces se vengaría del señor Billings y Martin tendría que traerle algo de la ciudad. Ante los del pueblo ella se jactaba:

—Les aseguro que se está poniendo de tal forma que no encuentro nada de lo que quiero en la carnicería del señor Billings. Su tienda ya no es tan buena

como era. Martin tiene que traer la carne de la ciudad con mucha frecuencia.

—¡Joan, Joan! —se oyó la voz de la madre llamando de pronto desde una ventana superior.

—¡Voy!

Se retardó, perezosa. Sería divertido ver qué le ocurría hoy a la señora Bradley. Pero su madre no esperaba.

—¡Joan! —volvió a llamar.

Tuvo que olvidarse de la señora Bradley y corrió hacia donde estaba su madre.

Ésta se movía competentemente en el gran dormitorio superior. Había hecho exactamente los mismos movimientos cada día de cada año durante mucho

tiempo, y ahora sus manos sabían la dirección más rápida; sus pies, el paso más breve. Cuadró apretada la esquina de la cama, la amplia cama de matrimonio donde había dormido con el padre de los niños desde que vinieran a la casa una noche al regresar de su luna de miel. Todo le era tan familiar como su persona. Terminó al entrar Joan y se sentó en la mecedora. En ésta, de gastada madera oscura, cubierta por una funda de algodón marrón, se había sentado siempre la madre a zurcir y remendar, y en el escabel abombado, cubierto de alfombra, a sus pies, se había colocado cada uno de los hijos a recitar los salmos e himnos y catecismo

que debían conocer de memoria. Abajo, en el salón familiar siempre había ruido, y no había ni que hablar de la sala. Pero aquí se estaba tranquilo. De niña, Joan había mirado por la baja ventana sobre los tejados del pueblo hacia las onduladas colinas donde pastaban las ovejas, cantando: «El Señor es mi pastor, nada me faltará», y había tartamudeado con «el fin primario del hombre es dar gloria a Dios y disfrutar de Él por toda la eternidad». ¿Cómo se podía disfrutar de Dios? Preguntaba a su madre, la escuchaba y no la entendía. Nunca podía aclarárselo. También en esta habitación les había reñido su madre cuando desobedecían e impuesto

aquí los raros castigos. Una vez, Joan recordó de pronto en este momento, se había echado de bruces en la cama gimiendo de pena porque había dicho una mentira..., no sabía sobre qué. Sólo recordaba haber mentido. Su madre no lo podía soportar. Podría titubear y retrasar los juicios sobre las demás cosas, pero su voz se volvía dura y punzante como una espada tras una mentira.

—¡No me mientas! —exclamaba.

Y entonces no había paciencia en ella.

Ahora estaba allí sentada en la mecedora, mirando a su hija de frente y con timidez, con un desacostumbrado

ruego.

—Joan, he estado esperando que llevaras en casa varios días para decirte algo. No quería estropear tu graduación y tu venida a casa. Pero hoy debo decírtelo porque no me siento capaz de ir a la reunión misionera de esta tarde. La señorita Kinney va a hablar de África y quiero que vayas tú en mi lugar.

—¡Madre! —exclamó, asombrada, dejándose caer en el firme lecho cuadrado. ¡Cómo, si su madre nunca había estado enferma! Tal vez estaba algo más delgada... Observó el rostro de su madre—. ¿Por qué no nos lo has dicho?

—Quería resistir —replicó

débilmente—. Siempre he pensado que hay que resistir ante los hijos. Los problemas llegan demasiado pronto. Los hijos no deberían compartir los problemas de sus padres.

—No sabía que tuvieras problemas —dijo en voz baja, y se la quedó mirando.

—Ni tenías por qué. Yo no lo quería, sólo que tengo dolores..., y ayer, cuando fui a tu cuarto, Joan, se me ocurrió que ya no eres una niña. Eres una mujer crecida, tan crecida como alta, y ya no puedo ocultarte los problemas más tiempo.

Joan no pudo responder. No era su madre esta mujer cansadamente sentada

en una vieja silla torcida, borrada la sonrisa de su cara como si nunca hubiera existido. Sintió temor.

—Claro que haré cuanto pueda —dijo, incierta.

¿Era ella quien había estado al sol en el jardín hacía unos minutos?

—Tengo algo mal —dijo la madre con vaguedad—. No he estado bien desde que nació Francis —se detuvo, apurada, siguiendo con dificultad—. Era un rorro tan grande que algo se me desgarró.

No miró a Joan, pero volvió el rostro hacia la ventana. Se le notaba timidez. No podía olvidar que esta mujer alta también había nacido de ella.

Una ligera repulsión flotaba en el ambiente.

Joan, llena de ansiedad, sintió un ligero asco en su desasosiego, pero al instante desapareció. Si hubiese sido sólo una extraña hubiera vertido sobre ella un poco de simpatía. Era fácil ser amable con los extraños. Pero esta mujer era también su madre. Se sintió envuelta en algo que no entendía, envuelta de una forma físicamente repulsiva con su padre, con su madre, incluso con Rose y Francis. Todos estaban corporalmente mezclados. Lo aborrecía, y se levantó inquieta del lecho. Deseaba ser feliz en todo momento.

—¿Has visto al médico? —inquirió.

Fue hacia la otra ventana, alejándose, y miró por ella. No debiera haber hecho la pregunta con tal frialdad. ¿Por qué era ahora fría hacia su madre? Tenía miedo de algo. No quería que se le acercara. Deseaba que su madre fuera como había sido siempre, alegre, segura, rodeándolos de agradable calor.

—Sí, he visto al doctor Crabbe —respondió de mala gana.

—¿Al doctor Crabbe! No es más que un viejo médico rural.

—Él me asistió cuando nacisteis todos vosotros y me conoce —respondió con sencillez.

De nuevo sintió un golpecito de

repulsión. Su cuerpo..., una vez fue arrancado de la carne de su madre, sostenido entre las viejas y ásperas manos del doctor Crabbe. Conocía sus manos. Había sentido los gruesos dedos entrando bruscamente en su boca, de niña, para palpar un diente flojo, sujetar su lengua al mirar si le dolía la garganta. Recordaba su inquisitiva y roja faz que parecía enorme de cerca, marcada de cicatrices y mal afeitada. Abría la boca mientras examinaba y tenía los dientes manchados de tabaco, y respiraba pesadamente por la nariz. Sus cejas eran como barbas amarillas y en sus orejas crecían pelos de una pulgada de largo. Era tan bajo y grueso como un árbol

desmochado.

—Deberías ver a algún otro —dijo, mirando siempre por la ventana.

La señora Parsons bajaba ahora por la calle. Había ido de nuevo a Correos y bajo el brazo llevaba un abultado paquete..., un manuscrito devuelto, claro. Si su madre estuviera como de costumbre sentada en la mecedora, ocupadas las manos en vez de descansar sobre el regazo, le diría: «La señora Parsons ha vuelto a recibir su novela... ¿Cuál será?», y su madre respondería, amable: «Pobrecilla; no te rías de ella. Ha sido como una maldición para su familia el que le guste tanto escribir novelas. No comprendo como Ned y

Emily son tan buenos. La verdad es que ha envenenado la vida de Ed. Una vez me dijo que se sentía como si nunca hubiera tenido una esposa o los niños una madre. Para ella no significan nada al lado de esas novelas que escribe. Mide toda su vida por ellas. Si le aceptaran una no creo que pediría el cielo. Desde que la conozco ha sido así».

Pero ahora resultaba trivial hablar de la señora Parsons.

—¿Qué dice padre?

No hubo respuesta. Se volvió y vio abatidos los ojos maternos, pero había lágrimas al borde de los párpados.

—¡Madre! —exclamó. Corrió hacia

ella y, arrodillándose, la rodeó con sus brazos. ¡Qué raro, qué raro, sentir el cuerpo de su madre en sus brazos! Había desaparecido la repulsión. Envolvió a su madre entre sus brazos y apretó la cabeza contra su hombro—. Madre..., madre..., madre... —repitió una y otra vez. ¿Qué era este desastre?

—De nada sirve decírselo a tu padre —repuso la madre ahogándose—. No entiende nada..., nunca ha entendido.

Aquella puerta cerrada y las apagadas y apasionadas voces tras ella... Era esto... Pero antes de que pudiera hacer la pregunta, su madre se enderezó secándose los ojos.

—Soy una mala mujer —dijo de

pronto—. No sé qué me ha dado para decir lo que he dicho. Tu padre es un hombre maravillosamente bueno. Tengo mucho que agradecer. Contemplo a la pobre señora Weeks y doy gracias a Dios... Ese horrible señor Weeks... — Apartó a Joan, se levantó y se quitó las horquillas de su largo cabello. Se dirigió al tocador, cogió un cepillo y empezó a cepillarse el pelo ágilmente—. No tengo nada de que quejarme. Muchas mujeres a mi edad no se sienten tan fuertes como antes.

Apartó a su hija, y Joan se levantó con rapidez, avergonzada en su corazón, sintiéndose ridícula. Vaciló y dijo luego: —¿Qué tengo que hacer esta tarde,

madre? Me gustaría ayudar.

—Sólo ir por mí a esa reunión, querida —repuso la madre tranquilamente; se hizo un moño en lo alto de la cabeza y fue clavando rápidamente las horquillas de hueso gris—. No tienes más que hacer algún comentario a la señorita Kinney... Lo que quieras, ya la conoces. Si puedes, querida. Yo creo que por esta vez descansaré. Después de hacerlo esta tarde creo que estaré bien. Y Rose irá... Siempre quiere ir.

Miró por el espejo el rostro de su madre. Enmarcado y a la brillante luz de las ventanas parecía aún más blanco y cansado que al volverse.

—Claro que lo haré —repitió al fatigado rostro. Se dirigió a la puerta, titubeando allí de nuevo. Después de todo, aquella media hora había existido —. De todas formas, deberías ver otro médico.

—A lo mejor, un día de éstos —le dijo tranquila, ocupada con su pelo.

Salió dejándola ante el espejo.

Por la tarde, antes de ir a la reunión, entró de puntillas en el cuarto de la madre. La puerta estaba abierta y pasó despacio. Ella dormía en la cama, cubierta con una especie de abrigo de punto que la «Ayuda de Damas» le había

regalado, alegre en tiempos, pero ajado ahora en cuadros de diversas palideces. Sobre él, su rostro aparecía de color pálido oscuro, la boca entreabierta, cienientas ojeras alrededor de la nariz y los ojos. Apenas podía creer que ésta fuera la misma cara que había observado en la mesa, pues a mediodía la madre había sido como siempre entre ellos. Tal vez algo callada, pero estaban acostumbrados a sus escasos silencios, aunque les encantaba oírla reír. Cuando eran niños y ella quedaba en silencio tenían miedo y le rogaban:

—Madre, ¿qué te pasa? ¡Mamá, por favor, sé divertida otra vez y ríete!

A veces se animaba, pero otras

volvía hacia ellos sus oscuros ojos con terrible gravedad y les decía:

—¿Es que no puedo estar algunas veces callada en mi vida? Quiero guardar silencio.

Y en silencio quedaba sin que apenas pudieran resistirlo. Toda la casa se volvía gris y se sentían acongojados hasta que incluso el padre lo notaba.

—¿Estás enferma, Mary?

—No, Paul —respondía, serena—. Sólo callada. Entonces se reunían tristes a su alrededor, sin poder dejarla, sin poder jugar. Cuando se le pasaba empezaban a revivir, y de nuevo todo recuperaba su colorido. Corrían, cantaban, gritaban y jugaban con

estrépito; podían dejarla y salir corriendo al pueblo a buscar diversión.

Ahora, al contemplar el rostro dormido, Joan sintió de nuevo la antigua dependencia del estado de su madre. Todo iba mal. De pronto la reunión le pareció una carga. No se divertiría. Lo temía... No quería escuchar cosas tristes, ni siquiera de personas paganas o lejanas. No había estado hacía años en una reunión misionera, desde que fuera una niñita demasiado pequeña para quedarse sola en casa. Y la temía porque su madre también la había temido siempre, aunque bromeara acerca de ello. Pero había sido uno de sus deberes, y cuando terminaba venía a

casa chispeante y risueña, aliviada.

—Ya está —exclamaba—. ¡He terminado con los paganos por otro mes!

Pese a todo, siempre había trabajado mucho, pues era la esposa del ministro, para conseguir el dinero prometido por la iglesia. Cien dólares al año, habían prometido, y las mujeres contribuían y daban cenas con pollo en las que vendían bolsos, pañuelitos de encaje, toallas bordadas y paños de cocina tejidos, y cantidad de pequeñeces hechas por ellas y que se compraban entre sí, aunque hubieran preferido no hacer ni comprar. La anciana señora Mark adquiría siempre el mismo bolso cada año, dándolo al siguiente,

comprándolo de nuevo, etc., sin pretensiones, y bautizándolo como «mi bolso misionero»... Joan se daba cuenta, sorprendida, al bajar despacio las escaleras, que su madre había hecho muchas cosas que aborrecía.

A la puerta se encontró con Rose, vestida de hilo blanco y con el amplio sombrero de paja ya puesto.

—¿Puedo ir contigo, Joan? — preguntó seria.

—Si quieres...

Caminó por el prado junto a Rose, forzada. Por alguna razón se sentía ahora muy violenta junto a ella. No había pensado mucho en Rose en los últimos años. Había estado demasiado ocupada

pensando en su propio crecimiento. Pero también Rose había crecido. Después del verano sería su turno de marchar a la Universidad.

—¿Qué harás después del verano, Joan? —preguntó de pronto, volviendo sus grandes y dulces ojos hacia su hermana—. ¿Qué planes tienes para tu vida?

¿Planes? Lo había planeado todo. Pero respondió vagamente:

—No sé...

No podía contar nada a Rose. Y además, era verdad, no lo sabía.

Ya estaban en la iglesia. La señorita Kinney salió a su encuentro por la puerta lateral, ligeramente ansiosa,

temblándole la naricilla como la de un conejo:

—Siempre estoy nerviosa antes de hablar —empezó, sin aliento—. Pero Dios parece darme siempre fuerza para seguir. Echo de menos a su querida madre. Siempre me animaba al empezar... Parecía siempre tan interesada...

Tenía bajo el brazo una carpeta de fotos. Las había mostrado muchas veces, pero seguían siendo fotos de África y ella había estado allí. Sí, había caminado entre árboles selváticos y sobre reptantes serpientes, y había salido de una cabaña una noche de verano tropical y visto la luna roja tras

las palmeras, escuchando el ritmo acompasado de profundos y distantes tambores. Una vez, durante cinco años de su vida había huido de este pueblo, de su padre y su madre. Decía que la voz de Dios la había llamado. Ninguna otra podría haberlo conseguido, ni amor ni deseo. Pero a los treinta y tres años, «no demasiado vieja aún para aprender el idioma», explicaba siempre, obedeció a la divina llamada, como decía, y se convirtió en misionera.

Los señores Kinney se habían sentido abandonados y sorprendidos en su digna y vieja casa. Pero no podían, sin obrar mal, protestar contra Dios como lo habían hecho contra las voces

de los jóvenes. La retuvieron. Decían: «Sarah es impetuosa. Decide todo con tal rapidez...». Por eso retrasaban el cumplimiento de su decisión año tras año, como lo habían hecho con dos muchachos que habían amado sus infantiles y ardientes ojos, que vinieron, esperaron y se fueron. Pero los padres no podían apartar a Dios. Ella le mantenía invisible pero constantemente a su lado. «Me ha llamado», repetía con mayor firmeza que la empleada para ninguna otra cosa en su vida.

Se volvió tan ferozmente firme tras un par de años que el doctor Crabbe dijo broncamente:

—Dejen que la chica se salga por

una vez con la suya o tendrán que meterla en un sanatorio.

—Pero ¿qué haremos sin ella? —se lamentó a gritos la señora Kinney—. Su padre la adora. Es todo cuanto tenemos, ¡nuestra única hija!

—Hace diez años que debieran ustedes haber tenido nietos —le respondió con rudeza.

—Sarah es delicada —afirmó la señora Kinney.

Ella era anciana, pero era bonita y frágil y su casa era exquisita. La señora Kinney había heredado la casa y cierto dinero, y ni ella ni el señor Kinney habían necesitado jamás hacer nada.

Por ello nunca trabajaron, y la

señora Kinney, que siempre había tenido miedo de todo, se volvió más temerosa con el transcurso de los años. Hacía tiempo que había dicho que nunca montaría en uno de esos nuevos automóviles. Era tentar a Dios, era suicida. Todas las tardes paseaba un poquito por la calle, colgada del brazo de su esposo, y los domingos caminaban las tres manzanas que había hasta la iglesia y volvían. Ella explicaba siempre:

—Tenemos que cuidarnos. Los dos somos bastante delicados. Sarah hereda mi delicada constitución, lamento decirlo.

Pero por una vez Sarah no fue

delicada. Tomó el barco e hizo el viaje de un tirón, llegando a la remota misión de la selva sumergiéndose intensamente en la vida. Las dificultades no podían hacerle mella y no temía nada, aunque andaba siempre sin aliento.

Al cabo de cinco años, cuando regresó con un permiso, la anciana pareja la capturó de nuevo. La agobiaron con su cariño. Le hablaron patéticamente de su edad, de su fragilidad. Oyó toser a su padre. Vio la mano de su madre temblando de parálisis. Ya no hablaban de su delicadeza. En lugar de ello hablaban de la fortaleza de ella.

—Eres tan joven y fuerte... Pero

nosotros pronto habremos desaparecido. No perderás ni un año de tu vida. No tardaremos más de un año.

Esperó año tras año. Siguió esperando seis más y murió su padre. Entonces su madre, muy temblorosa y tan delgada como una hoja seca, exclamó:

—Sarah, ¿te atreves a dejarme sola? No tardaré más de un año. No terminaré éste.

Así que Sarah Kinney esperó uno, dos, cinco, y ahora empezaba el séptimo año de su espera, y la anciana seguía viviendo, gimoteando, consumida hasta los huesos, temblando tanto que había que alimentarla y vestirla como a un

niño, y cada día la muerte no estaba más próxima. Claro que la señorita Kinney era tierna con ella y jamás permitía que su corazón esperara otra cosa que la salud de su madre. Su única indulgencia consigo misma era recordar los cinco años de su propia vida en África, recordarlos y esperar.

Ahora se hallaba ante las dos jóvenes, feliz por poder recordar de nuevo, una delgada y severa figura de solterona, mucho más alta que las demás personas, tanto, que desde que tenía dieciséis años había andado inclinada, al ver por primera vez su aspecto en el espejo, y ahora tenía el cabello más blanco que el de su madre, flotando

alrededor de su pequeño y excitado rostro.

—Cinco benditos años, queridas amigas —empezó, temblándole la voz —, trabajé para Dios. Los africanos venían hacia mí... Aquellas queridas personas. No me tenían ningún miedo. Yo los quería. Cuando enfermaban, era una alegría para mí..., alegría en ayudarles, quiero decir; sobre todo, los pequeñuelos, eran tan encantadores... No me tenían miedo, aunque sé que les parecía extraña. Ya saben que parecemos raros y pálidos en un país en el que todos son negros.

Su mirada revoloteaba de una cara a la siguiente, todas incrédulas porque la

recordaban como una pequeña enfermiza con los dientes delanteros salientes; miraba a Rose, sentada embebida y escuchando, los ojos bajos, las suaves manos unidas en su regazo, y después vio el rostro de Joan. Ésta sintió los implorantes ojos como lámparas encendidas sobre su cara. Al mirarla, la mujer de cabellos blancos vaciló, su voz se oscureció temblando.

—No era sólo la gente —añadió.

En la austera y silenciosa habitación nadie sabía de qué hablaba, ni siquiera Rose, la soñadora Rose, que hacía girar todo alrededor de sus propios pensamientos. Nadie la entendía más que Joan, y para ella hablaba esta mujer

de nublados ojos, cuyo blanco pelo no conseguía permanecer estirado. Hablaba y hablaba, saliéndole las palabras a borbotones, intentando que Joan comprendiera. La señora Parsons se inclinó a susurrar a la señora Winters:

—¡Pobre Sarah Kinney!

Pero la señora Winters contestó en alta voz:

—Joan, creo que deberíamos pasar la colecta y concluir. Recibo gentes para cenar.

Al instante la señorita Kinney recobró su compostura. Empezó a recoger sus fotos, temblándole los dedos. Su voz titubeaba, preocupada, pidiendo excusas.

—Oh, ¿es tarde? Lo lamento. Cuando me pongo a hablar de mi África...

Joan se levantó sintiéndose culpable. ¿Tan tarde era? Debería haber presidido mejor la reunión. Apartó sus ojos de la señorita Kinney y se estremeció de alivio. Se levantó y dijo claramente, como pudiera haberlo hecho su madre:

—Tras la colecta para la misión de Banpu..., Rose, ¿querrás recoger las ofrendas?, cantaremos el himno número sesenta y uno y se levantará la sesión.

Las menudas monedas de cobre y plata tintineaban en el plato que Rose pasó despacio y se levantaron para cantar. Las mujeres cantaban rápida y

animadamente. Pensaban en las cenas que debían poner sobre la mesa, en los niños y maridos que alimentar. Si la cena se retrasaba, algún hombre gruñiría resentido: «¡Sería mejor que te ocupases de tu familia!».

Cantaban, dándose prisa, *El Hijo de Dios se adelanta a la batalla*. Joan escuchaba sus agudas y vulgares voces, ligeramente desentonadas. Miraba sus caras honradas y envejecidas. Ninguna joven venía a las reuniones misioneras. Era uno de los problemas de su madre. «¿Cómo haremos para que se interesen las jóvenes?».

Miraba a cada una de las amables y abstraídas caras, las francas bocas abiertas, los guantes de algodón

cubriendo a escondidas las ásperas manos. Sentía calor hacia estas mujeres en el corazón. Estaba contenta de estar de nuevo entre ellas. Se sentía segura. ¡Qué buenas eran todas, qué simpáticas, qué bondadosas al preocuparse por África...! ¿Por qué tendrían que dar sus céntimos para los niños enfermos de Banpu? A menudo sus niños estaban enfermos... Un hospital en Banpu cuando no había ninguno en Middlehope... Pero seguirían dando, seguirían enrollando vendas y enviando jabón e imperdibles, porque tenían una paciente amabilidad. Cualquier historia de sufrimientos haría que brotaran centavos de ellas, en pequeños

chorros..., sufrimientos de personas a las que nunca verían.

Las quería calurosamente. ¡Eran tan amables y acogedoras para ella...! Incluso en su prisa se detenían para decir:

—Joan, siento lo de tu madre. Mañana sin falta iré a verla.

—Estoy haciendo bollitos de levadura, Joan. Di a tu madre que le mandaré una fuente.

—Yo le llevaré un frasco de jalea de manzana silvestre. Siempre le ha gustado mi jalea.

Se sintió animada, tan animada que se olvidó de la señorita Kinney hasta que todas hubieron salido a la puerta,

todas menos la señorita Kinney, Rose y ella. Entonces recordó y se volvió contrita hacia la señorita Kinney.

—Oh, señorita Kinney, muchísimas gracias. Resulta siempre tan interesante oír sus experiencias en África... Le diré a mamá que ha sido una buena reunión.

—¿De veras lo cree así, querida? — la voz de la señorita Kinney surgía en la media luz, bajo los árboles, matizada de recuerdos delicados—. A veces pienso..., creo que hablo..., comprende, es lo único que me ha ocurrido. Todavía espero volver, sabe, algún día, cuando mi querida madre esté a salvo en el cielo. Este año cumplirá ochenta y dos. Claro que no podría dejarla. Pero

practico el vocabulario de Banpu todos los días, para no olvidar el idioma. Creo que podría seguir en donde lo dejé.

Rose no había dicho nada. Había permanecido de pie, una figura joven, silenciosa, tras su hermana. Pero ahora habló con suave voz:

—Me ha hecho verlo todo. Lo he visto como es.

La señorita Kinney la miró, el rostro pálido, vacío entre las sombras, y respiró fuerte. Exclamó:

—¡Cómo...! De modo que..., de modo que... usted, querida niña...

Empezó a llorar un poco, cogió su mano, la apretó y se escurrió de prisa entre las sombras. Caminaron

silenciosas por el césped hasta que Rose dijo de nuevo con dulzura:

—Qué maravilloso debe de ser haber servido..., ¡así!

Pero el corazón de Joan se sublevó. Se sublevó contra la dulzura de la voz de Rose. De pronto aborrecía la dulzura. La constante, invariablemente santa dulzura de Rose.

—Yo lo odiaría —dijo bruscamente.

—Pero, Joan —con suave reproche —, ¿no irías tú..., si Dios te llamara?

En su mente revolotearon las oscuras imágenes creadas por las palabras de la señorita Kinney. Sintió el calor, demasiado fuerte para la salud, obligando a crear extrañas selvas

sombrías con una temible vida vegetal exuberante, poco natural. Vio los negros, brillándoles el blanco de los ojos entre la jungla.

—No —respondió secamente.

Y corrió a la casa, a su casa. Quería permanecer siempre allí, donde había seguridad, calor y luz. Quería lo suyo.

Al recordar aquel verano, meses después de que hubiera transcurrido, veía que fueron más vacaciones de las que en el momento se daba cuenta. Su madre no habló más de su enfermedad. Se levantaba como siempre por las mañanas, y cuando al cabo de unos días

le preguntó Joan con timidez, porque seguía sintiéndose tímida ante una intimidad física con ella, ésta, con su habitual animación le contestó:

—No estoy peor. No te preocupes, hija. Diviértete este verano. Estoy bien.

Y como era lo que deseaba creer Joan lo creía y se divertía, cayendo fácilmente otra vez en la feliz dependencia de antaño. Todos se apoyaban más que nunca en la madre. La casa estaba llena de su alegría. Muchachos a medio crecer tropezaban por las escaleras de madera del porche y gritaban llamando a Francis, y cuando éste salía dando voces a su encuentro, se marchaban ruidosos a pescar, nadar, y a

sus escondrijos junto al río y la carretera. Muchachos mayores venían tímidamente preguntando por Joan, y Rob Winters preguntaba siempre por Rose. Era un muchacho alto y grave, único hijo, que estudiaba para sacerdote, cuidadoso y siempre ansioso de quedar bien. Si a Rose le importaba el que sólo él preguntase por ella, no lo demostraba. Se reunía con él, sonriendo invariablemente serena, y se marchaban juntos sin ninguna otra compañía.

Pero Joan no deseaba estar sola con ninguno de cuantos venían a buscarla. Recibía a todos. Estaba llena de calor, ansiosa de vivir, hambrienta de reír. Hacía todo como si lo necesitara

intensamente. Una pequeña merienda campestre de chicos y chicas del pueblo era para ella un banquete. Despertaba la mañana de un día creado para el placer y encontraba su corazón que latía de pura alegría y una canción dispuesta en los labios. No importaba quién fuera a estar allí, con quién se encontraría o lo que haría en aquel momento de su vida, en aquella época de espera, segura de lo que vendría. Era una alegría levantarse, bañarse, vestirse, comer, salir corriendo de casa y gritar a otros jóvenes que venían a buscarla, bajar por la tranquila calle, sumergirse en el bosque, trepar por las montañas y zambullirse en profundos y fríos pozos. Vivía

únicamente con su cuerpo, y todo lo demás en ella esperaba dormido, cerrado y dormido. Apenas leía un libro, y de hacerlo tenía que ser una historieta fácil de un amor veraniego. Había terminado de aprender por una temporada. Su cuerpo se embelleció mucho. Se redondeó su cara y el calor de su piel se volvió moreno y cálido de sol y salud. Las horas de juego alegraban sus ojos, tenía la risa rápida y siempre alguna broma a flor de labios.

Así, durante el corto y delicioso verano no prestó atención a nadie mientras vivía para sí. Su padre era como un fantasma para ella. Le besaba alegremente al pasar y le lanzaba un

grito de saludo porque daba gusto ser amable con todos, y luego no se acordaba de él. A Rose la olvidaba excepto cuando se cruzaban, y entonces dejaba posar una alegre y descuidada mano en la mejilla de su hermana, y Francis no era para ella sino alguien con quien bromear.

Podía haberse dicho que estaba enamorada, y no lo estaba. No estaba enamorada de nadie o nada, excepto de todo el mundo. Estaba enamorada de la mañana y del sol. Estaba enamorada de la lluvia y la luz de la luna. Pero no se engañaba con ninguna joven y ardiente voz que le juraba su amor bajo la luna. Sonreía y escuchaba contenta, porque le

gustaba oír al amor, a cualquier amor, mientras esperaba, y de lo que éste decía soñaba. Ned Parsons, rasgueando su guitarra bajo el emparrado y mirándola a los ojos, enamorado, la hacía sonreír. No podía amar a Ned, a quien había conocido siempre y con quien, de niña, había luchado, ganándole muchas veces, el pobre Ned al que su madre había dado con su sangre su loca y romántica imaginación. No se parecía a Emily, morena, achaparrada, tan parecida a su padre. Emily se iba a la ciudad a conseguir un trabajo.

—Tengo que salir de aquí —dijo a Joan, tirante, en una merienda campestre—. Quiero vivir mi vida.

—Yo nunca me iré de casa —repuso Joan con rapidez—. Me gusta estar aquí, en el pueblo; todo siempre igual.

—A mí no.

Pero Emily no reía nunca, era fea, con su labio superior largo y duro, su áspero cabello negro y su forma brusca de decir las cosas, aun sin importancia, como cuando pedía que le pasaran el azúcar. Joan prefería a Ned, aunque sabía que, aun a la luz de la luna, sus pálidos ojos grises eran ligeramente saltones, y oía cómo, en medio de su amor, sus grandes y huesudos dedos fallaban en las cuerdas; entonces ella hacía una mueca en cada discorde. No se ilusionaba por él, pero en su

aflautada voz escuchaba otra voz. En su cuerpo desangelado, inclinado hacia ella, soñaba con otro afecto, y por eso exclamaba suavemente:

—¡Me encanta la música bajo la luna!

Y lo decía con tal ardor que él creía que ya estaba casi enamorada. Entretanto, ella miraba por el prado cuando él cantaba y veía extasiada la grande y profunda sombra proyectada por la iglesia entre otras más claras de los árboles. Algún día, en algún sitio, en el lugar más lindo de esta tierra, oiría una canción, una nueva canción. Por ello se mostraba tierna con Ned, afable incluso con Jackie Weeks, que aún

estaba en la escuela superior, cálida a toda voz que oía. Por eso disfrutaba de todo: una fogata junto al lago, un descenso en canoa por el arroyo, la llamada de un pájaro en la noche.

Y siempre tenía a su alrededor el bueno y constante calor de su hogar. Aceptaba la pronta sonrisa de su madre y apartaba el pensamiento de que aquélla estaba adelgazando o de que parecía cansada. Una vez, por la noche, casi al final del verano, se despertó y oyó la antigua y apagada discusión tras la puerta del dormitorio. ¿Sería una disputa? No lo sabía; no quería saber. Arrolló la trenza alrededor de sus oídos y embutió la cabeza en la blandura de la

almohada, volviéndose a dormir profundamente. Cuando llegó la mañana creyó que lo había soñado.

De pronto concluyó el verano. Su madre le dijo:

—Ahora le toca el turno a Rose. Tengo que hacer que vaya cuatro años a la Universidad. Cuando ella haya terminado, y Francis también, cuando todos estéis preparados para iniciar vuestras vidas, entonces descansaré... No un pequeño descanso de una tarde, sino un largo descanso. Me volveré egoísta una larga temporada —sonrió por encima de un montón de linón estampado con flores de verano y volvió a hilvanar la aguja con seda de color

rosa.

—¡Como si pudiese ser egoísta! —
exclamó Joan.

Aún no se había vestido, aunque era casi mediodía. La mañana se había vuelto gris y blanda con la lluvia, y ella había bailado hasta tarde la noche anterior, durmiendo por este motivo demasiado, y al despertarse, muy hambrienta, había bajado a buscar comida. Ahora estaba sentada con su pijama amarillo sobre el lecho de su madre, una tostada y mermelada de manzana en la mano (siempre tenía hambre), la mente llena de dulce ocio. Pero su madre estaba inesperadamente seria.

—Me sentaría bien descansar —dijo suspirando, apresurándose después a arreglarlo—. Oh, no quiero decir que no quiero trabajar. Disfruto con toda clase de trabajo. Cuando era una muchacha solía pensar que me desagradaba barrer. Pero también he aprendido a que me guste, a fuerza de tener que hacerlo. Más vale que uno disfrute con lo que tiene que hacer. Ahora me alegro cuando siento que una habitación va limpiándose gracias a una fuerte escoba... Ahí viene la señora Billings. Me atrevería a decir que quiere que le diga de qué hablar mañana en la «Ayuda de las Damas». Es un alma buena..., pero tonta. Cariño, ¿te importaría llamar

a Rose y hacer que se pruebe este traje? Tienes tanta vista para el estilo..., y me gustaría que sus vestidos tengan buen aspecto cuando se vaya. Intentaré librarme pronto de la señora Billings.

La madre se levantó con presteza y energía, llamando al marchar:

—Rose... Rose, ven a probarte el vestido.

Joan, agitando los floreados pliegues, aguardó a que su hermana se desvistiera. Dejó caer entonces la vaporosa tela sobre la cabeza de Rose y sus suaves y redondos hombros, encontrándose en el espejo los ojos de ambas.

—Oh, Rose, qué bonita eres —

exclamó en sincera alabanza—. Me alegro de que ahora te toque a ti estrenar cosas.

Las pequeñas flores multicolores sobre fondo rosa convenían a la cara redonda y pálida, a los ojos oscuros. Pero Rose permanecía inalterable. Sonrió un poco sin decir nada. Joan exclamó de nuevo:

—¿No te importa, Rose? ¿No deseas ser bonita? Cuando yo tenía tu edad temía tanto no ser nunca bonita... Y tú lo eres mucho más de lo que lo era yo entonces. Yo soy demasiado grande..., de huesos grandes..., y mi boca es feísima. Intento pensar lo contrario, pero sé que lo es.

—No quiero pensar en esas cosas —
replicó Rose, vacilante.

—Pero eres verdaderamente linda
—repuso Joan riendo—. ¡Santita tonta!

Sacudió ligeramente los bonitos
hombros. ¡Qué extraña era Rose,
temerosa siempre del pecado! Comenzó
a cantar descuidadamente, con la boca
llena de alfileres, ajustando el vestido
aquí y allí, ahuecándolo un poco en el
pecho —los pechos de Rose eran más
redondos que los suyos—, estrechando
en la cintura. Sentía el cuerpo de su
hermana blando y redondo bajo el linón,
su forma juvenil. De vez en cuando sus
dedos tocaban la suave piel. Vio los
ricitos castañodorados sobre el

inclinado cuello blanco. La invadió la ternura. No se sentía a menudo tan cerca de su hermana. El contacto con la carne de Rose y el servicio que le prestaba la acercó. Sintió cariño, cariño como el que podría sentir una madre, llena de generoso amor por ella.

—Pequeña santita —murmuró sonriendo íntima y amablemente a los ojos de Rose en el espejo.

Era mucho mayor que ella. Siempre la cuidaría.

Después, bruscamente, la casa se vio vacía sin Rose. Hasta entonces al terminar el verano había sido ella, Joan, la que se había ido hacia rostros nuevos y nueva vida; ella, quien había vuelto a

completar la familia. Ahora se quedaba con sus padres mirando el rostro de Rose en la ventanilla del tren con interior tristeza. Sus propios años de seguridad, los años en que claramente sabía qué hacer, se habían ido muy pronto. Lentos en pasar, pero ahora que se habían ido, ¡lo habían hecho tan pronto...!

Cuando volvieron andando, juntos en la luz temprana de una mañana de setiembre, se sintió muy seria. Había terminado su vacación. Aunque fuera hacia su casa y entre quienes siempre la habían cuidado, no se sentía ya cobijada. Debía separarse de ellos, salir de su casa. Debía empezar algo por sí

misma si quería vivir la delicia al máximo. Pero deseaba y temía esta independencia. Deseaba vivir por sí misma, y sin embargo quería a su alrededor este cálido hogar por la noche.

Su madre la miró, sonriendo.

—Me sentía perdida cuando te ibas, como Rose hoy. Nunca he podido acostumbrarme a que ninguno os vayáis. La primera vez que te fuiste lloré al llegar a casa.

—¿De veras, madre? —preguntó Joan, atónita, mirándola. No se le había ocurrido tal cosa. Se había ido aquella primera mañana hacía cuatro años llena de sí y con la admiración por lo que iba

a ocurrirle, y su alegre y fuerte madre lloró porque la casa estaba vacía sin ella. Se sintió inmensamente conmovida y consolada. Era estupendo ser querida. Adondequiera que fuese, siempre habría este cariño hacia el que volver. Alargó la mano y acarició el cabello gris de la madre bajo la toca casera de terciopelo marrón. Ella le devolvió la sonrisa, y el instante fue cálido y estrecho hasta que, tímidas las dos, dejaron de mirarse.

—Espero —dijo el padre con suavidad, saliendo de su silencio—, que Rose no perderá su fe como tú no la has perdido, Joan. Nunca he visto un alma joven con una convicción más clara que la suya.

Cierta culpabilidad cayó sobre Joan. Debería decir a su padre que no sabía en verdad en qué creía. Pero no quiso herirle.

—Confío en que Rose se divierta —terció la madre, con energía, y después siguió con rapidez—: Joan, he estado pensando que ese viejo cachemir mío de color castañodorado serviría para hacerle a Rose un lindo vestido recto, y el color le sentaría bien. La falda está anticuada y hay mucha tela en las costuras. Creo que me pondré a reformarlo. Sirve de alivio ponerse a trabajar en algo.

Estuvieron en casa increíblemente pronto, y en breve la casa quedó

silenciosa, excepto por los sonidos matinales: Hannah sacando brillo a la escalera, el zumbido de la máquina de coser desde el ático donde cosía su madre, el paso de su padre en zapatillas en el estudio. Así hubiera sido si Rose estuviera allí; en su silencio parecía no añadir nada al ruido de la casa, y sin embargo ahora la casa parecía vacía. Pero no lo era que su hermana se hubiera ido, ni que Francis fuera de nuevo al colegio. Era que ella, Joan, seguía todavía allí, ociosa, mientras los demás trabajaban. Tenía que pensar qué podía hacer. Tenía naturalmente que pensar en ganar su pan. Su madre le había repetido muchas veces:

—Quédate en casa un año, querida.

Tómate tiempo.

Pero ahora que el verano había terminado estaba inquieta. Era hora de trabajar, de hacer algo más. Ansiaba la próxima etapa de su vida. La casa era de pronto demasiado pequeña; los muebles, gastados y viejos, aburridos para su vista.

Se fue a su cuarto y cerrando la puerta se sentó junto a la ventana. ¿Dónde se había ido su humor del verano? ¿Por qué estaba descontenta? El pueblo era absurdamente pequeño, un revoltillo de media docena de calles, un nido de casas pobres, algunas personas aburridas. Trajo ante su memoria cada

una de las casas cuyos interiores conocía por completo, donde ni una silla ni una mesa habían cambiado de sitio desde que podía recordar. Estaba cansada de ellas. Parecían sombrías bajo el sol del día. No era bastante.

«Deseo algo más —pensó, resuelta—. Debo hallar lo que puedo hacer verdaderamente bien... Tal vez la música...».

Pero en el fondo de su corazón sabía lo que deseaba y podía hacer. Podía amar bien a un hombre, tenerle la casa limpia y bonita y criar sus hijos. Era cuanto en secreto pedía a la vida, poder seguir esa vieja y hollada senda. ¿Pero cómo podría encontrarla el amor

escondida en una pequeña casa rectoral campesina?

Llamaron a la puerta y Hannah introdujo su áspera cabeza roja.

—Señorita Joan, su papá dice que abajo hay una pareja para casarse y si querrá venir a hacer de testigo con su mamá.

Se levantó mecánicamente, acostumbrada a las llamadas. Pero hoy había cierta agudeza en el momento. Abajo esperó mientras su padre se quitaba la bata de trabajo y se ponía la vieja túnica. Él novio era un joven campesino, sin duda un jornalero de alguna granja. Tenía las manos enormes y deformadas, y sus anchas y encorvadas

espaldas reventaban la chaqueta. La muchacha hacía pareja con él, una figura fuerte y baja, de gruesos y colorados brazos, la cara ancha, de frente corta y quemada por el sol. Eran extranjeros, surgidos de alguna tierra campesina en un mundo más viejo. Esperaban torpes, muy juntos, sus apagados ojos verdosos fijos fielmente en la cara del ministro. Se podía oír su pesada respiración, y en el cuello del hombre vio Joan el sudor brillando en grandes gotas.

Todo terminó en un instante, unas palabras, una entrecortada promesa cambiada, un instante de suspenso con el anillo. Él tanteaba en el dedo de la muchacha y ella le arrebató el anillo.

—Venga, dámelo —dijo en voz alta olvidando dónde se hallaba.

Él la miraba absorto mientras ella pasaba el anillo por su dedo, y luego respiró ruidosamente, aliviado.

—Vengan ahora a tomar café y un poco de tarta —dijo la madre con súbita amabilidad. Era su costumbre. Ellos sonrieron borreguilmente y la siguieron al comedor con la ciega docilidad de las bestias. Tras ellos, vio Joan sus manos unidas, dos manos ásperas y nudosas, asiéndose muy fuerte. Volverían a alguna casa, alguna casucha de madera en el campo y trabajarían, comerían, dormirían, se harían el amor torpemente, engendrarían hijos, se aparejarían. Era

su vida. De pronto se sintió muy sola. Dio media vuelta y volvió de nuevo a su cuarto.

Se presentó de prisa el otoño: en una noche. El viento sopló frío en su sueño y al abrir los ojos por la mañana halló sobre su cama una lluvia de hojas del arce de enfrente, hojas secas, estriadas de amarillo. Saltó a cerrar la ventana y apartar el frío. Vio una temprana escarcha sobre la verde hierba. Se despertó bruscamente y ya no volvió al lecho. Tenía que ponerse a trabajar hoy mismo. En cuanto terminara el desayuno volvería a coger el prelude que había empezado la primavera anterior sin terminarlo. Iría a la iglesia y trabajaría

sola al órgano. Se vistió decidida, y rápidamente devoró el desayuno.

—Joan, no has comido bastante — dijo su madre, preocupada.

—Quiero ponerme a trabajar, madre. Debo hacerlo hoy mismo. Tengo una idea para mi preludio.

Pero ella no la oía. Permanecía sentada, escuchando, levantada la cabeza, aleteando sus manos sobre las tazas de café. Hubo un ruido en la escalera, la puerta se abrió súbitamente y Francis cayó en la silla a su lado.

—Oye, mamá, dame pronto de comer, ¿quieres? Jackie Weeks dijo que esta mañana me ayudaría con las matemáticas si iba allí pronto, y quiero

hacerlo para ir luego a recoger nueces. Estoy segura de que la escarcha de anoche fue bastante fuerte para hacerlas caer. Y él es una fiera en matemáticas. ¡Dios mío, cómo odio las matemáticas!

—Tal vez Joan pudiera ayudarte, querido —dijo su madre—. A ver, deja que te ponga mantequilla en el bollo. Me gustaría que no salieses tanto con Jackie.

Pero ella no iba a esperar, se dijo Joan. Tenía su propio trabajo para hacer. Además, su madre ni siquiera la había oído.

—Temo que no estoy fuerte en matemáticas —dijo, detestando después haber sido tan egoísta—. Claro que ayudaré a Frank —añadió.

—Jackie lo hará más de prisa —
respondió él con descuido, y se sintió
aliviada.

Con su partitura bajo el brazo cruzó
el prado aún cubierto de escarcha hacia
la silenciosa iglesia. Fuera, el aire era
punzante, fresco y eléctrico, pero la
iglesia estaba caliente, silenciosa y sin
que el frío la hubiera alcanzado todavía;
había un ligero olor mustio, el olor de
los ancianos, algo dulce, algo mortecino.
Entró de puntillas por la nave vacía,
pasó junto al púlpito desierto, se sentó
al órgano, lo abrió e inmediatamente las
teclas expectantes la invitaron. Estaba
cansada de no hacer nada... Trabajar
era un placer. Abrió las páginas y tocó

los primeros compases, suave y críticamente. Siguió tocando y se detuvo. Allí había terminado de escribir la primavera pasada, justo antes de fin de curso. En un momento de inspiración había escrito una melodía, pero lo hizo de modo apresurado, dejándola incompleta porque la llamaron Mary Robey y Patty, sus compañeras de cuarto.

—¡Joan, Joanna! Practica..., ¡practica para el desfile final!

El desfile final era para ella entonces lo más importante del mundo. Ahora no era nada..., menos que un recuerdo. Era extraño cómo podía oír sus voces, y sin embargo no deseaba

verlas... En el fondo, no. Habían terminado en cierto modo. Quería..., quería... no a ellas..., a alguien. Se plantó decidida ante la música. Pasar aquí a una cuarta, hacerla ahora menor en la mano izquierda, repetir después el tema despacio y así con la variación hasta el último compás..., el último acorde... ¿Mayor, menor? Tal vez una quinta. Movi6 sus dedos buscando en las tablas, tarareando la melodía suavemente... Así..., a una sexta menor. Lo dejaría así. Aunque pareciera inacabado, no sabía hallarle otro remate.

Lo intentó de nuevo desde el principio. La iglesia, vacía como una concha, resonaba profundamente tras

ella. Le devolvía su solitaria música. La melodía recorría las arcadas para volver de nuevo a sus oídos, y escuchó, absorta. Todavía no estaba, todavía no.

La nota menor no entraba bastante pronto en la melodía de la mano derecha. Empezaba con demasiada alegría para su final. La nota menor debía sonar muy pronto, allí, al principio. Se puso el lápiz en los labios, escribió una nota y volvió a intentarla bajo.

—Así está bien—dijo una voz fuera de la iglesia. Dio un brinco en el asiento y se volvió. Allí, bajo el púlpito, en el primer banco, estaba sentado Martin Bradley. Tenía el sombrero en la rodilla

y en la mano un rollo de música. Recordó al instante que era viernes por la mañana. Claro, él siempre practicaba ese día. ¿Cómo pudo olvidarlo, cuando durante toda su infancia, sus viernes por la mañana habían resonado con las notas de su música desde la iglesia? Corrió rápidamente a la barandilla del coro.

—Oh, lo siento —dijo torpemente, mirándole.

—¿Por qué? —replicó, levantándose alegremente y sonriendo—. Ha sido delicioso. Era una cosilla encantadora, delicadamente triste. ¿Qué es?

—La he compuesto yo —respondió con timidez.

El rostro de él, vuelto hacia arriba,

le resultaba nuevo, una cara estrecha y sensitiva. No parecía nada viejo, ni siquiera con su cabello gris.

—No consigo decidirme dónde introducir la quinta —añadió con impulsiva confianza.

—Vamos a ver —subió la escalera con ligereza, una figura delgada y esbelta, se acercó al órgano y se sentó. Muy precisa y claramente empezó a interpretar su preludio. ¡Qué extraño oír su propia música brotar así de las manos del hombre! Se sentía intensamente consciente de él, de su presencia; la iglesia estaba llena de su presencia. De pronto empezó con variaciones—. ¿Qué le parece esto? —modulaba suavemente,

como una queja—. ¿Sigue siendo su idea?

—Sí, sí, así es preciso —dijo, decidida—. Ahora apoye en esa sexta y repítalo con la mano izquierda. ¡Sí! —exclamó encantada—. ¿Cómo no vería el modo de hacerlo yo misma?

Él siguió tocando. El fino cabello negro crecía suavemente en su cuello, algo plateado al borde. Ella escuchaba la música, pensaba en la música, pero veía el cuello moreno con el cabello cortado muy corto, bien peinado, blanco alrededor de las orejas, como si el blanco hubiese sido cuidadosamente esparcido sobre el pelo. Cuando se volvió hacia ella, interrogante, pudo ver

su piel, con numerosas arrugas alrededor de los ojos; pero no era viejo, no tanto como ella había creído. Le gustó la delgada y distinguida línea de los hombros.

—Así..., hasta el final en menor — concluyó él y se volvió sonriéndole.

—Gracias —repuso con ardor, y él volvió a sonreír de prisa; entonces ella se sintió intimidada y empezó a recoger su música.

—No se vaya.

—Debo hacerlo —respondió, admirándose después de su urgencia.

No tenía necesidad de irse. Podía quedarse cuanto quisiera y nadie la echaría de menos. Pero seguía ansiosa

de irse. ¿De qué iba a hablar con él? Porque ahora no le veía como al hijo de la señora Bradley, para el que la anciana buscaba bocadillos delicados. Era un hombre, misterioso y capaz, que se ganaba la vida en una gran ciudad y sólo dormía en este pueblo. Sin duda conocía muchas mujeres, hermosas e inteligentes, y ella no era sino una muchacha recién salida de la Universidad. Junto a su acabada esbeltez, ella se sentía demasiado saludable y grande, e irremisiblemente joven. Entonces se encontró contemplando sus sonrientes ojos y vio que él la encontraba bonita. Se sintió aliviada y cómoda, y surgió en ella la travesura. Le devolvió la sonrisa.

—Tengo que ir a ayudar a mi madre. Está haciendo un vestido a Rose.

—Parece usted un lindo muchachito alto. ¡Los chicos no cosen!

Le tomaba el pelo, y rió, contenta.

—Sé cocinar, coser, barrer, hacer la camas y presidir reuniones misioneras, bailar y nadar...

—Seguramente entre todo eso habrá algo que podamos hacer juntos...

Sintió que le latía un pulso en las venas. Era la primera vez que un hombre la invitaba... Olvidó, con una burla momentánea, a todos los muchachos que había conocido, y le miró, tímida de nuevo.

—¿Va usted a pasear a veces..., los

domingos por la tarde? —continuó él.

—Puedo hacerlo —replicó con gravedad.

—¿El domingo... hacia las cuatro?
¿Si la dejo irse ahora?

—A las cuatro —prometió encantada.

Él se volvió de nuevo hacia el órgano, le sonrió, saludó con la cabeza y empezó a tocar largos y suaves arpeggios. Ella salió silenciosa, y la música la siguió por el césped hasta la casa. Se fue a su cuarto, abrió la ventana y la música ascendió, subió, amortiguada, pero todavía clara. Ahora tocaba maravillosamente, continua y triunfalmente, acordes claros,

electrizantes. Se sentó a escuchar, apoyada en la ventana.

¡Qué extraño cómo se había olvidado de que estaban en la iglesia! Algo había empezado para ella, aunque no sabía lo que era. Pero notaba que ahora la casa ya no estaba vacía y que tenía mucho que hacer. Había un centenar de cosas que podía hacer, que quería hacer. ¿Por qué se había sentido ayer tan vacía? La vida corría de nuevo, llena y profunda de promesas. Todo podía sucederle cualquier día en Middlehope. Rió y se volvió contenta hacia el escritorio, abriendo las páginas de su álbum de música. Escribiría las notas que él le había dado, aquella variante de

una quinta apagada, introducida al comenzar el tema en menor. El domingo por la tarde llegaría antes de que se diera cuenta.

—¡Pero no comprendo lo que puedes encontrar en ese viejo! —le gritaba su madre.

—¡No es viejo! —respondió a su vez, ardiente.

Estaban en el dormitorio materno, y la madre había cerrado la puerta, para poder decir lo que quería. Estaba sentada en la mecedora y se mecía frenéticamente atrás y adelante, con los brazos estrechamente cruzados sobre el pecho en la forma en que lo hacía cuando estaba fuera de sí. Joan, de pie

junto a la ventana, rebelde, decidida, estaba furiosa porque su madre la creía todavía una niña.

—¡Tiene cuarenta y cinco años, si es que tiene alguno! ¡Tú tienes veintidós! ¡Pero si es lo bastante viejo para ser tu padre! ¡Tú eres de la generación de Ned Parsons!

—Ned Parsons me aburre.

—Este verano creí que te gustaba...

—Sólo para divertirme...

—Me destrozarás el corazón...

Cada uno de mis hijos parece tener una forma particular de romper el corazón de su madre...

—No es justo por tu parte forzarme a que me sienta apiadada de ti —

contestó con dureza, sorprendida de su brutalidad.

Se hizo el silencio, a excepción del crujido de la mecedora. Ahora recordaba que a veces, por la noche, cuando oía las apagadas voces que discutían, había oído también este mismo crujido fuerte. Pero nada dijo. Contemplaba fijamente la grisácea tarde de noviembre. Las hojas habían ya desaparecido de los árboles y la iglesia de rojo ladrillo se erguía elevada, desnuda y angulosa, invariablemente vasta en el paisaje. Pero a ella nada le importaba. Antes de diez minutos regresaría Martín a casa y sonaría el teléfono. Oiría su voz. Había estado

esperándole todo el día.

—¿Ya se te ha declarado? — preguntó su madre con voz seca.

—No —la respuesta fue fría.

—Nunca se casará contigo; al menos es un consuelo —añadió la madre con amargura—. Ha tonteado con una chica tras otra. Ya constituye una broma en el pueblo las chicas de Martin. Y nadie sabe lo que pasa en la ciudad. Pero nunca se casará con ninguna... Aunque quisiera, su madre no se lo permitiría. Pero no querrá nunca. Se habla de él..., te lo aseguro... —Se detuvo un instante, y añadió con dificultad—: Hay algo realmente extraño en él. Lo presiento.

No contestó. ¿Qué le importaba lo

que pensara este estúpido pueblecillo? No conocían a Martin. Además, él había sido sincero con ella. Tan sólo ayer le había comentado:

«No voy a fingir que nunca he amado antes a nadie. Pero, querida niña, viniste cuando creí que todo había terminado. Has llegado a mi vida como una encantadora primavera tardía. Y nunca ha habido otra como tú. Eres cuanto he deseado... Eres un dulce muchachito; eres una bella damita; eres...».

—Sé todo acerca de él —dijo con voz muy clara e igual.

—Joan..., Joan..., Joan... — exclamó su madre, impotente—. No eres sino una niña tonta. ¿No ves lo que está

haciendo? Todo el mundo habla de ti. ¡Y tu padre es el ministro! Pero si hasta la señora Winters...

—¡No me lo digas! —estalló, volviéndose, furiosa—. No me importa. ¿Quién es la señora Winters?

Su madre se calló ante la furia de la muchacha, pero no apartó la vista. Tragó con dificultad y empezó de nuevo, mirándola todo el tiempo, intentando mostrarse tranquila y razonable.

—Hablemos con serenidad, Joan. Todas las chicas jóvenes se enamoran alguna vez de un hombre mayor...

—¡Oye!

El teléfono sonaba fuerte en el vestíbulo y corrió hacia él. Era la voz de

él en su oído, cálida, ardiente y rica. Tenía una hermosa y tierna voz, no profunda, sino ligera como la de una mujer.

—¿Joan?

—Martin... Martin...

—Ven a buscarme dentro de diez minutos, dulzura. ¿En el mismo sitio?

—Sí.

Colgó el auricular con suavidad, se metió en su abrigo y corrió, con la cabeza descubierta, desde la casa hacia la oscuridad.

Pero su madre seguía aún en ella. Por mucho que contestara, rebelde; por mucho que corriera; por mucho que se gritara a sí misma en la oscuridad que

ahora elegiría su propio camino y viviría su propia vida, su madre la había llevado en sí y ahora parecía que de alguna forma extraña compartían sus cuerpos. Una vez había sido pequeña y encogida, una testaruda parte de la naturaleza más grande de su madre. Ahora, en su propio ser más fuerte y joven, su madre seguía teniendo una pequeña parte, terca y oscura. No podía verse libre de ella.

Continuó por la fría penumbra, halló a Martin fuera de la estación y avanzó apasionadamente en la sombra para buscar sus brazos y sus labios. Pero aunque estaba oscuro, él retrocedió.

—Espera —musitó—. Espera.

Alguien más se apeó del tren detrás de mí.

Se mantuvo apartado un instante, aguardando en silencio. Una figura de muchacha pasó a cierta distancia.

—¿La has reconocido? —preguntó él en un susurro.

—No —respondió brevemente y en voz alta. Su madre, dentro de ella, le hizo contestar así. Su madre, en ella, le hizo continuar en contra de su voluntad —: ¿Qué nos importa? Odio andar escurriéndome.

—No es escurrirse, querida mía — le contestó con dulzura—. Sólo es ser discretos.

La tomó del brazo, engatusándola, y

ya no pudo replicar. Anduvieron muy cerca el uno del otro en el atardecer, a lo largo de una calle lateral que bordeaba los edificios del extremo opuesto del pueblo donde vivían. Ella anhelaba apasionadamente sus brazos. Ansiaba sus caricias. No quería enfadarle, porque cuando se enfadaba no sonreía. Entonces quedaba en silencio y apartaba los brazos. Si se enojaba era capaz de dejarla, repentinamente, en silencio absoluto. Pero su madre persistía en ella.

—¿Por qué tenemos que ser discretos? No tenemos nada que ocultar.

—Encanto... —empezó él buscando su mano y poniéndola dentro de su

abrigo, sobre el pecho. Ella la sintió allí, viva, con una vida separada. Pero una vez más su madre la hizo ser dura con él. No había querido escuchar lo que ésta tenía que decirle, pero lo había oído y lo repetía una y otra vez.

—¿Cuál va a ser el fin, además? Martin, ¿es que nunca vamos a decírselo a nadie?

Entonces él se detuvo y en la solitaria y oscura calle la tomó en sus brazos y la besó. En contra de esto la voz de su madre luchó una vez más.

—¿Es que nuestro amor jamás va a conducir a nada?

No hubo más respuesta que su besos. La retenía contra su caliente y delgado

cuerpo y la besaba una y otra vez, y otra vez más, con besos duros, fuertes y experimentados, que actuaban intolerablemente sobre su carne joven y desacostumbrada. Por un momento, el torbellino en sus oídos apagó la voz de su madre, la tormenta de su propia sangre ardiente y alterada. Apoyó la cabeza en el hombro de él y permaneció temblando.

En casa, la madre no le habló más de ello. Pasaron los días y no le dijo nada más. Seguía practicando sus tareas caseras, y si estaba silenciosa, Joan no podía hablar de ello. No preguntaba por

qué guardaba silencio su madre, porque no quería que alteraran su amor. No quería renunciar a su amor. Trabajaba todos los días en su música, largas horas sola en su cuarto, largas horas sola en la iglesia vacía, pero ahora no estaba jamás solitaria. Había concebido la idea de una secuencia amorosa en música. Cada día pondría en ella parte del sentido de su amor por Martin. Pero aún no había empezado a escribir verdaderamente, a darle forma. Todavía no era sino una serie de melodías en su imaginación.

Ahora vivía enteramente en la vida secreta de su repentina pasión. Siempre era agradable con su madre, siempre

dispuesta a ayudarla, a aplacarla. En sus labios había un grito dispuesto: «¡Deja que yo lo haga por ti, madre!». A veces ella le permitía cogerle la escoba o el trapo del polvo, pero otras no. A veces le respondía con tranquilidad: «Gracias, hija». Pero otras, exclamaba con amargura:

—Vete y haz lo que de veras quieres hacer.

En su amargura, miró una vez a Joan y le dijo tristemente:

—Esperaba demasiado..., siempre parece que he esperado demasiado de mis hijos.

Entonces Joan salió rápida y silenciosamente, pues no quería oír a su

madre hablar de lo que ahora la alimentaba.

Pero seguía deseando el antiguo cariño familiar a su alrededor, y ahora se volvía ansiosa hacia su padre, agradecida por su inocente ignorancia de cuanto ocurría. Sabía que la madre no le había dicho nada... ¿Para qué hablarle a él, que sólo entendía los misterios de Dios? Así, durante el día, mientras esperaba la noche y a Martín, para poder escapar de su madre salía a veces con el padre por caminos campestres cuando iba a visitar a sus feligreses, y permanecía callada o le escuchaba hablar de sus lejanos pensamientos.

En silencio pensaba en Martin. Pero no pensaba verdaderamente. No es que su cerebro pronunciara palabras y formara pensamientos acerca de él. Era sólo que si se quedaba sola un instante, sin ocupación, sin palabras en sus oídos, herramientas en sus manos, algo que hacer, de pronto se sentía vacía y en aquel vacío no había sino Martin. Nada de cuanto pudiera leer en libros, nada de lo que una vez aprendiera en la Universidad, tenía para ella sentido alguno ahora. Tenía que haber algo para que sus manos y pies trabajaran, oír y poder responder a una pregunta, porque si no, se sentía vacía y en el vacío estaba Martin.

Por eso, cuando su padre hablaba, le escuchaba superficialmente, respondiendo a lo que apenas había oído. Decía, no hablándole a ella, sino a sí mismo, a Dios en voz alta, como lo hacía con frecuencia al recorrer los caminos vecinales:

—Debo ampliar la capilla de South End. Me apena constantemente que en ese pueblo de varios centenares de almas no haya una verdadera iglesia. Las personas viven juntas como salvajes, sin leyes matrimoniales, y los niños no están bautizados. Aunque sean negros, sin embargo son almas a los ojos de Dios. Pero necesito ayuda..., necesito ayuda... Los de Middlehope no

me ayudan...

Le escuchaba, y por un momento le oía. Almas negras... Recordó a la señorita Kinney y África. South End era como África. Las gentes eran negras. Eran salvajes..., es decir, que vivían juntas sin leyes matrimoniales. En las reuniones misioneras nadie hablaba de South End. Pero desde que nació había sabido que a la gente no le gustaba pasar por allí de noche. Desde que se cerró la fábrica, las cosas habían ido a peor, con disputas y peleas entre familias. Peter Weeks andaba siempre diciendo que la iba a volver a abrir, pero entretanto la gente holgaba, esperando, discutiendo y bebiendo.

La voz de su padre continuaba suave y tranquila.

—Pero si mi pueblo no lo ve como yo, puedo al menos decir como dijo también Cristo: «Tengo otras ovejas que no son de este rebaño». Les diré que Dios me ha hablado de ello. Obraré según la llamada divina y dejaré en manos de Dios el que mi pueblo oiga también su voz.

Hablaba con tanta decisión como si lo que pensaba hacer estuviera ya hecho.

Ella no le contestaba y le dejaba hablar. Al volver hacia casa, el padre dio la vuelta al pequeño y viejo coche al pasar por South End. Condujo despacio y pasó junto a la capilla, henchido de

planes.

—Es un sitio feo —dijo ella mirando la sucia calle rota, las gentes mugrientas dando tumbos fuera de las puertas.

—Es feo porque está lleno de pecado —le respondió él tranquilamente.

Pero no quería oírle. Quería salir corriendo de South End e ir a casa, porque era tarde y tenía que ir a ver a Martin.

Pero también su padre tenía una parte en ella. Si su madre la había formado y alimentado su cuerpo, aquí estaba su padre: él había alimentado su espíritu. Día a día, semana a semana,

con su presencia, sus palabras, había formado algo en ella. La parte de su madre era apasionada, oscura, fuerte y dura, llena de buen sentido. «Nunca se casará contigo», exclamaba ahora en ella constantemente. Pero la parte de su padre no era más débil que la de la madre. No estaba en su sangre. No había formado sus huesos o creado su carne, pero le había soplado cierta clase de vida, una vida no de este mundo. Le había formado el espíritu. Le había dicho: «Es feo porque está lleno de pecado», y ella le había comprendido.

Ya no podría vivir siempre sola en su cuerpo con Martin. También su alma sentía apetito. Su padre no había

satisfecho su alma, pero la había alimentado lo bastante para mantenerla viva. Estaba viva y hambrienta dentro de sí, y quería hablar a Martin, sentir la mente de él y la suya en comunión. Pero él no decía nada. Cuando le hablaba, escuchaba sonriente, tolerante como ante un niño, y después la cogía en sus brazos y la besaba una y otra vez. Era su única respuesta, y al cabo de cierto tiempo ella vio, vagamente, que aquello no bastaría.

Pero todavía era bastante, o casi bastante para tener alegría. La fuerza misma que la parte de su madre daba a su ser, aquella oscura y terrenal fuerza, le hacía sentir ansia de alegría, y Martin

era lo único que podía traérsela. No le veía por sí mismo, sino como instrumento para tal fin. Pues en verdad era alegría que la besara con tanta frecuencia, pues eran los labios de un hombre sobre los suyos. Era alegría notar sus manos encima de las de ella, aunque se sentía avergonzada en secreto porque eran más anchas que las de él y más duras en la palma. Era alegría sentir sus caricias suavemente en la garganta, delicadamente en su pecho. Ella llamaba a estos labios, estas manos, esta forma de hombre que la conmovía, Martin. El hecho de que también consiguiera conmover su corazón mediante la música no hacía que el verdadero

Martin apareciera más claro ante ella. Él la tenía por la sangre.

Y sin embargo, no hacía más que besarla y acariciarla cuando estaban solos... Nada más. Era muy precavido. Ella se alegraba con muy poca cosa... Un momento cada día cuando podía encontrarle en el tren, media hora en la iglesia, cuando estaban solos los viernes, allí, junto al órgano, se inclinaba mientras él tocaba, apoyando la mejilla contra su cabello, observando las ágiles y suaves manos estrechas sobre las teclas. O cuando le esperaba, sentada en silencio en el banco mientras él repetía una y otra vez una frase que no le gustaba. Y él la dejaba esperando.

Ahora, al transcurrir los meses, él cambiaba con tanta frecuencia como cambia una mujer... Ella no, porque no sabría cómo. Era su naturaleza ser recta y sencilla, no cambiante. Pero él era delicadamente ardiente o frío, y ella no sabía qué hacer, o cómo adaptarse a su versatilidad. A veces él estaba inquieto y la obligaba a dejarle pronto. La iglesia, decía, estaba tan cerca de sus padres... Podrían descubrirlos. Temía que su madre los descubriera. Era a un tiempo frío y caliente, una extraña criatura fría y caliente. A veces la tenía esperando entristecida, tímida a causa de su juventud y la madurez de él. A veces venía a practicar tarde, y decía

sólo al encontrarla ya allí: «Buenos días, Joan», como si fuera una niña, y se iba directamente al órgano y empezaba a tocar, sin acercarse a ella. En su alejamiento se comportaba como si nunca la hubiera acariciado. Entonces no sabía qué hacer. Una vez, en primavera, en la furia de sentirse herida, había corrido cuidadosamente fuera de la iglesia hasta su propio cuarto, y se había sentado allí temblando, junto a la ventana que aún tuvo que abrir para oírle tocar. Siguió tocando incesantemente. Seguramente ni siquiera se volvería una vez para ver si ella estaba allí. Cuando al fin se detuvo, cerró la ventana... Ahora la echaría de

menos. Ahora, con algún pretexto, vendría a la puerta de la casa rectoral y preguntaría por ella...

Pero no lo hizo. Le vio andar despacio y graciosamente calle abajo hasta la casa de su madre. Aquel día y el siguiente no fue a encontrarle en parte alguna. Él no la llamó, y se vio obligada a guardar silencio. El domingo por la mañana fue a la iglesia, ante la gente, como hacía siempre, pero no la miró. Ahora Joan sentía el corazón como un perrillo apaleado. Por su propio bien no debía ir más a reunirse con él. Se juró que no le vería por la tarde, en el rincón muy escondido que tenían, un vallecillo como un pozo entre dos pequeñas y

agudas colinas, a mitad de camino de South End.

Pero fue. Él estaba allí ya y sin una palabra empezó a besarla y acariciarla con sus suaves y expertas manos. Y ella no tuvo valor para preguntarle por qué, los días antes, no la había besado, no había querido acariciarla. No le comprendía. Era extraño y no se le podía entender. Sólo le preguntó con tristeza, tras un largo silencio:

—¿Por qué me quieres?

—¿Por qué te quiero? —repitió. Se habían levantado del tronco donde estaban sentados. La miró y de nuevo brilló en sus ojos el ardor—. Eres como un muchachito encantador, Joan. Te

quiero porque eres deliciosa..., y como un chico... Tienes cabeza de chico y boca de chico. Mira tus manos. — Mantuvo abierta sobre su propia palma su mano fuerte y grande—. ¡Incluso tu mano es como la de un muchacho! Quisiera que te cortaras el cabello largo.

Su rostro era seco y moreno, arrugado bajo la cruda luz del sol, y por primera vez le pareció viejo. Durante un instante le vio por sí mismo, como Martin Bradley que siempre había vivido en el pueblo. Algo la repelió. ¿Había cierto olor en él? Era ligeramente dulzón, ligeramente vil. Era como un perfume que hubiera puesto una

mujer en su pañuelo el día anterior.

—Nunca nos casaremos —dijo ella de pronto.

—Cariño... —empezó.

—Tú nunca te casarás con nadie.

—Cariño... —volvió a empezar, atrayéndola hacia él por la mano que retenía.

—No —dijo bruscamente—. Me voy a South End a buscar a mi padre a la misión.

Recordó que los domingos por la tarde su padre iba a South End. Podía ir en su busca. Lo necesitaba.

Se apartó y le dejó en el sitio. Continuó, con su cuerpo erguido y duro, y no miró atrás ni una vez para ver qué

hacía. Pero dentro de sí empezó a llorar. Tras su rostro inmóvil y grave lloraba interiormente con amargura, y al preguntarse por qué, se halló llorando en su corazón: «Ojalá no hubiera sido él quien me besara el primero». Pero obligó a sus pies a seguir adelante y pronto estuvo en la puerta de la capilla de su padre.

En la pequeña y desnuda habitación se sentó muy al final y observó. La sala estaba abarrotada de gentes ruidosas y curiosas. Eran oscuras y malhumoradas. Había otras amarillas y lívidas. Estaban llenas de sangre blanca y negra, de sangre mal mezclada y llena de corrientes cruzadas. Pero al hacerse

viejos, sus rostros se volvían plácidos, ancianos, más allá del bien o del mal, tan tranquilos tras los malos años como los del señor Marker o la señora Parsons en su bondad. Todos los rostros estaban vueltos hacia su padre, que los dominaba desde lo alto.

También ella volvió su cara hacia él, con un creciente sentimiento de seguridad. Se podía confiar en él, porque era tan bueno, tan sencillamente bueno. De nuevo alzó su rostro.

Pero en su cuerpo algo latía y dolía muchísimo. Defraudado, denegado, se volvía sobre sí mismo con su ardor. ¿A qué conducían entonces caricias y besos?, se preguntaba su cuerpo

apasionadamente. A lo que su sensato cerebro respondía fría e incesantemente: «Nunca se hubiera casado conmigo».

Por eso se volvió a su padre y recibió de él, hambrienta, otra clase de alimento. Entre los demás se sentó para recibir ciertas palabras.

—... Y Jesús, dijo: «Venid a mí todos vosotros...».

Ésta era la clase de alimento que su padre le daba también, al dárselo a los demás. Escuchó ansiosa la historia del hijo pródigo. Escuchó, anhelando algo del padre.

Pero luego le pareció que, después de todo, no podría soportar su irreal presencia física. Mientras se preparaba

para la bendición sobre la inquieta multitud medio dominada, ella salió al exterior, caminando solitaria por el camino vecinal hacia su casa. Se alegraba de la media luz. Ya no tenía necesidad de volver la cabeza hacia el vallecito, ninguna necesidad, pues hacía mucho que él se había ido. Ya estaba libre de él. ¡No más..., no más besos suyos! Sus padres la tenían de nuevo. Volvería a ellos. Mañana se humillaría y diría a su madre:

—He sido una estúpida.

El hijo pródigo de la antigua historia había dicho hacía dos mil años: «He pecado». Tal vez fuera lo mismo. Se volvió para entrar en la puerta de la

rectoral.

Al hacerlo vio a alguien allí, de pie, esperándola. No era un hombre... Martin, no. Era una mujer. Una mano temblorosa se alargó hacia ella asiéndola, y la reconoció.

—¡Vaya, Netta Weeks! —exclamó.

Obligó a su voz a sonar alegre. ¡Pobre Netta, para la que siempre estaba demasiado ocupada! Nunca había tenido una charla con ella.

—¿Sí, Netta?

—Tenía que venir, Joan... Tenía que verte... Todo el mundo dice..., dicen... —la voz se ahogó, la temblorosa mano intentó liberarse.

—¿Qué dicen? —exigió Joan,

sujetándola fuerte.

—Tú y Martin... Y yo os vi una vez..., al bajar del tren... Le vi... Oh, Joan, nunca se lo he dicho a nadie, pero solíamos salir juntos..., y creí..., ¡estaba segura de que si alguna vez se casaba con alguien sería conmigo!

Ahora la invadía una fortaleza, una fuerza buena, burlona, orgullosa. Oh, ¿cómo conseguiría verse jamás limpia de sus besos?

—¿Es así? —oyó su propia voz, clara y fría—: Estoy segura de que tenía esa intención. No hay nada entre Martin Bradley y yo.

—¡Oh, Joan! —En la oscuridad sintió la mano de Netta posarse en su

hombro; la oyó sollozar—. ¡Oh, Joan, me siento tan aliviada...!

Se apartó de la inclinada cabeza, de la débil mano. No quería que la tocaran. Nadie debía tocarla.

—Nada..., nada en absoluto — repitió animadamente—: Buenas noches. —Se dirigió con rapidez hacia la casa.

Pero nunca fue a su madre con ninguna confesión sobre sí misma. Se la ahorraron. No pudo hablar aquella misma noche, no con aquel seco y estéril dolor que llevaba en su defraudado cuerpo. Era un dolor tan seco que se sintió febril. Tenía la boca seca, las palmas de las manos secas, al pensar: «No le veré nunca más..., no le veré. Si

vuelve, debo recordar el momento de esta tarde en que le he odiado. Debo asirme pronto a ese odio, porque nunca me ha amado de veras..., nunca ha querido casarse conmigo. Mientras yo le amaba terriblemente, él sólo..., jugaba».

Apenas podía ver a los demás a la luz de la lámpara. Junto al fuego con ellos, se sentía inmensamente sola. Los veía y los oía como de lejos. Su padre decía:

—He tenido una reunión muy buena en la misión, Mary. Creo que el Espíritu está obrando entre esas gentes.

Francis estaba en la habitación contigua, silbando mientras afilaba un lápiz para sus deberes. Ella conocía la

melodía, la había oído con frecuencia durante el invierno, la había cantado junto a una fogata, alegrándose al saber que mientras cantaba su voz surgía tan clara como la nota del malvís sobre las demás, pero no podría haber dicho el nombre de esta noche. Su madre leyó en voz alta una carta de Rose, pero no pudo comprender lo que decía, aunque su madre dijo, contenta, al doblar la carta:

—Me alegro de que el cachemir le sentara bien. El oro es casi del color de sus ojos.

Nada le resultaba cercano. Se sentó profundamente encogida en la vieja silla azul, dirigiendo sus ojos hacia las llamas, llorando para sí: «¿Cómo podré

verme nunca limpia de sus besos?». Y después, para terror suyo, lanzó otro lamento: «¿Qué haré si nunca vuelve a besarme?». Se estremeció y se quedó mirando el fuego con fijeza, el libro abierto sobre las rodillas. ¿Dónde estaban? ¿Por qué no se le acercaban los que eran los suyos? ¿Por qué estaba frío el fuego? La madre captó su mirada y su instinto se despertó, como un pájaro asustado por un viento tempestuoso, amenazando tormenta.

—¿Joan, estás enferma!

—No. Enferma, no —respondió con presteza—. Estoy cansada. Me voy a la cama. Estoy bien.

Escapó de ellos. No podía hablar

esa noche, no podía cuando dos voces gritaban en su interior. ¿Cómo podría silenciar una..., cómo no hablar lo que no deseaba decir? Debería esperar hasta ver claro, hasta estar segura de que se alegraba de que Martin no volviera a tocarla nunca más. Se echó en la cama y empezó a sollozar de pronto, silenciosamente, con la cara en la almohada. Se abrió la puerta y detuvo sus sollozos instantáneamente. Retuvo el aliento. Era su madre, que venía inquieta.

—¿Estás segura de que te encuentras bien, hija?

Tragó saliva y volvió el rostro en la oscuridad. Habló con una voz igual y

ligera.

—Segura... Sólo tengo sueño.

Su madre se acercó al lecho y fue a darle uno de sus raros besos. Pero no hizo movimiento alguno por recibirlo, y en la oscuridad el beso cayó sobre el pelo. La madre rió.

—¿Dónde estás? Aquí... ¡Buenas noches, queridita! —Dio unos golpecitos sobre las mantas esperando un instante.

Pero Joan volvió a hablar con voz ligera y sin alteraciones.

—Buenas noches.

La madre salió y cerró la puerta. Tal vez pudiera decírselo mañana. Pero hoy sentía el pecho duro, frío y cerrado.

Tenía que llorar para aliviarse, llorar cuanto pudiera, para poder dormir al fin.

La despertó un golpe suave e incierto a la puerta. No era una llamada conocida. La oyó a través de su sueño y le pareció que volvía de un lejano lugar hasta que escuchó su propia voz que decía somnolienta:

—Sí..., sí, adelante.

Pero no estaba despierta. No se despertó hasta que se abrió la puerta y vio a su padre allí parado en el umbral, estrechamente atado sobre el cuerpo su albornoz gris. Parecía inmensamente alto y delgado y de entre los pliegues de la solapa surgía su cuello, fino e inclinado como el de un pájaro, y sobre

el que la cabeza, con la amplia frente blanca, parecía demasiado grande.

—Será mejor que te levantes, Joan. Tu madre está enferma esta mañana.

—Ahora mismo voy —dijo, sintiéndose entonces totalmente despierta.

Pero aunque la alarma pulsaba en su corazón, esperó a saltar de la cama hasta que él hubo cerrado la puerta suavemente y con cuidado, hasta que oyó deslizarse sus zapatillas por el vestíbulo. Siempre se había sentido tímido de su cuerpo ante sus hijos. Ella no le había visto casi con el albornoz gris excepto como una fantasmal figura deslizándose dentro y fuera del cuarto

de baño, con una toalla al brazo. Si se la encontraba en tales ocasiones, nunca le hablaba. Por él se detuvo ahora a abrocharse su propio quimono firmemente a la cintura y a ponerse las zapatillas. Pero no esperó más. Corrió temerosa por el vestíbulo. Algo iba a suceder. En la mañana temprana sentía que la vida presionaba, pesaba, amenazadora, desconocida. Ante la puerta de su madre vaciló, temiendo no tanto el atravesarla como el empezar algo que estaba a punto de cambiar.

—Tengo que entrar —se dijo casi en voz alta, y abrió, con miedo, la puerta.

Al instante se acentuó su temor y se fijó en la cara que tenía delante. La

habitación estaba vacía a excepción del rostro de la madre, sobre la almohada, vuelto hacia la puerta, esperando que se abriera. Las mantas estaban apretadas alrededor de los hombros, alrededor del cuello. Su cuerpo parecía pequeño y apenas abultaba bajo las ropas. Pero el rostro era vivido. Ajado y extrañamente amarillento a la luz de la mañana, vivía a causa de los grandes ojos oscuros y desesperados.

—Tengo que ceder, Joan. Son mis piernas. No me sostienen. Me he levantado a bañarme y han cedido como palitroques podridos.

Se quedó contemplando la cara de su madre, horrorizada ante el cambio.

Claro que no había tenido este aspecto el día antes... Esto no era más que la blancura de la almohada y del cubrecama; no era sino la frialdad del cabello gris retirado de la frente. Tuvo miedo de nuevo.

—¿Qué puedo hacer?

—Baja a la cocina cuando te hayas vestido. —Era su madre la que decidía, y esto la confortó inmediatamente—. Cuida de que todo esté bien en el desayuno. Vamos a ver... Es lunes. Di a Hannah que no compre mucha carne..., que no compre un solomillo grande o cosas así. Sobró bastante ayer... Quizá para mañana tendremos judías guisadas para comer y ese picadillo para hoy. A

Frank le gustan las judías. Cuida de que tu padre tome sus dos tazas de café... Seguro que se le olvida pedir las. Yo había empezado a escribir a Rose. Encontrarás la carta en mi escritorio. Ponle unas líneas para decirle que hoy no me encuentro bien, pero que me levantaré mañana, y échasela al correo para que la reciba mañana. Ahora date prisa, querida...

—Sí, madre. —Se sintió más ligera. Oyendo estos encargos, escuchando la voz fuerte maternal, la habitación volvía a parecerle natural. Su madre dio media vuelta y cerró los ojos. Ahora parecía más como era y como solía estar cuando dormía. Al cerrarse aquellos grandes

ojos sombríos, su rostro parecía de nuevo el mismo.

—¿No quieres tomar nada?

—No —repuso medio dormida—. Sólo quiero descansar. Mañana me levantaré. Hoy voy a descansar un poco. Es una ayuda tan grande tenerte a ti...

Su voz decayó en un susurro y Joan salió. Pero en la puerta la llamada de su madre la detuvo y la hizo volver. Sonó tan fuerte y claramente que se volvió al instante y vio sus ojos abiertos otra vez.

—Si Hannah ha servido huevos para el desayuno, y lo hará a menos que no le digas tú lo contrario, casca el de Frank por él. No le gustan las cosas calientes. Su piel es tan delicada...

Los ojos permanecieron abiertos hasta que la muchacha contestó:

—Así lo haré, madre.

Ocupando el lugar de su madre a la mesa se sintió extraña a sí misma. Todo parecía extraño, porque ella no estaba allí. Era la que los unía en un ser, y cuando no estaba en su puesto se sentían separados, inconstantes y críticos los unos de los otros.

—Me has endulzado demasiado el café —le dijo su padre en suave y sorprendida protesta.

—Oh, lo siento —replicó, igualmente sorprendida.

Así que, al contrario de lo que parecía, no comía cuanto le ponían

delante. Era que su madre le ponía siempre a mano lo que le gustaba. Llegaron los huevos hervidos y cascó dos en una taza para Francis, ligeramente irritada por dentro al quemarse los dedos. ¿Por qué no podían quemarse los de él? Como de costumbre, llegaba tarde a desayunar. Tenía que haberle llamado. Recordaba ahora que todos los días su madre le llamaba varias veces, y esta mañana se había olvidado completamente de hacerlo. Tenía que ir..., pero antes de que pudiera levantarse, ya estaba él en la puerta.

—Decid, ¿qué pasa? —preguntó, indignado. Se detuvo, posando en Joan

unos ojos atónitos—. Eh, ¿dónde está mamá?

—Está enferma —repuso Joan fríamente. Pero al mirar el tempestuoso rostro sintió que empezaba a pensar como su madre. Las mejillas del muchacho eran rojas y morenas, se había puesto la corbata roja. Su voz se suavizó—. Se me olvidó que ella te llama siempre. Aquí están tus huevos. Es tarde. Será mejor que empieces.

Ahora recordaba lo que su madre hacía por Francis. Ahora se daba cuenta de que siempre se había fijado con cierta pequeña y secreta envidia en todo cuanto ella había hecho por Francis. Pero también ella lo hizo todo esta

mañana, medio en contra de su voluntad, poniendo mantequilla en sus tostadas, poniendo azúcar y leche en su café, alcanzándole la mermelada. Hasta su voz sonaba entonces como la de su madre.

—Hannah, traiga nuevas tostadas para Francis. Frank, pásame la taza de papá.

Entonces, perversamente, halló placer en ello, el placer de tener algo que hacer. La noche anterior había llorado hasta dormirse... Ayer se había visto con Martin en el rincón donde nunca más le vería. Pero esta mañana su vida era ya otra. Había cosas que tenía que hacer..., una casa, una familia, una

mujer enferma a la que atender. Cuando Francis hubo engullido su desayuno y corrido escalera arriba a ver a su madre, antes de ir al colegio, cuando su padre se hubo secado los labios y doblado su servilleta con meticulosidad en el viejo servilletero de plata que tenía desde que era niño, y se hubo ido a su estudio como de costumbre, sintió cierto placer en sentarse en el puesto de su madre. Era agradable contestar a Hannah.

—Señorita Joan, será mejor que me vaya ya a la carnicería.

—Creo que hoy no tiene necesidad de ir, Hannah. Mañana comeremos judías guisadas... A Francis le gustan..., y hoy podemos comer la carne que sobró

convertida en picadillo.

—Como usted diga —respondió Hannah, dócil como nunca lo había sido antes, Hannah, que una vez le había pegado por echar un bote de café en el fregadero. Recogió los platos y se fue a la cocina.

Ahora, sentada en el sitio de su madre, toda la habitación empezaba a tomar nueva forma a su alrededor. Era casi como un cuarto extraño de otra casa. Toda su vida había visto la mesa, las sillas, los cuadros, el viejo aparador labrado, desde su propio sitio y en una cierta composición idéntica de platos y ángulos. En este momento todos parecían cambiados, e igualmente el

jardín mientras miraba por la ventana. Podía ver lo que antes no había visto cuando se sentaba a la mesa: la esquina norte del prado, los dos grandes arcos frente a la iglesia y la puntiaguda torre, de punta truncada. Dejó que toda la casa girara extrañamente a su alrededor. Hoy era algo más de lo que había sido ayer. Ayer había mirado hacia su madre, pero hoy la miraba a ella, y también para ella era más de lo que había sido jamás. Ayer, tan sólo ayer por la tarde, no había sino un sitio de donde huir. Tras la aburrida comida dominical, la había encontrado pesada, monótona y cerrada a su alrededor, se había sentido impaciente contra su deslustre y por ello

había escapado hacia el sol, y después, en contra de su voluntad, sus pies la habían llevado al vallecito. Pero esta mañana ya no deseaba escapar... Tenía que recorrer toda la casa, corrigiendo, refrescando, poniendo flores nuevas en los jarrones. Casi era su propia casa.

—¿Aún estás aquí? —dijo Francis abriendo la puerta y asomando la cabeza por la abertura—. Oye, Joan, no he querido despertarla. Estaba profundamente dormida y parece enormemente cansada, aunque duerme. Además, no quería decirle que esta noche llegaré tarde... Vamos por ahí..., un grupo...

—Pero Frank, tus lecciones... —se

halló diciendo ansiosamente por su madre.

—Eso es asunto mío —replicó, cerrando la puerta de golpe.

Para él no era sino ella misma.

Saltó de la silla. Por un momento se sintió furiosa con él, una furia de hermana, pero su padre entró desvalido y se detuvo.

—¿Qué ocurre, padre?

—Los lunes por la mañana hago generalmente visitas pastorales y he perdido mi cuaderno. No me acuerdo dónde fui la última vez, y por lo general marco el nombre. Tu madre me escribió toda la lista en orden alfabético en un cuadernito negro y no puedo hallarlo.

De nuevo la necesitaban y se sintió calmada de la independencia de Francis.

—¿Dónde lo tenías, querido? —Su voz estaba llena de amabilidad, como la de su madre cuando ayudaba a alguien.

Él se llevó la mano a la frente en un gesto de desconcierto.

—No consigo recordar —dijo, agitado—. Tu madre...

Por un momento le resultaba tan distinto como la casa. ¿Era esta sencilla criatura el sacerdote de Dios que veía salir de la sacristía todos los domingos, por la mañana para predicarles a todos, radiante de seguridad?

Le dijo, como hubiera dicho para consolar a un niño:

—Tiene que estar en alguna parte del estudio. Iré a buscarlo.

Salió, y él la siguió esperanzado. Lo encontró bajo un montón de papeles.

—¿Es éste? —preguntó sonriente, alargárselo.

—Sí —respondió, y soltó una risa pequeña y silenciosa, sentándose a su mesa, olvidándola al instante.

Volvió al comedor y empezó a poner orden. Se apresuraba feliz. Había mucho quehacer.

Durante toda la mañana la casa se le fue apareciendo así más extraña y más real. Entró varias veces de puntillas en el cuarto de su madre, pero en todas, ella descansaba inmóvil, dormida. Hasta

entonces su propia habitación había sido la única parte real de la casa. Allí se había sentido meticulosa, colocando los muebles con exactitud, estudiando el efecto de cada cuadro y cada pequeño adorno. Pero el resto de la casa le había sido neutro, un lugar donde vivir y compartir la vida. Había algunos cuadros que no le gustaban y en secreto había deseado al volver de la Universidad que su madre los descolgara. Con frecuencia había pensado: «Si alguna vez tengo la oportunidad, los quitaré». Ahora los contemplaba incierta... *La Esperanza sentada sobre el mundo, Cristo entrando en Jerusalén, Samuel en el*

templo. Pero... no, su madre se levantaría mañana. La casa no era enteramente suya.

Llegó el día siguiente, pero su madre no se levantó. Cuando Joan entró en su cuarto, ya no le pareció extraño verla allí acostada. Pero esta vez había temor en los ojos maternos.

—Será mejor que llames al doctor Crabbe, Joan. No puedo levantarme y lavarme sola. Trae aquí la palangana, querida.

Ésta no era una debilidad corriente. Joan, turbada, vio cómo se lavaba, despacio, deteniéndose con frecuencia a descansar. La piel de su cara y sus manos brillaba amarillenta. Se recostó y

cerró los ojos. Los párpados eran como sombras sobre su rostro. Joan se escurrió silenciosa con la palangana y las toallas, las depositó en su lugar y corrió a buscar a su padre.

A esta hora, las siete de la mañana, estaba donde siempre durante treinta años. Llamó furiosamente a la puerta del estudio, pues ni aun ahora se hubiera atrevido a entrar de otra manera. Había visto allí a su madre llamando. Tocaba impaciente y asustada, y después, sin esperar, entró en el cuarto. Él estaba de rodillas junto al gastado sillón de cuero marrón, la cabeza entre las manos. Al ruido de su entrada alzó la vista.

—¡Padre..., padre, mamá está muy

enferma esta mañana...! ¡Tienes que ir a buscar al doctor Crabbe!

Se la quedó mirando, atónito. El cambio le resultaba demasiado brusco. Había estado inundado en el aura de Dios y ahora volvía a esta triste habitación.

—Parecía dormir tranquila toda la noche —protestó con suavidad—. Apenas se movía, aunque otras veces me ha agitado con tanto moverse. Cuando la he dejado esta mañana todavía dormía.

Estaba tan sorprendido que había olvidado ponerse en pie.

Joan, que le contemplaba con agudeza, le vio absurdo, de rodillas, sus pálidos ojos azules mirándola infantiles

y desconcertados.

—Ahora está muy enferma —repitió con aspereza—. Tú o Francis debéis ir en busca del doctor Crabbe... Francis... Enviaré a Francis.

Salió corriendo. Claro está que Francis sería más rápido que este anciano. Era la primera vez que ella se había dado cuenta de que era verdaderamente anciano.

—¡Frank, Frank! —llamó, trepando por la escalera. Irrumpió en su cuarto—. ¡Frank!

Dormía profundamente. El sol inundaba el lecho y su cara y en su sueño hacía ligeras muecas contra la fuerte luz, fruncidas las negras cejas,

arrugada la boca en su decisión de dormir. Estaba hermoso en su sueño, al sol. Aun en su prisa captó ella el instante de su belleza, lleno de juventud e inquietud, aunque dormido. Le sacudió por el hombro.

—¡Frank, levántate! Vístete pronto y busca al doctor Crabbe. Coge el coche y tráetelo contigo.

Con la claridad, cerca de él, vio la primera pelusa de barba cerca de sus labios y en la barbilla. Estaba afeitada. ¡Francis afeitándose! No había dicho nada. Sin que ninguno lo supiera se había convertido en un hombre. Había ido y comprado a escondidas una navaja y se había afeitado. Nadie lo sabía, tal

vez su madre.

—¿Qué? —exclamó.

Sus ojos se abrieron por completo y alzó la vista, instantáneamente despierto y comprendiendo.

—Se trata de madre.

—¡Sal de aquí! —aulló, saltando del lecho—. ¿Cómo voy a vestirme si no sales?

Se marchó tranquilizada. Daba fuerza sentir su impaciencia y su prisa. Siempre le había considerado un muchacho, un niño, un niño más joven. Le recordaba como un fuerte e impetuoso rorro, un niño ceñudo de rojas mejillas. Durante años había sido alocado, dando tumbos por las

escaleras, comiendo vorazmente, pidiendo a gritos sus libertades, absorto en su próxima diversión. Ahora no era nada de eso. Era la única persona a quien podía dirigirse. Había saltado de la cama, alto, un hombre. Era fuerte. Llevaban la misma sangre...

Arriba, se detuvo a escuchar ante la puerta de su madre. Oyó los sonoros pasos del chico, y un minuto después, el rugido del motor. Miró por la última ventana del vestíbulo. Se había ido en un torbellino de humo y gravilla removida.

Abajo, en la sala de estar, el doctor Crabbe depositaba sobre sus hombros el

peso de la vida de su madre. El desayuno, no consumido, estaba frío en el comedor y Hannah estaba sorbiendo y escuchando en la entrada. Su padre se hallaba allí, el rostro solemne, los ojos graves, puros y exaltados. En sus labios, la gran paz de su continua oración: «¿Es ésta tu voluntad, Señor? Hágase tu voluntad». Francis, junto a la ventana, contemplaba el sol invernal, vuelto el rostro a todos los demás. Tenía las manos furiosamente metidas en los bolsillos. Pero era a Joan a quien hablaba el doctor Crabbe, con fuerte y aguda voz, cada palabra subrayada.

—Debería habérmelo dicho hace tiempo, Joan. Ahora no puedo aceptar la

responsabilidad... Tendrás que traer a alguien para una consulta. ¡No puede seguir y seguir con tan mortales dolores!

¡Mortales dolores! Las palabras eran una espada acusadora que partía en dos su corazón. Mientras ella había estado absorta en su estúpido amor, mientras no había oído más voz que la de Martin, visto más rostro que el suyo, soñado en nada más y vivido para nada más, su madre se arrastraba en mortales dolores. Apartó a Martin de sus pensamientos y se volvió con pasión para exclamar, ahogándosele el corazón en la garganta:

—¿Cuánto tiempo cree usted que ha estado sufriendo?

—Meses..., tal vez un año. No

puedo sacarle la verdad... Su maldito ánimo. Siempre ha sido así. Aún no llevabas viva una hora cuando ella ya estaba trinando: «Tengo que levantarme pronto, doctor, en cuanto pueda. Paul tiene que ir al presbiterio». Y aunque la última vez casi se murió, cuando ese grandote de la ventana, pasó lo mismo. «Tengo que levantarme en cuanto pueda...» por una cosa o por otra. Bueno, Joan, pasará mucho tiempo antes de que se levante esta vez, en mi opinión. Lo que tenemos que averiguar es si puede resistir la operación o si es tarde para hacer cualquier cosa.

Del silencio del presagio surgió la voz de Francis, aguda y rota.

—Tráigase al otro doctor, ¿quiere? ¿Qué hacéis todos sentados así? Sólo sentados, sentados...

Volvió hacia ellos su rostro en una mueca para no llorar. Inmediatamente lo apartó.

El doctor Crabbe continuó como si no hubiese visto u oído, y Joan recibió atenta sus recomendaciones sobre la vida de su madre.

—Traeré en seguida un especialista de la ciudad, esta tarde o mañana. Pero significa días y días..., tal vez años de cuidados. Esta clase de cosas se prolonga aunque sea irremediable... Ella tiene una constitución fuerte..., mucha vida..., a menos que decidan

operarla y algo vaya mal.

Días y años, días y años... Se quedó contemplando el viejo y velludo rostro del doctor Crabbe sin verle. Vio transcurrir su propia vida con rapidez... Días y años..., años y años hechos de un día tras otro y tras otro. Renunció a ellos en un momento de visión.

—Yo misma cuidaré de ella —dijo.

—Qué suerte que estés en casa, muchacha —dijo el doctor Crabbe levantándose—, ¡qué buena eres, grande y fuerte! —añadió, bruscamente animado—. Me voy a buscar al otro médico. Ahora ánimo a ustedes tres. Haremos cuanto podamos.

Salió seguidamente, dándose un

golpe en su gruesa rodilla, acariciando delicadamente la mejilla de Joan con su corto índice, palmeando las encorvadas espaldas de Francis y saludando brevemente con la cabeza al padre.

Entonces los tres se quedaron solos. Estaban solos y separados, porque la madre que les había unido no se encontraba allí. La madre los había mantenido juntos, vertiendo en cada uno parte de sí misma y reuniéndolos con partes de ella. Ahora los había dejado. Luchaban por ella, y sólo al verterse ellos en ella podrían unirse. Cada uno debería pensar en hacer algo. Joan vio que su padre se llevaba la mano a la cabeza en un gesto de aturdimiento. Sus

ojos eran vagos, fijos en el suelo.

—Sí..., sí... —musitaba olvidándolos—. Sí, ¡oh Dios!

Se levantó bruscamente y salió del cuarto. Oyeron cerrarse la puerta de su estudio. Estaba en su refugio.

—No puedo ir al colegio —dijo Francis—. No puedo sentarme allí... como cualquier otro día...

Estaba como había estado, de espaldas a ella, encorvados sus agudos omóplatos a través de su vieja chaqueta, metidas las manos en los bolsillos hasta las muñecas.

Pero en Joan había una grande y triste tranquilidad. Miró el desanimado rostro de Francis, y su madre en ella le

hizo pronunciar palabras de consuelo.

—Habrá muchas veces en que te necesitaré, como te he necesitado para ir a buscar al doctor Crabbe. Pero ahora tengo que hacer por ella cosas que tú no puedes hacer. Cada uno tenemos algo especial que hacer, ella desea que todo continúe en casa como hasta ahora.

Echó un vistazo al cuarto. En la pared de enfrente colgaba *La Esperanza* asomándose sobre un mundo gris y desierto. La había detestado tanto... Tan sólo el día antes había estado pensando interiormente en quitarla para hacer suya la casa. Ahora sabía que nunca la descolgaría, pues esta casa nunca sería suya. Era la casa de su madre y así sería

siempre. Podría vivir en ella mientras tomara sobre sí la función de su madre, el ser de su madre.

—Creo que tienes razón —dijo Francis. Se volvió—. Bueno...

Suspiró profundamente y salió del cuarto. Era la primera vez que le oía suspirar. Sonrió con una triste y madura ternura hacia él, y lentamente subió. Ascendía, haciéndose fuerte para lo que la esperaba, para lo que nunca había planeado.

Ahora la madre atraía las vidas de sus hijos. Los atraía con su voluntarioso dominio, por sus catástrofes de

debilidad y por su pequeña alegría. Joan nunca podía saber, aunque abriera la puerta muchas veces al día, qué mujer hallaría en la cama. Entró, cuando Francis ya había salido, para hallarla lavada y fresca, sentada en la cama, limpia y refrescada. Mientras estaban abajo, mientras el doctor Crabbe pronunciaba su condena, se había levantado con una repentina y voluntariosa fuerza, había puesto la mejor ropa de cama y se había vestido con una mañanita color orquídea que Joan le regalara unas Navidades y que nunca había usado por lo delicado de la seda y el encaje color crema, pero que guardaba como un tesoro. Durante dos

años había estado en el cajón, encima, escondiendo bajo su belleza las viejas y repasadas ropas. La guardaba allí por el placer de verla cada vez que abría el cajón.

Hoy, al entrar Joan, estaba reclinada en la cama, débil pero triunfante. Jadeaba un poco.

—Mañana me levantaré —dijo—. Descansaré hoy. Díselo al doctor Crabbe. Francis tiene que ir al colegio. No debes escribir a Rose ni una palabra de esto, porque antes de que le llegue la carta estaré levantada y dando vueltas. Di a Hannah que voy a desayunar. ¿Verdad que estoy preciosa? Es la primera oportunidad que tengo de

ponérmela.

Y Joan se dejó engañar encantada. La mañanita color orquídea, los brillantes ojos sonrientes, el cabello blanco pulcramente anudado, las fuertes manos morenas sobre el embozo la engañaron casi. Bajó corriendo y llamó a Hannah, saliendo después al jardín a cortar un ramillete de violetas de tallo corto para ponerlas en la bandeja. La llevó ella misma, entrando en el cuarto con viva alegría. Después de todo podían estar equivocados todos. No diría nada a Rose todavía.

Los ojos de su madre resplandecieron al ver las violetas.

—Eres la única a quien se le

ocurriría esto. No hay muchas personas que sepan que una flor en la bandeja da sabor a toda la comida. Yo nunca te lo he enseñado, Joan. Siempre lo has sabido. Rose, por ejemplo, sería cuidadosa, pero se olvidaría de las flores..., y, claro, los hombres no piensan en cosas así.

Comenzó, feliz, a comer.

—¿Qué ha dicho el doctor Crabbe? ¿Ha dicho que no necesitaba más que un ligero descanso? Siéntate un instante, hija. Es tan agradable charlar...

Toda la habitación, con el vigor de la voz de su madre, resultaba agradable a la luz de la mañana.

Pero sobre la cama, muy cerca de su

rostro, Joan no pudo engañarse. Los ojos, si dejaban de resplandecer siquiera un instante, eran enfermos y apagados. Su madre los podía hacer brillar, pero el impulso fallaba pronto y quedaban velados como lo están los de un pájaro enfermo.

—¿Por qué no nos dijiste que tenías dolores? ¿Por qué dejaste que siguiéramos apoyándonos en ti?

—¿Dijo él que yo tenía esos dolores? —preguntó la madre dejando el pedacito de tostada que tenía en la mano.

—Sí.

—Es cierto —repuso con lentitud—. A menudo tengo ese dolor. Nunca se me

curará, y por eso he aprendido a soportarlo.

—Pero puede ser que te cures — exclamó Joan con pasión, ansiosa por esta mujer, su madre—. Esta tarde va a traer un médico de la ciudad para que te vea.

—No le veré —dijo su madre de pronto en voz alta, sorprendida, mirándola. Apartó de sí la bandeja—. ¿Me oyes, Joan? No dejaré que un extraño ande auscultándome. El doctor Crabbe estuvo conmigo cuando nacieron todos los niños. Él es distinto. Además, ya me conozco. Yo sé... —Su labio inferior empezó a temblar y miró a Joan patéticamente. Por encima de la alegre

mañanita su rostro se encogió, gris—. ¡No me dejéis morir! —rogó en un susurro.

—No..., no..., no... —dijo Joan apasionadamente con los dientes apretados, ardientes lágrimas en los párpados.

Pero por la tarde su madre estaba de nuevo animosa y testaruda en contra de un nuevo médico. Joan, que esperaba junto a ella, la vio ponerse fuerte por momentos gracias a su testarudez. Estaba sentada, apoyada en las almohadas, el pelo alisado, la mirada en la puerta. Sus ojos encontraron los del nuevo médico, frescos y vigorosos, con un choque de vida.

—Mary, éste es el doctor Beam...
La señora Richards —dijo el doctor
Crabbe.

—¿Cómo está usted? —añadió el
doctor Beam con languidez. Observó
atentamente su rostro y manos—. La
paciente tiene vitalidad —murmuró
débilmente el médico al doctor Crabbe.

Tenía una figura encogida y
simpática, con el sombrero y guantes
todavía en la mano porque nadie se le
había acercado a cogérselos y colgarlos
por él.

—Pero no es vitalidad física —
gruñó el doctor Crabbe—. Siéntese.

—Anhelos de vivir, tal vez —insinuó
el doctor.

Retuvo el sombrero en la rodilla, se le cayó y por fin lo puso en el suelo junto a su silla. De nuevo posó en la enferma sus anchos y vacuos ojos, sin fijarse en Joan.

—No me ocurre nada grave —oyó decir a su madre con animación—. No sé por qué le han traído hasta aquí.

Arregló las sábanas rápidamente. De pronto parecía estar bien, sus manos con un vigor normal.

—Sí —murmuró el doctor Beam. Se levantó inesperadamente. Exigió—: Déjeme ver su abdomen.

Su languidez había desaparecido. Estaba ávido, ansioso de reconocerla. No, no por ella, porque ¿qué era ella

para él? No era nada. Era la cosa en su cuerpo lo que le interesaba. Sin ella, con salud tan sólo, la mujer no hubiera existido para él. Ahora tampoco existía para él, excepto como poseedora de esta vida maligna dentro de sí, de este monstruo que se alimentaba de ella. Palpó su abdomen con sus largos dedos, tanteando delicadamente. Su rostro se agudizó más. Tenía los ojos negros y entornados, inquisidores, y alrededor de los labios la piel se mostraba dura y blanca. Estaba excitado por lo que sentía.

—¡Hum..., hum...! —murmuraba para sí—. ¡Hum..., hum...!

Por fin lo supo todo. Cubrió el

agotado cuerpo y se volvió a Joan.

—¿Dónde me puedo lavar las manos? —En la puerta ordenó—: Traiga mi sombrero y mis guantes. No tendré necesidad de volver. Crabbe, le espero abajo.

Ella esperó con el doctor Crabbe. Hablaba de otras cosas.

—La señorita Kinney está enferma con esas extrañas fiebres que se trajo de África... No creo que se le curen nunca... Pobre chica; su madre, en cambio, tan bien como una vieja castaña. Nunca he visto nada igual. Nos enterrará a todos. Ni siquiera yo me atrevo a imaginarme en su funeral. La señora Parsons tiene bronquitis.

Necesita vida al aire libre en vez de trabajar en una oficina como lo hace. ¿Dónde está tu papá? —preguntó bruscamente.

—Hoy es su tarde en la misión.

El doctor Crabbe tosió de pronto, salió al porche y escupió sobre el rosal amarillo bajo la ventana.

—Claro..., sí —dijo, volviendo y sentándose—. Bueno, puedes decírselo cuando vuelva. Aquí está el doctor Beam.

En el umbral, el doctor Beam se erguía con prisa cultivada.

—No necesito detenerme, creo, Crabbe. Mi coche espera. Tenía usted razón... No hay nada que hacer. Todo el

organismo está endurecido y todo está irremisiblemente atacado. Si viene usted, charlaremos por el camino...

—Volveré más tarde, querida —dijo el doctor Crabbe.

Joan, desde la ventana, los vio descender por el sendero a la calle, la alta y delgada figura, un poco encorvada, y el doctor Crabbe, bajo y achaparrado, balanceándose como un marinero. Hablaban excitados. Pudo ver el rostro del doctor Beam al subir al coche. Estaba interesado y animado. Agitaba un largo y sensitivo dedo en el aire mientras hablaba. El doctor Crabbe movía sus cortas y cuadradas manos. Entre ambos echaban a cara o cruz la

vida de su madre.

De pronto se dejó caer en una silla, sollozando amargamente.

Pero no podía estar mucho tiempo llorando. La casa la reclamaba a voces como había reclamado a su madre. Hannah, viniendo de la cocina, secó sus lágrimas en su origen.

—¿Qué le gustará a su papá para la cena, señorita Joan? —preguntó con tristeza.

Joan se arrancó de sus torturantes pensamientos para pensar en el apetito de su padre. Tenía que recordar que también existía él.

—Estará cansado cuando venga...

Una sopa de leche y bollitos de harina de maíz. Le gustan...

—Me ha sobrado algo de pollo... A Frank le gusta —sugirió Hannah.

También estaba Francis.

—Su mamá... —empezó Hannah.

—Iré a preguntárselo.

En la escalera, Joan vaciló. Arrastraba los pies con lentitud, sin querer entrar. Los vividos ojos de su madre estarían puestos en la puerta, expectantes, indagadores. No se le podía mentir, de nada serviría fingir que no había oído aquellas dos palabras: «irremisiblemente atacado».

Puso la mano en el picaporte y tragó

saliva. Tenía la boca seca. Tenía miedo de ver los ojos de su madre.

Pero al entrar, la habitación estaba en sombras. No se había dado cuenta de que se había puesto el sol mientras ella estaba fuera. La forma de su madre parecía encogida, un pequeño bulto. No pudo distinguir su rostro.

—¡Madre! —exclamó, acercándose a la cama.

—Sí —la voz surgía fina y cansada.

—Me has asustado. No podía verte. ¿Qué quieres para cenar, mamá querida?

—Joan —dijo ella con aquella feble voz—. Joan, ¿crees que podrías hacer algo por mí..., una cosa sólo?

—Pues claro..., cualquier cosa —

repuso sorprendida, tierna.

Buscó la mano de su madre. No era una mano pequeña. Despierta tenía una hermosa forma y era fuerte: Ahora estaba dormida. Sin vida parecía mayor de lo que era, inerte, rígida, difícil de asir, los dedos yertos y separados. En la sombra, su madre alzó la cabeza de la almohada, repentinamente tensa. Sus ojos se agrandaron al suplicar a Joan:

—No dejes que venga a mi lado... Haz la cama en el cuarto de huéspedes. Estoy demasiado... cansada.

Dejó caer la rígida mano.

—¿Te refieres a... padre?

—Sí.

Dejose caer de nuevo hacia atrás, y

Joan no pudo ver sus ojos. Estaban cerrados en la palidez total de su cara, apenas dibujados.

—Dile..., que estoy..., cansada — repitió con débil ansiedad.

Se sentó en la cama, y poco después se levantó, sintiendo de nuevo repulsión. Aquella apagada discusión en la noche... ¿Sería esto? No quería pensar en ello.

—Claro —repuso decidida, volviéndose hacia la puerta.

Pero su madre no estaba todavía tranquilizada.

—No dejes que entre siquiera... Esta noche no. Dile que duermo..., dile...

—Se lo diré —repuso Joan y cerró la puerta tras de sí.

No quería oír más. Ella no debía oírlo.

Pero tenía que decirlo. ¿Cómo iba a decírselo?, se preguntaba, inquietas las manos en su solitaria cama. ¿Cómo decir a un hombre que había dormido con su esposa durante treinta años que ya no podía dormir más a su lado? Antes de que pudiera pensarlo oyó sus pasos en la escalera, pasos suaves, arrastrando un poco el pie izquierdo. Salió corriendo a su encuentro al comienzo de la escalera.

—¿Qué han dicho los médicos? —le preguntó él.

—El doctor Crabbe ha dicho que

volvería, pero no lo ha hecho —repuso, reteniéndole.

El hombre titubeó; después se movió para continuar. Tenía que hablarle ahora, ahora mismo, antes de que siguiera adelante. Se plantó ante él, y le detuvo, mientras le golpeaba la sangre en los oídos.

—¡Padre! —exclamó con voz más fuerte que sus latidos—. ¡No..., no debes entrar!

—¿No debo entrar..., en mi propio cuarto? —preguntó atónito.

—No..., padre... Te lo explicaré...

—¿Es que los médicos...?

—No... Lo dijo ella... Ella..., preferiría que no entraras... Desea

dormir..., estar sola. Te he preparado otra cama. Está muy, muy cansada.

Se miraron padre e hija. La hija le gritaba en su corazón:

«¿Qué le has hecho para que esté tan cansada?».

El padre le contestó con su mirada tranquila y recta. La mirada decía:

«No he hecho nada que no tuviera derecho a hacer».

Pero ella era fuerte. Sin decir una palabra, él se volvió y bajó la escalera.

Había dejado de ser ella misma; no era Joan, no era una joven de vuelta de la Universidad, cuyo regreso había estado esperando. Era una extraña criatura compuesta, más que una

hermana para Francis, más que una hija para su padre, menos que ella misma. Su madre, acostada en el lecho, encerrada en su cuarto, era para ella una vida secreta. Vivía allí escondida. Aunque externamente la llamaban Joan, aunque por fuera hiciera lo que su madre había hecho en la casa, su vida secreta, intensa, estaba en la habitación de arriba. Creaba un muro a su alrededor; hacía que todo lo demás fuera irreal. Ahora la única realidad era esta mujer cuyo cuerpo iba muriendo mientras su mente estaba llena de intensa vida. Ésa era la realidad que la arrancaba de todo.

La arrancó incluso del recuerdo de Martin. A veces, como un eco, lejos, oía

la música que brotaba de la iglesia, pero cuando la escuchaba continuaba rápidamente con lo que estuviera haciendo en aquel momento. Ya no habría ventanas para captar un acorde o escuchar el fragmento de una melodía. Música..., incluso su propia música, la había olvidado, y ¿por qué iba a detenerse a escuchar el eco de la música de él? Tampoco volvió a oír su nombre. Su madre había olvidado que aquel nombre fuera en otro tiempo motivo de discusión entre ellas, y podía olvidarlo porque ahora tenía de nuevo a su hija en casa, completamente de regreso. Y en el corazón de Joan tampoco había un nombre, y si se oía la música que

resonaba suavemente, pasaba sin escucharla y seguía con su tarea.

Una mañana sonó el timbre de la puerta, y al ir hacia arriba la abrió; allí estaba él, sonriendo con su sonrisa ligeramente melancólica. Por un momento le resultó tan familiar como el mirar su propio rostro inesperadamente en un espejo.

—He esperado..., creí que me enviarías alguna señal..., creí que volverías.

Su voz le era conocida. En un tiempo la había escuchado con éxtasis y doloroso deseo. Ahora la oía como algo que escuchara una vez pero que no quería oír más. Él estaba apoyado en su

bastón con las dos manos, el sombrero entre ellas, la música enrollada bajo su brazo. Ella contempló su delgada y morena cara, que iba envejeciendo, las sienes blancas de su suave cabello oscuro, sus tristes ojos pardos, su hermosa y fina boca.

—Vuelve a mí, Joan. Yo no he cambiado... Nunca cambiaré.

¡Era extraño cómo sus ojos, profundamente fijos en ella, parecía que no fueran más que los ojos de una fotografía olvidada! Sí, no había cambiado. Nunca cambiaría. Pero eso no era bastante.

—Ahora estoy ocupada con mi madre. Está muy enferma.

Esperó un instante. Lo había dicho bruscamente, como una niña, y pensó en añadir algo para suavizar la frase. Pero cuando lo intentó, no hubo nada más. Miró por encima de él hacia el jardín, y vio lo que él no había visto: que era una mañana de sol, suave y primaveral. Por ello, después de un instante de espera, cerró la puerta ante él, despacio, sin ira, incluso con cierto remordimiento por ser demasiado ruda. Pero ahora no le importaba en absoluto portarse duramente con él o herirle.

Luego subió la escalera.

Al principio el pueblo en bloque

vino preguntando por su madre. La señorita Kinney estaba muchas veces en la puerta con flores.

—Unas flores, querida Joan..., y si hay algo que pueda hacer..., sentarme a su lado un ratito si tú quieres salir.

—Gracias, señorita Kinney.

La señora Bradley trajo gelatina de pata de ternera.

—Es muy apetitosa —explicó—. A Martin le gusta. ¿Cómo está tu madre, Joan?

—Gracias, señora Bradley —dijo, mirando los pequeños y testarudos ojos grises de la mujer.

Pero no dio la gelatina a su madre. La echó a la basura cuando Hannah

estaba ocupada en otro cuarto.

Todos se dirigían a la puerta..., todos los ancianos, a preguntar por su madre, echándola de menos. Al principio venían a menudo. Venían con la esperanza de sentarse junto a su madre. Porque se trataba de gente que ya era mayor cuando ella era una niña, pensó que debía darles gusto. Parecía imposible decir a la señora Winters, que se había ocupado de la sociedad misionera y de la «Obra de Ayuda de las Damas», que no podía verla.

—Estoy segura de que su madre querrá que le cuente la reunión..., si puede escucharme unos minutos. No estaré más que unos minutos.

Pero Joan vio que a su madre no le importaba la reunión misionera ya, ni quería oír a la señora Winters. Su mente estaba vuelta ahora sobre su propia vida. Por primera vez estaba absorta en lo que iba a sucederle a ella. Tenía los ojos nublados y vacuos al mirar a la señora Winters.

—Es muy agradable, estoy segura —decía débilmente—. Me alegro mucho..., tanto... Joan, tengo los pies fríos.

—Debe ponerse bien, querida señora Richards —dijo con calor la señora Winters—. La echamos mucho de menos. Nunca podré sustituirla a usted entre las señoras. Usted tiene tanto

tacto... Nos hace a todas reír y sentirnos tan a gusto que no se hace cuesta arriba cuando llega el momento de la colecta... ¡Qué alma tan buena es usted! —Se inclinó a besar a la enferma, haciendo crujir su corsé sobre el amplio pecho—. ¡Haga el favor de hacerme caso!

Pero cuando hubo salido, Joan vio los ojos de su madre llenos de interrogación, contemplando la pared de enfrente.

—He terminado con todo eso —dijo medio susurrando—. Se ha alejado de mí todo cuanto solía hacer. Ahora estoy sólo en este cuerpo aquí acostado.

Así, al cabo de cierto tiempo mantuvo Joan a todos apartados y pronto

se olvidaron y se fueron, siguiendo sus días, recordando sólo a veces para preguntar cómo seguía o exclamar de corazón: «Oh, siento tanto oír eso», o también los domingos, cuando era natural pensar en buenas obras, escribían pequeñas notas: «La recordamos en nuestras oraciones, querida amiga».

¡Oraciones! Joan sonrió con amargura. Al principio habían ascendido las oraciones en el pueblo como el humo hacia el cielo. Por doquier la gente rezaba por su madre. Su padre venía de las reuniones de los miércoles por la noche consolado por las plegarias de su pueblo. Iba derecho al cuarto de la

enferma.

—Mary, ojalá hubieras oído las oraciones de la señora Parsons por ti esta noche y el «Amén» pronunciado por la gente. Tal vez el Señor vaya a utilizar tu enfermedad para hacer que revivan de nuevo las almas de los feligreses.

Hablaba de prisa con inusitada alegría, brillantes sus inocentes y pálidos ojos. Podía soportar incluso la enfermedad de su amada esposa si veía en ella la voluntad divina. Corrió escalera abajo a acercarse agradecido a Dios. Joan, al oír los pasos, pensó para sí que no podía uno estar seguro acerca de la oración.

—¿Tú rezas, madre? —preguntó con

timidez.

Ya no había cortedad física entre ellas. Cuidaba el cuerpo de su madre como el suyo propio. Pero no había penetrado en su alma. No se atrevía a pensar en ello. ¿Sabría la madre que iba a morir?

—No, no rezo —respondió con sencillez—. Ya no rezo. Creo que empecé a perder la costumbre cuando erais niños. Me despertabais muy temprano por la mañana y por la noche estaba demasiado cansada. Nunca me pareció que valiera la pena rezar por mí.

Y así sucedió al cabo de un tiempo con todas las oraciones. Se hizo tedioso orar por una mujer que rápidamente iba

debilitándose. Al final se convirtió en rebelión contra Dios seguir la razón, cuando era obvio que no sanaría. Incluso el padre al final sólo decía: «Hágase tu voluntad, Señor» o «Ayúdanos a estar preparados para el dolor». Así la madre fue poco a poco deslizándose fuera de la vida y los pensamientos de las gentes. Todavía no había muerto, pero no se la veía u oía: como su lucha era solitaria, ya no tenía que ver con ellos. Sólo la señorita Kinney seguía fielmente trayéndole flores.

—No entraré —decía apoyándose en el umbral, alta y delgada, cubierta por su sombrero de ala grande y caída—. Sólo es un ramillete para su querida madre.

Yo la quiero, ¿sabe? Siempre comprendió tan bien lo de África... Nadie entenderá nunca tan bien como ella..., como si hubiese estado allí. ¡Solía verlo todo como era!

Y así pasó la primavera y llegó el verano y aquí estaba una vez más el grave otoño, y parecía como si su madre hubiera estado siempre echada así, inválida y necesitada de cuidados, y como si durante años ella hubiera ocupado su puesto. Rose vino a casa y transcurrió el verano, llegó el otoño y Rose volvió a partir.

Ahora Joan y su madre vivían

totalmente solas. Si su padre o Francis o incluso el doctor Crabbe venían a ver a su madre, Joan era la puerta que debían franquear. Su padre ya no era el marido. Ella se interponía entre ambos, su padre y su madre, al principio con timidez, sintiéndose entre ellos, sabiendo que debía haber cierta vida secreta que interrumpía. Después llegó a comprender que no había tal vida secreta. No interceptaba nada, ningún calor, ninguna ternura oculta. Dos veces al día su padre le decía:

—¿Querrá verme tu madre?

Entonces ella iba y preguntaba a la madre:

—¿Quieres ver a papá?

La madre siempre se detenía a pensarlo, volviendo sus pensamientos de lejos para hacerlo, y su humor cambiaba. Aunque hubiera estado animosa, decía ahora como quejándose:

—Quiero dormir. —O bien con sospecha—: ¿Qué desea? —O a veces diría—: Tal vez un ratito —suspirando sin darse cuenta.

Entonces entraba el padre y hablaban.

—Bueno, Mary, ¿cómo estás hoy?

—Gracias, Paul; estoy más o menos como de costumbre.

—¿Quieres que te lea?

—No, gracias, Paul. Joan me lee mucho.

Él se detenía buscando en su mente algo que decirle, y luego empezaba con cuidado:

—Te alegrará saber, querida, que en la misión de South End he bautizado...

—Sí, querido Paul.

Se le cerraban los ojos. Pronto él se iría de puntillas a buscar a Joan y decirle:

—Está dormida. Parece dormir mucho. Tal vez sea mejor.

—Es mejor —le respondía con piedad por este hombre fuera del mundo.

En algún instante de momentáneo calor humano debió de haber sido concebida, pero ahora ya no quedaba en él este calor. Había desaparecido de

aquella habitación de arriba. Era como si nunca hubiera estado allí. Ahora le cedía el cuarto a la madre.

—¿Mamá está lista para mí? — preguntó a la noche Francis, levantándose rápidamente de la mesa.

Ella asintió con la cabeza, pues no bajaba a cenar hasta que su madre estuviera preparada para Francis. Le había cepillado el cabello, le había puesto una mañanita nueva y retocado su rostro con carmín, porque una vez su madre le había pedido el espejo del tocador.

—Quiero ver qué cara tengo. No quiero que mi hijo me recuerde fea. Tengo un aspecto horrible... —se

contempló entristecida.

—Podría retocarte con un poco de carmín —dijo Joan juguetona.

Su madre nunca había usado afeites. Se hubiera sentido avergonzada, como si estuviera remedando a una mujer de mundo. Pero esta vez miró a Joan con un chispazo de su antigua picardía brillándole de pronto en los ojos.

—¿Por, qué no? No puede importar mucho lo que haga ahora. Tengo que resistir y estar a lo que venga. Un poco de carmín aquí y allá no alterará mucho la balanza.

Así, riendo ambas con algo de tristeza, lo hicieron. Joan trajo su colorete y retocó de un delicado rosa

pálido las ajadas mejillas de su madre, mientras ésta sostenía el espejo.

—Me sienta bien —decía con gran interés—. Creo que incluso todavía soy algo bonita.

Miró a su hija con timidez, y las lágrimas acudieron a los ojos de la muchacha. Se inclinó para besar a su madre rápidamente, y al hacerlo captó en el cuerpo materno el olor a muerte. Ni el lavarla con jabones aromáticos, ni el perfume, podía ocultarlo. Pero su madre no sabía que estaba allí, pues era la atmósfera en que ahora debía vivir. Por el momento se sentía brillante.

—No lo digas a nadie —exclamó contenta.

De este modo, cada mañana le ponía colorete y cada noche aparecía como un capullo de melocotón sobre su palidez mortal.

Pero Joan la traicionó un poco.

Insistió a Francis:

—Di a mamá lo bonita que está, Frank..., díselo una y otra vez.

—Caramba —musitó.

—Tu madre detesta los cumplidos, Joan —dijo el padre, atónito, con suave reproche.

—Díselo, Frank —insistió—. Díselo y a ver qué te contesta.

—Pues claro, si es que va a hacerle bien —gritó, trepando por las escaleras. Diez minutos después metió la cabeza en

la cocina donde ella cortaba carne cruda en trocitos para la comida—. Caray, vaya si le ha gustado. Parecía una cría cuando se lo dije..., con las mejillas sonrosadas —vaciló y ella vio que se le llenaban los ojos de lágrimas. Las tragó y resopló—. Y además no era ninguna mentira.

Salió con un portazo.

—Joan, ¿ya la has preparado para mi visita? —le gritó más tarde el doctor Crabbe abriendo de par en par la puerta delantera. Después, sólo a Joan, que esperaba en el vestíbulo, forzando su voz a una grave ronquera le dijo—: Ya no puede tardar mucho... Dale lo que pida... Ya no tiene importancia nada

más que tenerla contenta.

—¿Cuánto tiempo, doctor Crabbe?

—Un mes..., dos..., tal vez seis...

Tiene tal vitalidad. No se lo digas.

Se marchó con rapidez inusitada.

Joan corría escalera arriba y le llevaba vino, caldo, sopas de leche delicadamente sazonadas, diciendo para sí valientemente: «Tendrá toda mi fuerza. ¡Yo soy fuerte! Me volcaré en ella. Le haré que viva meses, un año, quizá dos...».

Vertía toda su gran vitalidad en el cuerpo de su madre. Sin descanso la lavaba, untaba de aceite de oliva los consumidos músculos para alimentarla. Centraba su corazón en sus manos, en

sus fuertes palmas, presionando sobre la carne de su madre hasta que casi creía sentir una corriente que pasaba, traspasándole su energía. Llevaba la cama hasta la ventana y descubría su cuerpo al sol y al calor del mediodía, con el reloj en la mano para medir el último instante que podía recibir sol y aire. Quería que todo el poder del sol y de la suave brisa caliente entrara en el cuerpo de la madre. Alimentos, sol, brisa y su propia juventud animosa y constante eran derramados en el cuerpo de la madre, combatiendo allí a la muerte. Pero aquella muerte viviente crecía también, con todo cuanto hacía.

Por la noche no había sol y era

difícil reír de noche. Todos yacían dormidos y separados; la casa estaba silenciosa, y ella quedaba sola con su madre en la oscuridad. Más allá de las negras paredes del cuarto estaba el Universo, aguardando en un infinito espacio desierto. Pronto, pronto, su madre se le escaparía para perderse en aquellos desiertos espacios. Echada en un pequeño catre junto a la cama de su madre, escuchaba y vigilaba la huida. De su joven y exhausto sueño se alzaba al instante si oía moverse a su madre.

—Joan, ¿voy a morirme? —la oyó musitar.

—¡Yo no te dejaré morir! —gritó con pasión, con fuerte voz.

—Tócame..., déjame que te sienta...

Cogió la mano de su madre y se la retuvo, frotándola, acariciándola intensamente. También de ella surgía aquel ligero olor. La voz de su madre brotó débil y lejana en la oscuridad.

—Siempre estoy medio dormida... No dejes que me vaya mientras duermo...

—No..., no... Te tengo bien sujeta...

Durante la noche escuchaba respirar a su madre. Si se convertía en jadeo, debía darle un estimulante, pero no a menos que tuviera que hacerlo, porque tendría más necesidad al final, cuando los dolores fueran tan grandes que

tuviera que dárselo constantemente. Había hecho numerosas preguntas al doctor Crabbe. Sabía cómo tenía que actuar cada día. Hecha un ovillo junto a la cama, en la oscuridad, arrodillada en el suelo, sosteniendo la mano de su madre, con el cuerpo fuerte y tenso, luchaba contra el Universo.

De su profundo sueño se despertaba su madre una y otra vez para asirse a la vida. Luchaba contra ese sueño mortal, insidioso y constante. Obligaba a sus ojos a mantenerse abiertos, parpadeando, pensando en algo que quisiera hacer.

—Di a Paul que venga —ordenó con extraña voz alta. Sus oídos estaban apagados, por lo que ahora hablaba fuerte para poder oírse—. Tengo algo que decirle.

Joan llamó a su padre, que entró con timidez. Estos días estaba muy tímido en presencia de la muerte tan cercana. Había estado junto a muchos lechos de enfermos, triunfante por enviar un alma a Dios. Pero por esta alma nada podía hacer. Esta alma que le conocía, no le reconocía ningún poder especial, y sin fe carecía de poder. Estaba turbado por esto.

—Mary, ¿no deberíamos hablar de cosas espirituales? —le decía a veces

—. Yo soy tu pastor al mismo tiempo que tu esposo. Soy responsable de ti ante Dios.

Pero ella se había separado ahora y ya no sentía respeto hacia él. Ni siquiera recordaba que era el padre de sus hijos. Sólo le veía como a un hombre contra el que tenía una queja más profunda que su alma. Luchó contra el venenoso sueño para decirle lo que tenía que decir:

—¡Cállate! —gritó con aquella extraña y dura voz—. Hay una cosa..., cien dólares...

Se la quedó mirando atónito. ¡Cien dólares! Seguramente deliraba.

—¿Qué cien dólares? —preguntó.

Pero el sueño había vuelto a

invadirla. Luchó contra él, moviendo los labios, forzando sus pesados párpados, pero el sueño se impuso sobre ella, y su rostro quedó gravemente vacío.

Sucedió así una vez y otra, hasta que Joan, destrozada por la lucha le dijo:

—Dejalo, madre. No importa..., no importa...

—Di a Paul —repuso la madre sin querer renunciar, y contándolo al fin un día—. Hay cien dólares... en el ático..., en el viejo baúl... Joan y Rose...

—¡Cien dólares..., en el ático! —repitió él como un eco—. ¿Dónde los conseguiste?

Olvidó que estaba enferma. ¡Cien dólares! Cuando él había necesitado

dinero tan dolorosamente para su misión.

—Ahorré..., dinero de la casa..., dólar a dólar... Joan y Rose...

Luchaba contra el sueño. De nuevo estaba sobre ella, poniendo rigidez en sus labios, empujando hacia abajo sus párpados. Pero él la ayudó. Él la despertó. La despertó con un azote, con un látigo. Se levantó gritando:

—¡Tú los robaste!

Los ojos de ella se abrieron por completo. Sus apagados oídos captaron el grito y lo retuvieron. Se despertó porque una vez más estaba furiosa. Él podía hacerla enfurecer aún.

—¿Yo los robé? ¿Trabajando para ti

y tu iglesia durante todos estos años como una esclava? ¿Sin tener nada para mí..., nunca, nada..., nada..., nada? — Volvióse hacia Joan patéticamente, con cara de niña, contraída en llanto—. Joan, dice..., dice...

—Oh, cariño mío, no te preocupes, no te importe, cariño mío...

Joan corrió hacia ella tomándola en sus brazos para consolarla. Apretó la cabeza de su madre contra su hombro, murmurándole, consolándola. Pero el sueño incesante estaba allí otra vez, ahora piadoso, silenciándolo todo. Aún había húmedas lágrimas en la cara dormida. Por encima de ella lanzó Joan una mirada a su padre. Le odiaba. Pero

él no vio la mirada. Se alejaba de prisa. Oyó sus pasos acelerados subiendo la escalera del ático.

Por las mañanas, a menos que fuera domingo, sentía hambre después de pasar su hora en el estudio. Cuando su alma se notaba refrescada, todos sus impulsos físicos se aceleraban y se sentía ligero y en paz, y sabía que estaba a bien con Dios; entonces sentía hambre. Era agradable bajar al alegre comedor e iniciar un desayuno caliente. Era delicioso el café en una mañana fría. Era agradable bajar a la compañía de los demás. Esta comodidad, este placer del café con leche azucarado que revolvía lentamente y que estaba a punto de beber

fueron cruelmente quebrados por la voz de Joan. Alzó la vista, sorprendido por su dura voz. No estaba acostumbrado a que ella fuera dura. A las irrazonables y extrañas furias de Mary sí..., había presentado esta falta de equilibrio a Dios y Dios le había dicho: «Carga con tu cruz». Por eso había cargado con su cruz y había sido recompensado, porque al envejecer se había vuelto menos tormentosa, menos frecuentemente enfadada con él, menos exigente.

Cuando era joven, Mary siempre estaba deseando algo de él, algo más. Por la noche la oía llorar porque no tenía nada más.

—¿Qué es, Mary? —le había

preguntado multitud de veces
pacientemente.

Al menos ahora que estaba
muriendo, nada tenía él que reprocharse;
siempre había tenido paciencia con ella.
Y ella siempre le había contestado:

—Creía que habría algo más.

—No comprendo —replicaba él,
siempre paciente.

Desde luego no había forma de
entenderla, siendo como era en tantas
otras cosas buena esposa para un
clérigo, y amada por la gente. Con las
personas se mostraba siempre agradable
y alegre. Pero cuando él era un hombre
solo con ella, ¡qué mujer tan distinta y
difícil!

—No comprendes las circunstancias —dijo cautelosamente a Joan—. Tu madre sabía que durante casi un año me he visto con el agua al cuello, buscando dinero en todas partes para alquilar la sala de la misión otro año. Tenía la seguridad de Dios de que obraba bien, y sabía que en algún sitio estaría el dinero. Pero los feligreses han sido morosos en darlo..., han sido tacaños y han creído que les robaba algo de mis servicios hacia ellos. Y todo el tiempo tu madre, sabiendo que no necesitaba todo cuanto le daba..., todo el tiempo tu madre...

—¡Pero ella lo ahorró poquito a poco, de lo que tú le dabas! —le gritó

ella. Su voz era como la de Mary llorando en la noche.

Oyó que su voz sonaba exactamente como la que había oído llorar tras la puerta cerrada. ¿Qué es lo que le hacía pensar en la noche cuando era pleno día, el sol brillaba sobre la mesa, reflejándose en la jarrita de plata para melaza, en el blanco mantel y en los platos azules? Hannah entró con un plato de tostadas y esperaron hasta que saliera. Entonces el padre empezó a hablarle pacientemente, con voz tranquila, razonando, la misma voz que siempre sonaba serena por la noche.

Siempre he puesto por delante, lo primero, el trabajo por el Señor. Hágase el trabajo del Señor y Él cuidará de que yo y los míos nos alimentemos. Ahorrar para nosotros es desconfiar de Dios, el dador de todos los buenos dones. Y ¿vamos a ahorrar nosotros cuando otros no tienen nada, ni siquiera una casa donde ir para alimentar sus almas?

Mas de pronto, mientras ella le miraba, oyó que su propia voz cobraba una airada pasión humana. Su sacerdocio le abandonó.

—Además, Joan, estuvo mal hecho por su parte. Todo este tiempo..., sabe que no he tenido a quién volverme para conseguir algo de dinero, que la obra

está empezando a prosperar y que dejarla sería echarlo todo a perder. Lo sabía..., me oía rezar. Por la noche, cuando orábamos juntos, me oía pedir a Dios dinero, y ella lo tenía y se callaba... Allí, de rodillas ante Dios, junto a mí, se callaba, sabiendo que había todo ese dinero en mi propia casa..., ¡dinero que era mío en realidad!

También él se sentía herido por esto. Ella flaqueó, cayeron sus ojos, suspiró. Él continuó, ansioso, suplicando con los ojos azules:

—Y ahora, ¿qué hará con ello? Tiene cuanto necesita...

Había olvidado por completo la voz de la madre que luchaba contra el sueño

letal. La madre había dicho «Joan y Rose..., Joan y Rose...». No se había acordado de él. Joan le sirvió café en silencio y dejó que hablara. Después de todo no era para él mismo, era para Dios. Pero por alguna razón, ahora parecía la misma cosa.

Su madre le decía casi a diario: «No se lo digas a Rose, no estropees nada por mi causa»; pero ahora no podían seguir haciéndole caso, aunque faltaba menos de un mes para Navidad. El doctor Crabbe dirigió su pulgar hacia Joan al salir del dormitorio y cuando ella le siguió abajo le susurró hoscamente:

—Será mejor que Rose vuelva a

casa. Ya no puedo responder de estos días. En cualquier instante se irá mientras duerme. Puede ser dentro de un mes, puede ser cualquier día. Todo su cuerpo está emponzoñado..., todo va desintegrándose al mismo tiempo. Tráete a Rose a casa... No tienes que decírselo a tu madre..., ya no distingue un día de otro... Hacedle creer que han empezado las vacaciones.

Asintió con gran tristeza y subió pesadamente la escalera, llena de dolor. Sería bueno tener a Rose en casa. Quizá Rose pudiera hacer turnos por la noche ahora. El doctor Crabbe había hablado de una enfermera especializada, pero las enfermeras especializadas costaban

mucho, y, además, el pueblo nunca entendería que el predicador tuviera una cuando había dos muchachas en la familia. Entró en su propio cuarto, se sentó ante el pequeño escritorio y escribió a Rose, mordisqueando el extremo de la pluma, pensando cómo decírselo mejor... Rose, que no había visto el cambio, la próxima e inexorable muerte que ninguna vitalidad podía alejar más que por poco tiempo. Escribió con todo cuidado.

Por la noche, cuando ya había enviado la carta, se lo dijo a los demás. Se lo dijo a su padre, y él alzó la vista del libro y la gravedad de su rostro se hizo más profunda y sombría.

—Ya me parecía que estaba peor —
dijo, volviendo a su libro.

Pero suspiraba constantemente y pronto lo cerró, poniendo la marca con cuidado en su sitio. Salió.

—¿Cree el doctor Crabbe..., cree que morirá pronto? —preguntó Francis en cuanto se marchó el padre. No había dicho nada. Había dado vueltas por el cuarto, inquieto, hasta este momento. Pero antes de que ella pudiera hablar, prosiguió—: No me lo digas..., no quiero oírlo... —Y estalló en un gran sollozo que era como un hipo. Tosió rápidamente, se volvió hacia la estantería y, tras rebuscar un momento, sacó un libro, lo abrió y se quedó

mirándolo—. Rose debería llegar aquí para el jueves por la noche. Iré a recibirla... No tienes que molestarte.

—Gracias, Francis —repuso, agradecida. Anhelaba acariciarle, cogerle de la mano, apoyarse un poco en él, pero sentía que se resistía a su contacto, exigiendo con fiereza que no se le tocara. Estaba tan raro estos días... Pero ahora no tenía tiempo para él, no tenía tiempo para pensar en él o para preguntarle qué le pasaba, y él estaba fiero, malhumorado y furioso con facilidad, con ella y con todos los demás. Por eso pasó a su lado en silencio y volvió a su madre.

Vino Rose y resultó muy beneficioso

tenerla en casa. Joan no se había dado cuenta de lo imprescindible que sería hasta que bajó la escalera y la vio en el vestíbulo, limpia y serena, todavía con los guantes puestos y el abrigo aún abrochado. Corrió escalera abajo, rodeó a su hermana con el brazo, puso su rostro en el cuello de piel y sintió la suave y fría mejilla de Rose contra su propia carne caliente. Rose se mantuvo fuerte y compuesta bajo el abrazo. Qué gran cosa era, qué gran cosa que toda la familia estuviera reunida otra vez.

—Aquí tienes tu bolsa, niña —dijo Francis, entrando y echándosela.

Permanecieron allí un instante los tres, mirándose en un segundo de

silencio, sintiéndose juntos. Pero era una nueva clase de comunión. Era sin sus padres, sin los mayores. Ellos eran los fuertes, los capaces. Los otros dos eran ancianos y enfermos. Los otros dos eran quienes debían ser cuidados y protegidos. La puerta del estudio se abrió y salió el padre. Había estado durmiendo en el catre y su fino cabello blanco estaba alborotado en mechones sobre la elevada frente.

—Bueno, padre —dijo Rose con suavidad—. ¿Cómo estás?

Se adelantó, se puso de puntillas y tocó los fruncidos labios de él con su propia boca suave y roja. Él siempre parecía rígido, fruncía los labios y

besaba como si fuese una cosa que acabara de aprender a hacer y por ello le resultara nueva.

—Tu madre está muy enferma.

—Sí, lo sé —repuso, desabrochándose el abrigo.

Con la llegada del padre no se había roto el instante entre los hijos. En secreto sentían ternura por él, pero se avergonzaban de su ternura y se impacientaban un poco con él.

—Te llevaré la bolsa —dijo Francis con brusquedad.

—Gracias, Frank —dijo Joan, y esperó un instante que él subiera para decir a Rose—: No podrías creer cómo ha cambiado y madurado...

—Desde luego no se hubiera ofrecido a subirnos la bolsa antes — asintió Rose recogiendo sus guantes, sombrero y bolso de mano, mientras subían juntas, despacio.

Ahora Joan tenía que decírselo a Rose. Antes de entrar en la habitación tenía que preparar a Rose sobre la forma en que la muerte podía asomarse en un rostro aún vivo y por la forma en que podía mirar a través de unos oscuros ojos humanos. La muerte se asentaba en el cuerpo de su madre, mirando por sus ojos, respirando su maloliente aliento por su nariz. Prolongaba el instante, frenética. Dijo con ligereza:

—No, no reconocerías en absoluto a

Frank. ¡Pero si incluso se casca ahora él mismo los huevos del desayuno! — Intentó reír.

Rose estaba al comienzo de la escalera, llenas las manos de sus cosas, mirando a Joan dos pasos más abajo. Sonrió ligeramente ante la idea de Frank, con su ligera y fría sonrisa. Después planteó la cuestión.

—Ahora, dime.

—Ven primero a mi cuarto.

Rose era extraña. Rose era distinta de como Joan había pensado. Rose no necesitaba ser protegida, pese a su suave aspecto, pequeña y dulce voz, y

tranquilas y lentas maneras. Miró atenta a Joan, escuchando. Fue Joan la que se quebró, no Rose. Joan hundió la cabeza en las almohadas de su cama donde se sentaban y lloró como no había llorado todavía, ni siquiera a solas.

—Va a morir..., tiene que morir... Le he repetido una y mil veces que no la dejaré morir, pero no puedo... ¡No podemos hacer nada!

Sintió la mano de Rose suave, muy dulcemente, acariciándola tranquila. Había serenidad en el contacto, pero no calor. Así podría consolarla cualquier persona extraña si llorase. Se sentó bruscamente y echó hacia atrás su cabello revuelto.

—Supongo que estoy cansada...

—Claro que lo estás. Ahora yo te ayudaré. —La cara de Rose era seria y amable, pero no había lágrimas en sus ojos—. ¿Entramos?

Entraron entonces en el cuarto de su madre, y Rose fue derecha a la cama. Joan había cambiado la ropa de su madre poniéndole una nueva mañanita de color rosa nácar. Ahora tenía muchas y preciosas mañanitas, pues Joan había dicho francamente a la señora Winters, a la señorita Kinney, a la señora Parsons, cuando le habían preguntado:

—Si de veras quieren regalarle algo, regálenle una hermosa mañanita. La encantan las cosas bonitas.

Así, pues, le habían hecho cosas preciosas y extravagantes de encaje y seda. Joan las sostuvo ante los ojos medio ciegos de su madre, que tenía una para cada día.

—La rosa nueva, para que la vea Rose. —Había pedido su madre de modo infantil.

Había resistido el sueño un rato, un rato largo, casi quince minutos, una vez vestida, y Joan le había puesto un geranio rosa cortado de un tiesto de la ventana, sujetándolo en el nevado moño de su cabello, y había sostenido el espejo para que se viera. Le mantuvo éste en alto para que contemplara el bonito cabello, la flor, la frente, los

ojos; lo mantuvo alto para ocultar las consumidas mejillas, los labios blancos.

—Me encuentro muy bien —dijo su madre, satisfecha, cayéndosele los párpados.

—Estás preciosa —añadió Joan con fervor.

Pero el sueño la había vencido mientras esperaba. Descansaba profundamente dormida, la flor en el cabello. Las dos hijas se detuvieron a mirarla, Joan observando a Rose. Pero Rose nada dijo. Miró en silencio el rostro, y no dijo nada; aspiró el ligero mal olor y no dijo nada. De pronto, los ojos de su madre se abrieron y la consciencia apareció en ellos como una

luz que se filtra a través de unas aguas profundas y oscuras.

—Es Rose...

—Sí, madre querida.

Rose se inclinó y le besó la frente.

—Estoy bien arreglada —empezó su madre, animosa—. Ropa nueva..., una flor que Joan me ha puesto en el pelo...

Volvió a adormilarse, y ambas permanecieron de pie, silenciosas, mientras dormía.

—Va gastando su vida en el sueño —susurró Joan—. Si no fuera así, tendría dolor. El doctor Crabbe dice que es mejor el sueño que el dolor. Sólo que parece llevársela tan lejos ya...

Rose asintió con la cabeza, sin

palabras. Joan no podía soportar el silencio. ¿Es que Rose no iba a hablar nunca, a gritar «Oh, Joan..., Joan..., Joan...», a llorar? Pero Rose no gritó ni lloró.

—Querrás ir a deshacer tu equipaje... —dijo al fin Joan, y Rose salió dócilmente.

Así, de nuevo sola, Joan se sentó en la vieja mecedora y se balanceó suavemente atrás y adelante mientras su madre dormía. Contempló la puesta de aquella tarde invernal. No podía ver sino los árboles completamente negros con sus ramas recortadas contra un cielo de color naranja pálido, un cielo anaranjado con una franja por encima de

un tono verde manzana. El sol se había puesto ya, y eran los últimos resplandores.

Así que, después de todo, seguían estando solas y juntas Joan y su madre. Rose, la cuidadosa, la servicial y dulce Rose no podía unirse a ellas. Iba y venía, hacía lo que se le mandaba y evitaba a Joan muchas tareas, pero al final Joan seguía durmiendo junto a su madre y era ella la que tenía que estar cerca.

Ahora, a través del sueño, venían las fuertes oleadas de dolor que la despertaban, y la madre clamaba por

Joan.

—Joan..., Joan..., ¿dónde está Joan...? Dolor, Joan...

Olvidó a todos sus hijos menos a Joan y se olvidó de que Joan era hija suya. Joan era su enfermera, su madre, la persona en quien podía confiar. Incluso ahora se olvidaba de Francis. A veces, cuando éste entraba, ella fijaba en él sus ojos, sus ojos pequeños y encogidos en el rostro hinchado con el veneno que llevaba dentro.

—Cuando Frank era niño le hacía trajecitos rojos —dijo con voz fuerte y áspera.

—Claro, mamá —gritó Frank—. Me acuerdo de ellos... Rojos con un ancla

en las mangas y estrellas en los cuellos.

—¿Dónde está Joan..., Joan? —dijo ella sin oírle ya.

—Aquí, cariño.

Ahora tenía que estar siempre allí, hasta el fin. El doctor Crabbe le dijo:

—Tenéis que traer ahora una enfermera especializada, querida mía. No es que vosotras no sirváis, las chicas, pero habrá que ponerle diferentes inyecciones hipodérmicas, y otras cosas.

Trajeron una enfermera especializada, pero así y todo Joan debía estar cerca, cerca de su madre y cerca de todos ellos mientras aguardaban. Ahora su madre apenas si

despertaba, excepto cuando entraba su padre. Por muy profundamente que durmiese, se despertaba al entrar él y exclamaba inquieta, con voz áspera y fuerte:

—¿Quién es? Vete...

—Soy Paul, Mary —decía con timidez.

Todos los demás podían mirarla y oírla, y los soportaba; pero a él no. Él miraba esta hinchada y deformada criatura y el sudor brotaba de su blanca frente. Una vez, violentándose, tomó una de sus manos hinchadas. Ella gritó y él soltó la mano.

—Vete, Paul —musitó la enferma abriendo de pronto los ojos.

Se marchó, confuso. ¿Por qué le odiaba ella? Había sido un buen esposo. Ahora era un buen esposo. Salió a vaciar su alma en Dios, perdonándola.

—¡Señor! —dijo la enfermera sonriendo a Joan mientras introducía en la cama una botella de agua caliente—. ¡Se ve claro que estos dos no se querían mucho!

Pero Joan no pudo responder.

Ninguno de ellos podía pronunciar la palabra muerte. La muerte estaba en la casa y había que pensar ya en ella, hacer planes, considerarla, pero no podían decir la palabra.

—¿Con qué va a enterrarla, señorita Joan? —empezó Hannah, gimiendo. Se detuvo mientras barría para mirar tristemente a Joan—. Con su vestido color lavanda o...

—¡Cállese! —contestó bruscamente—. Aún vive.

Subió. Cruel y malvada muerte, que no venía rápida y limpiamente. La muerte debía llegar limpia con el rayo, limpia y repentina con la espada, o rápida en el mar o por accidente, pero no esta larga y deliberadamente lenta muerte. El cuerpo debería consumirse por la muerte inmediata, romperse en átomos, convertirse en ceniza, destruirse por completo.

—Tengo que salir —exclamó Francis con desesperación, deteniéndola en el vestíbulo, la cara pálida—. Tengo que marcharme. No puedo resistir esta..., esta espera. Si debe venir, ¿por qué no viene? Odio esperar...

—¡Soportarás lo que todos tengamos que soportar! —le gritó, furiosa, reteniéndole por el brazo y sacudiéndole—. Estoy tan cansada que no puedo sentarme sin quedarme dormida. Pero tengo que seguir, y tú también...

Pasó corriendo al lado de ella, salió de casa y dio un portazo. Ahora se pasaba el día fuera, en algún sitio. Continuó, todavía furiosa, hacia el cuarto de su madre. No estaba

preocupada por él. Se iría por ahí a pasar el día en alguna parte, pero volvería por la noche.

Estaba tan cansada que se enfadó con Rose, siempre bien dispuesta y deseosa de complacer; Rose, cuyas blancas y suaves manos eran tan extrañamente torpes, que dejaba caer la aguja hipodérmica que se le había dado para que sostuviera y que se apenaba tanto por ello que no podía reñírsele. Pero a veces Joan estaba tan cansada que la reñía.

—¡Rose, cómo puedes ser tan tonta...!

Pero no hallaba placer en ello. Los hundidos y dulces ojos pardos se abrían

un poco y Rose no decía nada. Pero pronto se escurría a su propio cuarto a rezar. Joan lo sabía. Una vez, contrita, había seguido a Rose y abierto la puerta. Rose estaba de rodillas, junto a la cama, el rostro en la curva de la mano, los ojos cerrados, los labios moviéndose ligeramente. Joan cerró la puerta bruscamente. Rose no necesitaba su contrición. Rose tenía su consuelo. Pronto regresó, los ojos piadosos, los labios curvados en su tranquilidad.

—¿Lleno ahora la bolsa de agua caliente, Joan?

Y Joan, que deseaba gritarle «¿Por qué me preguntas, por qué no la tocas y lo averiguas?», le contestó suavemente:

—Sí, por favor, Rose.

—Tiene buena voluntad —dijo la enfermera especializada, respingona y alegre—, pero muchas personas que la tienen son unas manitas de mantequilla cuando se necesita hacer algo. —Cogió la bolsa al entrar Rose—. Yo se la pondré. Usted le quemaría los pies... Ahora no puede sentirlos.

Al final era esta mujer, regordeta y de nariz respingona, en quien Joan se apoyaba. La enfermera le daba palmaditas en la espalda para animarla.

—La próxima paciente que tenga será usted si no se relaja. ¡Anímesese! ¡Una vez que se sabe lo que ha de venir, acéptelo!

Esta extraña y jovial mujer les hizo bien a todos. Con habilidad alejaba al padre.

—Mire, reverendo —exclamaba de buen humor—, aquí no hace usted falta. Vaya usted a predicar, donde no se meta en medio. La paciente duerme. Ya le avisaré si le necesita.

Advirtió a Joan en un susurro mientras la agonizante dormía, inmaculada para la muerte:

—Si yo fuese usted dejaría que el joven Frank hiciera una escapada, cuando todo esto termine. Déjele que se vaya fuera, a algún sitio. Esto le ha afectado mucho, o le pasa algo. No le conozco bien. Rose es diferente. Nada

puede afectarla demasiado, como a su papá. En cierto modo están como envueltos en sí mismos. No lo comprendo, pero lo he visto antes. La religión es algo egoísta... No se tienen sentimientos si se tiene religión. Dé al muchacho una oportunidad para escapar y no se preocupe por los otros dos; pero piense un poco en usted. ¿Tiene un amigo o alguien que la entretenga un poco? Este pueblo es un verdadero agujero. ¿No podría irse a algún sitio de verdad donde haya algo?

¿Irse? Se había olvidado de que existían lugares a los que la gente podía ir. Sacudió la cabeza.

—No sé... Tendré que cuidar de mi

padre y de los demás.

La enfermera se meció, pensando. Ella era la salud en este lugar de enfermedad. Ella convertía el aire fétido en algo vital y limpio, como si un viento soplara purificador por el cuarto, y Joan le estaba agradecida. Era bueno contar con su rectitud, su sencilla decisión, su comprensión humorística. Su madre se agitó quejándose en el profundo sueño. De nuevo volvía el dolor. La enfermera se puso en pie de un salto y en un instante había inyectado profundamente la aguja en el hinchado brazo.

—Así, pichoncito —decía, animosa—. Usted siempre sabe el momento, ¿verdad...?

Observando cómo la gruesa y maciza figura se movía amable y competente alrededor del lecho, Joan cobró conciencia de la vida más allá de esta habitación. Esta mujer iba de una muerte a otra, siempre vital, siempre llevando consigo una atmósfera de vida exterior fresca, plena. Con su sencillez cómoda ponía a la muerte en su sitio y la convertía en parte de la vida. La desesperación se fundía ante sus alegres vulgaridades. Más allá, más allá de esta triste habitación, más allá de este instante estaba la vida de todos los días, fuerte, que, olvidando a la muerte, continuaba plenamente hacia el trabajo y el placer. Tenía que ser valiente ante la

muerte, mirando más allá.

Pero al final no fue valiente. Ella y Francis no fueron valientes. Rose lo fue, y también su padre. Todos estaban abajo, esperando.

Durante todo el día la enfermera había dicho:

—Cualquier momento, ahora. No vengan..., yo atenderé todo.

Aquel día dejó de bromear y abandonó también su pronta sonrisa. Estaba silenciosa y tranquila, sin sentimentalismo, y todos se volvían hacia ella. El doctor Crabbe vino y se fue, embutido el sombrero en la cabeza con furia y saludándolos sin hablar.

—No se puede hacer nada —

murmuró al fin—. Arréglenlo de forma que no se dé cuenta. La enfermera hará lo que haga falta... Les digo...

Así, pues, esperaban escuchando. Pero no podían esperar juntos. Cuando estaban juntos, la espera se hacía intolerable. Tenían que separarse para soportarlo, cada uno sabiendo que los demás estaban cerca pero no lo bastante para verse los rostros. El padre se encerró en su estudio y se sentó a solas, escuchando, la cabeza inclinada, las manos en las rodillas. Francis se metió encogido en el grande y viejo sillón de cuero rojo de la salita, con un libro entre las manos. Había puesto el sillón frente a la ventana y el alto respaldo le

ocultaba por completo excepto la coronilla de su morena cabeza. Permanecía escuchando. Rose estaba sentada tranquila ante el escritorio de su madre, escribiendo en el pequeño Diario que llevaba, escribiendo sin parar con su pequeña y clara letra, deteniéndose a pensar y volviendo a escribir, parándose a escuchar.

Pero Joan salió al jardín. Faltaban dos días para Navidad. El aire era cálido y tranquilo, pero el jardín iba muriendo, estaba muerto. Paseó por el sol, escuchando, esperando, haciendo sonar sus pasos sobre las hojas secas caídas. Habían olvidado barrer las hojas. Otros años era siempre su madre

la que decía: «Esta semana tenemos que amontonar las hojas». Pero este año no se había hecho.

El jardín estaba lleno de su madre. Aquí estaban los lirios color limón que había plantado hacía muchos años, en un bulbo solitario, y ahora convertido en un macizo grande, eterno. La próxima primavera estallarían en plena vida y capullos. Qué extraño y qué triste que sólo las personas pudieran vivir una vez, que sólo los cuerpos humanos tuvieran que morir y convertirse en polvo, con una sola primavera. Había un secreto en aquellos oscuros, fuertes bulbos corrompidos que seguían viviendo y floreciendo cada año. Un

pájaro rezagado llamó en el aire sereno, y, escuchándole, Joan oyó el ligero y monótono chirrido del último grillo otoñal despertándose perezosamente al calor del sol de invierno.

Entonces sonó la voz que todos habían estado esperando oír. La enfermera los llamó fuertemente.

—Ahora... está dispuesta para irse...

Los pies de Joan corrieron para llevarla hacia su madre. Corrieron con la costumbre de todos aquellos meses. Pero en su corazón había miedo y gritaba «No..., no..., no, no quiero ver...». Al pasar junto al comedor oyó la voz de Rose que llamaba a Francis.

—¿No vienes, Francis?

—No puedo —contestó Francis, que gritaba a su vez con voz quebrada, llorando—. De veras, no puedo — empezó a sollozar.

Pero ella siguió corriendo. En la entrada se encontró con su padre y con Rose. Pasaron a su lado y entraron juntos. Ella los seguiría. Claro que los seguiría. Se apoyó en la puerta, jadeante. Los seguiría dentro de un instante. Pero ahora, por un momento, algo la cegaba... No eran lágrimas. No estaba llorando. Tenía la garganta seca, los ojos nublados, el corazón le latía en todo el cuerpo. Tenía miedo. Se volvió ciegamente a la ventana y se quedó

mirando hacia la iglesia. Tenía que tranquilizarse, tenía que calmarse y después entraría... Ahora iban a decorar la iglesia para Navidad. Todo el mundo estaba allí, cargados con siemprevivas para hacer guirnaldas. El órgano empezó a sonar. Podía oírlo resonar, con profundos, grandes y alejados acordes que brotaban de los tubos: «¡Alegría en el mundo!», gritaba el órgano. Alegría... Extraña palabra desconocida, palabra sin sentido, ¡palabra falsa y mentirosa!

La voz de Rose quebró el instante.

—Se ha ido... Oh, Joan, ¿por qué no has entrado?

Se volvió a mirar a Rose. Había lágrimas en los ojos de Rose y reproche

en su voz. Pero Joan no lloró, entonces no. La invadió el alivio. Ya no entraría nunca, porque el momento había pasado y no volvería, nunca, nunca. Rose volvió a preguntar:

—¿Por qué no has entrado? —Se secó los ojos delicadamente y prosiguió —: No llegó a despertarse... Durmió hasta el último segundo, sonrió y suspiró. Eso ha sido todo. Tenías que haberla visto sonreír, Joan.

—¡Me alegro de no haberlo visto! —exclamó Joan apasionadamente. Corrió a su cuarto, se echó de bruces en la cama y lloró y lloró sobre la almohada—. ¡No quiero verla muerta..., no quiero verla muerta!

Pero no le permitieron hacerlo. No. Pronto tomaron posesión de la casa donde su madre había vivido tanto tiempo. Venían las mujeres del pueblo, apiñándose, amistosas, amables, devotas, curiosas, y la casa tenía que entregarles todos sus secretos. La señora Winters, vestida de un llamativo tafetán negro, las apartaba con firmeza. Las agrupó y les dijo:

—Ahora, váyanse. Vamos a hacer cuanto sea necesario. El señor Blum está aquí esperando. La «Ayuda de las Damas» se cuidará de las flores y demás.

Tras ella se encontraba el señor Blum, bajo, grueso y moreno, intentando no resultar chistoso.

—Claro que lo haremos, amigos — dijo en voz alta—. Eso es asunto nuestro, ¿saben? Siempre digo que es una tarea mortal, pero... —Se detuvo y tosió, al recordar que estaba en presencia del cadáver—. Claro... — terminó débilmente.

Así que de nuevo se encontraban en la salita. No tenía otro sitio adonde ir, excepto a esta habitación que se les había reservado. La casa no les pertenecía. Incluso en el estudio había

abrigos de señora y sombreros sobre la mesa. Hannah lloraba y corría a la cocina a hacer café para todos. Por la puerta abierta llegaban guirnaldas y flores. De pronto se vio la sombra de una caja negra.

—Cuidado, muchachos —gruñó la voz del señor Blum—, ¡cuidado con las esquinas!

Francis, de pie en la ventana, se volvió, mordiéndose las uñas, dio un salto y salió dando un portazo tras él, corriendo por la cocina al patio de atrás y a la calle que daba al Sur.

Rose se sentó junto al escritorio. El pequeño Diario estaba abierto ante ella. Empezó a escribir, llorando

silenciosamente, escribiendo la historia de la muerte de su madre. Lo secó con cuidado y se volvió a Joan.

—Ojalá hubieras visto su sonrisa al final...

En el sillón de cuero se sentaba el padre envuelto en su bata acolchada de satén color ciruela. El sol de la media tarde surcaba su rostro, volviéndolo más blanco y viejo, marchitándolo...

Joan estaba colocada en un taburete ante el fuego que Hannah había encendido, contemplándolo. Tenía sus manos extendidas ante la llama, pues sentía frío. Arriba estaban preparando el

cuerpo que ella había cuidado durante todos aquellos días. Pero todos los cuidados no habían bastado. Se sentía cansada hasta el alma y no bastaba. La muerte no había perdido ante toda su lucha. Estaban lavando la carne que de tanto cuidar se había vuelto casi como su propia carne. Pero al final había allí extraños. La melancólica voz de su padre rompió a través de su agonía, meditabunda, tristemente sorprendida.

—Creo que soy el primero de toda mi familia que se queda viudo, Joan.

—¿Sí, padre? —respondió.

Una llamita azul clara saltó de un leño, subiendo fina y derecha como una daga hacia la chimenea.

—Sí —continuó, en una especie de triste sorpresa—. John era más joven que su esposa Annie y murió antes que ella, e Isaac nunca recobró la salud después de la guerra y murió de antiguas heridas, y David falleció de tifoidea y Frederick sigue vivo todavía...

—Queridos —dijo la señora Winters en la puerta—, ¡vengan a verla! Está tan dulce... Nunca la he visto con una expresión más dulce... —Consiguió reunirlos de alguna forma—. ¿Dónde está Francis? Oh, llegará demasiado tarde. Queremos terminar con toda esta tristeza antes de Navidad... Creo que debería haberse quedado con la familia en esta última hora... Quisiera que

hubiera escuchado...

Los empujaba escalera arriba. Rose, Joan y su padre. El padre tropezó y la señora Winters le tomó del codo, sosteniéndole con firmeza, guiándole.

—Vamos, reverendo, ya comprendo lo que siente, pero el Señor nos la dio y se la llevó. Joan, le hemos puesto la mañanita color orquídea y un limpio... Era difícil vestirla..., ¿comprendes...? Bueno, tiene un aspecto tan dulce, con su pelo blanco tan bonito y todavía rizado, y el señor Blum la ha retocado sólo un poco.

—No puedo... —se ahogó Joan.

—Vamos, cariño, está tan bonita... Tu propia madre... Luego te pesará

siempre...

La empujaron al cuarto. Ahora resultaba una habitación extraña, llena de desconocidos. El señor Blum estaba allí, secándose las manos con una áspera toalla de hilo.

—Una cosa —susurró toscamente— que siempre pregunto a la familia es si tenemos que quitarle la alianza.

En contra de su voluntad los ojos de Joan buscaron aterrizados. Vio una muñeca alta y rígida echada en la gran caja, vestida y pintada con apariencia de vida. Las fuertes y bien formadas manos estaban dobladas sobre el pecho; el anillo de boda brillaba en ellas. Durante muchos días no hubieran podido

quitárselo de haberlo querido. Pero ahora la horrible hinchazón había desaparecido misteriosamente. Su madre estaba una vez más en su verdadero ser, pero de forma extraña, su propio ser muerto, muerto, con las manos dobladas sobre el pecho como sólo se doblan las manos de los muertos.

—¡Dejadla en paz! —gritó Joan, brotándole la voz de dentro, y de pronto, para horror suyo, estalló en unos sollozos fuertes, infantiles, ante todos aquellos extraños.

Así perdió el cuerpo de su madre. Se apoderaron de ella a la hora de su

muerte y ya no fue más para sus hijos. Otros la tenían. Incluso en el funeral pertenecía a otros. Tan sólo durante un instante volvió a ganarla Joan. Fue el momento en que habló por su madre a todos ellos, y así, por un instante, fue suya de nuevo. La iglesia, decían ellos apurados, estaba adornada para Navidad. Las guirnaldas de acebo y pino y la estrella de plata eran para Navidad. Todos la habían querido para la querida esposa de su pastor, pero las guirnaldas eran tan difíciles de quitar y poner...

—¡Déjenlas como están! —exclamó.

Allí estaban las mujeres de la «Ayuda de las Damas», apiñadas en la sala, pesadas de cuerpo, ansiosas,

amables.

—No queremos que parezca falta de respeto —le decían con solemne rostro.

Pero Joan tendió sus brazos y les contestó:

—¿No se acuerdan cómo le gustaba la Navidad? ¡Pero si la mañana de Navidad solía correr a la iglesia antes del desayuno para verla! Nunca le parecía tan hermosa como la mañana de Navidad. Aunque hubiera pasado días con las guirnaldas, y aunque ella misma hubiese colgado la estrella y lo hubiera visto todo la noche anterior, corría sola la mañana de Navidad. No querría que se quitaran las guirnaldas por su causa, y menos aún la estrella.

Así, dudando, habían dejado las guirnaldas y la gran estrella de plata, que brillaba sobre el presbiterio, y a ella la depositaron debajo.

Pero todo resultaba extraño e impropio. Era raro para el padre hallarse en el banco con ellos en lugar de la madre. Allí se encontraba desplazado mientras el fuerte y bajo ministro metodista se erguía en el púlpito para alabar a la difunta.

Se sentía cortado y violento. El oír tales alabanzas hacía irreal incluso su recuerdo. «Una esposa buena y fiel», decía la voz extraña, «Una brillante luz

en la comunidad, una amiga para todos nosotros... La echaremos de menos». Parecía indecente escuchar estos comentarios públicos sobre su esposa. Se encogió en sí mismo. Mary... Sus pensamientos estaban llenos de Mary. Mary andando por la casa con su paso casi de carrerilla; Mary en la mesa preocupándose de todos; Mary... Pero ahora no podía recordar su rostro. Nunca había sido buen fisonomista. Sabía que sus ojos habían sido castaños. Lo recordaba porque, cuando estaban solos en la noche y ella se había acostado primero, como lo hacía siempre, ya que era tan rápida, yacía mirándole, con ojos extraños, oscuros y

silenciosos, y su mirada siempre le hacía sentirse incómodo, aunque no sabía por qué. Ella se volvía tan extraña cuando ambos se quedaban solos... Él quería apagar la luz porque ella le resultaba siempre menos extraña cuando no podía verla. Su cuerpo presente y cálido le era familiar; pero cuando la vela permanecía encendida, sus ojos oscuros y silenciosos le hacían sentirse extraño de nuevo. Habían discutido sobre la vela encendida durante la noche.

—Déjame encender la vela, Paul, quiero luz. La oscuridad me abruma.

Pero él no le contestaba. La tomaba en sus brazos y se daba prisa. No es

sólo que sus ojos fueran oscuros y extraños, sino que la luz le hacía avergonzarse de lo que quería hacer. Durante el día discutía sobre aquello consigo mismo, en el estudio, trabajando en su sermón, abierta la Biblia ante él. ¿Por qué tenía que avergonzarse cuando el suyo era un matrimonio bendecido? ¿Por qué quería que le ocultara la oscuridad? Pero si ella conseguía lo que quería, como había ocurrido a veces, el deseo desaparecía en él y se sentía injuriado e indefenso, sin comprender por qué, pues poner en palabras tales cosas le parecía algo vergonzoso...

«Y así le ha concedido su amado reposo», declaró con unción la voz desde el púlpito.

Pero su madre no quería dormir, clamaba Joan con pasión en su alma. Quería estar despierta, vivir, correr, trabajar y reír. Le molestaba hasta dormir por la noche. Todos los días se levantaba temprano, deseosa de estar despierta. Pero Dios le había dado su único sueño, sueño eterno. Una oleada de ira la invadió, ira contra Dios. De pronto Dios le resultaba real y vivo, una forma de fuerza, definida, inexorable y poderosa. Todos estaban perdidos en el

agitado e irrazonable océano del poder de Dios. Las lágrimas llenaron sus ojos, lágrimas furiosas. Miró a su familia. Los reunió en su corazón, su padre, Rose, Francis, y cada uno resultaba conmovedor. Estaban tristes y abandonados. Dios les había robado. Su padre estaba muy pálido, hasta sus labios se habían vuelto de pronto secos y pálidos. No estaba escuchando. Había abierto un libro de himnos y leía un salmo. Rose, la hermosa Rose, su hermanita, estaba sentada tranquilamente, recogidas las manos, sentada inmóvil, humedeciendo de vez en cuando sus labios con la lengua. Y Francis era el amor de su madre. Ahora

tenía ella que ser responsable por Francis y por cuanto hiciera. Tenía el rostro contraído y decidido a no llorar. Él era el único de los tres que contemplaba con fijeza lo que yacía bajo la estrella de Navidad.

... Su madre había muerto, después de todo. Ahora no tendría que decírselo nunca. Jamás llegaría el momento en que al entrar en casa viera su rostro y supiera que ella sabía. Porque nada suyo se le ocultaba mucho tiempo. Había algo entre los dos tan ardiente e íntimo que cuando intentaba ocultarle algo, ella lo sabía. Lo captaba al mirarle, al olerle, al tocarle. Y él sabía cuándo ella sabía. Ante ella se sentía impotente, amándola

y odiándola al mismo tiempo, porque estaba tan cercana a él. A veces había estado demasiado cercana y él se rebelaba y quería librarse de ella, huir de su voluntad. Deseaba obedecerla porque quería complacerla. Se veía forzado a desobedecerla porque ella estaba demasiado cerca y él la quería más de lo que deseaba quererla.

Ahora que se había ido, también él se sentía medio muerto. Quería que volviera, quería sentirla cerca otra vez. En él no había nadie, en realidad, más que ella. En cuanto este maldito predicador terminase su cháchara iría a buscar a Fanny.

No, no podía ir a buscar a Fanny el

mismo día del funeral de su madre. Aquello era peor de lo que él era. Ya había sido bastante malo el ir mientras su madre agonizaba. Pero Fanny era la única que podía hacerle olvidar. Temblaba de necesidad de llorar. Fanny era la única persona ante la que podía llorar sin sentirse avergonzado. Cuando puso su cabeza sobre el pecho de ella y exclamó: «¡Fanny, se va a morir!», Fanny le había cogido en sus brazos y murmurado tiernamente: «Muchachito, llora y desahógate..., llora y llora, muchachito. No es ninguna vergüenza llorar sobre mí...». Temblaba de deseo de volver a llorar...

Joan vio sus manos húmedas, temblorosas, retorciéndose. Deslizó su mano en el brazo de él y le asió. Ahora tenía que cuidar de ellos... Su padre, Rose, Frank. Los reunía a todos en ella, eran suyos, suyos. Los cuidaría y defendería, los consolaría y amaría, los protegería contra todo, incluso contra Dios.

La gente se puso en pie y ella también lo hizo. El órgano sonaba dulcemente «Por todos los santos que descansan de sus trabajos». No significaba nada para ella que fuera Martin quien tocara, nada el que la gente cantara suavemente y con tristeza su

música. Ella seguiría con la vida de su madre. Nunca descansaría. Seguiría con su tarea, trabajando, trabajando, haciendo que prosiguiera la vida de su madre.

—Adiós, Joan —le susurró la enfermera cuando el canto llegó al amén—. Tengo que tomar el tren para mi próximo caso. Casi no he tenido tiempo para el funeral. Pero me gusta quedarme a los funerales si puedo, sobre todo si tomo cariño al paciente, como en este caso. Hoy he tenido suerte... Esta mañana he recibido un telegrama diciéndome que me esperaba un caso de artritis, y éstos suelen durar. Recuerde ahora lo que le dije y búsquese una

distracción para usted. Desde luego era una gran mujer y siento que tuviera que irse; pero no se siente a llorar.

—Estaré demasiado ocupada —dijo Joan decididamente.

Cogió la fuerte y grande mano con gratitud, reteniéndola un instante. Era algo a lo que asirse por el momento. Pero casi al momento la retiró y la franca y redonda cara desapareció entre los rostros que se apiñaban a su alrededor. Perdió el áspero toque de su mano entre muchos contactos suaves de otras manos.

«Querida Joan, si podemos hacer algo...».

«Todos la echaremos de menos,

señor...».

«Francis, muchacho, Ned dice que irá a verte mañana antes que nada... Quiere que vayáis de excursión si a ti te apetece. Le he dicho que no sabía si sería lo adecuado...».

Joan sintió contra su mejilla una bocanada del aliento del señor Billings, que le musitaba ruidosamente al oído:

—Su madre era una verdadera dama... Nunca protestaba por nada... Compraba o no compraba, pero no se quejaba como otras que conozco. Seguiré mandando la carne igual, un hermoso trozo de cordero de lo mejor que he tenido... Le he dicho a Mollie que estas Navidades no querrían ustedes

pavo.

Había lágrimas en sus pequeños ojos negros y también brillaban en las inaccesibles curvas de sus mejillas, corriendo hasta sus orejas. El corazón de Joan fue hacia él.

—*Gracias...*, gracias muy especialmente por sus sentimientos —le dijo, y por alguna razón se sintió consolada por primera vez.

Acostumbrada como estaba a saltar de su catre muchas veces cada noche, le resultaba raro descansar tranquilamente en su propia cama, de nuevo en su cuarto, tan raro que durante largo tiempo

no pudo dormirse. Cuando al fin lo consiguió, sólo fue por un ratito. Se despertó, encontrándose de pie en la negrura de la noche, tanteando en busca del lecho de su madre.

—Sí, sí —musitaba—, aquí estoy..., aquí, aquí...

Pero su mano cayó en el vacío, y al instante, en la oscuridad, se despertó y se dio cuenta de lo que había sucedido. Recordó que habían puesto a su madre en el cementerio, allí en el extremo más alejado de la iglesia, lejos de la casa. Su madre yacía ahora en la profunda oscuridad cerrada de la tierra, durmiendo para siempre. También, por un instante, ella estuvo en aquella celda

estrecha, enterrada. Vio el rostro intensamente dormido en la sombra. Se llevó las manos al pecho. Su madre no habría cambiado aún. Oh, tenía que sacarla, de alguna forma, al aire otra vez, ¡de nuevo a la vida!

Oyó entonces el sonido de una tos en la habitación de al lado, en la habitación de su madre. Su padre estaba allí. Había vuelto otra vez la misma noche.

Había ido a la misma cama en que estaba acostumbrado a dormir, y ahora descansaba solo. Escuchó. Estaba despierto. Le oyó toser de nuevo y sintió hacia él una nueva piedad. Olvidó que había estado enfadada con él. Estaba solo, también, y debía ir a su lado.

Abrió la puerta con suavidad, una rendija. Estaba en la cama, con la vela encendida a su lado, arropadas las mantas bajo sus brazos. Sobre el pecho sus delgadas y grandes manos estaban dobladas. Había abierto por completo las ventanas y en la corriente de aire la vela proyectaba una sombra móvil por su rostro.

—Padre —dijo suave, tanteando.

Él se volvió y la miró desde lejos, con solemnidad.

—¿Qué hay?

—Te he oído toser... ¿Necesitas algo?

—No, nada —repuso, tras vacilar un instante.

Ella esperó, pero él no habló más, y cerró la puerta y volvió a su cuarto, sintiendo aún piedad, pero algo enfriada ahora.

¡Ah, ella sí tenía frío, el cuerpo frío, los pies fríos! El aire había cambiado por la noche, pasando a ser muy frío, y se metió encogida en la cama, de pronto triste y helada hasta el alma. Y entonces la piedad que sentía se volvió sobre ella y para ella, y lloró y lloró hasta que al fin acudió el sueño.

Mas le sentó bien llorar de noche y terminar con aquello. Se levantó mucho después de amanecido, con la tranquilidad de alguien que ha terminado algo durante cierto tiempo, sabiendo que

había llorado bastante durante algún período. Se levantó en silencio, tranquila, sin ninguna necesidad de llorar, se vistió, bajó la escalera y habló con dulzura a Hannah.

—Buenos días, Hannah.

Era ya tarde, y Hannah estaba desarreglada. No se había peinado y se movía despacio, empapada en lágrimas, ostentando su pena.

—Intentemos que todo resulte tan alegre como se pueda, Hannah. Así lo querría madre.

Halló un mantel limpio y lo puso sobre la mesa, y entre todas las flores de la casa encontró algunas rosas rojas que había traído la señorita Kinney. «Las he

comprado», le había dicho la señorita Kinney con un desgarrador susurro. No se había secado las lágrimas que le corrían por el pequeño y marchito rostro. Pero el señor Blum no había estado dispuesto a emplear otra cosa que flores blancas.

Puso las rosas rojas sobre la mesa. El sol descendía indiferente y hermoso. Brillaba por las ventanas como siempre, dando una vacía animación al cuarto. Ella lo preparó todo, perfectamente para ellos, dejando a un lado su pena. Hasta los temblorosos labios de Hannah no le traían de nuevo lágrimas a sus ojos. Esperó que Hannah se secara los ojos con el delantal y escuchó cuando le

preguntó:

—¿Quiete que vaya mirando por usted las cosas de su madre?

Pero entonces el recuerdo pospuesto la golpeó. Claro que había cosas de su madre, sus vestidos... Oh, nadie debería tocarlos.

—Rose y yo lo haremos...

Ahora que Hannah había hablado no podía olvidarlo, ni podía soportar el tener que hacerlo. Lo dejaría por unos días. Era buena cosa tener todavía las cosas de su madre en la casa. Que colgaran en los armarios, que descansaran en los cajones. Que quedara de su madre tanto como se pudiera, tal y como ella lo había dejado. Se aferraba a

todo lo de su madre.

Entonces, uno a uno empezaron a bajar a desayunar, Rose, Francis y su padre, vestido con cuidado, pues era su día de visitas pastorales y no se le hubiera ocurrido retrasar su deber. Ella ocupó ahora el puesto de su madre sin discusión. Les sirvió en silencio y en silencio recibieron su servicio.

Al día siguiente ella y Rose juntas abrieron los cajones del tocador del cuarto de su madre. Abrieron los armarios y sacaron cuanto le perteneció. No había muchas cosas además de las alegres mañanitas..., sus escasos

vestidos para la casa, su traje marrón, su mejor vestido de seda color vino oscuro rojizo, el abrigo negro de invierno, tan usado, la toca de terciopelo marrón que ella misma se había hecho. Pero como toda la ropa estaba tan usada, como la había visto tan a menudo en ella, aún formaba parte de ella.

Y estaban los guantes que tenían la forma de sus manos. Y había zapatos, remendados en el talón aquí y allí una pieza pequeña. El viejo señor Pegler, el remendón, solía arreglarlos gratis. Decía que él no iba a la iglesia porque era seguidor de Ingersoll. Pero le arregló los zapatos que ella le había llevado y no quiso cobrarle.

—No se crea usted que es por ser la mujer del ministro —le decía torpemente cada vez con las gafas sobre la cabeza—. Lo hago porque quiero.

Y ella, porque era orgullosa, le llevaba de vez en cuando una tarta, pues su esposa había muerto hacía tiempo y él se lo hacía todo; le encantaban las oscuras tartas de chocolate y el plateado cabello de ángel.

—Puedo hacerlo todo solo menos los dulces —le dijo, llenas de arrugas sus redondas y carnosas mejillas—. Hace falta una mujer para los dulces.

Separando los zapatos, Joan reconoció de pronto entre ellos algunos pares suyos, zapatos que había

desechado porque no estaban ya usables, o así le habían parecido a ella. Su madre no había dicho nada. Se los llevó al señor Pegler, él los arregló y ella los usó, para añadir un poco, en secreto, al dinero ahorrado. Le dolía el corazón al ver lo que su madre había hecho sin que nadie se diera cuenta. Empezó a comprender que ninguno de ellos se había fijado en su madre. Todos se aprovechaban de ella, cada uno tomaba lo que necesitaba para su propia vida sin ver que también ella necesitaba algo de ellos para sí. Pero ahora era demasiado tarde...

Joan, al mirar aquellas cosas dijo a Rose en voz baja:

—¿Qué haremos con ellas? Siento que si hemos enterrado su cuerpo debiéramos enterrarlas también.

—Podríamos darlas a la misión de South End —dijo Rose alzando la vista. Estaba arrodillada ante un cajón y hablaba con su voz práctica, razonable —. Allí harían un bien.

—No —dijo Joan con brusquedad —. No podría resistirlo. No puedo pensar en sus ropas, sus vestidos, las cosas que ella se hacía y vestía... usadas por esa gentuza...

Tomó en sus brazos cuanto pudo coger de las ropas de su madre.

—Las guardaré por ahora. Las pondré en aquel viejo baúl de tapa

redonda que está en el ático, donde ella guardaba nuestras cosas de niños. También habrá sitio para éstas; hay tan pocas...

Subió la escalera del ático, la garganta apretada de lágrimas, abrazando su paquete. Dentro, su corazón exclamaba: «¡Oh, Madre, Madre, Madre!».

De las cosas brotaba el olor de su madre. No era perfume. Su madre nunca lo había usado. Era el olor de su cuerpo como fuera en un tiempo, el olor de carne limpia y sana. Lo sabía, lo recordaba. En su niñez, sentada en el regazo materno, envuelta en los brazos de su madre, sentía aquel ligero y fresco

olor. Ya entonces le gustaba, pues lo añadía a la comodidad del abrazo. Una vez, cuando era muy pequeña y su madre se había ido por un día dejándola con Hannah, llena de intolerable soledad había corrido al armario y abriéndolo había hundido la cara entre los vestidos de su madre, y allí estaba el olor que la consoló.

Ahora también la consolaba. Le traía de nuevo la salud de su madre y su antiguo vigor. Olvidó aquel olor a muerte del lecho de enferma y la recordó como había sido, la frente amplia y suave, los ojos oscuros, limpios y anchos, la tez morena mezclada con el rojo de las mejillas. Se

detuvo en la escalera del ático, recordando..., mirando, sonriendo a sus recuerdos...

Se dio cuenta entonces de que el baúl de tapa redonda estaba abierto. Se acercó y vio las ropitas de niño revueltas en todas direcciones. El fondo estaba lleno parcialmente de pequeños calcetines, zapatitos y chaquetitas de niño hechas a ganchillo, todo en confusión. Comprendió al instante. Aquí era donde su madre había guardado su poco dinero, y de aquí su padre lo había cogido. Pero ya no importaba. También eso había terminado. Tan sólo se alegraba de que su madre no hubiera sabido el fin, contenta de que hubiera

dormido sin oír los pasos de su padre que se apresuraban a subir la escalera del ático. Depositó su carga en una silla, levantó la bandeja, la dejó en el suelo y, arrodillándose, empezó a vaciarla. Aquí había zapatitos de Frank y una chaqueta roja que había tenido. La recordaba porque su madre la había hecho y le encantaba vérsela puesta. Al levantarla para doblarla vio algo más: un sobre dirigido a ella con letra de su madre. Joan Richards. Aquél era su nombre, la letra de su madre. Era como oír la voz maternal. Lo abrió, golpeándole el corazón en el pecho...

Querida Joan, mi adorada hija...

Era tan propio de su madre empezar de

forma un poco seria y dejarse llevar luego del calor...

Te escribo esto porque eres la mayor. Me he preocupado mucho porque no tengo nada que dejar a mis hijos. Es muy difícil empezar a vivir con nada, y, por ello, desde hace varios años he empezado a poner un poquito del dinero de la casa. Hay muchas formas de recortar de algo que se desea mucho. Ha sido una alegría hacerlo. Hoy te has graduado. He tenido la atención de llevar este dinero (ahora casi cien

dólares), y usarlo para comprarte un regalo..., un reloj. Siempre he pensado que es bonito un reloj de oro de señora, tal vez porque siempre he deseado uno. Pero algo me hace pensar que no voy a vivir mucho. Estoy cansada casi todo el tiempo. Y no tengo nada para dejar a mis queridísimos hijos excepto este poco de dinero. Te lo dejo a ti, Joan, para que lo emplees en ti, en Rose, en Francis, como debas. Puedo confiar en ti. Siempre has sido una hija querida y honrada. Le diré a tu padre que es para

vosotros.

MADRE

Así le habló su madre. Pero era demasiado tarde. Dobló la carta, la metió en su vestido y siguió ordenando cosas. En su pecho la carta estaba como un dolor. Rose subió, llenos los brazos de vestidos.

No diría nada a Rose y Frank de la carta. No comprenderían. Tal vez Frank odiaría a su padre. Y no debían odiarse... Nadie debía odiar a ninguno de los demás. Ella podía comprender. Encontraría algún modo de ayudar a los demás si llegaba la necesidad. Tenía que

hallar el medio.

Se puso en pie y metió rápidamente las cosas de su madre en el baúl, y cuando todas estuvieron guardadas, echó la cerradura y el candado. Su infancia, su adolescencia, la vida de su madre..., todos quedaban ahora encerrados allí, para siempre. Cruzó su mente el pensamiento de que allí no había nada del hombre..., nada de su padre. Había venido a coger cuanto necesitaba sin dejar nada detrás. No había nada humano que tuviera, que pudiera haber estado allí con lo de su madre, con las ropitas de los niños. Se volvió, miró a Rose y sonrió, duro el corazón con el dolor de la carta.

—Ya está terminado lo suyo, ¿no? Ahora vamos a poner las cosas de él en los armarios y cajones.

Cuando todo estuvo en su sitio, Rose encontró detrás de una caja unos pantalones del padre.

—Creo —dijo— que después de esto ya no hay nada más. ¿Los pongo en el fondo?

—Sí, pero dóblalos bien.

II

A partir de entonces, a la hora de las comidas ocupaba el sitio de su madre. Su propio sitio había desaparecido y tomó el de la madre. Sin darse cuenta llegó incluso a emplear las palabras y los gestos maternos, a hacer las mismas cosas que su madre solía hacer. Cuidaba de la casa como lo hubiera hecho ella. Ni siquiera se le ocurrió descolgar los cuadros que desdeñara en un tiempo. Estaba tan fundida con su madre, que la casa, la familia, se convirtieron en las suyas. Se encontró observando posesivamente a cada uno de ellos, celosa del bien de todos. No tenía vida propia.

Su padre le entregaba cada semana

la pequeña suma que había acostumbrado dar a su mujer, y ella luchaba por cubrir el alimento y ropas. Entonces, una noche en que acostada en la cama permanecía despierta a la luz de la clara y fría luna, planeó hacer más. Ahorraría todavía con más afán y volvería a reconstruir la pequeña cantidad de plata, poco a poco. Lo haría por su madre.

Saltó del lecho, se acercó al pequeño escritorio y escribió a su madre. Escribió una respuesta a la carta que había encontrado. *Madre, no sé si puedes o no ver lo que hago, pero voy a seguir con el fondo, y si Rose o Francis lo necesitan, allí estará.* Volvió a la

cama pensando de dónde podría ahorrar, un céntimo o dos de la carne, de la mantequilla. Su padre no se daría cuenta. Al día siguiente puso juntas ambas cartas en una cajita de madera de sándalo que alguien trajera a su madre de Italia y que había usado para guardar pañuelos, y metió en ella veinticinco centavos del dinero de la casa. Ya lo ahorraría de alguna forma durante la semana.

Así, a poquitos todas las semanas, algunas sólo un centavo, otras incluso un dólar, iba añadiendo a lo que había en la caja de sándalo, donde quedaba la carta de su madre y la suya. Escondió la caja en el ático, en la bandeja del baúl de

cubierta redonda. Él no volvería a buscar nada allí, creyendo que se lo había llevado todo. Llegó a ser un consuelo oculto para Joan el saber que tenía aquel montoncito pequeño, que crecía constantemente, como había sido también un consuelo para su madre.

Pero no era fácil ser su madre. No tenía los años que le había costado a la madre dominar su temperamento, volverla paciente. Estaba impaciente, demasiado impaciente por hacer algo por ellos. Su propia fortaleza sin ligaduras se adelantaba a hacer por ellos más de lo que necesitaban. Arregló los

cajones de Francis y él la criticó:

—Ya podías dejar en paz mis cosas.

Se sintió intensamente herida. A él nunca le había importado cuando era su madre la que hacía lo mismo. Le volvió a repetir:

—Deja mis cajones en paz, ¿oyes? No puedo encontrar mis cosas.

—No he hecho más que ponerte los cuellos limpios...

—Yo sé poner mis cosas donde las necesito.

Y estaba Rose, con su extraña y blanda obstinación. Una vez que las largas vacaciones de Navidad hubieron casi transcurrido, Joan dijo bruscamente:

—Tenemos que empezar de nuevo a preparar tus cosas para que vuelvas a la Universidad. Tenemos que repasar tu ropa.

Pensó con calor en la cajita de sándalo. Si Rose necesitaba un nuevo sombrero o alguna cosilla, habría bastante. Y podía darle algo de ella. En el pueblo necesitaba muy poco. Tenía un traje de noche azul. Aquí en Middlehope no necesitaba trajes de noche, pues la tarde más divertida consistía en ir con su padre a cenar a casa de alguna de las familias de la iglesia, una sencilla cena casera. No sabrían qué hacer ante un traje de noche. Hubieran creído que intentaba darse aires. La verdad es que

no había ningún sitio donde lucirlo.

—Quiero que te lleves a la Universidad mi vestido azul, Rose. Yo no lo necesito.

—No voy a volver a la Universidad, Joan.

—¿Que no vas a volver? —repitió como una estúpida, mirando a Rose.

Estaban solas, haciendo las camas, y en ese momento en el cuarto de Francis.

Rose dobló las esquinas con cuidado. No alzó la vista. Su rostro estaba completamente sereno.

—No, tengo otros planes.

—No me lo habías dicho, Rose.

Se sentía herida. Deseaba hacer reproches a Rose. Rose nunca se le

acercaría. Rose, su única hermana, nunca decía nada; y sólo eran ellas dos, trabajando juntas en la casa, y Rose no le había dicho lo que pensaba hacer.

—Rob Winters y yo vamos a casarnos —repuso Rose con voz plácida y segura—. Termina en el seminario en junio y nos casaremos e iremos de misioneros. Ha sido aceptado para servir en China.

—No me habías dicho nada —dijo Joan, hostil, sin moverse.

—Acabo de recibir la llamada, Joan —se enderezó Rose con sus ojos inocentes, cándidos, claros—. Sólo fue ayer cuando oí la voz de Dios claramente que me decía «Id por todo el

mundo». No estaba segura hasta ayer, mientras cosía. Estaba sola en el cuarto, pensando en Rob, y oí la llamada. Entonces supe que tenía que ir, con Rob.

—Pero... ¿te vas a casar con él... sólo para ser misionera? Eres una niña...; no sabes...

—Cumpliré veinte años en setiembre. Y no me pongas las cosas así, Joan. Nunca has entendido... lo que siento por mi vida. Deseo obedecer al Señor... Quiero salvar almas... —Se detuvo y repitió más bajo—: «Id por todo el mundo».

—¿Deseas casarte con Rob, Rose? —preguntó Joan.

Pensó en Rob, alto, delgado,

ascético, vivos los ojos en su cara decidida, pálida y juvenil.

—Si Dios me lo dice... —repuso Rose.

Un ligero y exquisito rubor subió a sus doradas mejillas. Siguió rápidamente con su trabajo, intentando que las esquinas de la cama quedaran cuadradas. Pero nunca conseguía que le quedaran tan cuadradas como a su madre.

Era tan difícil hablar a Joan... Joan siempre estaba deseando ahondar en ella y descubrir cosas, las cosas que ella no decía a nadie, cosas que no podía poner

en palabras, sentimientos que no eran para ser hablados. Todo estaba confuso en ella, esa cálida y dulce necesidad de devoción. Quería ofrecerse. Se había ofrecido a Jesús, renunciando a sí misma, sintiéndose como sumida en Él, en Su ser. Rob y ella habían hablado de ello; Rob sabía lo que ella quería decir. La había contemplado con tal adoración que de pronto sintió ganas de llorar.

—Eres una santa, Rose —le había musitado—. Nunca imaginé que pudiera haber una muchacha como tú, tan pura, tan..., tan santa.

Al tomarla de la mano la había invadido aquella misma dulce corriente de sentimientos y supo que estaba bien

que ella le amase. Habían mantenido su amor tan bello... Al besarse, ella le dijo:

—Mantengamos nuestro amor puro y hermoso siempre.

Y Rob la besó con dulzura. Cuando ella estaba en sus brazos, cuando él la retenía de forma tan limpia, podía pensar en Jesús también, en medio de la encantadora tibieza que sentía dentro. Le hacía sentir que tenía razón al quererse casar con Rob.

—No lo entiendo —replicó Joan—. No veo qué tiene que ver Rob con eso.

Se puso a trabajar de nuevo. Ahora

permanecían silenciosas. Pero Joan sentía un torbellino de sorpresa y disgusto. ¿Por qué el disgusto? Se detuvo a pensarlo. ¿Sería que iba a echar de menos a Rose? No..., qué raro, qué raro, nada tenía que ver con Rose. Era Martin. De pronto aparecía en su mente el semblante de Martin, el recuerdo de sus labios en los de ella. Pero claro está que Martin no tenía nada que ver con el matrimonio. Apartó de nuevo el breve recuerdo.

Así se convirtió en un hecho aceptado que Rose iba a casarse, que se iría a China. Al oírlo, su padre se alegró de manera sorprendente. Por la noche, cuando estaban sentados alrededor del

fuego, les dijo lo que nunca habían sabido.

—Cuando era joven —dijo con timidez— también tuve planes de ir a tierras extrañas. Me llegó la llamada cuando llevaba casado un año y tú eras una criaturita, Joan. Me llegó muy claramente. Lo recuerdo. El doctor Peter Davidson, de China, ocupaba mi púlpito aquella tarde de domingo, y recuerdo que la congregación era muy escasa, pues entonces mis fieles no se interesaban aún como yo hubiera deseado en la salvación de las almas. Y mientras yo me preocupaba por ello, la voz de Dios sonó a través del predicador. Se inclinó sobre el

púlpito... Era un hombre alto y delgado, quemado hasta parecer negro por el sol de Oriente; me indicó con su dedo y me dijo: «¿Por qué no usted?». Y me di cuenta de que era la voz de Dios. Fui a casa y se lo conté a Mary. —De pronto se le apagó el rostro mientras hablaba. Terminó en voz baja—. Ella no quiso ir. Dijo que Dios tenía que llamarla también a ella. Lo he lamentado toda mi vida.

Jamás les había dicho antes tanto. No supieron qué responder. Francis, alzando la vista de su libro, lo cerró de pronto.

—Me voy a la cama —dijo, con un gruñido, dando un portazo tras de sí.

No se dieron cuenta. Joan cosía, remendando el montón del cesto de su madre, y Rose estaba sentada, medio soñando, en la oscuridad, junto al fuego. Ah, pero Joan debía hablar por su madre.

—Supongo que pensaría en mí..., en nosotros... —empezó.

Pero el padre no la oyó. Contemplaba los tizones.

—Dios me ha castigado —dijo, sombrío—. He trabajado aquí, en este pequeño lugar, toda mi vida. Donde debía haber cosechado miles, sólo he salvado unas pocas almas. Por eso me vuelco ahora tan intensamente en la misión de South End. No atendí la

llamada de Dios, y Él me ha castigado. Pero ahora me ha perdonado. En los últimos años han venido a mí personas para ser salvadas, ignorantes del amor de Dios. Dios es bueno.

Su voz se apagó. Al no hablar los demás, siguió un poco, revelándoseles nostálgicamente, impulsado por el instinto de toda una vida.

—Todos estos años me he despertado por las noches con los gemidos de los que viven al otro lado del mar, a los que nunca fui a salvar. Debería haber ido. He yacido despierto por la noche, escuchando su llamada.

Joan le miró alzando la vista de su costura. Era esto, entonces, lo que él

pensaba cuando ella le veía echado, solo en su cama, cruzadas las manos sobre el pecho. Oía voces que le llamaban. Todos aquellos años, mientras ellos le veían alzar la cabeza y mirar a lo lejos, no había sido para escucharles, sino para escuchar a aquellos a quienes nunca había visto. Se había movido entre fantasmas.

Rose ya se había ido. Aunque se movía por la casa durante la primavera, aunque sus manos ayudaban acá y allá, sus bonitas manos, tan extrañamente torpes pese a su forma y suavidad, aunque su suave voz respondía en tono

igual. «Sí, gracias, Joan, un poco más de pan..., el pan blanco, por favor». «La carne, por favor, padre». «Le quitaré el polvo al recibidor, Hannah...», Rose se había ido. Había apartado su vida de esta casa, alejándola en la espera, en los años que vendrían, a una vida que Joan no podía imaginar.

No podía imaginar la vida de Rose lejos de Middlehope, lejos de aquellos a quienes conocía. Juntas pensaron en la ropa de Rose, las cosas que necesitaría para su matrimonio. Decían, mirándose fraternalmente, de forma práctica: «Hay que poner esto y lo otro...».

—Un vestido de raso blanco sí, ¿verdad? —suplicó Joan.

—¿Para qué serviría luego un vestido blanco de raso? —replicó Rose negando con la cabeza—. Marrón, crespón marrón...

Y Joan tuvo que ceder ante el crespón marrón, aunque, ¿cómo iba a ser una verdadera boda sin raso blanco...? «La señorita Joan Richards se ha casado el día de hoy con..., con..., su vestido era de raso blanco con larga cola...».

—... Un vestido oscuro y delgado para viajar, una o dos gasas para el calor... —decía Rose con lápiz y papel en la mano.

Pero no se trataba tanto de prepararse para la boda como para lo que venía después. El que Rob y Rose

fueran a casarse no parecía nada más que una conveniencia antes de marcharse juntos para ser misioneros. ¿Qué eran los misioneros...? Joan, de pie, alta e indecisa junto a Rose en los almacenes del señor Winters, dejó que su hermana eligiera la sencilla gasa rayada, el crespón de seda marrón oscuro. No las elegía para Rose la novia. Se elegían para otra persona, para Rose la compañera, limpia, sometida, acompañando al joven misionero.

El señor Winters esperaba, animado, instando a que compraran esta o aquella cosa.

—Aquí hay algunas preciosas

novedades —decía, corriendo de una caja de cartón a otra—. Diantre, ¿dónde están? Hace un momento las tenía en la mano..., joyas para la ropa las llaman. Casi parecen auténticas.

—No, gracias, señor Winters —
repuso Rose.

No llamaba padre ni madre a los padres de Rob. No era hacia ellos más afectuosa de lo que lo había sido.

Cortaron y cosieron las cosas juntas, una costura bien paciente y callada. Era como coser bajo un cielo gris. Su madre hubiera detestado aquellos colores tan neutros.

—¿Dónde tienes aquel linón estampado de flores que te hizo madre?

—preguntó Joan de pronto.

Un día lo había visto resbalar sobre la cabeza de Rose como una lluvia de flores cortadas.

—Todavía lo tengo. Apenas lo he usado. No era un vestido muy práctico.

Joan no contestó. Dentro de ella se alzaba la rebelión contra esta costura, este matrimonio, esta vida elegida por Rob, como un calor dentro de su cuerpo. Sintió sus manos rígidas de disgusto. Se levantó repentinamente y la tela, el carrete y la tijera cayeron al suelo.

—Acabo de acordarme de algo que había olvidado —añadió bruscamente hacia los tranquilos y elevados ojos de Rose, saliendo del cuarto rápidamente

gracias a sus largas piernas. Pero antes de que pudiera llegar a su propio cuarto oyó abrirse la puerta de la calle y una voz restalló clara en sus oídos:

—¿Dónde está Rose? ¡Rose..., Rose!

Era la señora Winters. Pero al salir Rose de la habitación, llamó a Joan, inclinándose sobre la barandilla, mirando hacia abajo. La señora Winters sacudía una carta, que llevaba en la mano derecha, con su gordezuela mano izquierda. Era tan gruesa que su alianza de oro estaba hondamente incrustada en el dedo.

—Joan, ¿qué es esto de Rob y Rose? No tengo nada que decir respecto a su

matrimonio, ni dije nada cuando Rob quiso ser sacerdote... Siempre será pobre, y no tenemos nada que dejarle... el señor Winters y yo..., ¡pero ir a China es otra cosa! No creo que a Rob se le haya ocurrido solo... Es Rose...

Su voz llenaba el vestíbulo, estridente, aguda, subiendo por la escalera. En la cocina, los platos que Hannah estaba lavando dejaron de hacer ruido. Entonces se abrió la puerta del estudio y el sacerdote de Dios silenció su airada voz. Se irguió, pronto y alto, levantada la mano contra ella para hacerla callar.

—¿Quiere usted decir que no está dispuesta a que su hijo siga su

vocación?

Tras el calor estridente de la voz de la mujer, la de él semejaba una espada de hielo, que la silenció. Pero ella no estaba acostumbrada al silencio.

—Usted es un buen hombre, pero no comprende. Rob es mi único hijo. Rob ha sido siempre demasiado entusiasta..., emocional... Su padre lo es también. De no haber sido por mí, el señor Winters habría ido de acá para allá y acullá. Una vez quiso ir a buscar oro cuando era un muchacho no mayor que Rob... ¡Pero si incluso en una ocasión quiso dejar su almacén y meterse en automóviles...! Rob es como él. No quieren escuchar.

—Cuidado, no sea usted una

hipócrita —dijo el sacerdote de Dios con lenta y mortal frialdad—. Usted preside las reuniones misioneras de la iglesia, pero no quiere entregar su hijo a Dios.

—Oh, padre, por favor —exclamó Joan—. Haga el favor de entrar, señora Winters... Oh, Rose, yo no sabía que Rob no se lo había dicho...

—Le teme —repuso Rose sin aliento—. Siempre le ha tenido miedo.

Lanzó a Rose una mirada de reproche y corrió escalera abajo, temblorosa en su amplia y juvenil prisa. ¡Cómo detestaba ver sufrir a la gente, aun a la señora Winters! La cogió del grueso brazo y la empujó hacia un sillón,

cerrando la puerta.

—Siéntese..., siéntese...

Hablaremos de ello... Así..., sin reñir..., odio las discusiones...

Olvidó lo fuerte que era hasta que la señora Winters cayó en el sillón bajo su fuerza.

—Joan, declaro... —exclamó, desalentada. Vio entonces la cara conmovida y apenada de Joan y sus labios temblaron—. Es muy duro —musitó, sacando un pañuelo del cinturón—. Claro que creo en las misiones... Me han educado así... Me han educado como cristiana... No recuerdo haber dejado nunca de ser miembro de la iglesia. Pero nunca creía que me

sucedería a mí. Ya fue bastante duro cuando mi hijo quiso hacerse predicador... Los predicadores son siempre tan pobres, y no pueden ayudar en el almacén..., y Rob es en su corazón un muchacho consciente. Pero no me escucha... Aun así, no creo que se le hubiera ocurrido eso solo. Rose ha sido siempre un poco rara. Ejerce tanta influencia sobre él...

Sus labios llenos temblaron incontrolables y se llevó el pañuelo a ellos.

—Lo sé —murmuró Joan inclinándose sobre ella, instantáneamente comprensiva—. Es terrible... También es terrible para mí

tener que dejar que Rose se vaya.

Se inclinaba sobre la señora Winters derrochando comprensión. Sería como verlos morir el día de su boda. Rose y Rob. Su inmensa imaginación saltó a dicho día; los vio en el tren, el tren que iba volviéndose cada vez más pequeño en la distancia hasta que desaparecían, para años y más años. En casa de la señora Winters no quedaría hijo alguno, y en esta casa ya no estaría Rose. Era tan terrible como la muerte; su madre se había ido por la muerte y ahora Rose se iba por la vida, más extraña que la muerte. Era más fácil comprender la muerte. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Las personas deberían

permanecer unidas, juntas... Las familias deberían apoyarse hasta que viniera la muerte. Ésta no podía evitarse, pero se podía evitar elegir el marcharse en la vida.

—Señora Winters..., señora Winters. Madre no hubiera querido que se fuera Rose. Estoy segura de que no lo hubiese querido.

—Claro que no —musitó a su vez la señora Winters, temblándole las abultadas mejillas con los sollozos de su garganta—. Tu querida madre... Joan, yo no soy una hipócrita. Yo..., yo sentía de verdad lo que decía en las reuniones misioneras, aunque los chinos siempre me han puesto la carne de gallina. A

veces solía verlos en las calles de Nueva York cuando iba con el señor Winters de compras. Pero poner una moneda en el platillo, incluso algún dólar de vez en cuando..., no es lo mismo que el que tu único hijo quiera irse.

—No..., no... —dijo Joan. Se arrodilló y envolvió con sus largos brazos el cuerpo ancho y pesado de la señora Winters, la cual se apoyó un instante en su hombro sollozando en voz alta.

—No había hecho esto... desde que se me murió mi hijita, antes de que Rob comenzara a hablar —dijo entrecortadamente.

—Vamos, vamos —la animaba Joan, dándole suaves palmaditas.

¿Cómo podría temer Rob a su madre? Bajo su mano sentía un duro rollo de carne sobre el corsé. Pero no importaba. Vio de pronto que esta mujer, esta emprendedora y vivaz mujer no era, después de todo, sino una niña. Era curioso que nadie creciera... Su madre había muerto sin dejar de ser más que una niñita, y ella nunca pudo entender por completo a su madre hasta comprender que era una niña. Y ahora podría siempre conocer a la señora Winters. La conocería mejor que a su propio padre, mejor que a Rose, pues ellos nunca se daban. La señora Winters

suspiró y se enderezó bruscamente, secándose los ojos.

—No sé cuándo... —dijo débilmente.

—No importa —repuso Joan con rapidez—. Lo entiendo perfectamente.

—Ya lo sé..., lo siento, aunque no eres más que una muchacha, y estoy segura... Pero siempre me opondré a ello, Joan..., mientras me quede aliento. He sido una buena mujer, he servido al Señor y no debería pedírseme esto además.

Joan se puso en pie, delicadamente consciente de que la señora Winters estaba avergonzada de haber llorado.

—Sí, señora Winters.

También la señora Winters se levantó, y quitándose sus peinetas se alisó el tupé volviendo a clavarse con fuerza los peinecillos a cada lado del moño de pelo sobre la coronilla.

—Pero nadie me escucha. —Apenas parecía que hubiera llorado—. Bueno..., debo irme... Dejé una tarta en el horno. No sé lo que me ha dado. Escribiré una carta simpática y cariñosa a Rob. Y tú háblale a Rose, Joan. Dile lo que tu madre le hubiera dicho. Es esa señorita Kinney la que le ha metido ideas a Rose, Joan, lo apostaría... Ya desde niña fue un ser extraño, poco natural. Había que cuidarla, y no me extrañaría que se volviera un poco

chiflada. ¡Bien! Estoy segura...

Se dirigió hacia la puerta y miró al vestíbulo. Estaba vacío.

Joan se sintió tímida de pronto. Dijo con dulzura:

—Adiós. No le diré a nadie lo que siento.

Se notó el alivio en los pequeños y opacos ojos grises de la señora Winters. Estiró los labios para besar a Joan bajo la oreja.

—Eres una buena chica —dijo con brusquedad, y se fue.

Joan, mirándola, la vio descender por la calle, competente, decidida. La vio acercarse a Francis, que volvía lentamente a casa de la escuela

balanceando sus libros con descuido, golpeándolos contra el vallado, y detenerle.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Joan al entrar, con burla en su cara.

—Que no era forma de tratar los libros. ¡Vieja gallina! Debe de creerse que soy un crío.

Pero Joan subió la escalera corriendo. Vaya, ya estaba... ¡Las personas! Ella comprendía que al hablar así a Francis la señora Winters se sentía ella misma otra vez.

Mas, del mismo modo que Joan no pudo apartar con sus dos manos la

muerte de su madre, tampoco podía apartar esta vida elegida por Rose. Terminó la primavera. Los útiles vestidos pardos fueron embalados en el cuadrado baúl que su madre le había comprado para ir a la Universidad y que ahora tenía Rose. Había visto a su madre arrodillada ante él... la última vez doblando con cuidado el vestido floreado. Ahora se arrodillaba Joan, sintiéndose casi en el cuerpo de su madre, doblando los vestidos tan cómodos. Se arrodilló en silencio, tomando las ropas que ya Rose había amontonado cuidadosamente sobre su periódico en el suelo. ¿Dónde volverían esas ropas a ser desempaquetadas? No

podía saberlo... Sólo podía sentir que Rose se iba muy lejos, lejos para siempre. Terminó y se levantó, con la vista baja.

—¿Habrá sitio en la maleta para algunos libros más? —preguntó Rose desde su cuarto.

—Queda mucho sitio.

S , demasiado... Daba lástima ver lo poco que había en el ba ul. Días antes había ido al  tico y sacado los pocos dólares que había ahorrado para comprar a Rose un regalo de boda. Pero era tan difícil regalar algo a Rose... No quería nada.

—Quiero comprarte con esto algo bonito, cariño —había rogado Joan.

—No sería conveniente, Joan. —
Rose seguía con su suave pero tenaz
forma de ser—. Muchísimas gracias,
pero de verdad que no sería
conveniente.

—Pues entonces, toma, cariño —
terminó por poner el dinero en la mano
de Rose—, puede que alguna vez desees
algo..., hasta puede que algo bonito.

Pero ahora que le había dado todo el
dinero, no podía cerrar el sombrío baúl.
Tenía que poner algo..., algo de parte de
su madre, si no era por Rose. Su madre
no dejaría marchar un baúl así, lleno
sólo de cosas útiles. Todos los años en
la Universidad, al abrir el baúl, hallaba
pequeñas sorpresas que su madre había

escondido en algún rincón, un bolsito de encaje, un par de medias de seda..., pero Rose no quiso medias de seda, así que las compraron de hilo.

La puerta se abrió en silencio y apareció el padre con un pequeño y sólido libro forrado de piel, en su mano.

—¿Hay sitio para esto? —preguntó, acercándose al baúl y deteniéndose vacilante ante él—. Lo compré pequeño para que no ocupara mucho sitio. Es para que inicien su vida sobre él. Tu palabra es una lámpara a mis pies.

Joan tomó el libro de su mano y lo puso en el baúl sin contestar. Lo dejó y se fue corriendo a su propio cuarto, donde empezó a buscar en el cajón de

abajo, febril, con la garganta apretada. Allí guardaba sus pocas cosas apreciadas, las cosas que no se ponía a menudo, las pocas cosas que tenía demasiado bonitas para ponérselas aún. Había un camisón de raso de un color melocotón pálido. Mary Robey se lo había dado a fin de curso. «Póntelo en tu noche de bodas, Jo», le había dicho tomándole el pelo. Joan lo había guardado con el bolsito de encaje, medio haciendo planes. Ahora lo tomó y volvió corriendo al baúl. Desde el cuarto de Rose oyó la voz de su padre, que decía:

—En los malos momentos...

Alzó los oscuros y prácticos trajes

de viaje y escondió debajo la brillante prenda de color melocotón. Regresó rápidamente a su cuarto y buscó en el escritorio un trocito de papel, escribiendo en él: *Póntelo en tu noche de bodas, querida, queridísima Rose*. Corrió de nuevo y prendió la nota sobre la pechera de encaje del doblado camión.

«Es lo más bonito que tengo», pensó, cubriéndolo de prisa con el vestido oscuro y echándolo de pronto de menos de forma insoportable.

Pero le resultó un consuelo, aunque lo echara a faltar. Fue un consuelo cuando se celebró la sencilla ceremonia. La iglesia estaba llena de gente reunida,

no tanto para ver la boda como para ver la despedida. Contemplaban a estos jóvenes, a los que siempre habían conocido sin considerarlos dignos de admiración hasta este momento. Miraban al pálido muchacho, alto, de rostro delicado, cuyos ojos grises parecían ya consumidos en su cara, y a la serena muchacha, bajita y regordeta junto a él, morena como un reyezuelo en su sencillo vestido. La boda no tenía nada de maravilloso. Pero era maravilloso contemplarlos e imaginarlos cruzando mares y extraños países.

Ninguno de los del pueblo había cruzado mares a excepción de Martin Bradley y la señorita Kinney, y aquéllos

hacía mucho tiempo. Además, habían vuelto a quedarse, como si nunca se hubiesen ido.

Por eso venían gentes de todas partes a ver la boda. «Que sea así — dijo el sacerdote de Dios—. Que la congregación admire esta dedicación». Dios conmovería sus corazones. Joan, al entrar en la iglesia con Rose, vio que todos estaban allí. Incluso había personas a las que no conocía. Sus ojos captaron la directa mirada de un joven alto, de cuello grueso, torpe, de ojos pequeños y ardientes, muy moreno y pelirrojo. Apretó con fuerza la mano de Rose, en silencio, a su lado. No debía llorar, no debía hacerlo hasta que se

hubieran marchado. Allí estaba la señora Winters, de pie, con tenacidad y rigidez, mirando por la ventana. Joan comprendió al instante que bajo aquella mirada también ella decía que debía esperar para llorar. La marcha nupcial sonaba con delicadeza bajo los dedos de Martin Bradley, quizá con algo de burla. La tocaba con cuidado, como un ejercicio, sin expresión, completando cada frase y soltándola de sus dedos. Joan se detuvo con Rose ante su padre, Rob se separó de Francis, Rose de Joan, y Rob y Rose quedaron juntos. El padre, sacerdote de Dios, se erguía alto y solemne en su deber. Pero Joan, sensible hacia él, sentía que brotaba de su

persona una fuerza estática. Brillaba a su alrededor, como electricidad en su semblante, en sus ojos de un azul plateado, alrededor de su blanco cabello. Se hallaba en el sacramento. Se alzó su voz, aguda y clara como la luz, sobre los dos a quienes miraba. Los sustrajo del mundo hasta el lugar en que él se encontraba, y los tres quedaron allí solos.

—Nos reunimos este día ante Dios para ser testigos de la entrega de estos dos...

Joan miraba a Rose, tan grave, tan segura. «No parece en absoluto una novia», pensó con tristeza, volviendo ligeramente la cabeza a través de la

nave por la ventana abierta hacia un cuadrado de cielo claro y azul. Era junio, pero Rose no había querido flores en la iglesia, sólo las velas encendidas, y sobre su vestido marrón tan sólo un ramillete de lirios color limón que Joan había cortado para ella en el último minuto. Los lirios amarillos... Sintió vagamente que, de haber estado allí su madre, la boda no hubiera sido así..., no así de triste. Pensó apasionadamente: «Me alegro de haber metido el camisón de raso, me alegro, me alegro».

Si se trataba más de entrega que de matrimonio, tal vez a la noche, cuando Rose estuviera sola, encontrara el camisón y se lo pusiera, tal vez Rose

parecería una novia y Rob la vería así, y después de todo resultaría una boda.

Pronto concluyó, muy pronto. Salieron al paso de la marcha perfectamente interpretada, sin alegría. La gente se apiñaba alrededor de los dos. De vez en cuando les ponían algún dinero en las manos: «En lugar de un regalo de boda...». «Como os vais tan lejos no hubierais querido platos o vasos...». La señorita Kinney se abrió paso con fuerza a través de todos, abrazó a Rose y depositó en sus manos un grueso álbum. «Son mis fotos de África... No todas, pero sí muchas, muchas. Quería regalarle lo que más quiero... ¡Oh, que Dios los bendiga,

queridos! Usted, qué afortunada, qué afortunada...». Besó a Rose en la boca mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y de pronto, alzándose de puntillas besó a Rob y se apartó con prisa. La multitud, tras un instante de asombro, recordó que era Sarah Kinney y la olvidó.

Por la noche, cuando todo había terminado, Joan se despertó de pronto, completamente espabilada. ¿Qué hora sería? Después de medianoche, pues la luna poniente se veía muy baja desde su ventana. Para entonces Rose habría encontrado el camisón y se lo habría puesto. Apartó la súbita visión de Rose ante Rob. ¿Qué acontecería entonces?

Debiera haber hablado a Rose. Pero ¿qué podía haberle dicho? ¿Qué tenía ella que decirle, qué sabía ella para contarle más que las ardientes e infructuosas horas con Martin Bradley?

Recordó que, al salir de la iglesia, había visto a la madre de Martin Bradley hablando con la señora Winters.

Oyó que decía:

—Es un consuelo tener un hijo como Martin. Ama su hogar y a su madre.

Su pequeña y consumida boca se curvaba complacida. La señora Winters había entreabierto sus labios y vuelto a cerrarlos. Fue rápida al encuentro de Rob y Rose, obligando a su rostro a sonreír, por fin, al montar en el viejo

«Ford» que los llevaría a la estación. Todos habían ido a la estación. Después Rose se fue con Rob, mientras el tren se iba volviendo más y más pequeño hasta desaparecer en el poniente. Joan lo contempló hasta que pareció que entraba en el cielo. Casi podía imaginarse un agujerito en el firmamento por donde había desaparecido el tren llevándoselos en él. Ella y los padres de Rob habían permanecido esperando, contemplando el pequeño agujero vacío. Después habían vuelto juntos a casa, a pie.

—Seguro que no lo entiendo —dijo al fin, suspirando, la señora Winters. Habitualmente hablaba mucho, pero

había caminado en silencio, sin darse cuenta al parecer de que Joan la había cogido del brazo—. ¡Bueno! Estoy segura de que nunca pensé en esto cuando tuve a Rob y le cuidé a través de una infancia delicada. —Se detuvo ante las escaleras de su casa y miró acusadoramente al padre de Rob—. Siempre se pareció a ti.

El hombre la miró vagamente. No había dicho nada en toda la tarde, ni siquiera cuando Rob le dio la mano para decirle adiós.

—Adiós, padre. Escríbeme y cuéntame cómo van las cosas por la tienda.

Sólo había asentido con la cabeza.

—Entra y tómate unos huevos —dijo la señora Winters.

Se habían olvidado de Joan. Los vio entrar juntos en la casa y cerrar la puerta. Entonces se volvió caminando por la calle silenciosa, brillante a la luz del tardío sol, llena de vacío resplandor. Ella, que quería todo de la vida, ¿qué tenía después de todo que decir a Rose, ella que quedaba atrás en el pueblo?

«Debería haberle comprado algún libro», pensaba en la oscuridad, vagamente dolida bajo el peso del deber incumplido para con los suyos. Se acusaba a sí misma: «Debería haber hecho más por Rose, debería haber hecho más».

El viejo sentimiento familiar, el rico sentimiento de sacrificarse por los suyos, estaba profundo en ella, «Nunca puedo hacer lo bastante por ellos. No tanto como hubiera hecho madre». Y ahora se había ido Rose. Ella había creído que sólo la muerte podía separar, pero esta vez la vida los había separado tan inexorablemente como la muerte. De los cinco que eran, habían marchado dos, una con la muerte, otra con la vida. «Ahora debo hacer cuanto pueda por Frank y por papá», pensaba apasionadamente para consolarse en la oscuridad, antes del amanecer. Y las paredes de su casa aún permanecían seguras a su alrededor.

De los dos, Francis era sin duda el que más la necesitaba. Su padre tenía a Dios. Si se le daba el alimento que le gustaba (y ella veía ahora lo que antes no había visto, que él disfrutaba con la comida y que aunque su mano rehusara, sus ojos se pegaban al plato), si nadie tocaba sus papeles, si nadie entraba en su estudio cuando estaba solo, si su ropa estaba en el sitio de costumbre donde poder hallarla, nada más había que un corazón humano pudiera hacer por él. No echaba de menos a nadie, o al menos así lo parecía.

Y desde luego que no notaba a faltar

a nadie. Ahora Mary estaba más cerca de él de lo que lo había estado. Su inquieto y cambiante cuerpo no estaba ya allí para tentarle y alterarse, para hacerle desear y denegar a un tiempo, y preguntarse, atormentado, qué debía hacer un hombre elegido de Dios. San Pablo lo había dicho claramente en la epístola: «Mejor es casarse que abrasarse», pero había un irónico matiz que significaba que quemarse era innoble. Y él no se quemó. No estaba en su naturaleza el pensar en mujeres. No deseaba mirar un rostro de mujer como mujer. Pero Mary, viva, echada a su lado, le mantenía en lucha consigo mismo..., la antigua lucha de sus

miembros. Ahora, cuando Mary ya no estaba allí, podía pensar con alegría y paz en él. A Dios le había parecido bien afligirle..., bendita sea la voluntad de Dios.

Y Joan, su hija, cuidaba de las necesidades de la casa, casi como lo había hecho Mary. A veces olvidaba que había muerto. Alzaba la vista del plato para hablar con Mary, pero era Joan, y permanecía en silencio. Ahora nada se interponía entre él y su trabajo. Podía estudiar ocultos misterios. Podía predicar el evangelio a los que estaban por salvar, ahora que había quedado reparada la capilla de South End... Querida Mary, que había hecho por él el

mayor bien del que creía con el dinero para él ahorrado. Hacía tiempo que había olvidado que hubo una disputa... Mary en el cielo le comprendía como no lo había hecho Mary en la tierra. Las manos de Mary en el cielo estaban colmadas de bendiciones, la voz de Mary en el cielo, dulce con aprobación. Podía verla allí, tranquila como pocas veces lo estuviera aquí. Ahora podía comprender. «Porque ahora vemos como en un espejo, vagamente, pero entonces veremos cara a cara... Conoceremos cómo somos conocidos». Se retraía dichoso cada vez más. Se movía por la casa como un fantasma satisfecho. Tan sólo en el púlpito se convertía en algo

real para cualquier criatura humana. Entonces el pueblo era su pueblo al que daba de nuevo lo que Dios le había confiado. Dios, que en el principio...

Cada día estaba más cerca de lo que ansiaba ser. Cada día le resultaba más fácil negar la carne. Casi había dominado su hambriento cuerpo. Podía tomar un plato de humeante y sabrosa comida en la mano y volverlo a dejar sin vacilar levantándose hambriento de la mesa.

—Creo que su papá necesita carne roja —comentó el señor Billings un sábado de julio por la mañana. Enseñó a Joan un trozo de carne sanguinolenta, cuando ella respondió al traqueteo de su

coche ante la puerta—. La ternera es demasiado poco para él, aunque estemos en verano. El domingo en la iglesia le estuve mirando mientras comentaba la naturaleza del Espíritu Santo y me dije: «Lo que necesita es carne roja». ¡Aquí está!

—Cómo se lo agradezco... Es usted el más amable de los hombres —dijo Joan, agradecida.

—Al prepararla, que salga roja —ordenó el señor Billings, desde su asiento en el carromato—. Rojo es lo adecuado...

Pero después de todo fue Francis quien comió la mayor parte de la carne. El padre cortó un borde tostado y nada

más, aunque Joan le dijo:

—El señor Billings ha traído la carne especialmente para ti, padre... Le pareció que el domingo estabas pálido en la iglesia.

—Sin duda tendría mejor aspecto si el señor Billings viniera a veces a la oración... Nunca le veo los miércoles por la tarde —sonrió débilmente el padre.

—Yo comeré un poco más; gracias, señor Billings —dijo Francis alargando el plato—. ¡Dios, cómo me gusta así roja, Jo! Hannah siempre la reseca demasiado..., ¡pero así está estupenda!

El padre mantuvo los ojos en su plato semivacío. Francis pensó,

odiándole: «Él no come ni le gusta ver comer a los demás», y en voz alta:

—Yo tomaré un poco más.

Hannah se quejaba de que era imposible llenar el estómago de Frank. Iba dejando pequeña toda su ropa. Joan pudo verlo una vez que le reprochó el que llevara puestos sus pantalones domingueros color azul marino en día de labor.

—No me puedo sentar con los viejos pantalones a rayas —se quejó el muchacho—. Por Dios, Joan, no he tenido un traje nuevo desde..., desde...

No podía decir «desde que murió mamá». Nunca mencionaba a su madre, y si se hablaba de ella en su presencia

se marchaba.

Joan lo contempló detenidamente. Era tan alto como ella, y más ancho. Este año era ya un hombre físicamente, grande, guapo, moreno, una criatura varonil. Sobre su labio, en el mentón se veía la oscura sombra de su barba siempre afeitada. No estaba quieto un instante. Su cuerpo se movía lleno de gracia. Al hablar, su rostro cambiaba como siempre había cambiado el de su madre. Tenía todos los rasgos de aquélla. Pero era reservado como ella nunca había sido. No había forma de conocerle.

Y ahora Joan anhelaba hacerlo. Por su propio bien ansiaba cuidarle, sentir

sus necesidades para poder conocerle y así hallar cierta compañía. Se sentía abandonada al ser la única mujer de la casa a excepción de la vieja Hannah que trabajaba mejor cuando estaba sola.

—Quítese de mi cocina, Joan... Su mamá nunca se me metía en medio como usted. Es usted tan grande que no hay forma de moverse cuando anda cerca.

Y todo cuanto tenía de Francis eran las pequeñeces que podía hacer para él: arreglarle la cama, poner en orden la ropa, guardarla en los cajones, ya que siempre andaba por ahí. Estaba fuera porque iba al colegio, y ahora porque estaba de vacaciones. Por la noche, si se quedaba en casa, daba vueltas, sacaba

un libro tras otro y se iba a su cuarto temprano. Poco a poco había conseguido su libertad y se iba de casa con la misma despreocupación que si no dejara a nadie atrás. Pero su padre no le hacía preguntas porque los domingos seguía yendo a la iglesia por su propia voluntad. Si hubiese vivido la madre, hace tiempo que le hubiera gritado: «Estoy harto de ir contigo a la iglesia». Pero como ella no estaba aquí para que él protestara, iba una vez a la semana y se sentaba donde ella se había sentado, y su padre, al verle allí, le dejaba en paz, tranquilo con la seguridad de que su hijo estaba seguro y salvado.

—Me alegro de que Francis haya

sentado la cabeza —le dijo a Joan.

Francis, en la iglesia, no prestaba atención a nada de cuanto su padre decía. Venía a la iglesia no para escuchar a su padre o a oír hablar de Dios, sino sólo ciegamente a encontrar a su madre. A menudo intentaba recordar las cosas que ella hubiera deseado que hiciera, y no podía recordar que jamás le hubiera impuesto nada más que el ir a la iglesia con ella. Era la única rebelión contra ella que tenía ahora en la memoria, y seguía rebelándose y odiando aquello, pero como aún lo sentía vivo, le parecía verla con mayor

precisión en esta atmósfera de la iglesia que en cualquier otro lugar. En la casa había sido ella una parte tan esencial de su ambiente que su cara empezaba ya a desvanecerse en su pensamiento. Pero en la iglesia podía verla aún con gran claridad cuando se sentaba con su pequeña toca marrón en la cabeza. Durante mucho tiempo había llevado en la toca un ramillete de violetas, del lado que daba hacia él, donde se apoyaba sobre su rizado cabello. Le encantaba ver las violetas contra el cabello rizado y oscuro de su madre, ahora volviéndose gris.

Una noche, en el bosque, al comienzo de la primavera, Fanny había

cogido un ramillete de violetas, poniéndoselas en sus negros rizos, y él no pudo resistirlo. No tenía que haber nada parecido entre Fanny y su madre. Ni siquiera quería pensar en Fanny en la iglesia, donde estaba su madre. Nada tenían qué ver una con otra. Su madre era real, sólida como la misma vida. Pese a estar muerta era real, igual que cuando había vivido. La vida de él estaba forjada en la de ella. Cuanto pudiera hacer sería sobre ese cimiento, y cuando existía algo, como lo que había entre Fanny y él, que no podía tener relación con la unión con su madre, sabía que no era real y que por ello no podría durar.

Pero no quería que durara. Estaba loco por escapar. Si tan sólo tuviera dinero... No tenía más que su bicicleta, y si la vendía tal vez no podría irse. Se marcharía sin decir una palabra a Fanny. Nunca le había prometido nada. Ella escondía la revuelta cabeza negra bajo su brazo y le susurraba: «Muchachito, ¡nunca me dejarás! Si me dejas te encontraré y te arrastraré bajo..., bajo..., bajo. ¡Prométeme que no me dejarás!».

Pero él nunca se lo había prometido. Nunca prometía nada a nadie porque odiaba la mentira. Apartó la cabeza de Fanny tirándole de su corto pelo rizado y la besó, pero nunca le hizo la promesa. Las mujeres siempre

estaban pidiendo promesas: su madre, y ahora Fanny.

Y Joan también quería algo de él estos días... Le hablaba, le hacía preguntas, quería saber cosas que ni él mismo sabía. ¿Cómo podía decirle a dónde pensaba ir después de cenar? Cuando salía corriendo de casa no sabía adónde iba. Tal vez sólo se acercaría al almacén de los Winters a ver si alguno de los amigos andaba por allí. ¿Cómo iba a decirle adónde pensaba ir? Más tarde, si se sentía inquieto, iría al bosque en la parte sur de la ciudad a encontrarse con Fanny.

Pero estaba ansioso de marcharse de Middlehope. Tenía que irse porque

deseaba escapar de Fanny. Cuando fue a South End aquel domingo por la tarde con Jack Weeks, nunca había pensado en meterse en un lío..., no en un lío así. Sólo quería divertirse un poco y olvidar que su madre tenía que morir. La casa era tan distinta y vacía cuando ella yacía arriba... No podía estar en casa. No había nada que hacer después de la iglesia y después de la comida, y Jack le había dicho:

—¡Oye, hay una juerga estupenda allí abajo, en South End!

Así que fueron, y Fanny estaba allí bailando. Ella bailaba cuando él entró y no pudo estar seguro de que ella no fuera blanca, tan pálido era su color. Su

piel era clara como las cremosas rosas que su madre había cultivado en el porche, del mismo color crema amarillento, y al tocar su mejilla tenía el mismo tacto firme del suave capullo. A veces, cuando su madre arreglaba flores para la mesa, él se había sentado a mirarla y a jugar con las rosas. Conocía el tacto..., el color... No había tenido más intención que divertirse. Pero Fanny había tenido todas las intenciones desde el mismo principio. Había bailado ante él, hacia él, para él. Jack Weeks le había tomado el pelo. Ella se acercó a la mesa y se inclinó hacia él.

—Muchachito, ¿cómo te llamas?
Tengo que saber tu nombre.

Su voz era negra. Ninguna mujer blanca tenía una voz así, profunda, suave, negra. Podía ver sus pechos al inclinarse. Nunca había visto los pechos de una mujer. Ella quería que la mirara. En cuanto Jack se fue al cuarto de al lado a jugar a las quinielas, ella le había cogido del brazo, zalamera. Él quería ir a ver a Jack. No tenía dinero y no podía jugar, pero ella estaba allí... Él sabía lo bastante para no ir a su cuarto. Denegó con la cabeza cuando se lo propuso. A su vez ella le dijo:

—Vamos a dar un paseíto, muchachito. ¿No te gusta el bosque y el río? Yo sé dónde hay un estanque, tan tranquilo y tan lindo...

Y se fueron al bosque... Pero apenas si podía decir qué era ella. Tenía la piel tan blanca como la suya, incluso más blanca que la de él donde el sol le había tostado.

En realidad nunca la amó. Amaba a su madre, y por eso sabía que lo que sentía por Fanny no era amor. La deseaba y la odiaba, y ansiaba estar donde no pudiera hallarla cuando la deseaba. Pero ella estaba en él como la tierra. Era en él como un sedimento, arcilla. Si pudiese escapar, sería como el agua pura que fluye de un charco embarrado. A veces, cuando estaba con ella, aunque estaba profundamente con ella, deseaba poder elevarse derecho

hacia el cielo oscuro. En esos momentos, cuando volvía a casa, incluso después de haberse bañado y mientras descansaba limpio en su cama, no pensaba en ella sino en volar al cielo, el cielo limpio, limpio. Elevarse de la oscuridad, del calor, de la cercana tierra, lejos, lejos, al vacío, donde las grandes nubes tenían sitio suficiente para sobrepasarse, sin tocarse... ¿Por qué deseaba estar cerca de Fanny, acariciado por sus manos, acariciarla, enterrarse en ella, y salir de nuevo él mismo, asqueado de su contacto, anhelando estar kilómetros por encima de ella, por encima de todos, en el cielo?

No podía olvidar a su madre. Deseaba olvidarla. Pero en la oscuridad del bosque, en la profunda y caliente oscuridad, veía su rostro, no irritado, sin saber siquiera que él la miraba, sino sencillamente como había sido cuando estaba viva y cotidiana. Y en cuanto su rostro brotaba en la oscuridad, él deseaba alejarse, arriba, arriba, en la clara frialdad del cielo, para abandonar cuanto había conocido.

Joan le extraía las palabras. Siempre estaba ella haciendo planes, ahora que Rose se había ido. Ya no podía pensar más en la boda y en la ropa de Rose, y

por eso empezaba a desear hacer planes para él. Debería tener media docena de hijos para mantenerla ocupada. La noche anterior estaba sentada en el porche cuando él entró (una de las noches en que volvía de ver a Fanny), y el viejo estaba en la cama. No le preguntó dónde había estado, pero empezó a hablar de pronto, en la oscuridad, cuando él se sentó en un escalón para refrescarse, y porque aún no quería irse a la cama. Se había jurado a sí mismo que nunca más iría a ver a Fanny, y luego, de pronto, cuando estaba con los amigos, tuvo que ir a ella, aunque su cabeza exclamaba con prudencia: «¡Es mejor que no vayas más, ahora que nadie lo sabe! Todavía

es tiempo de detenerte, mientras nadie lo sabe».

Pero Fanny le tenía asido con sus oscuras manos. Podía sentir su profunda y negra atracción sobre él, y fue. Ahora había terminado. Estaba de vuelta, y al sentarse vio a Joan.

—¿Aún no estás en la cama? —le preguntó, haciendo que su voz gruñera.

Si gruñía lo bastante, ella no le haría preguntas. Había aprendido el truco con su madre.

—Arriba hace calor.

Y de pronto Joan empezó a hablar y su voz cambió, sonando casi como la de su madre. Qué extraño que nunca lo hubiera notado antes. Pero ahora, al no

verla en la oscuridad tras el rosal trepador, le asustó oír lo que parecía la voz de su madre.

—¿Qué planes tienes, Frank? ¿Qué vas a hacer de ti?

Era muy propio de su madre el lanzarle una pregunta clara, directa. Podía comprender lo que sus palabras implicaban: «¿Qué estás haciendo de ti, hijo mío?». De pronto sintió las palmas húmedas. ¡Dios, si fuese verdad lo que el viejo decía siempre, que los muertos viven y saben! Habían hablado de eso esta noche, en el almacén.

—Lo que yo digo es que —comentó el señor Pegler— no tenemos motivo para creer que cuando la combinación

química a la que llamamos «cuerpo humano» se rompe, queda algo más. Todo es química, eso es lo que yo creo.

Mientras hablaban, apenas les había prestado atención. Estaba diciéndose que nunca más volvería a ver a Fanny, pero su sangre conspiraba ya. La sentía agitarse en su corazón. Había algo en el pesado calor de una noche de verano que le hacía pensar en Fanny. Fuera de la puerta del almacén podía ver el calor bailoteando sobre la carretera. Una cigarra cantaba. En el fondo de su cerebro, más allá de su atención a lo que se hablaba, sentía las formas que tomaba Fanny, alzándose, atormentándole, oculta en él, esperándole. Se había alegrado, se

alegraba de que los muertos no supieran, porque sólo su madre hubiera comprendido la negra agitación que había en él. ¿Lo sabría, quizá? Tuvo de nuevo el momentáneo deseo de saltar de la tierra, de elevarse, de brincar en el cielo, lejos, lejos.

—Lo único que deseo hacer — repuso a Joan con pasión en la oscuridad— es ser aviador. Quiero volar.

—¿Volar? —replicó Joan, atónita—. ¿Y cómo podremos enviarte adonde puedas hacerlo?

Sintió con alivio que la voz volvía a ser de nuevo la de ella. Su madre hubiera respondido con firmeza:

«¡Tonterías, Frank!». Y al persistir él, le hubiera dicho: «Si lo deseas con bastante fuerza, lo conseguirás».

Pero a decir verdad no había pensado en ser aviador hasta este momento. Sólo había soñado con estar en el aire fresco, puro, solitario, liberado de la tierra, como un ave. Pero ahora lo planeó en un instante. Lo que no había pensado antes se le planteó rápida y completamente en la imaginación.

—Podíamos preguntarle a Martin Bradley. Estuvo en el servicio aéreo durante la guerra. Lanzaba bombas.

Durante un momento Joan guardó silencio, y cuando habló, la voz volvió a sonar distinta, otra voz, pequeña, sin

aliento.

—No me gustaría tener que pedirle nada.

—¿Por qué? Creí que salías con él. Si incluso oí a los amigos que se reían de eso en la tienda de Winters.

—¿Y dejaste que se rieran de mí? —preguntó, enfadada.

—No lo hicieron delante de mí. Pero los oí comentar. En un pueblo como éste todo el mundo se entera de todo.

No le contestó. Él se puso en pie, bostezó sonoramente y dijo con el acento ofendido que empleaba con su madre.

—Bueno, si no quieres, no lo hagas. Entró en casa, fue a su cuarto y se

desvistió. Cuanto más rumiaba, menos le parecía que hubiera quien pudiera ayudarlo, de no ser Martin Bradley. Y Joan no quería preguntarle..., variable como todas las mujeres. Durante un instante pensó en las mujeres y en lo cambiantes que eran. Incluso su madre lo había sido, y él aprendió a observarla para que cuando quisiera algo supiera mejor si ese día estaría o no dispuesta. Sólo Fanny no cambiaba... Fanny, siempre allí, en el bosque por la noche, junto al pequeño estanque, junto al árbol caído, donde las ramas formaban una tienda para cubrirlos. «Muchachito, no me dejes nunca. Te perseguiré por todas partes. Te arrastraré abajo... si alguna

vez te alejas de mí». Oía su voz siempre mezclada con el susurro de la corriente, una voz suave, gruesa, cantarina. Se llenó de sudor. Se echó de bruces sobre la cama y sintió que se hundía, se hundía, en un negro abismo. Estaba perdido, perdido. Nadie podía salvarle, nadie le ayudaría a escapar.

Joan, que caminaba sola al día siguiente por la carretera del Sur, pasó junto a la casita de piedra donde vivía la señora Mark, y oyó su nombre pronunciado con voz hiriente desde la ventana.

Siempre le había gustado esta casita

de piedra. Se alzaba apartada del pueblo y tenía un aspecto sólido, viejo, con ventanas pequeñas cerradas a los vientos y tormentas. Había habido, según decía el señor Pegler, varias casas de piedra en Middlehope. Todas las más antiguas eran de piedra, pero en tiempos de la expansión de fines del siglo XIX, a la gente sé le metió en la cabeza que era mejor derribar las buenas y viejas casas construidas por sus antepasados para levantar engendros de ladrillo rojo. Fue entonces cuando los Bradley construyeron su grande y cuadrada casa de ladrillo. Por aquel tiempo estaba en marcha la fábrica, y los asuntos prosperaban.

Pero la señora Mark no había hecho caso del rojo ladrillo y su casa se erguía como lo había hecho durante más de cien años. Joan se detenía siempre a mirarla, y a saludar después con la mano a la señora Mark, asomada a la ventana, e incluso entrando un momento. Esta vez, al oír su nombre, se volvió hacia el plumoso césped y abrió la puerta. Recordó que no tenía que pronunciar frases de saludo, pues todos sabían que la señora Mark detestaba lo que ella llamaba «palabras sin sentido en ella». «Decid lo que tengáis que decir y acabad», respondía siempre a un «Buenos días» o a un «Adiós».

Esta vez empezó con brusquedad.

—He esperado hasta estar segura, y ya lo estoy. Ese muchachote jovenzuelo que es tu hermano pasó delante de esta casa anoche a reunirse con la misma chica, como yo sabía que lo haría, pero no era asunto mío, o no me parecía que lo era, hasta que anoche cuando volvía tarde y había luna y hacía calor, por lo que yo tenía la cortina levantada, pude ver que la chica era una de las de color. Ya he visto antes cosas así, pero no soy de las que opinan que lo blanco y lo negro debe mezclarse. No me parece bien que tu padre vaya a predicarles ni que su hijo vaya a pasarlo bien con ellos. ¡Dejadlos en paz!

Joan, mirando a la señora Mark, no

pudo comprender por un momento. La seca voz sonaba en sus oídos, pero ella miraba fijamente los párpados sin pestañas, la huesuda agudeza de la mandíbula y los pómulos. No era la cara de la señora Mark, sino una extraña combinación de líneas, ángulos, sombras, planos, y las orejas sobresalían con transparentes rebordes.

—De nada sirve no ver lo que hay que ver —crujía la voz—. Es mejor saber lo que está pasando. Así se puede dominarlo. He visto ir a muchos a South End: abuelo, padre, hijo. Todos van. South End es un desagüe para esta ciudad de Middlehope. No te diré nombres. Pero yo quería a tu madre.

Saca a ese chico de la ciudad. Tú te pareces a tu madre, sólo que eres tan grande como una casa, ¿eh? Es difícil para una mujer ser tan alta como tú. Bueno, cada uno es como nace.

De pronto los ángulos y planos se resolvieron en el rostro de la señora Mark otra vez.

—¿Está segura de que era Francis?

—¿Acaso no le conozco desde que era un rorro? Ahora vete. —Se recostó, cerrando los ojos—. Estas piernas mías... Estoy muerta hasta las caderas... Me muero una pulgada y cuarto cada año... Puedo decir hasta el mes del año en que me sucederá... ¡Proximidad de la muerte, como yo lo llamo! —Se rió, con

burlones ojos, deteniéndose de pronto —. ¡Vete, niña! Ya tienes trabajo, ¿no?

—Sí.

Por la larga avenida caminó a grandes pasos; sus grandes pies dejaban en la arena una profunda huella, como las de un hombre. El calor del sol de la tarde de agosto pesaba sobre ella y tenía la cara sofocada. Sentía el calor martillando su carne. Pero no le importaba. ¿Qué hubiera podido su madre hacer por Francis? ¿Qué tenía ella que hacer por Francis? Se le encogía el cuerpo y la imaginación se agotaba... Se acercó a casa, pero se alejó de nuevo. No podía ver a Francis... Todavía no..., no hasta que

hubiera pensado en hacer algo por él. Tenía que irse, claro estaba. Había dicho que deseaba volar y ella le había contestado que no podía pedir nada a Martin Bradley.

Anduvo hacia el Oeste, volviéndose hacia la estación, donde la calle llegaba a un punto sin salida. El último tren de la tarde había llegado y se había ido, y ante ella vio una figura alta, delgada. Reconoció a Martin. ¿Qué estaba ella haciendo aquí? Se había movido hacia el lugar, pues el pensamiento de su nombre había arrastrado sus pies como en otro tiempo. Aflojó el paso, andando con suavidad. Francis había dicho que Martin Bradley podría ayudarle...

—¡Martin! —exclamó en voz alta—.

¡Martin! ¡Martin Bradley!

Él se detuvo, se volvió y la esperó, elegante y tranquilo. Al acercársele vio que sonreía un poco, y supo al instante que estaba sudorosa y polvorienta. Siguió, decidida. ¿Qué importaba el aspecto que tuviese?

—No..., no se trata de mí. Mi hermano Francis... Se preguntaba si podrías decirnos cómo entrar en la aviación.

—Nunca se sabe qué esperar de ti, Joan —repuso, contemplándola sorprendido. Su voz era fría, tolerante, ligeramente desdeñosa. Pero no importaba. ¿Cómo podía trabajar un

hombre todo el día en la ciudad y volver a casa sin una partícula de polvo sobre sus hombros, vestido perfectamente de azul marino? Las manos de ella estaban sucias.

—No es para mí —repitió con terquedad.

—Para ti no —repitió él despacio.

Ella le sintió, recordándole, y la invadió una oleada de asco. Pero permaneció decidida, esperando.

... Mirando a Joan pensaba que no se había acordado de la aviación hacía tiempo. Hasta cuando se hallaba sobre las nubes, por encima del campo enemigo, no pensaba en que estaba volando. Pensaba tan sólo en la máquina

que debía mover con precisión, delicadamente, instantáneamente cuando llegase el momento de soltar aquellos proyectiles de muerte. Bair, uno de su escuadrón, gruñía siempre, deseoso de que lloviera: «Dios mío, así no puedo verlos si hay nubes... No puedo saber adónde van». Bair solía llorar todos los días. Pero él jamás se había permitido pensar otra cosa que no fuera el momento de apuntar, de soltar. ¿Alcanzó la bomba el objetivo que había elegido? Entonces era un tiro acertado. No se preocupaba más. Era como tocar la nota adecuada en el órgano. Se golpeaba, se escuchaba la resonancia adecuada y al instante se pasaba a la nota siguiente.

—... ¿Aviación? —repitió—. Ahora no sé nada de aviación.

—Estuviste en la guerra —le instó Joan.

Apartó apasionadamente la visión de sí misma besando a este hombre, besando sus manos, sus labios, sus sienes blancas. Si pensaba en ello se pondría mala. Pero ahora no le importaba ya. Francis era el que importaba. Este hombre parecía viejo, más bajo, encogido. Ella era más alta que él, aunque estaba segura de que antes no lo había sido. No se había inclinado hacia él. Habría crecido. Aunque tal vez se hubiera inclinado.

—Pero tienes que conocer a algún

piloto.

—Conocía a Bair, claro está —dijo, pensándolo—. Roger Bair... Volaba con él... No sé..., creo que sigue volando. Pero no tenemos relación. Claro que yo podría...

—¿Dónde podría encontrarle Francis?

—No sé..., quizá...

—¿Dónde vuela?

—En un campo cerca de Nueva York.

—Dame una nota para él..., para Frank. —Le presionaba sin ablandarse por su cortedad—. Te recordará... No puede haberte olvidado. ¿Tienes una tarjeta? Si le pones «Presentando a

Francis Richards». ¿No podrías poner: «En recuerdo de los viejos tiempos te agradeceré cualquier cosa que puedas hacer por él»?

Ya que le había pedido algo, podía pedirle mucho. Le apremiaba con su petición; sus ojos la obligaban, su voz le urgía, así como la fuerza y el vigor de su cuerpo joven. Abrió el bolso rápidamente y sacó un lápiz, pequeño y pelado porque tenía la costumbre de mordisquear los lápices. Le ofendió al momento.

—Tengo una pluma, gracias — repuso él con frialdad, y de un bolsillo interior extrajo una estilográfica negra, con capuchón de oro.

La pluma en la mano le impulsó a escribir. Sacó su agenda, y de ésta, una pequeña y elegante tarjeta comercial. En ella, con hermosa letra, escribió: *Presentando a Francis Richards*. Vaciló.

—No me gusta presumir de antiguas amistades.

Pero ahora Joan hubiera sido capaz de extraerle las entrañas... ¡Que le diera algo! Nunca le había dado nada...

—Puedes escribir «encarecidamente recomendado», ¿verdad? Es mi hermano, y se trata de un muchacho muy brillante. Escribe.

Respiraba fuertemente sobre el hombro de él. Él la sentía allí, grande,

implacable en su demanda. Quería irse a casa, alejarse de ella, ir a casa a cenar. Ella le resultaba desagradable. Intentó no recordarla. Después de un momento escribió con cuidado: Recomendado. ¿Cómo había podido pensar alguna vez que ella era un muchachito encantador? No era más que una mujer, y él aborrecía a las mujeres, sobre todo si tenían el pelo largo. Además era más alta que él.

Arrebatándole la tarjeta de la mano se fue corriendo a casa. En su mano tenía la huida de Frank. Corrió escalera arriba, llamándole a gritos.

—¡Creo que está en su cuarto! —le anunció Hannah desde la cocina.

Corrió a su habitación. Estaba en la cama, contemplando el techo, las manos bajo la cabeza, la cara sofocada y deprimida, cansado, con desesperación. Volvió sus ojos hacia ella.

—¡Toma, lo tengo..., una presentación para Roger Bair, aviador! ¡Puedes marcharte en seguida..., ahora mismo!

Se sentó al borde de la cama, de nuevo el cuerpo aligerado, iluminándosele el rostro.

—¿Puedo irme?

—Sí —musitó.

De pronto se sentía exhausta. Sentose.

—No tengo dinero —repuso

temeroso.

—Yo tengo... casi dieciocho dólares. Te los daré...

Miró al muchacho, y al instante se le hizo un nudo en la garganta. De no haberlo averiguado, ¿qué le hubiera sucedido?

—¿Qué te pasa? Estás blanca como la sábana.

Se puso en pie moviendo la cabeza. No, no podía decirle que lo sabía. No podía hablar. Estaban demasiado próximos para hablar.

—Haz tu equipaje. Quiero que te vayas esta noche. Puede que su avión salga por la mañana temprano. Suelo oírlos por la mañana en el cielo antes de

levantarme. Te traeré el dinero.

Subió con rapidez la escalera del ático, abrió el baúl de redonda tapa y tomó la caja de sándalo. Estaba medio llena de monedas de cuarto de dólar. Éstas eran las que no había dado para la colecta por las misiones. Su padre se las daba todos los meses el día de la reunión.

—Tu madre entregaba veinticinco centavos todos los meses para la sociedad de misiones extranjeras de las señoras. Me gustaría que tú continuaras haciéndolo.

—Sí, padre —le había respondido.

Pero había guardado las monedas en la caja. Seis habían sido para Rose. El

resto se iría ahora con Francis. Vio que los ojos de su madre resplandecían desde la tumba.

Cuanto ella pudiera hacer por Francis no estaría hecho hasta que se hubiese ido. Por su propio bien tenía que mandarle tan lejos como pudiera. No debía quedarse ni una noche más, si ella podía evitarlo. Febrilmente empaquetó las cosas del muchacho en su propia bolsa: camisas limpias, corbatas, la corbata de color rojo oscuro que tanto le gustaba a su madre, sus cosas. Él entraba y salía, revuelto el negro cabello, relucientes los ojos. Pero no

estaba alegre. Estaba silencioso. Tenía el rostro grave, tenso, apretado. El gesto aburrido de su boca roja, de labios todavía llenos como los de un niño, había desaparecido, transformándose en una especie de decidido control interior. No hablaban. ¿Cómo podría ella hablarle a menos que le pudiera gritar?: «¿Cómo has podido hacer lo que has hecho?». Él no hablaba porque no había nadie en sus pensamientos más que él mismo. Todo el mundo quedaba por debajo del horizonte de su mente. Se movía sólo en su vida, para tomar su oportunidad de ser libre. De haber ella hablado le habría gritado que le dejara en paz. Estaba resentido, hasta sentirse

enfermo, del embrollo en que se había metido.

—Así —dijo Joan, levantándose—. Todo está empaquetado, menos el cepillo de dientes. Cena y lávate los dientes antes de marcharte. Puedes tomar el tren de las nueve y estar en Nueva York para las once. Vete derecho al Y.M.C.A.^[1] Mañana por la mañana puedes ir al aeropuerto a buscarle. Me escribes para contarme cómo te van las cosas... Escribe pronto, Frank...

—Sí, claro —farfulló.

No le parecía que fuera verdad poder marcharse de este cuarto. En esta habitación había vivido tanto tiempo que le parecía imposible poder dormir en

otra cama. Pero esta misma noche tenía que dormir en alguna extraña y desconocida cama de una ciudad que nunca había visto. Nunca había visto Nueva York, y de pronto, ahora, esta noche, iba a dormir allí.

—Vende mi bicicleta —dijo de pronto—. Jack Weeks la quiere. Tal vez te dé por ella quince dólares. Pero asegúrate de que te dé el dinero antes de dársela. Si puede, te estafará.

—La venderé y te enviaré el dinero.

—Si no consigo el trabajo...

—Si no consigues el trabajo, ya encontrarás otro —respondió ella en el mismo tranquilo tono—. No vuelvas..., conseguirás el empleo pese a todo...

Presiento que lo lograrás.

Él la miró profundamente por debajo de sus negras cejas, interrogándola. ¿Sabría algo? ¿Quién podía saberlo si no se lo había dicho a nadie? Incluso en la tienda, cuando otros chicos presumían de las chicas que conocían, él guardaba silencio. Nunca le había visto nadie con ninguna chica. Jamás iba con ninguna. Nunca había acompañado a pasear a una muchacha.

Fanny y él se reunían y se separaban en la oscuridad del bosquecillo, más allá de la casa de la señora Mark. Fanny se dirigía hacia el Sur, y él, hacia el Norte. Se retiraba a un silencio más profundo. El silencio significaba

seguridad... No digas nada y nadie lo sabrá.

—La cena está lista y su papá los espera —gritó la voz de Hannah desde abajo.

—Yo iré a decírselo —dijo Joan—. No lo entenderá, pero hay que decírselo.

Bajó la escalera hacia el comedor. La mesa estaba dispuesta para tres. Pronto lo estaría sólo para dos. El terror la invadió un instante. ¡Qué rápido venía el cambio, qué insegura era la vida! Este hogar le había parecido durante muchos años tan permanente como su propio cuerpo. Su madre, su padre, Rose, Frank, ella misma, los cinco. Le había parecido tan cierto como la salida y la

puesta del sol. Su padre acudió a la llamada de Hannah y ella le vio de forma distinta, nueva y aguda, en la fuerza del instante. Era cuanto le quedaba de lo que fuera la seguridad de su infancia.

Miró vagamente alrededor.

—¿Dónde está Francis? Voy a sentarme. Hoy estoy cansado —tomó asiento a la cabecera de la mesa, apoyándose en los brazos de la silla al hacerlo.

—Ya viene —había que decírselo con rapidez, antes de que Frank bajara—. Padre, Frank ha conseguido un empleo. Al menos con toda probabilidad, y se va a Nueva York.

Él había empezado a remover la espesa sopa que tenía delante en el tazón, deseoso de su calor y su gusto. Al hablar ella, alzó la vista, mirándola, quieta la cuchara sobre el tazón.

—¿Un empleo? Aún no ha terminado en el colegio. ¿Qué significa esto? ¿No vuelve al colegio? Será extraño que un hijo mío no vaya a la Universidad. Y yo que creía que empezaba a inclinarse hacia Dios. Ha asistido con tanta regularidad a la iglesia, que yo creía que iba...

—Tiene un empleo —repitió Joan, alzando la voz y pronunciando cada palabra con claridad—. Desea irse. Se va esta noche.

—¡Esta noche! —repitió el anciano, atónito. Se detuvo, diciendo al fin—. No me habíais dicho nada.

—No lo ha sabido hasta esta noche. Hay que tomar el empleo cuando se consigue.

—¿Qué empleo?

—Martin Bradley le ayuda.

Siguió tomando la sopa en silencio. Hablaría con Francis, se decía para sí. No hablaría con Joan. Las mujeres saben muy poco. Francis no iba a contárselo a ella, pero se lo diría a su padre. Esperó hasta que entró Francis, y alzando la vista vio a su hijo de forma desacostumbrada. Las mejillas del muchacho estaban encarnadas y sus ojos

se parecían a los de Mary. Entró de prisa, se sentó de prisa y empezó a comer, sin decir nada, después de todo, a su padre.

El anciano se sintió apartado de estas dos criaturas jóvenes. No le decían nada. Estaban llenos de planes de los que nada le habían dicho. Se secó los labios y empezó con suavidad:

—Joan me dice que te vas.

—Esta noche. Hannah, tráeme un poco de pan de uvas. —Se sentía de pronto enormemente excitado—. ¡De prisa, vieja! Es tu última oportunidad... Me voy.

—¡No será verdad! —le contradijo ella, deteniéndose en la puerta y

desapareciendo.

—Me voy esta misma noche... —le gritó—. ¡Tendré un trabajo en la ciudad!

—No será tal... ¿Quién va a quererte? —repuso, amable, trayéndole el pan de uvas y colocándolo ante él.

—Es verdad, Hannah —le dijo Joan.

—¡A Nueva York no! —exclamó Hannah.

Su arrugado rostro se contrajo como si de pronto hubieran tirado de un hilo alrededor de sus labios.

—Sí —repitió Joan.

—Tu mamá —comentó Hannah lúgubrementemente— no hubiera querido oír hablar de ello. Decía que Frank tenía que ir a la Universidad hasta que tuviera

veintidós años. Me preocupa, porque solía contar los años hasta que hubierais acabado los tres.

—Voy a ser aviador —presumió Francis, llenos los carrillos de pan de pasas.

—Te romperás el cuello —repuso Hannah, incrédula—. Si no sabes ni bajar la escalera sin tropezar.

—¡Aviador! —exclamó de pronto el anciano—. No me lo habíais dicho.

Se le ocurrió vagamente que incluso, decían a la sirvienta más que a él. Sin embargo, siempre había hecho por ellos cuanto había podido. Había rezado muchísimo por ellos. Había sufrido profundas agonías de oración por sus

almas. «Oh Dios, Padre mío, salva las almas de mis hijos y llévalas a tu conocimiento». Estaban allí sentados, jóvenes e intolerablemente duros, sin saber lo que ansiaba para ellos. Estaban siempre bromeando sobre cosas que él no entendía. Ahí estaba ahora Francis, con el pulgar en la nariz, haciendo absurdas muecas a la sirvienta. Ni siquiera le había contestado. Suspiró.

—Supongo —continuó, paciente— que debes hacer lo que creas que es mejor.

Por primera vez echó realmente de menos a Mary. Mary hubiera hablado con Francis. Pero a él no se le ocurría nada que decir. Se sentó ante el té, hasta

que Francis hubo terminado con su postre y corrió a su cuarto en busca de sus cosas. Al verle con la maleta a cuestas se levantó a medias para ayudarlo, para mostrar a su hijo lo que sentía ante su partida. Pero Hannah se le adelantó. Se había dado cuenta de que no se trataba de una broma y había ido rápida a preparar algunos bocadillos.

—Dame esa bolsa —dijo con brusquedad—. Tendrás hambre en el viaje. Siempre abre el apetito viajar en tren. Pero tu mamá no hubiera permitido que sucediera esto. No ha habido forma de controlarte desde que se fue tu mamá. Ya está... Vete. Yo te la llevaré. He llevado la bolsa de Joan cuando iba a la

Universidad, y la de Rose cuando se fue con los infieles... Yo misma la llevaré...

—Padre —dijo Joan, embutiéndose el sombrero—, no te apresures. Siéntate y termina el té. Yo le llevaré al tren y volveré... Después de todo sólo va a Nueva York... No está lejos.

—Nueva York es sólo el punto desde donde pienso dar el salto —rió Francis.

¡Era libre, era libre! Tal vez Fanny estuviera esperándole en este mismo instante en el bosque, junto al arroyo, en la cálida y oscura noche de verano, pero él se le escapaba. No tenía que volver. Nunca volvería.

—Adiós, Hannah... Envíame pastelillos de vez en cuando.

Le dio un gran beso.

Ella lloraba un poco, pero le repuso, fingiendo estar enfadada:

—¿Y dónde voy a mandártelos, me gustaría saber, siendo Nueva York tan grande?

—Los oleré cuando estén llegando. Adiós, papá. —Sintió que la fría y seca mano retenía un instante su palma caliente y la dejó caer con rapidez—. Escribiré.

El anciano se levantó y los acompañó con timidez a la puerta.

—Irás a la iglesia, ¿verdad? —suplicó—. Has sido tan constante en tu

asistencia...

—Adiós, hasta la vista —gritó Francis.

El viejo oyó cómo se removía la gravilla en la oscuridad; se habían ido.

—Adiós, Frank —dijo Joan con brusquedad.

El tren estaba dispuesto para partir. El humo flotaba en la oscuridad, blanco en la noche. Le miró, los ojos de ambos a la misma altura. Ahora era tan alto como ella, y tenía los hombros tan anchos como los de un hombre. En la sombra, su rostro era el de un hombre, anguloso, moreno. Había conocimiento en sus ojos. Ella se apartó del conocimiento de esos ojos. No quería

besarle. Pero de pronto él cambió. Allí, en un instante, cambió. La rodeó con su brazo y apoyó la cabeza en el hombro de ella, y Joan sintió su mejilla contra su cuello desnudo.

—Joan... —le dijo casi sin voz.

Pero sí tenía miedo, ¡le sentía temeroso! ¡Qué tonta había sido al creer que ya era adulto! No era sino un niño. Fuera lo que fuese lo que había hecho, no era sino un muchachito. Rodeó con su brazo el cuerpo grande y joven de su hermano y lo estrechó. Pero al instante él se enderezó sonriendo, húmedos los ojos.

—Resulta muy... raro irse de casa.

—Lo sé —repuso, soltándole.

Siempre tendría que saber exactamente cuándo soltarle para que no creyera que había dado nada de sí y sufrir por ello.

—En realidad me alegro de irme.

—Lo sé.

Silbó el tren y él subió al primer estribo.

—Todos al tren —dijo el revisor.

—Recuerda... —musitó ella, deseando hacerlo todo por él—, recuerda... Estoy aquí... siempre... como..., solía estar madre.

Durante un instante la contempló con el semblante duro; después el tren se movió antes de que hubiera podido oír su respuesta.

Ahora debía hallar alguna forma de vivir en la casa vacía. Parecía tan pequeña y llena cuando todos vivían en ella... Tenía que ir a su cuarto para poder estar sola para soñar, leer, escribir su música. Solía ser una casa tan ruidosa... A su madre le gustaba el ruido y no se apuraba por conseguir tranquilidad. Solía decir:

—Me gusta oír pasos. Me gusta oír vuestros pasos por todas partes... Me gusta pensar: «Ésa es Joan... Ahí anda Rose... Ése es mi hijo que llega». —Se había quejado al padre—. ¿Por qué te deslizas por la escalera, Paul? ¿Por qué

vas todo el tiempo con zapatillas? Me gusta oír sonar fuertes y decididos los pasos de un hombre.

Una vez, mientras cosía, tras un largo silencio, le había dicho a Joan:

—Tu padre es un hombre bueno, pero ojalá cantara o silbara. Me gusta oír un hombre. Me alegra que Francis ande siempre metiendo ruido por la casa.

Mas ahora ya no tenía necesidad de encerrarse en su cuarto en busca de soledad. En cualquier habitación podría sentarse y estar sola. Nadie entraría, ninguna voz llamaría como no fuera la de Hannah desde la cocina.

—Te lo digo, Joan, es mejor que le

digamos al señor Billings que no envíe tanta carne, aunque sea gratis. Resulta una pesadez estar comiendo del mismo trozo de vaca o cerdo durante toda la semana.

—Sí, así es —respondía ella, también a voces, que resonaban en la casa silenciosa.

Menos feligreses venían a verles. Recordaba que cuando su madre vivía la gente siempre andaba viniendo, preguntándole cosas, entrando y saliendo. «¡Oh, señora Richards, desearía hacerle otra pregunta...!, ¿qué pondría en la cena, helado de fresa o tarta de manzana? Creo que los hombres prefieren la tarta, pero...». «Señora

Richards, mi madre pregunta si podría usted acercarse un minuto a mirar la garganta de Danny para ver si cree que deberíamos llamar al médico». «Señora Richards, ¿recuerda usted si el coro cantó *Izad las cabezas, oh puertas esta Pascua* o la anterior?».

Pero ahora venían pocos. A veces, cuando estaba en el jardín cortando flores, alguien se detenía. La señora Winters decía:

—¿Has tenido noticias de ellos esta semana, Joan? Yo tuve una carta la semana pasada. Ya han llegado a su destino. No sé pronunciarlo. Rob dice que hace un calor terrible y que hay millares de moscas y mosquitos. Está

preocupadísimo por los ciegos. ¿Qué dice Rose?

—No he tenido noticias recientes de Rose, señora Winters —respondía ella—. Rose nunca fue constante en eso de escribir cartas.

—Bueno, no sé, estoy segura. —La señora Winters suspiraba, vacilaba y decía después con brusquedad—: Esos lirios amarillos deberían haberse cortado antes de que se hubieran llenado así de semillas, Joan. El dejar que eso ocurra agota los bulbos.

—Los cortaré.

Miraba irse a la señora Winters; la señora Winters había dimitido de la sociedad misionera. Ni siquiera iba a

las reuniones. A Joan le dijo en confianza:

—Lo que tengo para dar irá directamente a Rob. Ya no me puedo permitir el dar dinero para cualquiera. Tenemos que hacer cuanto podamos por los nuestros. —A veces se preocupaba—. No sé, pero se me ha metido en la cabeza que Rob no emplea lo que le envío en él. Siempre escribe acerca de los pobres. Le he contestado que los pobres han estado siempre entre nosotros y que lo que le envío es para él. Pero nadie me escucha. ¿Qué dice Rose?

Es cierto, ¿qué decía Rose? Había tan poca cosa en sus cartas... Su letra

grande e igual cubría páginas dejándolas casi tan vacías como antes. «El Señor nos bendijo esta mañana con el bautismo de otros siete, cuatro mujeres y tres hombres. El trabajo prospera pese a la oposición de muchos contra nosotros. Pero recordamos: "Benditos seáis cuando los hombres os persigan y" ...».

Ella gritaba a Rose de un mar a otro: «Rose, ¿dónde está tu hogar? ¿Qué aspecto tiene? ¿Has usado el camisón de raso? ¿Estáis enamorados Rob y tú? ¿Paseáis por vuestro jardín en el atardecer cogidos de la mano, coméis juntos, bromeáis juntos y os olvidáis a veces de los ciegos, de los tullidos, de los pobres?». Pero nada había en las

cartas de Rose que no pudiera leerse en voz alta en las reuniones misioneras. Escuchaban con ansiedad, con cortesía, por último con indiferencia. No eran seres reales los convertidos. No podía ver sus rostros. Sin embargo, no hay duda de que estaban salvadas aquellas criaturas lejanas y oscuras.

—Parece que las cosas marchan.

La señora Parsons hablaba con amabilidad. Ahora era la presidenta, pero siempre tenían que aguijonearla y corregirla. Media docena de veces durante la reunión tenían que terminar:

—No podemos aprobar una moción sin pensarlo un instante, señora Parsons..., señora presidenta, quiero

decir...

—Oh, sí —murmuraba la señora Parsons, ruborizándose, volviendo de sus vagos pensamientos.

Había estado soñando feliz mientras las demás hablaban, soñando con la historia que estaba escribiendo, una bonita historia sobre una muchacha y un hombre... Quizás esta vez, seguro que esta vez... Cuando se leían las cartas de Rose pensaba para sí que resultaría una conmovedora historia, los dos jóvenes y valientes misioneros... Su mente estaba llena de sus imágenes que iban de acá para allá, dos siluetas blancas y neblinosas, bendiciendo a las morenas y sometidas muchedumbres inclinadas

devotamente ante ellos. Tal vez si conseguía escribirlo como lo veía, alguien querría publicarlo.

Hubo un murmullo de asentimiento en la pequeña habitación llena de mujeres que hacían punto, ganchillo. La señora Billings estaba siempre zurciendo.

—Tengo tantos chicos —decía riendo—. Me da la impresión de que tienen piernas como ciempiés. Yo los llamo mis ciempiés.

Los pensamientos de las mujeres estaban de lleno en su tarea: «tejer uno, saltar uno, dar la vuelta y tejer dos, echar uno...».

La señora Weeks hablaba sin parar

consigo misma. Luego, en voz alta:

—Qué estupendo que estén tan dispuestos a escuchar el Evangelio.

Y por dentro: «Tejer uno, soltar dos... y dar la vuelta...».

Tan sólo la señorita Kinney no llevaba labor. Permanecía sentada, sonriente, los ojos abiertos y resplandecientes, tirándose de los labios con una mano. Muchas veces empezaba:

—Cuando estuve en África...

Pero casi al instante alguna de las mujeres la interrumpía con vigor:

—Señora presidenta, ¿no le parece que deberíamos ocuparnos de la próxima tómbola? Nuestro presupuesto... —Y comentaría con su

vecina—: Hay que hacer callar a Sarah Kinney, o no acabaremos nunca.

Y en las viejas, cómodas caras de las matronas, existía la misma expresión: «¡Pobrecilla..., pero hay que hacerla callar..., está volviéndose tan chiflada!».

Sí, las cartas de Rose sonaban deliciosamente en las reuniones misioneras, pero no rompían el silencio de la casa.

Francis había garrapateado su primera carta.

Querida Joan:

Tengo un trabajo, pero aún no vuelo. Soy un muchacho para

todo y tengo que hacer cuanto me manden, pero ayer me dejaron ayudar a limpiar un avión.

Si sigo bien, tal vez llegue a aprender a volar un día. Me dicen que todos empiezan así, desde abajo.

Mándame aquí el dinero de la bicicleta. Tengo un cuarto al otro lado de la calle con un chico que conozco de aquí. Estoy bien.

El silencio se hacía más profundo en la casa. ¿Qué podía ella hacer ahora en esta mansión? Sacaba brillo a las mesas

y las sillas, cambiaba las flores todos los días, y aprendía a incomodarse ante una sombra de polvo. Se le empezaba a hacer importante el que una cortina estuviera mal colgada o un libro fuera de su sitio. Pero ninguna mano que no fuera la del viento agitaba la cortina y ninguna mano más que la suya tocaba nada. Su padre iba del estudio al comedor y de allí a la alcoba. Si por un momento entraba en la salita, nunca era para quedarse. Era para esperar mientras ella le encontraba el sombrero, para descansar un momento cuando volvía, y sus idas y venidas no dejaban nada.

Ned Parsons vino un par de veces.

—Joan, ¿quieres venir de excursión el jueves?

¿Deseaba ir? El primer verano había ido a todo. Por eso fue una vez. Pero todos eran más jóvenes que ella, parecían mucho, mucho más jóvenes. En breve tiempo habían crecido nuevos chicos y chicas, y ella resultaba demasiado vieja a su lado. Se sentía muy vieja. Venían a preguntarle cortésmente:

«Señorita Richards, ¿quiere un poco de ensalada de patata?». «Señorita Richards, ¿le importa que subamos al monte?».

Podía haberles contestado con un grito: «Pero si quiero ir con vosotros...».

me encanta trepar». Pero como advertencia tenía a Netta Weeks, la pobre y desagradable Netta Weeks, que intentaba ser una de ellos, intentaba ser alegre y ruidosa, negándose a sentarse entre los mayores, insistiendo en los juegos y siguiendo a las parejas. Joan, al mirarla, se sintió herida por el desprecio de los demás, su inútil tolerancia. Detrás de sus fríos rostros condescendientes apretaban los dientes para no gritar: «Esa tonta solterona..., ¿por qué no nos deja en paz?».

—No, claro que no me importa —respondía Joan con dulzura—. Prefiero quedarme a charlar con vuestras madres.

No quería hablar con Ned Parsons.

Ned no servía..., ya no. Ahora deseaba oír la auténtica voz del amor. Ned tenía una cara pálida y abultada de empleado, ojos saltones y una débil mirada romántica... No, Ned no... No Ned, que llegaba apenas a su hombro.

—Estoy cansada, Ned. ¿Por qué no invitas a Netta?

¡Netta! —llamó, decidida. Que dejara a los niños en paz—. Netta, ven a dar un paseo con Ned en mi lugar. Estoy cansada.

Netta se acercó al instante, su redondo rostro poco inteligente y con lentes, coquetón, sonriente, fingiendo titubear.

—Ah, pero yo no quiero quitarte tus

chicos —reía fuerte.

Ante Joan siempre había sido tímida desde aquella noche en la oscuridad. Ahora con frecuencia se hablaban a gritos, de lejos: «¡Hola, Netta!». «¡Oh, hola, Joan...! Ven a verme alguna vez». «¡Tú también!». Pero nunca habían concertado una cita. Joan miraba a Netta en silencio y con gravedad, viéndola reír con su estúpida risa.

—No es mío —repuso con sencillez.

Los vio irse, Netta colgada ya del brazo de Ned.

«¿Por qué no? —pensó—. Ambos lo están buscando».

Se fue sola a casa. Buscando..., todos lo andaban buscando. Entró en la

casa al ponerse la tarde. Estaba intolerablemente vacía, intolerablemente silenciosa. No había vida en parte alguna..., ninguna vida excepto en su propio cuerpo. De pronto tuvo conciencia de sí misma en el largo espejo del extremo del vestíbulo. Allí estaba, alta, fuerte, con frescor y madurez, dispuesta.

«Nunca me han hecho ni siquiera una proposición», pensaba, contemplando su cuerpo. Estaba algo más pesada que antes, sus senos eran redondos, la boca llena y encarnada. «Ni siquiera conozco a un hombre». ¿Cómo podría jamás encontrarlo allí? Pero allí tenía que permanecer, en esa casa, mientras su

padre viviera. Tenía que cuidar de su viejo cuerpo, vestirlo, alimentarlo y calentarlo, mientras él sólo cuidaba de su alma. Era cuanto constituía su vida. Estaba ligada a él. Fue a su cuarto, se quitó el abrigo y el sombrero, así como el vestido, y se echó en la cama, sintiendo una aterradora añoranza.

Contemplando el techo vacío, en el vacío silencio de la casa, sintió que su cuerpo se rebelaba contra ella. Clamaba contra ella, ardiente de solitario deseo.

«Me casaría —pensaba con desesperación—, creo que me casaría casi con cualquiera... a excepción de Ned Parsons. Deseo hijos».

Ahora la casa silenciosa y vacía se llenó de su propio anhelo e inquietud. Ya no era importante si la cortina se agitaba fuera de su sitio o si las flores se ajaban en algún florero. ¿Quién veía esas cosas más que ella, y qué clase de actividad era ésa para su cuerpo en clamor? Ardía en cien minúsculas irritaciones.

—¡No me importa lo que como, Hannah! —gritó a la sorprendida cara de la sirvienta.

—¡No hace falta que me muerdas! —repuso Hannah con frialdad.

—Oh, Hannah, lo siento —suplicó, ansiosa—. ¡No sé qué me pasa estos

días!

—Bueno, no sé... —musitó Hannah, clavándose una horquilla en el moño posado en lo alto de su cabeza—. Nunca has tenido la disposición de Rose.

—Padre, vámonos a algún sitio... ¡Vamos a tener vacaciones! —le rogó.

El hombre andaba lentamente por el porche. En días lluviosos como éste, cuando no le tocaba servicio parroquial, caminaba sesenta vueltas como ejercicio. Le disgustaba la lluvia tanto como a un gato. Le disgustaba sentir húmedas las suelas de los zapatos. Si le tocaba ir a la iglesia, salía decidido con

su gran paraguas negro. Era su deber. Pero resultaba más agradable si no llovía ese día. Lo mencionaba agradecido en su solitaria y diaria plegaria si Dios enviaba la lluvia cuando tenía que quedarse en casa.

Joan estaba sentada en la balaustrada, bajo los amplios aleros, contemplando la lluvia. Al oír su exclamación, el hombre se detuvo y mentalmente anotó que ya iba por el número veintitrés.

—¿Vacaciones? Nunca he tenido vacaciones.

—Lo sé, por eso vamos a tomarnos unas.

—Veintitrés..., veintitrés... ¿De

qué?

—De trabajar —respondió risueña.

—¿Qué haría?

—Oh, pasear, hablar, ¡ver algo distinto!

Comenzó la vuelta veinticuatro, y al pasar de nuevo junto a ella:

—Tendría que pagar un suplente. Además, no siento necesidad de cambiar. Mi trabajo me proporciona cuanto necesito.

Empezó la veinticinco. Al volver a pasar, ella había desaparecido.

Se había ido, y cuando volvió a bajar llevaba puesto su impermeable y el viejo sombrero azul. Salió a pasear bajo la lluvia. Llovía tanto, que en un

instante quedó cubierta de plata y el agua deslizo hasta sus zapatos, mientras distintos chorrillos golpeaban su rostro. Hizo fuerza con su cuerpo contra la lluvia, levantando la cara hacia ella. Chocaba en sus labios, mordiente como un beso duro en ellos. Luchaba gustosa contra el viento y la lluvia que cansaban su cuerpo con fuerte inquietud. Estaba demasiado agitada para pensar. No podía pensar. Abriéndose paso contra la lluvia, los pies entre la hierba mojada de los campos, sobre el musgo que bajo los árboles brillaba por el agua, su mente estaba henchida de imágenes. Francis y aquella muchacha... Martin reuniéndose con ella en el

vallecito... Siluetas del amor. Caminó hasta que, fatigada, su mente quedó vacía, y en el húmedo poniente retornó a casa.

Al entrar, su padre la esperaba en el comedor. La noche se había vuelto fría, y Hannah había encendido el fuego y preparado la mesa. Él estaba sentado junto a la fogata, tendidas sus manos pálidas y anchas hacia el calor, transparentes ante la llama. La miró.

—Estás muy mojada.

—Sí... No tardaré más que un momento en cambiarme. No me esperes.

Estaba tan cansada que podía tener paciencia con él de nuevo. Claro que él la esperaba sin una palabra,

inexorablemente, testarudamente amable, hasta que ella estuviera en su lugar. La retenía con su suavidad incomprensiva. Cuando ella estuviera en su sitio, cuando todo fuera como debía, quedaría satisfecho. Entonces inclinaría la cabeza para agradecer, como siempre, a Dios.

¡Ay!, pero ya no había nada en parte alguna, exclamaba en su reciente impaciencia. La depresión no podía durar en su cuerpo grande y fuerte. Vino el sueño, profundo, saludable, tuvo hambre y comió con gana, y su cuerpo se volvió inquieto otra vez y su mente ardía

de impaciencia.

El domingo por la mañana, en la iglesia, se mantuvo en su sitio con desesperación. Pero anhelaba levantarse de un salto, bailar, cantar, correr, ser alocada y alegre, bajar de prisa por la calle y encontrar compañía, gritar a cualquier hombre extraño que hallara. «Es un día glorioso, los árboles parecen dorados, el aire es vino... ¡Ven, ven conmigo!». Correrían, pasearían, gritarían. Inclino la cabeza sobre las manos recogidas y sonrió. Su padre oraba: «Desciende sobre tu pueblo, Dios». Sonrió sin hacer caso de Dios... Dios no, ¡nada de Dios esta mañana! Se levanto rápida al anunciarse el himno,

saltando en pie.

Hay una fuente llena de sangre,
cantaba descuidadamente, dejando que su voz resonara, haciendo que todos tuvieran que apresurarse un poco, haciendo apresurarse a Martin Bradley. Pudo ver que la miraba por el espejito que quedaba sobre su cabeza. Él mantenía el tiempo constante, fastidiado con ella. Pero Joan estaba llena de loca travesura. Deseaba estallar en su piel, quería embromar, pinchar, sentirse alegre y alocada. Dejaba que su voz brotara con toda su potencia, riendo, metiéndole prisa, impulsándolos a todos y dejándolos algo confusos entre el órgano y su voz arrolladora. Cantaban

sorprendidos, sin saber exactamente lo que sucedía. Se sentó y cerró el libro con rapidez, inclinando la cabeza para la bendición, cantándole el corazón por una soleada calle. Oh, algo tenía que suceder, ¡ella haría que sucediera algo! Se levantó del banco, dio media vuelta y permaneció expectante, sonriendo ligeramente, mirando a todos mientras recogían sus libros, sus abrigos. Ella haría que ocurriera algo.

Al otro lado de la nave sus ojos se posaron sobre un hombre alto y grueso. Era el tímido y joven granjero que había visto en la boda de Rose. Le sonrió de pronto, brillante, traviesa, directamente a los pequeños y ardientes ojos castaños

de él, que enrojeció vivamente bajo su pelo rojo. Sus enormes manos retorcían un rígido sombrero de paja dándole vueltas y más vueltas sobre el pecho. La boca le caía algo entreabierta. Se acercó a ella.

—He deseado hablarle.

Su voz era lenta y gruesa, y las palabras brotaban rápidas de su boca grande. Los labios eran duros, gruesos y pálidos.

—¿Por qué no lo hace entonces? —
repuso burlona.

¡Ay, cómo deseaba tomar el pelo, gastar bromas, dar rienda suelta de sí misma con alguien!

—No sabía si usted querría —

respondió después de un instante, contemplándola.

—No parece importarme —siempre sonriente.

Al instante le disgustó intensamente su tosquedad, aborreció la cruda rojez de su piel. Pero siguió sonriendo a los cálidos ojos castaños. Quería que sucediera algo, cualquier cosa.

Él se acercó otro paso. Musitó:

—Si voy a su casa esta noche cuando haya ordeñado, ¿saldrá a sentarse un rato conmigo bajo el porche?

—Puede —contestó riendo.

Asintió él con la cabeza y echó a andar por la nave. Ella contemplaba su amplia espalda, los gruesos antebrazos

que casi reventaban el barato traje azul. Sobre el cuello blanco y duro, el suyo parecía tan rojo como carne cruda, y la cabeza era recta y sin forma, como un bloque sobre los enormes y cuadrados hombros. Tenía las orejas muy pegadas a la cabeza. Eran gruesas y bastante pequeñas. Se sintió algo asqueada. Pero pensó con rebeldía: «Bueno..., al menos será algo que hacer esta noche». Estaba llena de anhelo por todo, como quiera que fuese.

Bart Pounder llegó pesadamente a esta casa vacía y ordenada.

Sin darse cuenta, ella había estado

viviendo con tranquilidad en rescoldo, en un pensamiento sentido, en largas horas de soledad en las que se sentaba, sin leer, con un libro entre las manos. El anciano vivía solo su vida angélica, disminuida, y ella vivía también sola la suya de anhelos abortados. No se sentía tan descontenta como detenida en sí misma. No había realización en su ser. No había nada que valiera la pena de hacer por sí misma. Claro que cuanto tenía que hacer debiera conducir a alguna razón mayor. Pero a nada conducía. Aunque barrierla la casa y llenara los floreros, aunque cubriera el viejo azucarero de plata con las tardías rosas carmesíes y lo colocara sobre la

mesa del vestíbulo ante el largo espejo, ¿para quién lo hacía? Tuvo su propio instante de éxtasis, quebrado e inacabado. No era suficiente. No le bastaba llamar a Hannah para que viera.

—¡Hannah, mira lo que he hecho!
¡Mira las rosas!

—Se deshojarán antes de que termine el día... Esas rosas rojas nunca han sido resistentes... Pronto deshojadas y pronto muertas, siempre.

Tampoco era bastante atraer la atención del padre.

—Padre, las rosas... —Los pálidos ojos buscaban con paciencia—. Aquí, padre, junto al espejo...

—Sí, sí..., son preciosas.

Los pálidos ojos se alejaban de nuevo.

No era bastante.

Al recién llegado le estaba contando animadamente:

—Las rosas han sido preciosas... Sólo que el pulgón de los rosales da tanto quehacer...

Él escuchaba mirándole la mano.

—La primavera que viene los rociaré por usted.

Le examinaba las manos, la garganta, los senos. Ella sintió la sencilla mirada ardiente y estiró su falda sobre las rodillas sin darse cuenta de que lo hacía doblando los brazos ante el pecho. ¿De qué se hablaba con un tonto?

—¿Nos hemos visto alguna otra vez?

¿Dónde vive usted?

—Cerca de la carretera, arriba hacia el Oeste. —Tenía la voz áspera, metálica, que parecía brotarle incontrolada. Se detenía entre las frases, esperando que la siguiente se formara por sí sola. Los labios eran duros y rígidos, poco acostumbrados a formar palabras, secos y espesos, excepto cuando hablaba, y las comisuras se le hundían ligeramente—. No nos hemos visto antes... Es decir, no nos hemos hablado. Aunque yo venía a la iglesia para verla. Hace mucho que vengo.

Se detuvo, intentó meterse las manos en los bolsillos de su oscuro y barato

traje dominguero y fracasó. Sus gruesos muslos tensaban las costuras de la tela.

—Los de allí van a la iglesia de Chipping Corners. Yo cambié después de haberla visto a usted una vez cuando iba con mi caballo a la ciudad para vender un toro de un año.

—¿De verdad? —rió, ligeramente divertida.

¡Pensar que venía a la iglesia domingo tras domingo para verla! Una oleada cálida se filtró en su diversión, un ramalazo de coquetería. Esta enorme y sencilla criatura era un hombre, dentro de su clase. Al oír la breve risa, él se acercó más a ella en el escalón en que se sentaban. Fijó sus ojos pequeños y

hundidos en las manos de ella, posadas en las rodillas. Movi6 su propia mano y la dej6 caer, como por descuido, en el espacio que habia entre ambos.

Ella le seguia el pensamiento..., su simple y unico pensamiento. Pronto le pondria la mano sobre la suya. ¿Para que iba a pensar el en venir a ver a una muchacha si no era para conseguir alguna satisfacci6n sencilla y directa? Ella la alej6. No se movi6, pero hizo que las palabras le sonaran alegres, asomándole la burla por los ojos, amargura en la voz.

—¡Y yo que no lo sabía! ¡Tanta fidelidad... perdida!

El aguard6, incommovible, mientras

ella reía, y cuando quedó silenciosa contestó:

—No creo que fuera perdida. Era sólo el principio de algo que me había propuesto hacer. Me había imaginado que algún día me sentaría en el porche con usted, así. Y aquí estoy. —Estaba sentado, esperando. Ella le miró, esta vez temerosa, y él continuó a su manera, rígidos los labios—: Me imaginé que llegaría el día en que pondría mi mano sobre las suyas..., así.

Ella contempló cómo su enorme mano se movía, y sin variar de posición la vio descender y cubrir las suyas unidas.

—Así —repitió.

Sintió la mano dura y pesada contra su carne suave. Miró la mano. Era ancha y gruesa, de dedos espesos hasta las yemas, carnosa la palma. El meñique estaba agudamente doblado como si se hubiera roto.

—¿Se rompió el meñique? — preguntó en voz alta.

¿Por qué lo preguntaba si no le interesaba? La mano la llenaba de asco.

—No —repuso sin moverla. La retenía allí, cubriendo por completo, pesada como una piedra, las dos de ella —. Ha sido de trabajar de lo que se me ha puesto así; nada más que de trabajar. La otra está igual.

Alzó la otra mano para mostrársela y

ella vio lo enorme que era. Aun en la tenue luz pudo ver las grandes pecas del antebrazo, donde la manga quedaba demasiado corta, cubierta de vello rojo la piel. Este erizado vello rojo crecía incluso en el dorso de la mano que la cubría e intentó sacudírsela. Pero la retuvo allí, apretada.

—Quite esa mano —dijo con violencia—. No me gusta que me toquen.

Él aguardó un instante y después la retiró sin contestar. Ella le sentía expectante. La había quitado, pero esperaba. Seguramente volvería a ponerla.

Se puso en pie bruscamente y le

dijo:

—Ahora debo irme. Tengo cosas que hacer.

Él se alzó con pesadez, su cuerpo era enorme y pesado, todavía más alto que ella. La contempló obstinadamente y de nuevo, durante un momento, tuvo miedo de él. Pero él sólo dijo con bastante tranquilidad:

—Entonces, buenas noches. Volveré... si usted lo dice.

—Buenas noches —respondió ya en la puerta—. Buenas noches...

Corrió a su cuarto sin volver la vista. ¡Nunca le diría que volviera, nunca! Daba gusto estar de vuelta en casa, en esta casa solitaria. ¿Dónde

estaba su padre? Bajó otra vez la escalera de prisa y llamó a su puerta.

—¿Sí? Entra.

—¿Padre? —le preguntó, entrando con rapidez.

—Sí.

Estaba sentado en su vieja tumbona junto a una pequeña y agonizante fogata de leña, dobladas las manos sobre el regazo. Llevaba puesta su antigua y remedada bata color ciruela, y sobre el delgado rostro el cabello blanco aparecía un poco desordenado, por lo que ella supo que acababa de terminar su oración de la noche. Volvió sus místicos ojos hacia ella.

—Padre, es que... de pronto me

sentía un poco sola.

Nunca había dicho nada semejante, y él se la quedó mirando turbado... Se parecía a su madre, pensaba alarmado. Mary, cuando era joven, solía entrar corriendo en su estudio como ella, por la noche, cuando él la creía ya acostada y durmiendo. «Paul, Paul..., me siento tan sola». «¿Sola? Pero si estoy aquí, Mary». «No te siento cerca de mí, Paul. Pareces estar en otra parte. Vives tan alejado de mí...». «Tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre, Mary...». Notó la mano de su hija en su brazo y se sintió incómodo. Era un roce ligero, pero tenía el mismo tacto cálido y conmovedor de Mary a veces..., sobre

todo cuando era joven.

—¿Estás enferma, Joan?

Para horror suyo, Joan cayó de rodillas y apoyó la cabeza en su brazo. Él no se movió. Sintió cómo ella movía la cabeza.

—Sola, sola —la oyó musitar.

Comprendía que tenía que hacer algo. Tímidamente le puso la otra mano sobre la cabeza y le acarició el cabello una vez. Lo notaba cálido y rizado entre sus dedos y apartó la mano con rapidez. Tenía que pensar en algo que decir.

—¿Querrías..., crees que te gustaría ayudarme en la misión? Tendrías algo que hacer.

Pero ¿quién podría nunca entender a

las mujeres? Alzó la cabeza con brusquedad, le miró largamente y después empezó a reír, tanto tiempo, tan fuerte, que los ojos se le llenaron de lágrimas. Esperó, herido.

Deseaba ayudarla. Por fin dejó de reír y se secó los ojos.

—Te ayudaré. Sí, tal vez me sirva para tener algo que hacer... Buenas noches, pobrecito querido.

Se inclinó para besarle, un roce en la pálida y alta frente, y se fue. Sintió complacido que ella estaba ya mejor. El reír le había sentado bien, aunque él no pudiera entenderlo. Pero si le había hecho bien..., él creía haber oído una vez decir a un médico que la risa era

medicinal, pero ¿por qué «pobrecito querido»?

¿Qué era lo que Martin había prometido sin dar nunca, qué había tocado en ella sin tomarlo, qué había conmovido en ella sin completar? Algo florecía ahora dentro de sí, solitario como una vivida flor en un prado, única en su género. Estaba alcanzando una especie de madurez, y este hombre que la acosaba persistentemente tenía menos que ver en ello que una abeja al acercarse a una llamativa flor, obligando a sus pétalos a estar conmovidamente dispuestos porque había llegado la hora.

Él no ocultaba a lo que venía. Venía todos los domingos, porfiadamente, ya sin preguntar. Cada domingo, ella podía darse cuenta, venía con un paso más pesado hacia ella. Primero había tocado sus manos; la vez siguiente le cogió la mano y se la retuvo. Dijo que tenía derecho a hacerlo. Una vez cogida la mano, al otro día le rodeó la cintura con su brazo. Ella se apartó, sintiéndose enferma y sin embargo agitada ante cada nuevo movimiento. Si se irritaba con él, y siempre estaba irritada ante cada nuevo ultraje que le infligía, él esperaba o respondía a través de sus labios rígidos, sin moverlos.

—¡No me toques así, Bart Pounder!

—exclamó en voz baja, aunque su padre no iba a oírla desde el estudio, pues nunca oía nada.

—¿No? —preguntó Bart, y no se movió.

Otras veces ella le cogía la mano inmensa y la alejaba de un golpe, como si fuese una serpiente. Él la dejaba hacer, pero antes de irse su brazo estaba cerca otra vez. Y entonces, al sentir el pesado y obstinado apretón, ella quedaba en silencio, incluso llegaba a temblar, conmovida bajo el abrazo. Y así una noche le tocaría el pecho. Y así una noche le besaría los labios. Ella conocía los pasos, pero no el final. Cuando la hubiera besado, ¿cuál sería el

final?

Por la noche, cuando ya se había ido, se despertó, sintiendo frío y calor, preguntándose por el fin. Tenía miedo de la noche, de la casa vacía, teniendo cerca tan sólo al anciano que yacía dormido. Rose, Francis y su madre... eran como si nunca hubiesen existido. Estaba sola y no tenía a nadie cerca..., a nadie a quien su corazón pudiera darse. Quería algo propio. Oh, ¿dónde estaban los suyos? A su alrededor la vida era profunda, tremenda, remota, silenciosa. Se movía sola entre todo aquel silencio, ella que adoraba el calor, la proximidad

y la seguridad de la cercanía humana. Se haría cada vez más vieja, como la señorita Kinney, esperando..., esperando. Los viejos viven siempre mientras los jóvenes esperan. Era mala. No deseaba que muriera su padre. Amaba esta casa, el pueblo, las gentes que había conocido siempre. ¡Ah!, pero ellos nunca la habían conocido. La habían visto crecer, una niña alta. «¡Cómo creces, Joan! ¡Caramba, qué chica más alta vas a ser!». Sí, había crecido, hasta ser más alta que todos ellos. Pero no la conocían más. Vivían satisfechos, pero ella lo deseaba todo. ¿Cuál sería el final?

Entonces llegó noviembre. No podía permanecer en los confines de la casa. La casa rebosaba de su persona. En cualquier habitación donde se sentara se llenaba hasta reventar de sí misma y no podía permanecer, henchida de inquietud. Había terminado el ensueño otoñal. El calor agonizante del veranillo de San Martín había concluido en las tardes en calma.

Tampoco podía quedarse en los confines del jardín. El jardín por ella cultivado estaba muerto y acabado, y a la luz de noviembre la sombra de la

torre de la iglesia caía aguda sobre la hierba gris de escarcha. Pero fuera, en los bosques, a lo largo de la carretera, había una salvaje belleza. En los bosques había locura, plenitud en las rojas manzanas y en las oscuras uvas silvestres sobre los muros de piedra, en las nueces caídas y las tardías peras amarillas y en la energía de cada color perfilado en el agudo y claro frío.

Fue a ver a su padre.

—Dame el trabajo que querías que hiciera. Estoy preparada. Quiero tener algo que hacer.

Aprovecharía la excusa para alejarse por los campos, para caminar millas a lo largo de los polvorientos y

encantadores senderos hacia South End.

—Necesito que me ayudes con los jóvenes —repuso el padre, con suave excitación...

Claro que no se lo diría a Joan, pero ella era la respuesta a sus plegarias. No se lo diría, porque una vez cuando su hijo Francis era poco más que un niño y le dijo cuando hizo algo (ahora había olvidado de qué se trataba): «Es una respuesta a mi oración», el niño le había replicado con violencia: «Entonces no lo haré». Los jóvenes eran tan difíciles de entender.

En la misión le resultaba un problema tan grande aquellos jóvenes fuertes y oscuros, y las morenas

muchachas pintadas... Se sentía impotente ante sus cánticos. Le arrebataban un himno, como cuando hacía días cantaban *Oh, país amado*, de forma que, como por magia, el canto había dejado de ser un himno para convertirse en pies que golpeaban y manos que daban palmadas. Había en especial una chica que chasqueaba los dedos como un látigo en cada compás marcado. Una vez había saltado en pie y empezando a cantar sola una canción no anunciada, ni siquiera jamás oída por él: *Cantando con una espada en mi mano, oh, Señor*. La cantaba con las manos con las caderas, meciéndose como si estuviera bailando. Tuvo que dar la

bendición a toda prisa y salir. «El Señor está descontento». Pero quizá, si Joan venía, el Señor la utilizaría. La miró con repentina necesidad. Era tan fuerte, tan alta... Los jóvenes eran tan fuertes... Sintió que le gustaría tender la mano para acariciarle el brazo, pero nunca había hecho nada semejante, y por eso no lo hizo. Tan sólo sonrió dulcemente sin mirarla de lleno a los ojos.

—Ya verás lo que hace falta —murmuró—. Cuando vayas allí verás lo que hay que hacer. Estoy bien seguro de que serás guiada.

Contempló el espacio, esperanzado.

Una tarde resplandeciente Joan fue hacia South End. Deseaba caminar,

andar por el áspero camino, buscando apasionadamente toda su belleza. Había un inmenso roble muerto, donde un rayo cayera una vez, retorcido como una torre ardiente entre madre selvas carmesíes. Allí, sobre una roca, una pequeñísima y aplastada viña trepaba como una menuda serpiente escarlata. El sol se derramaba desde un cielo dorado. Las lejanas colinas aparecían azules. En las calles de South End el sol reverberaba en todas las latas de conserva y trocitos de cristal roto, en las rayas rojas de los vestidos. Allí les gustaba el rojo. Los niños vestían con pantaloncitos rojos, y las muchachas llevaban blusas rojas y cintas rojas en el pelo anudado muy

tirante. En latas de conserva roñosas florecían geranios rojos, y algunas zинias tardías brillaban de colores cereza y escarlata, descuidadas.

En la capilla se apilaban pieles oscuras, cintas rojas, inquietos y movientes ojos negros. Estaban agrupados, piel negra, piel morena, piel de ámbar. Se llamaban encantados entre sí. No se calmaron hasta que su padre empezó a hablar. Entonces le escucharon con una inmovilidad que no era calma. Era un silencio como el de la tormenta antes de estallar el viento. Cuando su padre anunció el himno, un pequeño y desafinado órgano empezó a resonar y al instante resonó el cántico, fuerte,

sincopado, lleno de salvaje música. *Como un río glorioso es la perfecta paz de Dios*, cantaban cimbreadose, moviéndose, ondulándose.

... Pero no había paz..., no deseaban la paz. ¡Bah!, ¿quién quería paz? Sintió la excitación en su propia sangre... Paz no, paz no... ¿Cómo podía preferirse estando vivo? Si sólo la vida se derramara sobre ella. ¡Que venga toda la vida, oh Dios! Puso el corazón entero en el grito. Pensó de pronto en Francis. ¿Era eso la vida también? Aquí ella había hallado una forma de vida. Recorrió rápidamente la multitud. No, se alegraba de no conocer a nadie entre todos ellos. Sintió repentinamente que

nada podía hacer por ellos..., nada por ninguno de ellos. Que vivieran en paz..., que vivieran..., que continuara la vida. No escuchaba nada de cuanto su padre hablaba.

Al sentarse él, Joan se puso en pie y salió de prisa. Tras ella la gente se agrupaba fuera de la capilla, apresurándose a reír y charlar. Pasaron a su lado y pudo ver que se habían quitado los zapatos y caminaban descalzos por el polvoriento camino, llevando en la mano el calzado atado. Reían y rompían a cantar, y en grupos de dos y tres se detenían ante baratas y arruinadas casas. Salió de la población al camino vecinal. De regreso a casa, la señora Mark la

llamó golpeando en la ventana y entró.

—¿Dónde has estado? —le preguntó desde la cama.

—Le dije a mi padre que le ayudaría en la misión..., pero creo que no puedo —no podía evitar responder la verdad a la señora Mark.

—¿A qué quieres ayudar? No necesitan ayuda..., se lo pasan en grande. Vete a casa y busca algo que te haga la mitad de feliz de lo que son ellos.

Miraba furiosa a Joan. Ya no conseguía mover la pierna derecha. Ahora, antes de poder hacerse con las muletas tenía que levantar la pierna como un leño con ambas manos.

—Vete a hacer lo que te digo.

—Sí, señora Mark.

Titubeó, pues, como siempre, detestaba dejar una criatura tan desamparada.

—Vete, tengo que levantarme a hacerme la cena.

Nadie veía jamás levantarse a la señora Mark. Y así Joan se fue. Bajó por la carretera mientras el sol ardía, carmesí, entre los vividos árboles.

El aire estaba completamente en calma, fresco, estimulante. De pronto pensó que el domingo siguiente haría demasiado frío para sentarse en el porche. Tendría que encender el fuego en el salón cuadrado y dejarle entrar. No

había querido que entrara. Con una excusa tras otra le había tenido esperando.

No quería abrirle la puerta de la casa. Pero como ahora hacía tanto frío, si él venía a la salita delantera, y si ella le decía a su padre «ven al fuego, donde estamos nosotros», y su padre se sentaba allí, entonces el hombre no podría besar sus labios. Apartó de su imaginación la boca gruesa y pálida, agrietada por el aire, seca. Sintió de nuevo la dura y áspera presión de sus brazos grandes alrededor de ella. Fue la última vez... Pero si su padre estaba allí, estaría segura. Pero quizás en el fondo no deseara estar segura. Agitada, aplazó la

decisión. Que viniera lo que fuera.

Sí, la señora Mark tenía razón. Tenía que decirle a su padre que no podía ayudarlo..., no en la misión. Las gentes eran más fuertes que ella. La arrastrarían hacia ellos, como absorbían las melodías con los himnos, con sus propios ritmos más ricos. Si permanecía entre ellos, si estaba a menudo con ellos, oyéndoles cantar, pronto cantaría con ellos y no contra ellos. Rió suavemente al recordarlo, bajando sola por la carretera, al recordar con qué decisión se había mantenido su padre en el tiempo, absorta la mirada, constante su voz fina y aguda contra, el empuje y el ritmo de las demás voces. A través de

la profunda oscuridad de noviembre volvió a oír el golpeteo y el ritmo, las palmas y los gritos de la oscura masa. Su cuerpo entró en la medida del ritmo y del movimiento mientras caminaba, en su oídos resonó su pulso. De nada servía, de nada servía que ella intentara salvar a alguien cuando no podía salvarse a sí misma. Deseaba tierra, no cielo; vida, no salvarse de ella. Sus pies pisaban el polvo del camino campestre bajo la melodía de un antiguo deseo. Se sentía tan ligera como el aire, abriéndose paso a través de la noche poderosa, sin viento.

... Se dio cuenta de que oía el paso sincopado de un caballo, y al detenerse

para hacerse a un lado entre las hierbas, el ritmo se detuvo en ella un instante, aguardando. Miró en la media luz y vio a un hombre torpe y vigoroso a horcajadas sobre un animal de granja grande y fuerte. Al instante supo quién era.

—¡Vaya, mira quién está aquí!

Era la frase que él pronunciaba cada vez que la veía. Se apartó un poco más de su camino.

—Buenas noches, Bart.

Empleaba su lenguaje más refinado, porque el de él la repelía. Pero él no notó su alejamiento. Saltó del caballo y

se acercó. En la media luz se dio cuenta de pronto, sin querer, en la desierta carretera, con los campos alrededor, que tenía mejor aspecto de lo que nunca le había visto. Llevaba su ropa de trabajo, pantalones vaqueros y una áspera camisa azul abierta en el cuello, enrolladas las mangas sobre los codos. La oscuridad ocultaba sus labios duros y secos, la nariz gruesa, aplastada en el puente. Sólo quedaba su silueta, sus hombros cuadrados, sus muslos, sus miembros. Parecía inmenso, magnífico cual un toro. La forma de la cabeza estaba bien plantada en su fuerte y grueso cuello. Aquí, donde pertenecía, era un hombrón guapo, un hermoso

animal. Al acercársele percibió un olor de heno y tierra..., un olor limpio y fuerte. Se inclinó hacia atrás, apartándose sin aliento.

—¿Dónde has estado? —preguntó él —. ¡Qué suerte, encontrarte así!

Sintió un instintivo movimiento para tocarla, para ponerle los brazos alrededor de la cintura. Sintió los brazos en su cintura. Ahora la mano subía hacia su pecho. Nunca se lo había tocado antes. Se mantuvo quieta, despreciándose y deseando involuntariamente que su mano le tocara el pecho. Pero cuando llegó se apartó de un salto.

—Tengo que irme a casa —dijo,

cortada la voz, golpeándole la sangre en los oídos—. Tengo que irme a casa. ¡Déjame irme!

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó en burlona sorpresa—. ¿Quién te retiene?

—Tú —repuso desesperada. Pero no se había movido.

—¿Quién..., yo? —Le apretó el pecho despacio.

—Sí —contestó, asqueada y anhelante.

Él dejó caer la mano de repente.

—¿Quién..., yo? —repitió riendo.

Joan se volvió a mirarle y le vio sin querer, un hombre grande y guapo, guapo en el lugar que le correspondía. Sin una

palabra empezó a correr en la oscuridad, desesperadamente, hacia casa.

Dentro, junto a la pared, permaneció inmóvil, la mano en la puerta que acababa de cerrar. La casa estaba profundamente silenciosa a su alrededor. Las familiares habitaciones, los muebles, el reloj del vestíbulo, todo estaba como siempre lo había conocido. Estaba intolerablemente silencioso, intolerablemente raído, vacío, sin esperanza. Bajo su mirada los cuartos familiares le parecían extraños y lejanos.

«¿Cómo he podido permitirle que me toque?», se preguntó angustiada. La

casa permanecía en silencio a su alrededor. Esta casa permanecía cerrada a cuanto era la vida.

—¡Hannah! —gritó de pronto—.

¡Hannah, Hannah!

La voz de Hannah llegó desde el ático débil y distante.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está padre? ¿No ha venido todavía? —No le quedaba nadie.

—No, aún no.

—Voy a buscarle.

Salió corriendo de la casa, y en ese instante el viejo auto apareció ante la puerta y él se bajó de espaldas, a su manera cuidadosa y absurda. Nunca se había acostumbrado al coche.

—Padre, padre.

—Sí, ¿qué hay, Joan? —Volviendo la cabeza hacia ella.

Luego empezó a recoger sus libros.

Ella deseaba ir a apoyarse en él. Deseaba sentir a alguien cerca. Nunca se había apoyado en él, pero impulsada ahora por la necesidad le cogió de la mano.

—Me alegro de que estés en casa. Estaba un poco preocupada.

—Pero no he venido más tarde que de costumbre —repuso, humilde, sorprendido—. Generalmente no llego a casa antes de las seis. Me quedé para hablar con la gente.

Su mano colgaba en la de ella,

delicada, sin sangre, fría.

—De todos modos ahora estás en casa. Ven a cenar. Abriré una jarra de cerezas rojas. Vamos a encender el fuego. Quizás haya una carta de Rose, o puede que incluso de Frank.

No le contestó. Quería apartar su mano, pero no deseaba resultar poco amable. La dejó así un instante, incómodo, y la retiró. Ella no se lo impidió. Era imposible asirse a una mano así.

Despertó durante la noche. Llovía. La noche se había vuelto cálida, húmeda y silenciosa. Sólo se oía el suave deslizarse del agua. De pronto se sintió de nuevo segura, segura y a salvo,

después de todo, en casa, en la que había nacido. La lluvia la mantenía protegida, la lluvia la mantenía a salvo de cualquier intrusión. Durmió profundamente, y por la mañana despertose apaciguada. El día aparecía pesado de lluvia y calma, y día tras día transcurrió la semana. Se sentaba a la ventana cosiendo. Repasó uno por uno todos sus vestidos. Seguía sin necesitar nada nuevo... Todavía no había razón para adquirir nada nuevo.

El sábado por la mañana se despertó con sol, reprendiéndose a sí misma y riendo de alivio. Al día siguiente le diría a Bart que no volviera nunca más. No quería nada de él. ¡Poseía tanto...!

Era muy tonta. Todos la necesitaban tanto como siempre. Rose le había dicho en su última carta:

Cómprame, por favor, dos pares de medias negras, un paquete de horquillas y tres carretes de hilo de algodón blanco, así como algunas agujas. Aquí no podemos comprar pequeñeces como ésas. Vamos vestidos con ropas nativas, pero las agujas son romas, cortas y difíciles de manejar. Te alegrarás con nosotros de que el sábado fueran bautizados otros cuatro,

tres mujeres y un hombre...

Compraría hoy las cosas. Vería en el almacén al padre de Rob y le diría: «Van hasta China, señor Winters, para Rob y Rose». Él querría añadir algo. Era tan amable y gentil, que siempre estaba deseoso de hacer algo agradable, aunque fueran cosas tontas. Siempre estaba regalando a la señora Winters frascos de perfume, o cuando iba a Nueva York a proveerse le traía un llamativo anillo o un collar de cristal. La señora Winters se enfadaba mucho con él. Si la bisutería costaba mucho, le decía claramente:

—Ahora mismo lo voy a devolver,

Henry Winters. ¡Yo con pendientes!

A veces, a cambio, sólo conseguía algún crédito, y entonces tenía que comprar lo que pudiera, así que compraba plata lisa. Poseía plata en abundancia.

Era seguro que el señor Winters querría meter un regalo para Rose. La mente de Joan recorrió el gran almacén de planta única. ¿Qué resultaría bonito? Rose jamás había mencionado el camisón color de melocotón. Al recordarlo, Joan sintió que aún le dolía y lo echaba de menos. Era tan precioso. Probablemente jamás tendría otro tan bonito.

Saltó de la cama y se sintió

repentinamente contenta. La casa era de nuevo ella misma. Rose y Francis vivían, la necesitaban. Su querido y anciano padre... Se mostró alegre ante él a la hora del desayuno y se rió de su asombro.

—Estoy bromeando —exclamó, besando ligeramente las puntas de su cabello blanco—. ¡Se acabó la lluvia!

—Tu madre tenía también días así —observó él con suave paciencia.

—Bueno... —replicó, ensombreciéndosele el corazón, y añadiendo con remordimiento—: Dejaré de bromear.

De todas formas no tenía importancia. Tenía que conseguir las

cosas para Rose. También le compraría un regalito para ponerlo en el paquete. Había ahorrado varios dólares. Podía comprar cintas... Pero iban vestidos con ropas nativas. ¿Por qué no le diría Rose qué aspecto tenían? O tal vez un par de medias de seda. Era imposible creer que en secreto a Rose no le entusiasmaran las medias de seda. Se puso el sombrero y su viejo abrigo marrón y salió a la calle cantando por lo bajo.

En el almacén, al extremo opuesto, entre telas de algodón, vio a Ned Parsons y volvió la cabeza. No quería molestarse hoy con él, aunque seguramente tendría que hacerlo... Él la llamaría o vendría afanoso. Pero no lo

hizo. Al mirarle pareció absorto en una lista que estaba comprobando. No pareció verla. Ella buscó al señor Winters y le encontró en la trastienda, rodeado de paquetes y cajas a medio abrir.

Era alto y flaco; sus espaldas, demasiado delgadas, se curvaban sobre el pecho estrecho. Se sabía bien que era «consuntivo», y tan sólo la constancia y decisión de la señora Winters le mantenían vivo.

De habersele dejado solo no hubiera probado la leche, la mantequilla o los huevos; pero dos veces al día ella venía al almacén con un vaso de huevos batidos y permanecía vigilándole hasta

que se lo bebía. Todo el mundo sabía que una vez, cuando él era joven, había tirado desesperado el brebaje en una bala de algodón blanco nuevo para sábanas, mientras ella daba vueltas, pero le había cogido, porque lo tiró demasiado aprisa. La bebida había resbalado por la doblada tela en franjas amarillas. Ella no lo olvidó nunca. «¡Ese estúpido derroche!», había exclamado cientos de veces al recordarlo. Cientos y cientos de veces se había erguido a su lado viéndole beberse el batido de huevos, sin confiar en él. Una vez, espoleado por las sonrisas de los dependientes, él había musitado:

—No necesitas quedarte ahí...

Parece como si todas las veces que he bebido estuvieran computadas.

—Siempre he sentido que no podría saber qué harías después exactamente, Henry Winters. De no haber sido por mí estarías en la tumba.

De este modo, al salvarle la vida, ésta le pertenecía a ella.

—¡Señor Winters! —llamó Joan desde la otra punta, sonriéndole—. He venido a comprar algunas cosas para Rose. Creía que le interesaría.

El rostro del anciano se llenó de arrugas y ella sintió calor al verle. ¡Era tan amable...!

—Muy bien, ven y vamos a ver. —

Se llenó de excitación en un instante, mientras su cuerpo huesudo se movía en pequeñas sacudidas convulsivas—. Estaba justamente desembalando perfume. Sienta tan bien a las damas... Siempre pienso que son como flores perfumadas.

—Pero ¿para mandarlo tan lejos? El frasco podría romperse.

—Claro, claro, qué tonto soy. Vamos a ver. Déjame pensar. ¿Un broche? Tengo alguna bisutería bonita para la ropa.

¿Por qué tendría hoy un aire tan excitado el señor Winters? Buscó en un paquete, sacó una caja de pasta y la abrió. Le temblaban las manos y no la

miraba de frente.

—Mira, es bonito, ¿verdad? Fíjate, aquí hay montado un granate. A mí me gustan sobre todo los granates. Ésta es una amatista... Cristal, pero parece auténtica, ¿no crees? Y esto es bonito también, con esas piedras azules. —Tocó las cuentas de cristal con su largo y delicado índice, la uña cortada muy corta y rota.

—Bueno —repuso Joan, vacilante. Era tan difícil explicarle que Rose jamás llevaba joyas—. Creo que si escogiéramos algunas medias de seda... —añadió con calor, para no herirle—, son fáciles de mandar.

—Tienes razón —le contestó con

rapidez cerrando la caja y corriendo ante ella.

La gente empezaba a acudir a la tienda para sus compras del día. Como era sábado, venían mujeres del campo, las más ancianas con corpiños de percal, faldas oscuras y sombreros un poco rígidos, y las jóvenes, con vestidos lavables, de la clase que el señor Winters colgaba en un bastidor y vendía por un dólar. Junto al bastidor había tres o cuatro mujeres, mirando bien los vestidos. Joan las oía:

—Mira, éste es precioso.

—Pero a mí no me gustan los de cuadros. Parecen delantales.

Una de ellas, una mujer bajita y

gruesa que tenía una linda y tosca cara comentó:

—Sí, cuando yo me visto bien, me gusta sentirme bien vestida. Y a Joe también le gusta algo diferente el domingo... Le gusta el encaje.

Las escuchaba observándolas, sonriendo, pero sintiéndose, sin embargo, distinta de ellas. Se encontrarían tímidas ante su presencia, porque había recibido educación, porque era la hija del ministro. Impulsiva, dijo al señor Winters:

—Atiéndalas primero. Yo no tengo prisa.

—Desde luego que no —repuso al instante, aunque cualquier otro día la

hubiera obedecido.

¿Qué le pasaría hoy? Sonrió a las mujeres cuando sin querer él se dirigió de nuevo a ellas. Pero no le devolvieron la sonrisa. Sus ojos la miraron inexpresivos y aceptaron su cortesía sin reconocerla. Esperó, estúpidamente herida.

Tal vez, pensaba más tarde, era porque ya estaba dolida de antes, por lo que le pareció al entrar un instante después la señora Bradley que la trataba con frialdad. ¿Qué le importaba que la señora Bradley estuviera o no fría? ¿Y qué si la señora Bradley sólo la saludaba con la cabeza apretando los labios, sin sonreír? Tal vez alguien

después de todo aquel tiempo le hubiera dicho que una vez Martin... La señora Bradley aborrecía siempre a todas las chicas que gustaban a Martin... La gente se burlaba de ella por eso. Pero entonces entró Netta, y Netta no estuvo fría. Estuvo demasiado afable, demasiado compasiva. Netta agitó la mano a guisa de saludo, después se acercó y le susurró:

—¡Quiero que sepas que siempre estaré a tu lado!

—¿Qué quieres decir, Netta? — preguntó en voz alta.

Siempre respondía instintivamente en voz muy alta a los susurros de Netta.

Pero ésta se volvió con redoblado

calor hacia la señora Bradley, que escuchaba.

—Oh, señora Bradley, quería decirle que la forma en que tocó Martin el domingo pasado fue sencillamente maravillosa. Es tan amable por su parte el seguir tocando en este viejo pueblecito cuando todos sabemos que podría... Se lo comentaba anoche a Ned... —se alejó con la señora Bradley riendo coquetamente—. Y Ned me dijo... —Miró a Ned, que estaba en el otro extremo y le saludó con la mano—. Mírele, allí está, me llama.

—... Ahora vamos a ver —decía el señor Winters, que había estado discutiendo débilmente acerca de los

vestidos—. ¿No le gustaría más el azul, señora? Me parece que el azul la favorece más que el rosa..., y el azul es algo mayor.

Giró la cabeza hacia Joan y se revolvió el áspero cabello gris, que se alzaba tieso sobre su frente estrecha surcada de venas.

—Ha escogido el rosa —musitó un instante después a Joan—. Una mujer gruesa siempre escogerá el rosa. Lo he visto hacer durante veinte años. Y ahora... —Era amable, tan amable...

Cuando tuvo preparado el paquetito corrió a la trastienda con el curioso trotecillo sacudido que empleaba cuando veía que los clientes llenaban la

tienda, y volvió tendiéndole las cuentas azules.

—Quiero que te las quedes. Te favorecen.

—Oh, no —dijo, divertida—. No podría.

Entonces, para sorpresa suya, se volvió, incoherente. Miraba al almacén, y ella le siguió la mirada. Allí estaba la señora Winters, vuelta de espaldas a ellos.

—Quédatelas —le dijo, atragantándose—. Lo que yo digo es que no es culpa del anciano. Digan lo que digan, recuérdalo. Después de todo, todos envejecemos.

Se alejó de ella y quedó sola,

sosteniendo las cuentas azules. Recogió su paquete, y despacio se fue a casa... Así que algo sucedía con su padre.

Entró suavemente en la casa, agudizados todos sus sentidos. Mientras había estado meditando sobre su propia inquietud, ensimismándose en su soledad, su padre la había estado necesitando sin que ella lo supiera. ¿Cuándo aprendería a no pensar en sí misma? Mientras ella se divertía todo un verano, su madre había enfermado, sin decir nada. En el silencio de esta casa su padre sufría sin hablar.

Se quitó el sombrero y se fue derecha al estudio, sin llamar. El sábado por la mañana estaría escribiendo su

sermón. Escribía todos sus sermones con una letra grande e igual, cuyas líneas se volvían ahora algo temblorosas. En los estantes había montones de manuscritos, claramente fechados. Nunca repetía un sermón. Le hubiera parecido poco honrado.

Pero no escribía. Estaba sentado como siempre en su vieja tumbona, cerca de un pequeño fuego cuidadosamente apilado en la chimenea. Estaba tan cerca como podía de la temblorosa llama, extendidas sobre ella las pálidas manos. Volvió la cabeza con lentitud cuando ella entró y se la quedó mirando como si no la reconociera. De pronto Joan se dio cuenta que ahora la

miraba así con frecuencia. Al verle claramente en el soleado cuarto vio lo pálido que estaba. Siempre había sido pálido, de piel blanca, con cabello pajizo que se volvía imperceptiblemente blanco, como una figura de nieve; los ojos, apenas más oscuros, de un azul plateado. Ansiaba correr hacia él, abrazarle, decirle que no estaba solo porque ella estaba allí, joven y llena de vida. Pero sabía que le asustaría. Hizo que su voz sonara indiferente.

—Mira lo que le voy a mandar a Rose, padre. No debería interrumpirte, pero he pensado que tal vez tuvieras tú algo que te gustaría enviarle también. Les daría tanto gusto...

Se movió un poco, humedeciendo sus blancos labios.

—Sí, claro. Les di un ejemplar del Antiguo y Nuevo Testamento revisados.

Se levantó, apoyándose en el sillón, apretando los brazos de éste con sus manos. Se detuvo un instante y se llevó la mano a la cabeza.

—Sí. ¿Qué era? Sí..., sí...

Abrió un cajón de la mesa, donde guardaba su pequeña provisión de papel de escribir, y sacó un paquete nuevo y un lápiz. Al cabo de un momento extrajo otro lápiz.

—Esto les será útil. —Los sostuvo un momento celosamente. Los papeles blancos y los lápices eran para él algo

precioso—. Cuando yo era muchacho, éramos muy pobres y siempre tenía dificultad en conseguir material para escribir. Solía hacerlo sobre el papel marrón que envolvía los alimentos. Pero la carne cruda siempre echaba a perder el papel.

—Será fácil de enviar —dijo Joan.

Podía imaginar al muchachito serio, deseando papel y lápices. Se los daba de mala gana, y para que pudiera verlo, hizo el paquete allí y le puso la dirección.

—¡Imagínate qué lejos tiene que ir esto por tierra y por mar! —comentó forzando su voz a parecer alegre.

Se había sentado de nuevo y

amontonaba los trocitos de madera medio quemada. No le contestó.

—Bueno, ya está listo. Y tú estarás deseando continuar con tu sermón. —Al ver que no le respondía, le tocó en el hombro—. ¿No es así padre?

Alzó la vista hacia ella con su repentino y nervioso gesto.

—Sí, claro, claro..., claro...

Sí, seguro que algo iba mal. Podía sentirlo en la iglesia. Había agitación en la iglesia. El coro estaba medio vacío. Allí había habido últimamente dos personas nuevas, un hombre y una mujer jóvenes, recién llegados al pueblo. Hoy

no se hallaban en sus puestos. La gente susurraba y movía los pies, y por fin la señora Parsons, con aire asustado, cantó el mismo solo que había cantado el domingo anterior.

Joan giró la vista por la iglesia. Los conocía a todos tan bien que ahora que el señor Parker no se encontraba allí, ahora que los señores Weeks no estaban y los James y los Newton tampoco, era como si de pronto se hubieran abierto agujeros en una tela firme y conocida. ¡Pero si faltaba mucha gente...! Mas allí estaba Netta, y los señores Billings, firmes, rojos, con sus tres hijos. El señor Billings miraba adelante con beligerancia y la señora Billings asentía

con la cabeza, algo más atrás, luchando contra el sueño, como de costumbre. Era consolador verla, tan igual, como si todo marchara bien. Sus manos gruesas y rojas estaban entrelazadas sobre el regazo. Siempre decía riendo: «En cuanto descansan mis manos me duermo. El señor Billings me toma muchísimo el pelo por ello; ¡pero ni por ésas!».

Al fondo, Bart Pounder estaba estólidamente sentado. Captó su mirada y apartó la vista. ¡Pero si allí estaba el doctor Crabbe...! ¿Por qué había venido a la iglesia el doctor Crabbe hoy, cuando nunca lo hacía?

Entonces se irguió su padre, alto y pálido. No pareció ver los bancos

vacíos. Cerró los ojos, y en su rostro apareció el viejo e inconsciente éxtasis reverente.

—Oremos, oh, Señor, roca para nosotros en tiempo de prueba...

Su voz grave flotaba en el elevado presbiterio.

Abrió los ojos y empezó a predicar, y ella se tranquilizó un tanto. Así que había escrito ayer el sermón después de que ella le dejara... Se sintió un ligero ruido por la iglesia. Martin Bradley, en el órgano, dio la vuelta al papel pautado. En la nave, Netta sacó de la red un libro de himnos y se puso a leerlo con ostentación. Joan deseaba gritar a Martin, arrancar el libro de las manos

de Netta. Pero no lo hizo. Permaneció muy derecha, fijos los ojos en el rostro de su padre, escuchando intensamente. Leyó el sermón con cuidado desde el principio hasta el fin, sin alzar ni una vez la mirada, sin elevar o reducir la voz. Ella no oyó ni una palabra.

Ahora que lo había visto, ¡qué ciega de no haberse dado cuenta antes! Pero todos le eran tan conocidos, personas familiares, bien conocidas, gentes que habían sido como una lejana familia, un muro exterior de seguridad... Había crecido segura de su amistad. Tenían sus pequeñas manías. ¿No habían solido reírse todos cuando a la hora del desayuno la madre suplicaba al padre:

«No prediques demasiado a menudo sobre las misiones en el extranjero..., ¡recuerda a los Kinney!», o cuando le había dicho: «A la señora Winters no le gustó la cita de san Pablo sobre las mujeres el domingo pasado..., ¡es un versículo irritante, Paul!»?

Pero ésas eran faltas aceptables, pequeñeces de gente querida y conocida. Entonces, ¿cómo era que de repente la gente podía volverse hostil? ¿Cómo podían derruirse los muros y fallar la seguridad de tal modo?

Día tras día escuchaba a la puerta del estudio, oyendo los pasos de su padre que caminaba atrás y delante, suavemente, pero haciendo ruido. A

veces se detenía, y ella podía oír un profundo murmullo y un suspiro que casi era un gemido.

Pero cuando salía volvía a ser él mismo, muy tranquilo, muy apacible. Salía para acudir a sus deberes. Y ella nada preguntaba a Hannah, aunque Hannah sabía siempre los comentarios del pueblo. Hannah estaba enfadada en la cocina porque preparaba postres que por lo general representaban mucho trabajo y él se mantenía firme contra la tentación. Incluso llegó a dejar el budín de chocolate que le encantaba.

Paseando por el jardín decidió que iría a preguntárselo a Ned Parsons. Ned, que la había querido..., ¿no la había

casi amado...?, se lo diría. No le daría tiempo de buscar excusas. Le preguntaría directamente: «¿Qué ocurre con mi padre?».

Se puso el sombrero y fue a la tienda. Era casi mediodía y las mujeres estarían en sus casas preparando la comida. Allí estaba, comprobando montones de guinga en el mostrador del fondo, el lápiz sobre su ancha oreja, sin chaqueta, abierta la camisa oscura.

—¡Oh, hola Joan! —Apenas se detenía. En otro tiempo hubiera ido a ella corriendo. La tienda estaba vacía. Hasta el señor Winters se había ido a comer—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ned, dependiente. Recordó su cara

cuando gemía hacia ella con su guitarra.

—¿Sigues tocando la guitarra? — preguntó, impulsiva.

La miró por encima de un montón de tela floreada, con ojos redondos. Rió avergonzado.

—Sí —tosió, tragó saliva y rebuscó el lápiz en su oreja—. Oye, tengo que darte muchísimas gracias por una cosa, Joan. Seguro que no sabías lo que hacías cuando nos dijiste a Netta y a mí que nos fuéramos juntos aquella vez. Nosotros..., creo que entonces vi por primera vez qué chica tan estupenda es. La conocía desde que era un crío, claro. Pero ella era algo mayor..., no lo bastante para que ahora tenga

importancia alguna, pero cuando se es un chaval... —Se rió con su risa tonta.

—Me alegro mucho. —Le miró claramente, pero él seguía enredando con los pliegues de la llamativa guinga.

—Sí..., bueno... —La miró furtivamente, enrojeció con violencia y siguió tocándolo todo con agitación—. Siempre hemos esperado grandes cosas de ti, Joan. Siempre pensé que eras demasiado para nosotros..., con tu educación y lo demás..., y sabiendo componer música.

—Ned Parsons —le cortó de golpe—. Dime qué ocurre con mi padre.

Entonces la miró, sorprendido por su brusquedad.

—Bueno, verás...

—¡La verdad! —ordenó.

—Oh, nada, sólo que algunos creen que es demasiado anciano —saltó. Ella le miraba intensamente, bebiendo cada palabra—. También dicen algunos que presta más atención a los morenos de South End... Dicen que hay que ser negro o pagano para que se interese por uno.

Empezó a hacer montones de piezas de tela.

—¿Qué más? —preguntó, despreciándole.

—Pues, bueno..., ya sabes cómo son las gentes de un pueblo. Quieren alguien joven..., al día, y todo eso. Se habla de

un tipo de Lawtonville.

—Comprendo. Gracias, Ned.

Se volvió, y él dijo a su espalda:

—No es que no haya un grupo fuerte que desean que continúe. Yo soy uno de ellos... Netta y yo estamos entre éstos, Joan.

—Gracias, Ned —repitió de lejos.

De modo que ahora sabía de qué se trataba. Estaba como una niña acongojada. Las personas mayores, en las que había confiado, se habían vuelto de espalda, abandonándola. Estaban sólo ella y el anciano.

La gente estaba cansada de ellos. Se habían cansado de ver la misma cara en el púlpito, diciendo idénticas cosas, las

mismas cosas eternas. Querían algo más brillante y más divertido. Empezó a pensar en ellos uno por uno. ¿Quién de ellos defendería a su padre y quién no? Pero cuando empezó a pensar y a recordar su aspecto, cómo habían hablado la última vez, no se sintió segura de nadie, ni siquiera de la señorita Kinney que sería absorbida por la primera persona a quien escuchara. Estaba el doctor Crabbe, el señor Pegler, la señora Mark. Pero ellos no eran la iglesia. El doctor Crabbe decía que siempre alguno tenía dolor de vientre a la hora de la iglesia, el señor Pegler jamás entraba en una y la señora Mark estaba impedida. No había nadie

de quien pudiera estar segura.

Entró en casa y se fue despacio a su cuarto. De pronto vio claro que ya no tenía cobijo en esta habitación, ni seguridad en la casa. Todo cuanto había significado seguridad para siempre a su alrededor había desaparecido, se había ido irrazonablemente para no volver. Esta casa, que entre todos habían convertido en un hogar, pertenecía a sus enemigos. Pertenecía a la iglesia. No podía ser un hogar, una casa que se les dio y se les quitaba por voluntad de una multitud. Habían levantado un hogar en techado extraño.

Se fue a la ventana, contemplando el jardín invernal. Todas aquellas flores

las había plantado su madre en suelo extraño, los lirios amarillos, los helechos que habían trasplantado de los bosques y arroyos. En primavera su madre había recorrido el bosque con una azada y un cesto, lanzando exclamaciones al ver una sanguinaria, un trillium o suaves musgos. Antes de irse, pensó Joan salvajemente, los arrancaría todos y los tiraría. Cortaría las rosas de raíz y machacaría los bulbos de los lirios. ¿Quién podía evitar envejecer? Todos envejecían. Eran viejos..., viejos..., la iglesia no era sino vieja. Pero ¿quién echaría de su casa al señor Parker porque era viejo, y quién dejaría sin pan a la señora Kinney porque tenía

más de ochenta años? Y de pronto tuvo miedo. ¿Qué hacía la gente cuando les quitaban de encima el tejado, les cortaban los ingresos y ya no había pan? ¿Qué haría ella con este anciano? No tenía a nadie.

Pero la ayudaron a mantenerse orgullosa. Los domingos, antes de que se portaran en forma tan extraña, podía fingir que nada sabía. Podía recibir con frialdad sus frases de amistad sin sentido. Se sentaba en el banco en que antaño se sentaran todos a escuchar a un altivo sacerdote, escuchando ahora con orgullo a un hombre anciano y titubeante.

Resultaba imposible no ver que

ahora no era sino un anciano. Subía muy cansinamente las escaleras del púlpito, asiéndose a la barandilla para descender. Tan sólo durante un momento, aquel primer momento en que se volvía hacia la congregación, alzaba su cabeza y sus espaldas se enderezaban. Pronto decaía. Al cabo de un instante recorría en voz alta su manuscrito, leyendo frases extrañas y soñadoras que pocos escuchaban, asombrados o burlones.

—Y soñé que veía como si los cielos se hubiesen abierto, una tierra de encanto por la que fluía sereno un río. El nombre del río era Paz, y en sus orillas había sitio para todos, jóvenes y viejos, viviendo juntos, salvos. Los sueños no

son sin sentido ni errantes. Los sueños...

«Tengo que llevármelo», decidió con firmeza. Hubiera querido escapar corriendo en aquel instante, llevándoselo para protegerle.

Pero él no se dejaría proteger. En la casa, cuando estaban solos, era necesario fingir ante él que todo iba bien. Volvió a casa tras una reunión en la sacristía, agitado e incoherente, profiriendo respuestas para sí mismo. Esperándole, de pie en la ventana del comedor, mirándole acercarse, lloró al verle arrastrarse por el césped gris mordido de escarcha. Sus labios se movían y hacía gestos irritados y fútiles que eran como débiles golpes.

Mas cuando angustiada y tierna corrió a la puerta, él la apartó débilmente, agitando un poco las manos.

—¿Está..., está preparada la cena? Me siento... un poco mareado.

—Oh, ¿qué ha ocurrido?

—Nada..., nada —replicó con irritación poco habitual en él—. Sólo que estoy algo cansado. Me gustaría cenar en seguida..., en cuanto me lave...

Subió la escalera muy despacio. Ella, al pie, le oyó quejarse suavemente en el último peldaño: «¡Oh, Señor...!»). Pero al instante continuó, y no la llamó. Ella se daba cuenta de que tenía que permitir que continuara como siempre había sido. Tenía que seguir siendo un

sacerdote o moriría. Pero algo después, en el silencio absoluto en que se sentaban a la mesa, volvió a preguntarle:

—Padre, ¿no podrías decírmelo?
¿No podrías hablar conmigo?

—Las mujeres no entienden de estas cosas. No hay nada en que puedas ayudarme. Confío en Dios.

Ella le sonrió compadecida y le dejó en paz. Por la noche, despierta, le oyó rezar, largos párrafos monótonos. Seguía poniendo su confianza en Dios.

Y si renunciaba a confiar en Dios no le quedaría nada. Las personas se habían retirado, abandonándole. Uno a uno se

habían ido todos. Mary se fue. Solía descansar aquí, en este lecho, y por la noche, cuando él despertaba con una extraña y dolorosa soledad, podía mirarla y ver su cabeza oscura o alargar la mano y tocar su cuerpo cálido y palpitante. Ahora, su propio calor débil apenas si conseguía mitigar en toda la noche el frío de las sábanas. Y en la oscuridad todos parecían burlarse de él. ¡Los miembros de su familia espiritual! Por la noche llegaba incluso a preguntarse si lo que decían era verdad. Tal vez estuviera envejeciendo. Pero si era demasiado viejo para predicar, ¿qué otra cosa podría hacer? Poseía el pequeño seguro que había tenido durante

todos estos años en el «Fondo de Ayuda para ministros». Mary le había forzado a hacerlo al nacer Joan. A él le había parecido que era desconfiar de Dios, pero ella insistió. Y podría retirarlo dentro de otros dos años. Entonces todo sería suyo. En la oscuridad hacía planes para alquilar un cuartito en South End y predicar allí a los que estaban por salvar. «Y las gentes sencillas le escuchaban contentas». «Por eso persiguieron a los santos que os precedieron». Comenzó a musitar las fuertes y decididas palabras, que tras un rato le consolaron. Empezó a sentir la antigua y arrogante determinación de hacer que su pueblo cumpliera la

voluntad de Dios. No, no se retiraría ante su pueblo. El Señor le había nombrado..., sólo el Señor podría deponerlo. No hablaría a nadie. Ponía su confianza en Dios. Se durmió en paz antes del amanecer...

Pero si él no quería decírselo, ella tenía que enterarse; de otro modo, ¿cómo cuidar de él? Se dirigió al señor Weeks, que era el tesorero de la iglesia. Recordaba al padre de Netta como un hombre pobre, un mecánico que se había trasladado al pueblo desde otra parte y abierto una pequeña tienda. Pronto se hizo incalculablemente rico, lo bastante para adquirir la fábrica de camisas de South End, aunque no la hubiera abierto.

Pero ellos nunca habían comprado en su comercio porque la madre decía que estaban acostumbrados al almacén general del señor Winters. No tenía simpatía por Peter Weeks, porque éste le preguntó de primera intención qué les vendía Winters, y torció su pequeña y apretada boca para decir:

—Le daré dos centavos más barato de su precio... todo cuanto desee.

—No, gracias —repuso con frialdad.

Cuando el señor Weeks se hizo miembro de la iglesia y Hannah le dijo: «Creo que deberíamos comprarle algo de vez en cuando», su madre había respondido, orgullosa: «Nosotros no

hacemos esas cosas».

Entró en la tienda, la cabeza alta y el corazón deshaciéndosele. El padre de Netta se apresuró a su encuentro.

—Vaya, vaya...

Pero ella no respondió a su jovial saludo.

—Señor Weeks —dijo directamente al otro lado del mostrador—. He venido a preguntarle algo: ¿cuándo debe irse mi padre?

—Bueno, verá —meditó, cogido de sorpresa. Su cara pálida, angular, incolora, representaba la convencional sonrisa de un tendero—. Tú y Netta sois viejas amigas... Quiero hacer cuanto pueda.

—No es necesario. Yo cuidaré de mi padre.

—El hecho es —siguió el señor Weeks, masticando un pedazo de tabaco— que el viejo es un testarudo. No quiere presentar la dimisión.

—Comprendo.

—La estamos esperando. Hasta entonces no podemos dejarle a un lado, técnicamente hablando. El hecho es que deseábamos que empezara uno nuevo cuanto antes, pero yo soy el tesorero y sé que no podemos permitirnos ningún dispendio. Las finanzas andan mal, pero estoy poniendo los asuntos en orden...

—Comprendo —repitió Joan—. De modo que cuanto antes nos vayamos,

mejor.

—Es mejor que él nos presente su dimisión, ¿comprendes, Joan? —Movi6 el bocado—. No quiero ser duro con 6l... T6 y Netta... Oye, Netta va a ligarla con Ned Parsons. Hacía mucho tiempo que andaba despistada, mi Netta, pero al fin eligió bien. Ned se parece a su padre, me alegro de decirlo, en lugar de a su madre. Trabaja bien. Estoy pensando en poner en marcha la f6brica; y si lo hago, pondré a Ned al cuidado..., es decir, si sigue adelante con Netta.

—Me alegro mucho por Netta. ¿Se lo dir6? Adi6s.

Al momento se había olvidado de Netta.

En la cena, cuando Hannah hubo salido, dijo:

—Padre, hagamos dignamente lo que haya que hacer. Iremos a la ciudad... Encontraré trabajo. Y Francis nos ayudará. Comenzaremos de nuevo.

Él había estado comiendo de prisa y con apetito. Últimamente, con tanta preocupación se había permitido comer más. A menudo se sentía mareado y necesitaba reforzarse. Esta noche el cocido estaba extraordinariamente bueno, así como el humeante budín. Pero Joan fue muy brusca. Se la quedó mirando, se llevó la mano a la boca y ella vio que estaba enfermo. Corrió hacia él, pero la apartó con su brazo, se

levantó y salió. Cuando, tras largo tiempo vio que no la llamaba, fue a buscarle. Estaba en su cuarto, y al llamarle respondió débilmente que estaba desvistiéndose y no podía entrar. Joan se sentó en un pequeño taburete junto a la puerta y esperó. Pero la puerta no se abría y al fin ella la abrió con suavidad. Yacía de espaldas, dobladas las manos sobre el pecho. Tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, roncando de vez en cuando. Se había acostado sin llamarla y se había quedado dormido. Cerró la puerta y se fue a su cuarto. No la necesitaba.

No hubo sueño para ella. No podía dormir con aquella incertidumbre, con

aquella soledad. Rose estaba lejos, y Francis no había escrito más que una vez. Pero se acordó de Francis, de cómo había saltado de la cama y corrido aquel día en busca del doctor Crabbe. Se dirigió a su escritorio y empezó a escribirle: «Tenemos que irnos, ya ves cómo están las cosas», terminaba. «Será mejor que vayamos a Nueva York, donde yo podría conseguir un empleo. De cualquier forma, tenemos que salir de esta casa».

Esperó un rato y añadió después: «No tengo a nadie más que a ti con quien contar. Y él es también tu padre».

Cerró, franqueó la carta y se echó en la cama, escuchando, para caer al fin

dormida.

Se despertó con la sensación de haber oído un sonido extraño. Lo había escuchado en su profundo sueño y se despertó al instante por la antigua costumbre con su madre. Esperó despierta, tensa, escuchando. ¿Qué era? La casa estaba muy silenciosa. La noche en calma. Entonces llegó de nuevo: una fuerte y ahogada tos, un ronquido, una voz jadeante y cortada. Saltó de la cama y corrió a la puerta entre su cuarto y el de él. Pero la había cerrado. En algún momento, sin que ella se diera cuenta, se había encerrado para poder estar

completamente solo. A través de la madera gritó:

—Padre..., ya voy...

Pero no le contestó. Quedaba la puerta del vestíbulo. Corrió por el pasillo, dando voces a Hannah en el ático mientras corría. ¡Gracias a Dios esta puerta no estaba cerrada! La abrió de par en par. La habitación estaba a oscuras. No había luna, y a través de la ventana abierta sólo penetraba la oscuridad. Pero en la oscuridad escuchó su extraña respiración. Tanteó buscando la luz, y en la escalera oyó que Hannah tropezaba y mascullaba en las tinieblas.

—¡Hannah! Vete a buscar al doctor Crabbe. ¡A mi padre le pasa algo!

La voz de Hannah arañó la oscuridad.

—Ha comido demasiado. Siempre se contenía, pero anoche se dejó llevar y comió. Me di cuenta con el pastel.

Llegó a la puerta en el instante en que Joan encontraba el interruptor. La luz iluminó la cama, sobre él. Se lo quedaron mirando al mismo tiempo, juntas. Yacía rígidamente, con los brazos extendidos en una postura de agonía. Tenía la boca torcida sobre la mandíbula y como prendida con alfileres, sujeta por retorcidos músculos invisibles. Los ojos estaban velados, entreabiertos. Su cara, generalmente muy blanca, estaba salpicada de púrpura.

—¡Cuerpo y alma mía! —musitó Hannah—. ¡Es un ataque!

Se volvió y salió corriendo...

La figura en el lecho no se movió. Ella sentía miedo de él..., tan extraño, tan retorcido. Levantó una de sus manos para colocarla junto al cuerpo, en una postura más fácil, y el brazo estaba rígido. No podía moverlo. Un hilillo de saliva corría desde la entreabierta comisura de la boca; alzó la sábana y lo limpió, sintiéndose asqueada.

—¡Padre, padre! —le gritó.

Pero no la vio ni la oyó. Estaba absorto en su profunda respiración.

Y entonces, mientras estaba sola con él, la respiración se detuvo. Al instante

volvió, profunda y fuerte, áspera, arañando, como algo que se arrastra con pesadez sobre un camino rocoso. Luego se detuvo. Mientras ella en pie le llamaba, se detuvo. Esperó aterrorizada a que volviera a empezar. Pero el extraño color púrpura desapareció de su rostro, descendió la gravedad sobre la boca retorcida y la rigidez abandonó los miembros abiertos. El cuerpo pareció relajarse, encogerse, disminuir. La respiración había concluido. Se volvió y corrió..., corrió escaleras abajo llamando:

—¡Hannah, Hannah!

Se abrió la puerta principal y allí estaba el doctor Crabbe, puesto el

abrigo sobre su pijama a rayas, un revuelto flequillo de pelo rodeándole la calva.

—¡Padre se ha ido..., se ha ido! — gritaba ella como si fuese una chiquilla, y de pronto empezó a llorar fuerte—. ¡Oh, doctor Crabbe..., qué voy a hacer!

El doctor subió pesadamente la escalera y ella le siguió; Hannah, la última, en una frenética procesión. No podía dejar de sollozar, y cada inspiración le arrancaba un sollozo. Se sentía débil de tanto llorar. Estaban ya alrededor de él, mas no se había movido. Allí estaba echado, como cuando ella le dejara. El doctor Crabbe le levantó el brazo. Quedó inmóvil,

colgando, y volvió a depositarlo con suavidad. Hannah empezó a sollozar:

—Ha sido un ataque, ¿verdad, doctor? Siempre estaba medio muerto de hambre y anoche se sirvió tres veces de mi pastel de higos secos con salsa fuerte. Yo estaba muy extrañada después de todo lo que había comido.

El doctor Crabbe no le contestó. Tampoco dijo a Joan que dejara de llorar. Se quedó mirando el digno rostro del muerto, sin oírla al parecer. Era una faz elevada y orgullosa, aun en la muerte.

—Vijo hijo de Dios —murmuró sonriendo—. El domingo pasado se les enfrentó en la sacristía y les dijo que

Dios le había llamado, no los hombres, y que moriría antes de retirarse. Ha tenido suerte... No todos pueden morir cuando la vida termina.

Se inclinó, y, con dulzura, le tocó los párpados, se los cerró y le colocó las manos sobre el pecho.

Pero ella siguió sollozando. No podía detener su llanto.

Todos estuvieron muy amables, claro. Enviaron muchísimas flores. La casa estaba llena de flores, y entre ellas se leían notitas que hablaban de su «maravilloso servicio». «Tantos años», todas a coro. Ahora que, por así decirlo,

había dimitido, estaban dispuestos a alabarle, a estimarle. El señor Weeks vino a verla y le dijo torpemente:

—Yo no quería hacerle mal alguno, ¿sabes? Era cuestión de negocios..., las cosas no están claras... Si hubiese tenido alguna idea...

Le escuchó sin oírle, con odio. Tenía que estar todo el tiempo pendiente de sí o empezaría a sollozar como loca. Lloraba en cuanto se quedaba sola..., no por él..., por él no...

—No tiene importancia, señor Weeks...

El doctor Crabbe envió un telegrama a Francis de su parte. Le dijo, mirándola agudamente:

—Necesitas alguien que se quede aquí contigo... No hay ningún otro.

—Tal vez no pueda venir —repuso ella—. Acaba de empezar a trabajar... No sé...

Deseaba desesperadamente que viniera. Necesitaba sentir a los suyos cerca de ella. Pero no vino. Ni siquiera hubo respuesta al telegrama. Pensó, abrumada, cuando llegó la hora del funeral y él no había venido, que no le habrían dejado.

En silencio fue a la iglesia con Hannah. La señora Winters ya estaba allí, para cuidar de que todo estuviera en orden.

—Espera un poco, queridita; espera

a que todos estén sentados.

Era tan amable... Pero incluso ella había dicho cuando se lo quedaron mirando ya en su ataúd:

—Si no hubiera sido tan decidido acerca de South End...

Sí, ahora todos eran amables, cuando ya era demasiado tarde. Se sentó en el banco completamente sola, y el predicador de Lawtonville subió al púlpito, y ante él se hallaba el ataúd. Subía ansioso, hasta que se dio cuenta y aflojó el paso. Pero hoy le era difícil andar despacio. El ansia se le escapaba, en sus ojos, su voz, la nerviosa rapidez de sus manos. ¿Gustaría a la gente?, se preguntaba con anhelo. Y por encima del

muerto la congregación le miraba intensamente, agudamente. ¿Les gustaría? Empezó por alabar con ardor al muerto, con frases llenas, cuidando de redondearlas, usando las metáforas que había preparado. Mientras predicaba, tenía algunas hojas con notas ante él, sobre el púlpito, y de vez en cuando abría los ojos para mirarlas. Tenía que pronunciar una buena oración. Era tan necesario para Minnie, para...

—Y que vivamos en tal forma, oh Dios, que al final... —rezaba fluidamente, mirando de hurtadillas el panel.

Cuando todo hubo concluido, Netta quiso acompañarla a casa, y la señora

Winters dijo:

—Vamos, no te quedes allí sola..., ven con nosotros.

Todos le habían dicho: «Dinos si podemos hacer algo». Ella les dio las gracias sonriente, sabiendo que nada podían.

Como quiera que estuviera, estaba sola. No importaba. Quería huir de ellos porque bajo toda su amabilidad sentía su alivio. Ante ella se portaban decentes y graves. Pero irían a su casa, se mirarían y murmurarían:

—Después de todo ha sido lo mejor... para todos.

Por eso volvió a su casa, sola. No tenía que empezar de nuevo a llorar.

Había empezado a sentirse mareada de hacerlo. Tenía que enfrentarse con la vida.

Todos fueron muy amables. El doctor Crabbe vino a verla preocupándole con su insistente amabilidad.

—¿Qué vas a hacer, Joan? ¡Tienes que hacer algo, chiquilla!

—Sí, claro, doctor Crabbe —había contestado al principio con mucho ánimo—. Había pensado en ir a Nueva York y estar con Frank. Tiene un empleo y creo que yo podría encontrar algo.

—¡Hum! —dijo el doctor Crabbe,

mirándola descontento—. Me parece que lo mejor sería que te tomaras una ración de aceite de ricino. Seguro que, con todo esto, el estómago te ha dejado de funcionar..., es natural. Estás amarilla. ¿Tienes dinero?

—Oh, sí, doctor Crabbe —repuso con rapidez. No aceptaría dinero. Tenía todo el orgullo de su madre... «El que mi esposo sea ministro no es razón para que mis hijos tengan que llevar la ropa de otros. ¡Jamás aceptes regalos, Joan...!»). Además, nuevamente tenía algunos dólares en la caja de madera de sándalo, y en el viejo monedero de su padre había encontrado un dólar. Tendrían que pagarle su salario la

semana entrante, pero claro, ahora...—. Tengo mucho, doctor Crabbe. ¡De verdad!

—¿Cuánto? —preguntó, mirándola.

—¡Oh, muchísimo! Además, Francis está ganando.

—¡Hum! —gruñó el médico, y se fue.

No habían dejado de ser amables.

—Tómate tiempo —le dijeron.

Pero al tercer día el nuevo ministro y su esposa llegaron a ver la casa rectoral.

—No es para darle prisa, señorita Richards —le aseguraron.

Él estaba contentísimo con su nuevo destino. Su salario sería de casi

doscientos dólares más al año. Con doscientos... Entonces su pelirroja y joven esposa le llamó con brusquedad:

—¡George! De todos modos tendremos que decirles que vuelvan a empapelarnos el comedor... y cuidarse de las flores.

Joan los seguía.

—Sí, hay una despensa... Esa puerta da a la escalera de la bodega...

Tenía que revelar a unos extraños todos los familiares rincones de la casa que siempre había conocido tan instintivamente como su propio cuerpo.

—No sé si ella va a gustarme —le dijo Hannah refunfuñando cuando se hubieron ido—. Parece de esas que

escatiman la mantequilla y cuentan los huevos. —Metía ruido con las cazuelas en la cocina—. Me ha dicho que no sabía si necesitaría otra ayuda, porque esta casa es mayor de lo que está acostumbrada... Apuesto a que es así. En mi opinión no tiene aspecto de estar acostumbrada a mucho.

«No te apresures», le decían todos, pero ella se sentía febril por marcharse. Empaquetar sus pocas cosas..., enviar las ropas a la misión. Cuando estaban mirando el dormitorio había preguntado al nuevo ministro:

—¿Quiere llevarse algunas de sus ropas a la misión? Él solía necesitar la...

El joven frunció sus gruesos labios.

—Todavía no estoy seguro de cuándo empezaré a ir. No he decidido si continuar con ese trabajo... Los de la iglesia...

—No tiene importancia —cortó, rápida—. Yo misma las llevaré.

Se iría en cuanto terminara de empaquetarlo todo. Se alegraba de que hubiera tan poco..., contenta de tener que dejarlo casi todo porque pertenecía al pueblo. Hasta los platos en los que había comido pan y leche, los pasteles que hacía su madre, la carne, la verdura y las empanadas..., viejos, queridos y familiares platos. «Corre a traerme el cacharro hondo para pasteles, querida».

«¿Dónde está la fuente sobre la que ponemos la fruta, Hannah?»... Ni siquiera los platos eran suyos. Nada había sido en realidad suyo nunca. Se llevaría el baúl de tapa redonda..., sus ropas, los libros, desde luego, la ropa blanca y la plata de su madre. Tal vez fuera mejor no llevarse nada al principio, sino embalarlo, guardarlo en alguna parte y encontrar a Francis. ¡Qué raro que Frank no hubiese escrito siquiera!

Entonces, casi una semana después del fallecimiento, hubo carta de Francis. Al salir del estudio donde había estado separando los libros de su padre, halló la carta en el vestíbulo.

—Parece la letra de Frank, pero el matasellos no es de Nueva York. No puedo entenderlo —le gritó Hannah.

Abrió la carta en seguida. No, no era de Nueva York. Era de un lugar de Michigan, pero era carta de Frank.

Querida Joan:

Perdí mi empleo y estoy aquí con un par de camaradas. Estoy buscando trabajo. Dicen que hay mucho en la «General Motors». Espero conseguir un empleo. Como ando algo escaso, mándame, por favor, lo que puedas.

Ni siquiera se había enterado. No lo sabía. Rasgó la carta en minúsculos trocitos, dejando el montón sobre la mesa.

... ¿Qué haría ahora? La casa parecía enorme a su alrededor, vacía, inexorable, esperando a que se fuera, esperando a comenzar una vida nueva. Había terminado con ella. Sentía terror de esta casa. Salió corriendo al jardín. Era casi el día de Acción de Gracias. No se había dado cuenta de lo cercano que estaba ese día. Pero ahora se estaban llevando a la puerta de la iglesia cargas de paja de trigo, pues esta paja se empleaba como fondo para las calabazas y las frutas. Una fuerte voz

salió de un carro que pasaba cerca, y los caballos se detuvieron ante ella envueltos en sudoroso vapor. Del carro saltó una fuerte y abultada figura, que se le acercó. Se trataba de Bart. Joan pudo oler en él el aroma de las pajas secas, limpio y con olor a tierra. De pronto empezó de nuevo a sollozar, con sacudidas que brotaban de sus mismas entrañas.

—¡Oh, Bart! —gemía—. ¡Oh, Bart, Bart!

Se le acercó sonriendo, tranquilo, seguro, como una salvación. La rodeó con su brazo y ella se asió a él y dejó que la llevara a la casa vacía. Allí, en el desierto salón, sintió al final los labios

de él sobre los suyos. Se mantuvo quieta un momento, con su sensación. Sus labios eran duros y rígidos sobre su boca. En lo profundo de su cuerpo, aferrándose a él, lloraba. Era fuerte como una roca; sus brazos alrededor de ella eran como los muros de una casa.

III

El anillo en su dedo era nuevo y duro. Jamás había llevado anteriormente un anillo porque en seguida la irritaba. Una vez, alguien le regaló una sortija cuando era una chiquilla y ella había querido tenerla puesta porque era muy bonita, un trocito de cristal rojo montado en un aro de metal con baño de plata, pero no pudo. Al poco tiempo se sintió molesta y se la quitó. Pero este anillo no debería quitárselo. Tenía que aprender a llevarlo puesto. Ella misma se lo había pasado por el dedo, una cinta ancha de oro, anticuada y pesada. Bart había buscado entre todos los anillos de la pequeña joyería de Clarktown, mientras ella aguardaba hasta que hubiera hallado

una alianza como la de su madre.

—Tiene que durar mucho tiempo —
decía él.

Una vez que el joyero se lo probó y se lo entregó, Bart lo probó en su propia mano. Pero no pasaba por más dedo que el meñique, y aun allí se quedaba en el nudillo torcido.

No había necesidad de esperar. No había que pensar en nadie. ¿Por qué iba a pensar en los que no tenían consideración con ella? Escaparía de aquella vieja vida. A ninguno tenía por qué importarle lo que ella hiciera. No quería decir a nadie que iba a casarse con Bart Pounder. No quería sorprenderles con expresión atónita:

«¿Bart Pounder?». Hizo callar brutalmente su propio corazón. «Sí, Bart Pounder..., ¿acaso hay algún otro?».

Fue a ver al señor Winters, que era anciano, por la noche, después de cerradas las tiendas. Estaba solo, buscando en sus estantes algo que alguna persona había necesitado durante el día y que no había podido hallar. Era su ocupación habitual de las noches. «Si no le importa esperar hasta mañana, se lo encontraré», decía una docena de veces al día. Escribía en pedacitos de papel: «La señora Parsons, una goma para tinta», «Un carrito blanco del sesenta para la señora Bradley», «Billings, un cuchillo de picar». Cuando ella entró le

oyó musitar por lo bajo:

—Vaya, ¿dónde demontre he puesto eso?

—Señor Winters, ¿querrá hacer el favor de decirles que me marcharé de la casa rectoral inmediatamente?

Dejó de mascullar y se volvió hacia ella, amable, protestando:

—Vamos, no dejes que te den prisa.

—No, pero he hecho mis planes.

—¿Te vas?

—Sí. Me voy.

Al día siguiente la señora Winters subió jadeante la escalera.

—Joan, vengo derecha. El señor Winters me lo ha dicho. ¿Qué vas a hacer?

—Me marchó, señora Winters.

—Sí, pero...

—No soy una niña, ¿sabe? Ya soy adulta. Tengo mis planes. Les escribiré.

La señora Winters no pudo hacer nada. Nadie podía hacer nada en realidad. Era mejor callarse, forjar su propia vida. No podía olvidar que sólo la muerte había salvado a su padre de aquellas personas.

Pero al decir adiós a Hannah, se asió a ella un instante. Hannah le dijo, palmeándole la espalda para darle ánimos:

—¿Me has escrito esa carta, Joan, para que si no me entiendo con la esposa del nuevo ministro, vaya a intentarlo con

algunos de los veraneantes de Piney Cove?

—Sí, Hannah —repuso Joan, soltándola al momento.

Abrió el bolso y sacó la carta: *Por la presente recomiendo a Hannah Jackson, nuestra servidora para todo durante más de veinte años. Siempre la hemos hallado limpia, honrada...*

—Se hace duro —se quejaba Hannah— tener que buscar a esta edad una casa nueva, y no tengo ni perrito que me ladre.

—Sí, se hace duro. Se hace duro a cualquier edad.

Naturalmente no habría raso blanco, ni nada de aquel sueño. El raso blanco

hubiera resultado extraño por demás con Bart a su lado en su traje azul que casi se le reventaba. Por eso se vistió con su viejo vestido de lana color naranja y el abrigo marrón, con el sombrerito de fieltro, y ella y Bart comparecieron ante el encargado del condado, repitiendo sus palabras. Era un hombre menudo, de cara torcida, cuyos grandes labios colgaban de su rostro enjuto. Era un frío día de noviembre, y su nariz delgada y encorvada aparecía húmeda y roja, y a menudo se pasaba la mano por ella para secársela.

—Firmen ustedes aquí —dijo, indicando el sitio con su índice de mordida uña.

Ella firmó su nombre sin titubear, «Joan Pounder». Sin vacilar, forzó su mano a poner el nombre que había tomado como propio, formando por primera vez las letras poco familiares. Se irguió y observó a Bart mientras tomaba la pluma torpemente, como una herramienta campesina en su enorme mano. Escribió su nombre con un garabato angular e infantil, junto a la clara y menuda escritura de ella. Se quedó mirando un instante a los dos nombres.

—Llévame a casa, Bart —dijo a continuación.

—Claro —repuso, animado; ella subió al carro y se sentó en silencio,

consciente de que su muslo y su rodilla se apretaban contra la gruesa pierna de él.

«¡Arre!», gritó Bart a los caballos. Sacudió las riendas sobre sus lomos y empezaron un rápido trote, mientras sus mantas, de un marrón ajado, brillaban bajo el sol invernal.

—Un día de éstos compraré un coche. Pero tengo que esperar un poco más. Y un coche no sirve para arar. Con coche o sin él, en una granja tiene que haber caballos.

Se volvió sonriéndole. En su rostro apareció una mirada que ella estaba empezando a conocer. Hinchó un poco las aletas de la nariz, sus labios se

abriéron y aflojaron.

—No sé si en un coche podríamos sentarnos tan cerca —musitó con pesadez.

Tenía los dientes pequeños, amarillentos, blandos de aspecto, insertos en unas encías demasiado pálidas. Ella apartó la mirada con rapidez.

Estaban pasando de la campiña que ella conocía hacia una tierra escabrosa y accidentada cuyos valles estaban oscuros de bosques. Entre los ásperos campos había muros formados de piedras del campo. Por doquier los últimos colores del otoño iban trocándose en grises y pardos. Tan sólo

los robles ardían aún de rojo oscuro, pero algunas noches más de helada los desnudarían asimismo. Entonces sería invierno. Se alegraba por Bart, se decía a sí misma mirando derecha el paisaje agonizante. De no haber sido por Bart se hubiera hallado sola por completo, y se acercaba el invierno. La habían dejado sola en tan breve tiempo...

Y de pronto, tras una curva de la polvorienta carretera, se irguió una casa enorme con verdes persianas, un oblongo campo contra el paisaje. Algunos grandes arces se elevaban a su alrededor y sus ramas como esqueletos no llegaban a ocultarla.

—Ésa es la casa —dijo Bart,

señalando con el látigo—. La familia estará esperándonos. No hagas caso de mi madre.

Nunca antes había mencionado su hogar, excepto para decir:

—Vivo con mi familia. Soy el que va a heredar la propiedad si me quedo con ellos... Así que me quedo.

Siguieron adelante, se abrió la puerta, y ya estaban lo bastante cerca para verlos, el padre, la madre, el hermano. Salieron, uno a uno, la madre la última, y permanecieron esperándolos. Su corazón brincó ansioso hacia ellos; miraba en el atardecer para verlos: padre, madre, hermano. Pero le gustaba la casa, tan limpia, blanca y

verde; le gustaban los arces. Bajo sus ramas desnudas las hojas sin barrer formaban un tapiz de oro ceniciento.

Quería que le gustara todo. Éste iba a ser su hogar. Se alegraba de que fueran a vivir todos juntos. No deseaba estar sola con Bart. Una reminiscencia de las escrituras acudió a su mente: «Y los solitarios formarán familias».

Saltó del carruaje y corrió sobre la hierba escarchada y por las crujientes hojas secas hacia las tres figuras expectantes. Corrió hacia la mujer, tendiéndole las manos. Rodeó el cuerpo rígido con sus brazos, oliendo un imperceptible aroma de jabón y limpieza en la mejilla que besaba.

—Soy Joan.

Deseaba ardientemente que la quisieran. Haría que llegaran a amarla.

—¡Bien! —contestó la madre de Bart—. Bien, seguro...

Bajo sus labios, Joan notó la fría, redonda y pasiva cara.

—Aquí está el viejo —dijo Bart—. Y ese de ahí es Sam..., mi hermano pequeño.

Les alargó la mano rápidamente y sintió que se la cogían dos veces, manos grandes y duras, iguales, sólo que la del viejo estaba fría, y la del joven, caliente y húmeda en la palma, y no la soltó tan de prisa. El viejo no habló.

—Encantado —murmuró Sam. Sus

ojos eran pequeños, ardientes y castaños, como los de Bart, bajo espesas y alborotadas cejas rojas. Se la quedaron mirando, sin parpadear, en la semioscuridad, y ella les devolvió la mirada hasta que el silencio se hizo tan pesado que casi la aplastaba. Tenía que hablar para quebrar aquel profundo silencio.

—Es una casa preciosa.

—¿No quieres entrar? —preguntó la madre de Bart.

—Será mejor que entremos —afirmó éste.

Se volvieron y entraron en la casa, silenciosos, y ella los siguió al pequeño vestíbulo cuadrado del que subía una

empinada escalera. Hubo una vacilación que no entendió. Entonces la madre sugirió:

—Por una vez usaremos la escalera principal.

Pero los dos hombres pasaron por el vestíbulo a la cocina y Bart dijo:

—Creo que yo también me lavaré en la cocina.

—Vamos arriba y te enseñaré tu cuarto —continuó la madre.

Subió la escalera, sin tocar la barandilla, pisando con cuidado, y Joan la siguió con el bolso en la mano. La escalera torcía bruscamente al llegar a un estrecho rellano rodeado de puertas cerradas.

—Aquí —dijo la madre abriendo una puerta al tiempo que Joan la seguía—. Espero que lo encuentres todo a mano.

—Oh, sí —repuso Joan con calor, mirando a su alrededor. Había un escritorio de arce, un lavabo con una jofaina y una palangana, una mecedora, un lecho de matrimonio. Sobre el suelo desnudo, pintado y limpio, se veía una vieja alfombra de flores, cuidadosamente remendada.

—Tenemos cuarto de baño —oyó decir a la madre de Bart—. Está abajo, en el vestíbulo. Pero los hombres no lo usan. Se llevan la bañera a la leñera cuando tienen necesidad de lavarse. No

soporto el olor a establo en la casa. Tú puedes usar el cuarto conmigo.

Joan no la escuchaba. No había más que la cama de matrimonio. Allí tendría que dormir esta noche con Bart, esta noche que ya se le iba echando encima. No había querido pensar en ello. Pero ahora la noche estaba próxima.

—Bueno, estaremos listos para cenar en cuanto bajes. Iré a dar una vuelta a las patatas.

La madre de Bart salió y cerró la puerta.

Se sentó en la habitación oscurecida. Sintió como si hubiera corrido demasiado de prisa durante algún tiempo y ahora el movimiento se hubiera

detenido para siempre. A su alrededor, el silencio era profundo. A través de la ventana vio a media luz las colinas que se prolongaban sin fin, los árboles oscuros, las desdibujadas y pálidas líneas de los muros divisorios de piedra, los campos desmochados y vacíos. No se percibía ninguna otra casa. Corrió, medio temerosa, junto a la ventana, pero no había otra casa. Frente a la de ellos, directamente, asomaba un gran henar gris. Pudo ver la sombra de la silueta del padre de Bart, que se movía a la luz de la linterna de aceite que llevaba. Su cabeza se perdía en la temprana penumbra, pero podía ver claramente sus piernas sin forma, y el

bulto de su mano al coger el asa de la linterna. Cerró las puertas del henar, y su sombra, encogida y monstruosa sobre el suelo reseco, se acercó a la casa. Ella permanecía de pie en la fría oscuridad, temerosa de vivir. Por un momento envidió apasionadamente a su madre, segura en la tumba, sin tener que enfrentarse ya a la caída de la noche, al amanecer del día. Tenía miedo de la noche, miedo del día.

Entonces sintió el anillo en el dedo. En su excitación lo había olvidado un rato, pero ahora lo notaba, extraño y duro en su carne. Se volvió con decisión, halló cerillas junto a la lámpara de aceite que había sobre la

repisa, encendió una y la aplicó a la lámpara. Estaba muy limpia, y la chimenea brillaba. La llama lamió el pabilo recién limpiado y surgió una columnita de humo. Le dio la vuelta en seguida, pero allí había quedado lo negro.

No tenía importancia, la luz la alivió. Se quitó el sombrero, alzó después la jofaina y echó agua para lavarse las manos. El ligero sonido de la jarra fue como una grieta en el silencio. La casa estaba llena de silencio, el mismo que pendía sobre colinas y bosques. Se encontró deslizándose con cuidado para no volver a quebrantarlo. Abrió la puerta y bajó de puntillas por

la alfombrada escalera hasta el oscuro y estrecho vestíbulo. No había voces que la guiaran, nada, excepto un rayo de luz bajo una puerta, al fondo. La abrió y vio a todos sentados a la mesa, esperándola. Tomó el asiento libre junto a Bart, intentando sonreír. Nadie hablaba, pero Sam la miró por debajo de sus alborotadas cejas. La madre de Bart se levantó, fue a la cocina y volvió con una fuente de humeantes patatas hervidas.

—Ahora comeremos.

Joan había conocido antes el silencio. Tras la muerte de su madre había habido el de una voz que ya no se oía. Hubo en la casa uno mayor cuando Rose se fue, y después Francis. Vivió el

silencio con su padre, y en el que él murió. Había otro en el cual había venido Bart, del que la había sacado, el silencio de sí misma, sola.

Pero ninguno había sido como éste. Se sentaron, y, de repente, en la quietud de campos, bosques y árboles, y del cielo nocturno rodeando la casa solitaria, el padre de Bart dijo brevemente:

—Bendigamos... Dios, de quien vamos a recibir, nos haga a todos agradecidos. Amén.

Pero la oración no quebró el silencio. Se apiñaban alrededor de la mesa en la pequeña y llena habitación. Junto a ella estaba el padre de Bart,

cuadrados los codos. En el silencio podía oír su respiración mientras comía, sirviéndose patatas, pan, carne fría, leche desnatada, que tragaba como a golpes. Al otro lado de la mesa se sentaba Sam, comiendo, observándola incesantemente. A su lado estaba Bart, más allá su madre. No miraba sus rostros. Mantenía los ojos fijos en el plato, pero alrededor de la fuente había un círculo de manos, sus manos, enormes, retorcidas, manos torpes, gruesas y brutales con trabajo animal. Pensó de pronto que nunca desearía tocarlas, y al instante alejó el pensamiento. No tenía que pensar tales cosas. Eran buenas personas, honradas,

trabajadoras. Sus rostros eran decentes, honrados. Ahora ella pertenecía a su grupo. Éste era el hogar que la alimentaría y protegería el resto de su vida..., el hogar que había escogido. Siguió pensando razonablemente. Su madre hubiera hablado con animación, despacio, haciéndose amiga, y ella también tenía que intentarlo. Tal vez se sintieran tímidos ante ella, asimismo. Alzó la cabeza, animada.

—Nunca he vivido antes en una granja. Sé que me gustará..., me entusiasma el campo.

Nadie le respondió. El padre de Bart alargó la mano para coger el pan.

—¿Hay algo más que comer?

—Algunas manzanas guisadas. O puedes abrir una lata de frambuesas.

—Manzanas —replicó él, tras pensarlo un instante.

La mujer se levantó y regresó con un plato hondo que depositó en la mesa. Pasó de mano en mano, en silencio.

Terminada la cena permanecieron sentados en la pequeña y llena habitación. Ella había intentado ayudar a recoger la mesa, limpiar los platos, buscar las vasijas.

—Yo limpiaré los cacharros —dijo.

Pero la madre de Bart echó agua en la palangana y se anudó el delantal.

—Puedes secar.

Así que Joan secó y Bart permaneció

en el otro cuarto con los hombres. Ahora que estaban solos se inició una pequeña conversación. Escuchaba las voces graves, incoloras.

—¿Has terminado hoy ese campo de trigo, Sam?

—Casi... Mañana, seguro.

—¿Piensas tomar vacación mañana, Bart?

—No, creo que no.

—Hay que separar las manzanas, Sam. Shaler vendrá a buscarlas pasado mañana.

—Muy bien.

En la cocina trataba desesperadamente de encontrar algo que decir. ¿Qué le gustaría a la madre de

Bart que le dijera?

—Me gustaría serle útil en algo.
¿Puedo...?

Durante un momento no hubo respuesta. La madre de Bart pasó el trapo por el grasiento borde de la sartén.

—Cuando una tiene que hacerlo todo sola significa mucho trabajo —respondió, por fin, y su rostro no cambió bajo su mirada cansada y preocupada.

—Yo la ayudaré —repuso Joan con calor—. Ya sabe que quiero hacerlo de veras.

Abrió el armario de los platos y empezó a guardar los que acababa de secar.

—A ver..., aquí los platos... Y estas

cucharas...

—No van ahí... Las cucharas buenas las pongo en el cajón. Ésos son los cacharros de cocina... Es mejor que me dejes ponerlos bien.

Apartó a Joan y comenzó a separar los platos y cubiertos.

—Así...

—Mañana lo sabré —dijo Joan con humildad.

Se dirigió al otro cuarto. Al momento los hombres se callaron. Estaban sentados alrededor de la mesa, preparada para la próxima comida y cubierta con un mantel blanco grisáceo. Se sentó en una de las sillas rectas, preguntándose qué habría tras las

puertas cerradas. Tenía que haber muchas habitaciones en esta gran casa. Pero parecía como si no hubiera más que este cuarto en el que comían, la cocina, y los dormitorios arriba. Permanecía sentada, temerosa de subir, aunque estaba muy cansada, demasiado cansada para intentar volver a hablar. Mañana por la mañana, cuando la noche hubiera transcurrido... Pero faltaba la noche.

De pronto el padre soltó un gran bostezo.

—Hay que irse a dormir —musitó.

Se levantó, y abriendo el armario que había junto a la chimenea tapiada, sacó una Biblia bien encuadernada y sus

gafas.

—¡Madre! —llamó.

Y entró la madre de Bart, soltándose el delantal. Se sentó con él en las rodillas, las manos cruzadas sobre él. El padre abrió la Biblia y buscó despacio una marca, moviendo el calloso dedo de una a otra página.

—Capítulo treinta de Isaías — anunció, y empezó a leer despacio, vacilante ante las palabras largas—. «¡Ay de los hijos rebeldes!», dice Yavé.

Era un capítulo largo, pero lo leyó hasta el fin. Permanecían inmóviles, como piedras. ¿Escuchaban? Miró un rostro tras otro, pero no pudo saberlo. El rostro de la madre, laxa por la

costumbre del hastío, no expresaba más que un absoluto vacío. No era posible que escuchara. Bart miraba sus grandes manos. Ella veía cómo se le cerraban los párpados... Estaba casi dormido. Los ojos de Sam no se apartaban de los tobillos de ella. Los escondió con rapidez bajo su silla.

—Oremos —continuó el padre, cerrando el libro y arrodillándose. Obligado ahora a hablar frase tras frase: la voz del viejo sonaba en un murmullo. Repetía trozos de las Escrituras, pronunciaba peticiones mal formuladas, aceptaba la mala suerte con una extraña y pesada paciencia—. Sabemos que cuanto nos viene, nos viene de Dios.

Plantamos, pero quizá no cosechemos. El hombre siembra, pero la siega es de Dios. Ayúdanos a aceptar lo que nos venga y a trabajar en lo que nuestras manos hallen para hacer. Amén.

Se alzaron de nuevo en silencio. La madre de Bart se anudó el delantal a la cintura y volvió a la cocina. El padre guardó el libro y los lentes en el armario y suspiró profundamente. Se volvió con pesada brusquedad y fue a la cocina. Se escuchó el ruido de una palangana en la fregadera forrada de cinc, el seco raspar de una navaja contra las puntas de su barba. A continuación el agua gorgoteando al correr y al vaciarse. Por último, el pesado andar por el cuarto y

el subir por la pequeña escalera de atrás, que aún no había visto.

—Bueno —dijo Sam, levantándose—. Creo que me iré a la cama.

Se pasó, frotando, su gruesa mano por el pelo rojo. Ella vio que la miraba, así como a Bart, con avidez. En sus ojos se veía el misterio, ardiente y feroz. Apartó ella la vista con rapidez, y él entró en la cocina. La madre estaba aún allí, dando vueltas, limpiando la parte superior de la estufa, guardando cazos, llenando la tetera.

—Sam, al levantarte por la mañana tráeme un poco de leña.

—Muy bien. ¿Dónde están las manzanas?

—No dejes los corazones bajo la cama para que yo te los recoja, como esta mañana.

No le contestó. Entró en el cuarto donde ella y Bart permanecían sentados y les sonrió.

—Bueno, ¡que tengáis dulces sueños, vosotros! —Y subió por la pequeña escalera de atrás.

Joan no quiso responder. Uno a uno forzaban la noche sobre ella. La madre esperaba a que se fueran. En la cocina esperaba ahora, sentada en la silla de asiento rojo, junto a la estufa.

—Mamá siempre sube la última — dijo Bart levantándose repentinamente —. Será mejor que subamos.

—Muy bien, Bart —dijo débilmente. Se volvió para dirigirse al vestíbulo, por donde había venido. Pero la llamó con brusquedad—. Ven por aquí... A diario usamos la escalera de atrás.

—Muy bien, Bart —volvió a repetir, y le siguió por la oscura escalera.

Amanecía. Al abrir los ojos, el techo le pareció bajo y cercano, como un cielo sombrío. El pequeño cuarto estaba lleno de una pálida y callada luz. Alzó la cabeza, se apoyó en el brazo y miró por la ventana.

—¿De qué lado quieres dormir? —le había preguntado Bart, brusco de

turbación.

—Del de fuera, junto a la ventana, por favor —le había contestado con prisa.

Él estuvo preparado antes que ella y se dejó rodar con pesadez hacia la pared. Ella había estado mirando por la ventana todo el tiempo, mientras se preparaba. Era una ventana lejos del lecho, una ventana hacia las colinas.

Allí estaban ahora las colinas, oscuras y silenciosas bajo el cielo que se coloreaba ligeramente. Las miró con una callada tristeza invernal. Así es como debían sentirse los viejos, como ella se sentía esta mañana, los muy viejos a quienes todo les había sido

arrebatado, o que sabían que ya nunca tendrían nada suyo. Nada sería ya nunca de ella, excepto las cosas que podía tener un viejo, un techado donde cobijarse de la lluvia, un fuego junto al que calentarse, alimento, cama, y en el corazón, el vacío de saber que no había que esperar más. Sentía dentro todo el vacío de la vida, nada más que vacío. Era una figura hueca, que se erguía sola en una grande y silenciosa llanura vacua. No tenía a nadie cerca..., no había oídos que la escucharan, ni voces que pudiera oír. Detrás de ella sonaba la respiración fuerte e igual de Bart. Ahora que al fin estaba dormido, lo hacía con pesadez, como un leño. No debía mirarle, no

debía imaginar el aspecto que tendría. Allí estaba la ventana por la que podía ver las colinas.

Salió con cuidado de la cama y se vistió. Una vez vestida se arrodilló junto a la ventana y miró la luz cambiante. No pensar, no recordar nada. Pero de pronto recordó algo. Una vez, cuando era una niña y había oído la discusión en el cuarto vecino al suyo (¿sería una discusión?) había salido de la cama, agitada, temblorosa, para escuchar junto a la puerta, para saber qué pasaba. Oyó que su madre decía con una voz velada, mortal, casi en un suspiro:

—¿Eso es todo? Paul, ¿no hay más que esto?

Y su padre le había contestado con más brusquedad de la que jamás le hubiera oído antes:

—No sé a qué te refieres, Mary.

Pero ahora sabía lo que su madre quería decir. Esta mañana lo supo.

—¿Ya estás levantada? —la adormilada voz de Bart brotó de pronto junto a la pared.

—Sí, ya estoy levantada, Bart.

—Tengo un sueño terrible esta mañana —dijo, bostezando con fuerza—. Creo que voy a dar otra cabezada.

—Muy bien, Bart.

... ¿Qué podría derramar sobre aquel vacío para llenarlo? Nada había lo bastante profundo como para llenarlo

hasta el fondo. Todo cuanto hacía era tan mezquino que sólo quedaba flotando en la superficie de la insondable vaciedad. Vio cómo el amanecer se hacía más brillante, y muy despacio las colinas se volvieron azules y sobre sus cumbres se elevó el rojo sol, hinchándose en su redondez, inundando de luz el paisaje. El día estaba aquí otra vez. Su cuerpo agitado no era nada en la inmensidad del día y la noche. Esta concha de paredes y techo era cuanto tenía para cobijarse de las lunas y soles, de los vientos huracanados o de millones de estrellas rodando y de toda la imperturbabilidad de las gentes que pasaban. Se apartó de la ventana y empezó a deshacer su

equipaje, poniendo sus ropas en los cajones.

Al correr los días aprendió a trabajar como nunca lo había hecho. No perdía tiempo en hablar. Las palabras resonaban demasiado huecas en el vacío. Aprendió a mantenerse tan silenciosa como lo eran los demás, tan parca de frases innecesarias.

—Bart, ¿a qué hora tienes que levantarte para arar el trugal?

—A las cuatro y media.

No hacía falta decir más. Las cuatro y media significaban desayunar a las cinco. Y antes del desayuno estaban las

oraciones y la lectura de la Biblia. Amanecer tras amanecer se sentaba silenciosa mirando la penumbra por la ventana mientras el padre de Bart leía la Biblia, un versículo tras otro, siguiendo las líneas con su dedo grueso y agrietado. Ella pensaba con terror en el invierno, cerrado, cuando la ventana apareciera negra y no pudiera ver cómo las colinas se iluminaban por la mañana. Pero llegó el invierno cerrado, y cuanto pudo ver por la ventana fue sólo un espejo. En él veía cinco personas sentadas alrededor de una mesa cubierta como de un sudario, las cabezas pacientemente inclinadas. Se vio a sí misma en una de ellas y apartó la vista.

Al poner sobre la mesa la fría leche desnatada, el pan frío, un trozo de pálida mantequilla lechosa, miraba por la ventana, buscando el amanecer. A veces le parecía que nunca llegaría. A veces se habían comido lo que tenían para comer (los huevos no eran para comer, porque se podían vender, y el café era una indulgencia, una bebida fuerte con la que regalar el cuerpo) y se hallaba ya lavando los platos antes de que la luz empezara a irrumpir derramándose sobre las colinas como música.

... ¡Música! Había olvidado que existía la música. Tras una de las puertas cerradas había un viejo piano vertical. Lo acarició suavemente una

vez. Pero sus débiles notas sonaron discordantes y gangosas, desafinadas, y lo cerró. A veces, el sábado por la noche entraba el padre de Bart en la cocina donde ella y la madre estaban sentadas en silencio zurciendo las ropas de los hombres para que se las pusieran tras el baño semanal.

—Oye —decía con aspereza—, a ver si puedes cantarme esto.

Llevaba abierto en la mano un brillante libro rojo. Tenía que elegir himnos, porque era supervisor de la escuela dominical desde hacía treinta años. La madre se levantaba suspirando, cogía el libro y se dirigía al piano. Él la seguía pisando fuerte, en calcetines,

masculando.

—Desde que se les ocurrió hacer estos libros de himnos nuevos ya no encuentro las palabras antiguas.

Ella oía la melodía apagada, temblorosa, en la otra habitación, tan fría, un trino ejecutado con un dedo. Esperó un silencio o un grito: «¡Jamás he oído un bailable más pagano!». Pero si la melodía era lo que él quería, sólo se oía el silencio. El silencio era su agradecimiento por cualquier cosa, y su única alabanza.

En una ocasión intentó mostrarse contenta, pues su naturaleza era tal que no podía evitar encariñarse un poco con los que tenía a su alrededor, y una vez,

un domingo por la mañana, le dijo a la madre:

—Está muy guapa con ese abrigo marrón.

La madre puso una cara de susto y de timidez enfermiza, y Joan sonrió tratando de parecer alegre:

—¿Nunca le ha dicho nadie antes que estaba muy guapa..., ni siquiera él?
—E indicó al padre con la cabeza.

Pero él la contempló —su boca, una áspera y ancha línea que cruzaba la mandíbula—, atónito por su alegría.

—Detesto las cortesías. No es honrado. Espero que mi mujer tenga buen aspecto. Si no lo tiene, se lo digo.

Ese día fueron a la iglesia, como

todos los domingos. A través de la nieve, la lluvia y el viento, iban lo mismo que cuando hacía sol, y el padre de Bart fustigaba los caballos, preocupado de hacerlo, porque era el día del Señor y éstos eran sus animales. Una vez, al leer una helada mañana, llegó a los Mandamientos. «Descansarás tú y tu animal», leyó y se detuvo de pronto, enjugose los lentes y miró a su alrededor.

—Ojalá hubiera seguido explicando cómo descansar los animales en domingo cuando hay que ir a la iglesia.

Se los quedó mirando, un rostro tras otro, y la luz de la lámpara de aceite cayó sobre los rasgos de su faz ansiosa.

Joan vio en la luz de aquel instante la preocupación sorprendida de largos años asomarse a sus hundidos ojos grises. Todos los domingos por la mañana se había despertado con la misma idea.

Sam murmuró, mientras sus ojillos rojos relucían bajo un mechón rebelde de su pelo, como el de un payaso:

—¡Es una lástima que no mencione un coche!

—Tú siempre haciendo chistes de todo —le gritó el padre, fulminándolo con la mirada.

—Bueno —protestó Sam débilmente —, hacer un chiste no tiene nada de malo, me parece. ¡Cualquiera pensaría

que en esta casa una broma es un pecado!

—Cállate —resopló el padre.

—Abram, Abram —intervino la madre—, y tú con la palabra de Dios abierta en la rodilla.

Volvió a leer de nuevo en medio del silencio, sintiendo todavía la carga. Se preocupaba constantemente porque no podía hallar el medio de obedecer literalmente lo que leía.

Y ninguna de estas cosas llenaba el vacío que había en ella. Ahora sabía cuál era el sitio de cada plato y cada cuchara, cuándo había que barrer y limpiar los cuartos, y conocía el secreto de todos ellos, el saloncito donde nunca

se sentaban a menos que algún pariente viniera a verlos...

—Ésta es Joan, la esposa de mi hijo, ésta es Emma, la tía de Bart.

—Ejem, bueno: ya había oído que Bart se había casado, pero no se me invitó a la boda.

Y los ojos negros de tía Emma la miraban desde una cara enormemente gruesa, tan inexpresiva como el revés de una tarta.

—Eres una buena pieza, ¿eh? ¡Casi tan alta como Bart! ¿Es buena cocinera, Minna?

—Yo cocino —dijo entre dientes la madre de Bart, y añadió como a disgusto—: Pero ayuda mucho en casa.

—¿Quiénes eran sus familiares?

¡Sus familiares! ¿Había tenido ella alguna vez personas que le pertenecieran, personas que fueran de ella como ella era de ellos?

Bart, que había venido del establo para ver a tía Emma, dijo en pocas palabras:

—Su padre era el viejo predicador de Middlehope.

—Ya he oído hablar de él. La gente dice que estaba algo ido.

—¿Mi padre? —repitió Joan sin aliento.

—Sólo a causa de su edad, supongo —dijo tía Emma, apaciguadora, y Joan comprendió que la mujer no quería herir.

Pero aun así se sintió herida. ¡Así que la gente había hablado de su padre!

Había otro oscuro salón, al que no iban nunca, ni siquiera el día de Navidad... Pero ¿qué era la Navidad en esta casa de silencio? Por Nochebuena se puso un árbol en la escuela dominical de Chipping Corners. Aquel año Navidad cayó en domingo, y los caballos tuvieron que llevarlos a lo que, según el padre de Bart, no era más que hacer un jolgorio a costa del día del Señor. Pero no fue tan alegre. El árbol era un pino algo torcido, apenas arreglado con oropeles de una tienda barata. Pero había una estrella, una estrella de papel blanco adornada con

castaño cosido en las puntas, y el padre de Bart leyó la historia de la estrella y los niños se acercaron, los niños de las granjas, de aire asustado y sufrido que trabajaban desde muy temprana edad hasta muy tarde, y los niñitos satisfechos de los pequeños tenderos del pueblo, y de vez en cuando entre ellos la faz angelical de algún niño que nunca pertenecería a parte alguna. Al mirar a uno de éstos, una niña de cabello castaño que contemplaba las escasas velas sobre el árbol soñando que eran cientos, Joan se vio a sí misma. Observaba a la pequeñuela, sonriendo, captando en los ojos de la criatura un rayo solitario de la Navidad. Se acercó

al lado de la niña y le dijo:

—¡Feliz Navidad!

Pero las palabras eran desconocidas para la pequeña. No conocía el saludo. Señalando con un dedito flaco al árbol exclamó:

—¡Aquélla es una de las que se caen!

Se acercó más mientras Joan ponía una vela derecha y se quedó mirando, solitaria y absorta.

Después volvieron a la granja. Se sentaron ante una comida mejor que la habitual... Cerdo asado y manzanas guisadas, y de postre un budín de pan y pasas. Ella había preparado algunos regalitos. Sacó parte de su dinero y se lo

gastó, no por ellos, sino por la Navidad... Lana para unas zapatillas que hizo a ganchillo para el padre, seda para una corbata verde de punto para Sam y otra marrón para Bart, y para la madre un pañuelo rematado de encaje.

Había envuelto los regalos en papel de color y los puso sobre la mesa. Brillaban con un rojo alegre sobre el blanco mantel de algodón, pero nadie habló ni pareció verlos, hasta que al fin no pudo contenerse.

—¿No van a mirar los regalos?

Entonces, uno a uno, torpes, tímidos, casi sin querer, tomaron los envoltorios y los abrieron, todos menos el padre, que dejó el suyo intacto.

—La verdad es que no sé cómo agradecerte... —dijo la madre.

—El verde es el color favorito de mi chica —dijo Sam sonriéndole con intimidad—. Si hubiese sido azul, te la hubiera devuelto.

—¡Esto es lo que has estado haciendo por la noche a escondidas, levantada cuando hubieras tenido que estar en cama! —comentó Bart.

El padre, como su paquete sin abrir parecía tan grande sobre la mesa, lo puso en el suelo bajo su silla. Cuando hubo comido lo cogió y subió, y al bajar llevaba puestas las zapatillas.

—Joan le preguntó, ansiosa:

—¿Le están bien?

—Un poco cortas, pero puedo llevarlas.

Sin hablar, Joan subió la escalera hacia su frío dormitorio, cerró la puerta y, sentándose junto a la ventana, se puso a contemplar las colinas grises. Hoy hacía un año se habían reunido en la iglesia con olor a pino, donde su madre yacía muerta bajo la estrella navideña. ¡Cuánto tiempo hacía! Su madre permanecía enterrada en la tierra, con todo lo que se fuera para siempre.

¡Y la niñita que esta mañana soñaba que las escasas velitas se convertían en centenares en el raído árbol de Navidad de la desnuda iglesita!

Después de todo, seguía sin poder

dominar su corazón. En cuanto se olvidaba, salía a la superficie como una burbuja empujada por la alegría ante la nieve, ante la suave extensión blanca sobre la tierra nueva. Se calzó las botas, se puso su viejo chaquetón de cuero rojo y se fue a caminar por los bosques, extasiada. Entonces el universo se encogió hasta hacerse pequeño y cálido a su alrededor y ya no se sintió solitaria, no durante esos momentos. Fundiose la nieve, y debajo aparecieron pequeñas plantas verdes, de las que brotaban hojas y botones, ya formados. Por las tardes, una vez concluido el trabajo, la esperaban los escondidos brotes rosados de los madroños y la nacarada

blancura de las sanguinarias. Podía soportar la soledad de la casa pensando en cuanto la aguardaba en la intimidad de la tierra, sobre la que caminaba sola, pero ya no solitaria. Hallaba placer en las cosas pequeñas, florecillas y pequeñas piedras raras, y en las sencillas cañadas. Descubrió valles, dándoles nombres para sí: «Mi cañada donde encontré las violetas diente de perro», «Mi estanque...». Pero evitaba la pálida y abrumadora enormidad de la tierra y el cielo al amanecer y a la media luz del atardecer, y por la noche se acercaba a las sombras, pues el cielo era muy vasto y resplandecía con frías, relucientes y lejanas estrellas.

Así transcurrió el año y otra Navidad, y ella atraía a su ser cuanto poseía para llenar su vacío.

Pero todavía le quedaba algo propio para llenar su vacío. Rose y Francis vivían. Estaban en algún lugar del mundo, y así le pertenecían. A comienzos de año, Rose le escribió desde el otro lado del mar para decirle que pronto tendría un hijo. Cuando llegó la carta, Joan se llevó la mano a los labios para mantenerlos bien cerrados. Ella tenía también que tomar parte en esto. También deseaba la criatura de Rose. Y ahora Rose tenía que volver a casa. Podía venir aquí..., éste era su hogar, y Rose también podría venir a

tener su hijo.

Hizo planes con rapidez. Era un buen sitio donde tener un niño, tranquilo y limpio, y allí estaban las colinas. Cuando el niño naciera sería primavera y podría sacarlo en una cesta bajo los árboles. Curvó sus brazos, sintiendo en ellos el rorro de Rose. Rose no sabría cómo cuidar un niño. Rió en voz alta... ¡Rose con una criaturita! Tenía que contárselo a alguien. Corrió a buscar a Bart. Estaba en el campo, levantando un muro de piedra.

—Rose va a tener un niño — exclamó, agitando hacia él las finas páginas extranjeras—. Tengo que escribirle que venga a casa...

Siguió él levantando piedras. Tenía que terminar esta pared y otra más antes de que se pusiera el sol.

—Ya sabes cómo es mamá.

—¿Quieres decir... que no querrá a Rose?

—Siempre le costó soportar a los niños —dijo él pesadamente tras de guardar silencio un momento y depositar una piedra antes de hablar.

Había algunas mujeres que venían a ayudar en los campos, pero a Joan no parecía habersele ocurrido. Bueno, nadie podría decir que él no se portaba bien con ella.

—Nunca podíamos traer a menudo otros chicos de la escuela a casa.

Siempre le daban trabajo. Siempre tenía miedo del jaleo que armarían en casa.

Algo en su voz hizo que de pronto viera a Bart como un niño pequeño, que trabajaba demasiado, sin momentos para jugar. Le miró por vez primera, conmovida al instante por el niño que veía.

—¿Nunca invitaba a otros niños para... una fiesta o algo?

—Nunca tuvimos una fiesta — repuso lentamente, haciendo pedazos una áspera piedra—. La asustaba el trabajo, y temía que aprendiéramos cosas pecaminosas.

—¿Y nunca te invitó nadie? — preguntó, turbada. Cuando ella era niña,

una fiesta no suponía nada... Su madre, alegre, exclamaba: «¡Vamos a hacer una fiesta!». Y casi al instante estaba hecha, la casa llena de chiquillos ruidosos, corriendo por doquier, bien vestidos, formando una orquesta completa de mirlitones que soplaban y tocando el tambor en cacharros de estaño.

—No suelen invitar al que nunca invita —repuso Bart.

En la cocina dijo a la rígida y pálida mujer eternamente sentada junto a la estufa de la cocina:

—Mi hermana Rose va a tener un niño. ¡Me siento tan dichosa...!

—Los niños significan muchas molestias —suspiró la madre de Bart—.

No hacen más que revolver la casa.

—¿No se alegró usted cuando nacieron sus hijos? —inquirió Joan, enfadada por tal observación.

—Eran buenos. Siempre han sido buenos chicos. Pero me han dado quehacer. Tanto que ya no podía ni hacerles pasteles. Resultaba mucho trabajo durante un buen rato el hacerles el pastel y luego se lo veía comer en unos minutos, tan de prisa como si bebieran leche. Dejé de hacerles pasteles cuando eran muchachos. Tres hombres se comen uno en un momento, y da la impresión de que todo tu trabajo ha sido para nada. No me pareció necesario.

Volvió a suspirar en medio de la limpia cocina.

—Pero si mi hermana viene a casa... —volvió a empezar Joan. No renunciaría tan fácilmente.

Entonces se le ocurrió la llave que abriría la puerta de esta casa a Rose. Una vez al mes, a mitad de semana, la madre de Bart se ponía el segundo mejor vestido que tenía, y uno de los muchachos, o el padre de Bart, conducía para llevarla a la iglesia a una reunión misionera. Joan no había querido ir nunca. Siempre decía:

—Le tendré preparada la cena para cuando vuelva.

Pero había acudido un par de veces

sentándose en silencio durante toda la reunión. Era como todas cuantas había conocido: las buenas madres de familia cosiendo, escuchando historias de hambres, inundaciones y de adoración de ídolos, absortos los ojos, vueltas en su interior hacia sus casas, hacia la casa a la que cada una tenía que volver para la cena. Se oía el tintineo de las moneditas de plata y cobre, y todo terminaba. Pero seguían yendo, porque era un deber.

—Ya se lo dije, ¿verdad...?, que Rose y su marido son misioneros...

—Sí, me lo dijiste. Siempre me ha parecido muy raro que a ti no te interesen más las reuniones, puesto que

ellos mismos son misioneros. Bueno, creo que voy a dar una vuelta a las patatas. Parece como si las horas de comer llegaran más de prisa que nada.

Se levantó de junto a la estufa, suspirando.

No, aquí no había sitio donde pudiera nacer el niño de Rose. Le escribió a su hermana: «Si alguna vez tengo un sitio mío...». Porque después de todo no tenía un lugar que fuera suyo. Tenía que dejar que Rose tuviera su hijo en país extraño.

En su vacío empezó a crearse una imagen de Bart. Necesitaba una imagen en su soledad, y por ello tomó algo de aquí y un poco de allí de cuanto tenía.

«Es mi marido», se decía. Escogió fragmentos de Bart forjándolos en su imaginación en una figura. Tomó su estatura, la anchura de sus hombros y su fuerte cuello, sus miembros largos. Pero no sus manos, sus brutales y enormes manos, curvadas, duras, hinchadas, que nunca podía estirar del todo, o que, cuando la cogía de la mano, nunca parecía sostenerla. Tomó su mandíbula cuadrada, su corto y rizado cabello rojo oscuro. Pero no sus labios pálidos y torpes, ni sus ojos hundidos y rojizos. Incluso tomó su silencio convirtiéndolo en fuerza. Y el aliento con que infundió vida a esta imagen que forjaba fue el instante en que le viera en el campo

como un torpe y pequeño muchachito campesino, ansioso de diversiones y fiestas, de jugar, y condenado a trabajar, a levantarse para ordeñar las vacas antes de ir a la escuela, cortar leña y llevar pienso y agua a los animales mientras otros chicos jugaban con balones, en trineos, patinaban o daban e iban a fiestas.

Porque estaba claro que en esta casa nunca había habido diversión. No había cuarto alguno en el que poder distraerse. La salita estaba llena con el tresillo anticuado, de crin de caballo, la mesa pulida, la alfombra estampada de rosas brillantes, limpia todavía después de cincuenta años. El salón estaba ocupado

por el desafinado piano, por la vitrina de conchas, flores de pelo, cajitas y trocitos de cristal. ¡Pobre Bart..., pobre muchachito trabajador!

Empezó a ser amable con Bart, a hablarle más. En aquel silencio suyo, ¿qué podría haber vivo, aunque dormido? Podría encontrar pensamientos e imaginación... Si no amor, tal vez pensamientos e imaginación. Sería estupendo hallarlos enterrados bajo el vasto silencio, el silencio que no quebrantaba durante el día..., porque no era romperlo el decir: «¿Dónde has puesto mis pantalones viejos?», o el que ella respondiera: «Están arreglados y colgados del

segundo gancho tras la puerta...». Ni se rompía por la noche, no lo hubiera roto aunque ella gritara a voces lo que con frecuencia pensaba por dentro en sollozos desesperados y sin lágrimas: «¿Es eso todo, Bart? ¿Eso es todo?». Porque él la tomaba noche tras noche, con rapidez, en el mismo silencio en que comía o bebía o en el que quedaba dormido en un momento.

Pero a veces, durante el día, cuando estaba lejos de él, recordaba el niño anhelante que viera en el campo. Bart podría volver a renacer en aquel niño y volverse un hombre como sus padres no le habían hecho.

—Bart, ¿te gustaría que te leyera a

veces?

—¿Qué?

—Mis libros. Estaban en el baúl de tapa redonda que traje conmigo. ¿Te acuerdas? Los he puesto en un estante en el desván. Tu madre me dijo que allí no estorbarían tanto.

—Pues claro.

Se mostraba tan amistoso que la imagen de su soledad se agitó con vida. Aquella noche, en su dormitorio, ella abrió el libro que había elegido. Por la tarde, concluido el trabajo, había subido al desván y se había sentado, bajando uno a uno los libros. Aquí estaban los que estudiara en la Universidad. En una página encontró escrito el nombre de

Mary Roberts. Cuando esto veas, recuérdame. Sí, la recordó. Era otra vida..., una vida completamente terminada. ¡Qué extraña la forma en que la vida podía terminar brusca mente y volver a empezar, completamente distinta, de modo que uno se convertía en otra persona! Pero estos libros, algunos de su madre, eran como una frágil malla que unían el pasado a este momento. Tal vez unieran a Bart y a ella en alguna forma de vida común. Meditaba, escogiendo, y al final y para empezar eligió *La historia de una granja africana*. Cuando lo leyera por primera vez le había parecido una historia conmovedora, con la fuerza de

la realidad, y de ella misma encarnada en la niña de la granja. Y después la señorita Kinney había hecho vivir el África en la oscuridad, y ella pudo verlo todo como era.

Empezó a leerle. Él se había tendido en la alfombra de piel de oveja frente a la chimenea vacía. Ella leía con voz suave e igual, con anhelo. Tal vez fuera éste el comienzo de una especie de compañerismo. Tal vez no hubiera intentado bastante. Siguió leyendo durante un rato, y entonces el viejo sentimiento de la realidad agobiante le cayó encima de nuevo, fuera del libro. Por fin fue demasiado para ella. Alzó la vista, temblorosa, suplicante. Rió con

timidez, húmedos los ojos.

—Bart, esta criatura se parece tanto a mí que yo...

Estaba dormido, profundamente dormido, con la boca abierta. Debía de llevar dormido mucho tiempo.

Aunque guardó los libros para leerlos sola a veces, subiendo la escalera del desván para eso, siguió siendo amable con Bart, que no era más que un muchacho. Ahora veía que no había en él más que lo que todos podían ver. Nunca sería otra cosa que un chiquillo. Una vez, al leer en uno de sus libros acerca de un hombre y una mujer, se encontró llorando. No era un llanto superficial, sólo de lágrimas, sino un

dolor en sus propias entrañas. Ahora era una mujer. Ya no quedaba nada de aquella muchacha, Joan. Sabía por qué lloraba y repetía a su dolorido corazón: «Hay que ser justa. Me casé con él por tener un hogar y seguridad, y tengo ambas cosas».

Pero el libro le hizo recordar la forma en que solía besar a Martin Bradley. No amaba a Martin Bradley. No quería nada de él. Pero habían existido aquellos besos, los únicos que diera jamás a un hombre. No besaba a Bart. No podía besar a Bart. Cuando él insistía, ella le tocaba los labios rápidamente y sostenía los suyos quietos y pacientes bajo los de él. Día tras día

se repetía: «Tengo que ser siempre justa con Bart».

A veces, pasiva durante la noche, pensaba, reprochándose: «Le he defraudado. En alguna de las granjas de estas colinas hubiera habido una mujer que le amara a su manera». Recordaba al campesino y a la muchacha que fueron a casarse a la casa rectoral. El hombre era como Bart, pensaba, llena de remordimientos. «Los he despojado a ambos para tener un lugar para mí. Tengo que compensarlo de alguna manera».

Y por eso era muy amable con Bart. No le negaba nada, ni de día ni de noche. Cuando él la llamaba desde el

henar o el patio, ella acudía.

—Tráeme un cubo de agua fresca esta mañana, Jo..., estaré en el campo del Oeste.

—Sí, Bart.

—Ven a ver luchar los dos viejos cerdos, Jo. ¡Es como para troncharse de risa!

Y ella permanecía junto a la pocilga con él, mirando, asqueada, los irritados y gruñones animales.

—No te duermas en seguida, pequeña —le decía él por la noche con torpeza.

—Muy bien, Bart.

Al principio le había disgustado el silencio de la casa. Le había oprimido,

haciéndosele insoportable. Pero ahora era como una capa bajo la que esconderse. Se alegraba de su costumbre del silencio. Como nadie hablaba y nadie se revelaba, tampoco ella necesitaba hablar o revelarse a nadie. El silencio era una protección. Y de día y de noche era amable con Bart...

Gracias a su constante y decidida amabilidad hacia Bart concibió a su niño. Esperó, desalentada de alegría, envuelta en una brillante niebla de gozo hasta estar segura. Y estuvo segura, y ya no se sintió más sola. Nunca más estaría sola. Tenía la plena compañía de su criatura.

Ya no le hizo falta la imagen de Bart.

Podía aceptar a Bart como era. Porque en vez de una imagen tenía ahora la realidad de su hijo. Llevaba consigo dicha realidad a todas partes. Dentro de ella había una vida oculta que crecía constantemente. Pronto, como un capullo, que cada día se abre, se dirige con más fuerza hacia la luz, esta vida brotaría también, y vería a su hijo. Pero lo poseía ya tan seguro en ella como si lo tuviese en cuerpo y sangre en sus manos. No estaba impaciente, porque lo tenía. Era bastante que viviera, creciendo, moviéndose. Lo llevaba con ella a todos los confines de su ser. No sólo estaba en su cuerpo, sino en su corazón y su mente. Para él forjaba su

vida. Incluso cuando leía, tomaba las palabras conscientemente para él: «Éste es un pensamiento delicioso», se decía. «Se lo imbuiré». Pero necesitaba para él un lugar en la casa. En el desván encontró una vieja butaca rota, y la arregló, para poder sentarse en ella, junto a la pequeña ventana que daba hacia el Oeste, soñando, enviando sus sueños por su sangre palpitante, su sangre que alimentaba y formaba a su hijo.

Ahora acumulaba cuanto formaba su vida para elegir lo que necesitaba para su hijo. Esta casa sería su hogar, esta tierra, estas colinas serían durante años su hogar y su mundo. Lo medía todo,

cada cosa, examinaba cada parte separada para ver lo que quería para él. Aquí, ambos vivirían juntos, cogiendo lo que desearan, construyendo lo que no tuvieran. Ella tomaría el cobijo umbroso de los grandes árboles, tomaría las ondulantes colinas, los valles llenos de bosques, las curiosas y viejas rocas, el arroyo al borde del maizal, el marjal donde crecían las zapatillas de dama y los lirios silvestres, todas sus minúsculas posesiones. Tomaría el henar con su elevado henil, el ganado mugiente, para darle su leche.

Ella misma iría a la cuadra, y desde ahora empezaría a tomar para él leche completa. Cuando el padre de Bart

dijera: «Venderemos la nata», ella respondería: «Mi niño tomará la nata. Para él es más importante que la tome que el venderla a los de la ciudad». Tomaría los huevos que guardaban más celosamente que si fueran joyas. El niño tenía que comer huevos a diario. Ella empezaría desde ahora para él, ahora cuando su cuerpo estaba en proceso de formación. Para ello tendría que hablarles de él. Mantuvo el secreto cuanto pudo confinado en ella, para que en silencio ella y el niño pudieran vivir juntos. Pero finalmente lo dijo.

—Bart —le comunicó una noche en el dormitorio cuando él se despojaba de sus pantalones vaqueros. Se inclinó a

recogerlos y colgarlos del clavo detrás de la puerta—. Voy a tener un niño.

—¿Nosotros? —exclamó. Ella se detuvo atónita ante el «nosotros». Ni se le había ocurrido que el niño fuera de otra persona que de ella. El rostro de Bart, anguloso y sin afeitarse, se quebró en una gran sonrisa—. Me empezaba a preguntar cuándo sucedería.

—Quiero que todos los días me consigas un cuartillo de leche con toda la nata —prosiguió claramente—. Y quiero dos huevos para desayunar. El niño los necesitará.

Se rascó la cabeza y se la quedó mirando.

—No sé... Papá está disgustado

desde que los frutales se le helaron.

—Tiene que ser, Bart.

—Pues claro —repuso, amable—.

Si tú lo dices... Se lo diré a papá.

—Yo nunca me mimé —dijo al día siguiente la madre de Bart en la cocina—. Crié muy bien a los chicos con leche desnatada. La familia no necesita nata. Se vende muy bien y andamos escasos.

Joan no respondió. Ahora sabía también ella usar el empecinado silencio. Prosiguió amasando el pan. Había aprendido a hacer buen pan, blanquísimas hogazas grandes, de corteza tostada. Algún día su niño entraría corriendo en esta misma cocina: «Madre, tengo hambre», y ella le

respondería: «Sí, hijo mío». Iría a cortarle un hermoso trozo del pan que había hecho y ante los ojos de todos se lo untaría bien de mantequilla y se lo daría. «Hay mucho más si te apetece, hijo mío», diría claramente ante todos. Para él tomaría de todo sin preocuparse.

Así que ahora se dirigió abiertamente a la despensa, sacó nata y la echó en la leche desnatada, la nata ya embotellada, dispuesta para ser vendida. Fue a los nidos del gallinero y tomó los huevos que le apeteció. La miraban en un silencio como un grito de asombro e irritación, tanto que Bart tuvo miedo de su padre e intentó aplacarle trabajando más. Que lo haga, pensaba ella

triunfante; que haga algo por mi hijo.

Sólo Sam protestó en voz alta con envidia y hostilidad.

—¡Vaya, tienes suerte, eh!

—¡Sam, cállate! —le silenció la madre, ofendida. Pero no era una ofensa porque no fuera decente que se supiera que Joan iba a tener familia. Era otra cosa sobre la que había que callarse.

—¿Suerte? ¿Por qué? —habló Joan, con rapidez y tranquilidad—. Deseo que mi hijo tenga un cuerpo fuerte, Sam.

Pero él no tuvo respuesta ante tal franqueza. Enrojeció, retirándose a su común silencio, y no dijo más. Se asombraron de su indecencia. Pero ella ya no temía su silencio. Había aprendido

a vivir en él. Tomaba lo que necesitaba y no tenía miedo.

Un día recibió una carta. Ya no recibía más cartas que de Rose, pues Francis no escribía. Se había perdido en el mundo y ella no sabía dónde estaba. Sólo podía esperar que regresara. Rasgó el sobre de prisa, porque el sello no era extranjero. Pero no era de Francis. El papel llevaba impresas las palabras DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD DEL SACERDOCIO. Lo leyó con rapidez. Había un cheque prendido en la esquina. Según decía la carta, su padre había pagado durante años un pequeño seguro. Como hasta hacía poco no se habían enterado de su muerte, se habían

retrasado en enviarle el dinero. Hacía más de dos años les había escrito él diciendo que su esposa había muerto y que deseaba que su hija mayor recibiera el importe de su seguro en caso de que falleciera. El cheque era de quinientos dólares.

Se sentó sobre el viejo tocón, junto al buzón. Si hubiese recibido esta carta antes de casarse... Pero no fue así. O si la hubiera recibido antes de que su niño empezara a vivir en ella... Pero no fue así.

Ahora estaba retenida en la casa. Tenía que seguir en ella para que fuera un hogar para su hijo, una familia en la que poder crecer. El dinero no le

compraría la libertad. Había tomado en ella su sangre, mezclándola con la propia. Nunca estaría libre. Sentada, contemplaba los campos en la mañana. Sobre la colina, al otro lado del valle, veía a Bart arando, minúsculo contra la tierra. Oía su voz que gritaba a los caballos, débil y muy fina en la distancia. El dinero no la liberaría. Le había tomado dentro de sí. Pero no le hablaría de este dinero. Por lo menos aquello sería suyo. Lo pondría en el Banco, en alguna ciudad adonde no fueran, y lo tendría a su propio nombre. Sabría que estaba allí si lo necesitaba, como un poder oculto.

Pero sentía celos de Bart. Al correr

los días, mientras el niño crecía y se movía en ella, deseaba que fuese sólo suyo. La parte de Bart en esta creación era tan pequeña, tan inconsciente, tan accidental... Bart no podía ser padre cuando no era más que un muchacho. Ahora anhelaba un coche, exactamente igual que lo desea un chico. Le oía.

—Jo, tengo que comprarme un coche. Ahora tengo setenta dólares en metálico y mi parte en los cerdos y los pollos. Tengo el proyecto de comprarme un coche. —Se excitaba al pensarlo, pidiendo su aprobación—. ¿No crees que deberíamos tener uno? Es un retraso en este tiempo no tenerlo. Todos los de mi edad conducen su propio coche y

resulta ridículo ir a la iglesia y a la ciudad en esa vieja victoria enganchada a los caballos de labranza. Si papá no fuese tan anticuado... Él tiene dinero en el Banco..., yo sé que tiene.

Ella sonreía triunfal, secretamente. ¡Este muchachote padre de su hijo...! Sonrió, tolerante.

—Pues claro, Bart. ¿Por qué no?

—Podría comprarme un coche usado —prosiguió, excitado—. Y lo pintaría de nuevo. Dime, ¿lo prefieres rojo o azul? Quizás un verde bonito. A mí me tira el verde.

Seguía haciendo planes, mientras ella se decía para sí: «Que tenga su coche. Para él significará más que el

niño. Y yo tendré el niño para mí».

El sábado siguiente, cuando él vino a casa en un viejo coche, ella salió a admirarlo. El propietario dijo en voz alta:

—Es el tipo que más de prisa ha aprendido a conducir de cuantos he visto. Le he explicado algunas cosillas y ya le ha cogido el tranquilo.

—Déjeme a mí a ver —dijo Bart. Se sentó en el puesto del conductor y estudió las velocidades—. Veamos...

El coche se movió despacio. Su rostro estaba solemne, estático.

Ella sonrió, contenta. El niño era suyo. Ahora era más fácil ser agradable. Aquellos días era muy amable con

todos.

Pero deseaba alguien con quien hablar. De haber vivido su madre, hubiera corrido hacia ella. «¡Madre, voy a tener un hijo!». Podía ver los oscuros ojos de su madre alegrarse con aquel resplandor, como si se le hubiese encendido una luz interior, igual que las ventanas cuando lucen en la noche. «¡Oh, queridita mía!». Podía sentir los cálidos brazos rodeándola con rapidez. Y ansiaba que Rose y Francis estuvieran cerca. Había durado tanto..., ¿cómo se habían separado así? Deseaba ver a Francis otra vez. Como si fuese una

respuesta a su deseo, le llegó una carta de Rose. Había nacido el niño de Rose, un niño pequeño y delicado, tan delicado que no habían esperado mantenerle con vida, pero que vivía. Nació un cálido día de abril en una ciudad china, un niño rubio que se parecía a Rob. Rose no tenía leche para darle. Sus redondos senos eran inútiles porque sus pezones eran demasiado pequeños. No se erguían, y el pequeño no podía asirlos con sus labios, o era demasiado débil para intentarlo. Por ello habían alquilado una niñera china, una campesina cuya criatura era una niña. Por dinero estaba dispuesta a dar la leche de su niña para

el hijo de Rose. «Nos parece que sólo nuestras oraciones le han mantenido vivo», escribía Rose. Mientras leía la carta detenidamente, Joan anhelaba el niño tan frágil. Miró orgullosa sus propios senos hinchados. «De haber estado los niños juntos, creo que podría haber criado a los dos —pensó, triunfal—. Yo tendré tanto... Mucho más de lo necesario».

—Creo que podré ayudarte cuando llegue el momento —le dijo la madre de Bart—. Y la señora Potter, de Clarktown, es partera, si acaso algo parece no ir como debiera.

—Ya he hecho mis planes. Llamaré al doctor Crabbe.

—No parece que vayas a necesitar un médico de verdad —objetó la madre. Estaba pelando patatas y miró a Joan con reproche—. No es como una enfermedad.

—Me conoce —respondió Joan, tranquila.

Estaba planchando un sencillo vestidito blanco que acababa de terminar... Seis vestiditos. La madre de Bart le había dicho:

—En el desván hay algunas de las ropitas de bebé, de Sam.

—No —replicó, rápida—. No, no las necesito.

No podía soportar la idea de poner las ropas de Sam en la tierna carne de su hijo. El pensamiento la rebelaba. No podía soportar tocar a Sam ni aun accidentalmente al pasar. Pero abrió el baúl de tapa redonda y buscó entre las ropitas de bebé, las enagüitas y las chaquetitas rojas que había llevado Francis. Eran viejas y estaban muy lavadas, pero todavía brillantes, porque su madre las había hecho muy bonitas, de tela fina y duradera, con pequeños bordados, diminutos ojales trabajados y estrechas puntillas.

Un día de fines de octubre atalajó un caballo sin trabajo al carricoche y se fue a Middlehope a ver al doctor Crabbe.

Eligió un lunes, cuando la gente estuviera ocupada y no viera a nadie.

—Yo te llevaré en el coche si esperas que haya terminado el trabajo —le había dicho Bart, con orgullo. Pero ella no podía confiar su hijo a este conducir lento y sin imaginación.

—Será mejor que vaya antes; gracias, Bart.

Condujo sola y contenta bajo el esplendente sol de octubre. Ya se había convertido en un hábito para ella el elegir cosas para la vida de su hijo. «Elijo colores —pensaba contenta—, esa viña roja, ese roble, ese abedul amarillo veteado de blanco, esa alegre ardillita». Juntos verían todas aquellas

cosas, y pronto, dentro de uno o dos años, hablarían de ellas. Entonces siempre tendría con quien hablar. Tenía que mirar y encontrar cuanto pudiera, ver cuanto pudiera, con lo que enriquecer su vida. Aquellas colinas no deberían aprisionarle, ni los bosques tenían que parecerle oscuros y atemorizantes. Nunca tendría que sentirse solo en aquel silencio. Ella estaría siempre allí.

Condujo por la calle silenciosa, bañada de luz, pasó junto al cementerio, la iglesia, la casa rectoral. Sobre las escaleras de la rectoría vio a dos niños, un niño y una niña, comiendo pan, mirándola pasar. Oyó una aguda voz de

mujer que llamaba:

—Mollie, ¿dónde está Donny?

—Aquí estamos —contestó la chiquilla con la misma voz.

—Cuídale bien.

En el jardín había un hombre joven que barría las hojas, con la cabeza descubierta, y un poco calvo. Era el nuevo ministro. El lunes era su día de fiesta como lo había sido el de su padre. Pero su padre nunca barrió las hojas... Se pasaba el día entero en su estudio, leyendo los libros para los que no tenía tiempo los demás días o haciendo visitas parroquiales. ¿El nuevo ministro? Ya no era nuevo. Ahora era el ministro, suya la casa y los niños. Era

imposible creer que las dos criaturas no eran los fantasmas de ella y de Francis, tan poco hacía desde que ellos se sentaban en las escaleras comiendo pan y azúcar. Podía oír la voz de su madre:

—Joan, ¿dónde está Francis?

—¡Estamos aquí, madre!

—Bien, queridos.

Pensó ardientemente que tenía que encontrar a Francis. Volvió de sus divagaciones para pensar en él, preocupada, remordiéndole la conciencia. No debería haberle dejado irse tanto tiempo. Pero él no había escrito, y no tenía forma de encontrarle. Tendría que enviar cartas, muchas cartas, enviarlas como flechas, hasta que

alguna le hallara y le trajera a casa, de nuevo a ella...

Esperó en el despacho del doctor Crabbe, y entonces, al instante, él estuvo allí, con su cabello como una diadema rizada y blanca alrededor de su cráneo calvo, los ojos azules, velados y cansinos, las manos temblorosas.

—Dios mío, ¡eres tú, Joan Richards! ¿Por qué demonios no has...? ¿Y dónde está ese olvidado rincón de Dios donde te escondes? ¡He dado vueltas por toda esta región visitando enfermos y nunca te he visto ni oído hablar de ti!

Se dio cuenta de que le temblaban los labios. Quería llorar. Quería llorar sin parar y contárselo todo al doctor

Crabbe, volver a ser una niña, captar por un instante el viejo círculo caliente a su alrededor. Pero se hizo fuerte. De nada servía volver al pasado.

Rió y le tomó las manos, sintiendo su temblor.

—Doctor Crabbe, voy a tener a mi hijo..., y quiero que usted me ayude.

—Bien, bien..., todo sigue viviendo y viviendo. Tu madre me vino con esas mismas palabras. Vamos a ver, siéntate, chiquilla... Quiero preguntarte algunas cosas. Deja que te mire.

Dejó su cuerpo en manos de él, agradecida, confiada. Él la observaba resoplando, como ella recordó que lo hacía siempre, respirando con fuerza

mientras se absorbía.

—Ya está... Tienes un cuerpo magnífico, Joan, tan sano como una manzana... Ningún problema... Todo perfecto. ¡Señor, cómo me gusta ver un buen cuerpo!

Se lavó complacido, hablando con animación.

—La vieja señora Kinney no se ha muerto todavía, Joan... Tuvo pulmonía el invierno pasado y hube de sacarla adelante, ¡maldita sea! Ya creía que se iba de seguro. Ya sabes el miedo que tiene siempre de todo..., ni siquiera quiere subirse a un auto. Pero se curó. Es difícil que viva para enterrarla. Ya sabrás que Netta y Ned se casaron,

¿verdad? Van a tener un niño el mes que viene; pero ella es otra historia..., una mujer de constitución floja. No sé qué va a pasar... Tengo dudas, así es, ¡tengo dudas!

No le hizo más preguntas sobre ella hasta que salió. Entonces frunció sus blancas cejas encima de los ojos y la interrogó con brusquedad:

—¿Eres feliz, Joan?

—¿Por qué no? —sonriendo—. Voy a tener mi niño.

Y al trotar sola de vuelta a casa empezó a cantar. No había cantado desde hacía meses. Ahora creía que podría, si tenía un poco de tiempo, volver a componer una canción. Había

terminado el oscuro aislamiento apretado de su corazón. Sí, la verdad es que había una canción en su corazón. La llevaba ligera a los labios, esperando que cobrara forma. Aquí brotaba una frase y otra allá. Al llegar a casa subió derecha al ático, sacó un trozo de papel y escribió ambas líneas... Después, una tercera.

Pero aunque esperó, no le salió el final. La canción quedó allí, inacabada, y la dejó estar. Era una canción escrita para un niño que aún no había nacido. El final vendría a su tiempo.

Esperando a su niño con

avasalladora ternura, escribió a Rose con más calor de lo que jamás lo hiciera antes. «Háblame del pequeño David. Le siento como si también fuera mío». Intentó imaginarse al pequeño, rubio y frágil, alimentado por una mujer morena. Se preguntaba acerca de aquella casa y sobre el paisaje chino. ¡Si tan sólo Rose le contara más cosas...! No podía ver nada de la vida de Rose. Al intentarlo veía la imagen estática de una iglesia brillando entre oscuros y vagos templos, y una muchedumbre de gentes morenas que salían de los templos para entrar en la iglesia. Pero aquello no podía ser la vida. Rose decía que el trabajo progresaba. El pequeño David había

pasado fiebre..., creían que malaria, pero ya estaba bien otra vez. El Señor los bendecía y recibieron casi cincuenta nuevos miembros este año. Rob estaba abriendo un nuevo territorio. Las gentes eran hostiles y corrían peligro sus vidas entre ellos, pero no tenían miedo. Confiaban siempre en la obra de Dios, predicando el Evangelio a oídos duros, ofreciendo a Dios la cosecha. Esperaba que Joan tendría su niño con mayor facilidad que lo tuvo ella. David se interfería mucho en sus clases, pero pronto sería mayor.

«Ojalá lo tuviera yo —pensó Joan, doblando las páginas—. Yo podría cuidarle con facilidad. Seguro que

molesta a Rose. No puedo imaginármela tomando en brazos a un bebé, bañándole y vistiéndole».

Francis nunca respondió a sus cartas. Pensaba en él mientras esperaba, preocupándose porque nunca escribía. Ahora siempre le imaginaba como fuera cuando era un muchachito de jersey encarnado, de ojos muy negros sobre las redondas y enrojecidas mejillas y de oscuro cabello rizado ligeramente en las puntas... «Joan, llévate contigo a Frankie si vas a jugar a casa de los Winters». «Bien... ¡Vamos, Frankie!».

Si a veces se impacientaba con sus pasitos y sus juegos constantes, una mirada a su cara y cuerpo recordete la

ablandaba. Ninguna de las niñas tenía un hermanito tan precioso. ¿Qué habría sido si llega a tener un enanito de ojos pálidos y delgaducho como el Jackie de Netta? Siempre se sentía orgullosa de caminar por la calle con Frank.

Podían encontrarse con algún extraño, que seguro que diría: «¡Qué chiquillo tan guapo!». Y entonces ella respondería siempre orgullosa: «¡Es mi hermanito!».

Pero nunca le escribió.

Entonces, una clara y helada mañana, cuando hacía la colada de los lunes bajo el olmo del patio, alzó la vista y le vio caminando por la carretera hacia la casa, con una pequeña maleta en

la mano. No podía creer que fuera él, pero conocía su forma de andar. Y era tan propio de él venir sin avisar, de pronto... Se enderezó sobre la espuma y corrió, torpemente por su hijo, para salir a su encuentro y estrecharle en sus brazos.

—¡Oh, Frank! —exclamó, riendo y deseando llorar—. He pensado tanto en ti... ¿Por qué no has respondido a mis cartas? ¡Te he escrito y escrito!

¡Ah, qué bueno era poder estrechar a alguien en sus brazos!

Había crecido. Ahora era más alto que ella y más guapo que nunca. ¡Pero tan delgado...! Sus ojos le recorrieron en un instante... Llevaba el mismo traje

azul que cuando se fuera. Ahora estaba gastado y gris en los codos y las muñecas, y había remendado los bajos de sus pantalones. Pero ella miraba su cara. Había desaparecido el color rosado de muchacho. Su rostro tenía los huesos marcados, hundido en la mandíbula y las sienes. Parecía cansado hasta morir.

—Sólo me llegaron dos cartas. He tardado bastante en venir..., en llegar aquí.

—Es un hogar —respondió rápida—. Donde yo esté, siempre será el hogar para ti.

No le contestó. Caminó a su lado hasta la casa y la siguió adentro. Ella le

condujo al comedor, la única habitación que estaba caliente, pues el día otoñal era frío. Luego no supo adonde llevarle.

—Espera, preguntaré a la madre de Bart.

En la cocina dijo:

—Mi hermano ha venido. —Y se detuvo—. ¿Puede..., en qué cuarto le pongo?

La madre de Bart alzó la vista, atónita, de la estufa.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —preguntó al cabo de un rato. Nadie había venido jamás a quedarse.

—No lo sé. Aún no hemos podido hablar.

La madre de Bart levantó la tapadera

de la estufa y echó un nudoso leño. La tapa no se ajustaba y le dio unos golpes.

—Puede dormir con Sam, o en la vieja cama del desván. Solíamos tener un jornalero allí, cuando los tiempos eran mejores, pero nadie ha dormido desde hace mucho. Está bien siempre que no sea verano. En el viejo arcón, bajo el alero, hay algunas mantas.

Volvió al comedor y cogió a su hermano de la mano. Era callosa y dura, tan dura que la miró rápida. Estaba sucia de una porquería tan incrustada que parecía como si nunca pudiera limpiarse.

—¿Qué has estado haciendo?

Sus manos habían sido delgadas; las

articulaciones ágiles. Seguía siendo una mano delgada, siempre lo sería, pero la piel estaba cubierta de cicatrices, y las uñas, rotas y negras.

—He trabajado en talleres de maquinaria, y los últimos seis meses los he pasado en el oeste de Virginia, en una mina de carbón.

—¡En una mina! —exclamó, atónita—. Creí que deseabas volar.

—Lo deseo. Perdí mi empleo... Nadie puede retener un empleo en estos días asquerosos..., y me fui al Sur con mi compañero. Nos enteramos de que había trabajo en las minas —rió, como si gruñera—. ¿Te me imaginas en una mina, Joan, yo que quería volar?

Se sentó y se pasó las delgadas y sucias manos por el pelo negro y fuerte, demasiado largo.

—Sube. Ven a mi cuarto. Tengo que saberlo todo.

La siguió por la escalera principal; sin saber por qué vacilaba un instante y decía después con firmeza: «Sí, ven por aquí». Le condujo al dormitorio.

—Uf, cómo me gustaría un baño, Joan. Llevo días y días haciendo autostop.

Volvió a vacilar. Había un cuarto de baño, pero... El niño hizo que se sintiera fuerte por Francis. Algún día su hijo sería un hombre como Francis, y no se lavaría en una tinaja de madera en la

leñera.

—Te enseñaré dónde está el cuarto de baño.

Mientras se bañaba bajó. Fue lo bastante tonta para tener miedo durante algún tiempo de la gruesa y silenciosa mujer que se movía en la cocina. Escuchó para saber si Francis estaba tranquilo. Solía meter mucho ruido dejando correr los grifos, cayéndosele la jabonera, chapoteando con sus fuertes pies descalzos. Pero ahora estaba callado. Por un momento fue tan tonta como para pensar en no decírselo a la madre de Bart. Ella lo ordenaría todo... Pero se enderezó. No tenía por qué temer, ella, que iba a preparar la vida de

su hijo, aquí, en esta casa.

Fue a la puerta de la cocina.

—Francis está usando el cuarto de baño. Ha viajado mucho tiempo... Está muy cansado.

Al bajar la vista se encontró de lleno con los ojos de la madre de Bart..., ojos pálidos de un castaño sin profundidad. Tenían el color del agua estancada y llena de hojas al pasar sobre las piedras. Los miró sosteniendo la vista. A veces era bueno ser potente. Los pálidos ojos parpadearon y se abatieron.

—No hay demasiada agua caliente. Si usa mucha, no quedará bastante para los cacharros. ¿Cuánto tiempo has dicho que se quedará?

—No lo sé.

Le puso el sitio junto al de ella para la comida del mediodía, y volvió a subir. Se había vuelto a vestir y estaba sentado en el dormitorio. Ahora que estaba limpio parecía muy pálido.

—Estás demasiado delgado, Frank —le dijo, conmovida.

Le hizo la mueca de una sonrisa sobre la cual solían brillarle los ojos. Pero ahora permanecían sombríos.

—No he comido siempre lo suficiente. Parece que necesito mucho para alimentarme, Joan. No me había dado cuenta antes de que tuviera que conseguirlo por mí mismo.

Recorrió el cuarto con la mirada,

intranquilo.

—¿Qué clase de sitio es este en que estás? No he visto a tu..., no he visto todavía a Bart. No puedo imaginarte casada. —Sus ojos la recorrieron con delicadeza y los apartó.

—Ya ves que pronto tendré un niño, Frank.

—Sí..., espero que seas feliz.

No le contestó. Ahora que Frank estaba aquí, algo suyo estaba cerca otra vez. Quería hablarle, confiar en él como nunca se había confiado. Pero él mantenía los ojos apartados de ella todo el tiempo, y su reserva la hizo guardar silencio.

—Soy feliz por el niño.

Esperó, pero él no le contestó, y se dio cuenta de que no podría hablarle de ella.

—Háblame ahora de ti... Todo. He pensado tanto en ti... ¿Por qué no seguiste en el trabajo?

—Nunca podía mejorar. Me tenían siempre engrasando piezas y limpiando... Todos los muchachos que habían ido a escuelas llegaban y pasaban delante. No hay ninguna justicia en este podrido sistema, Joan. He aprendido mucho desde que me fui. Solía creer que si trabajaba bien y duro, llegaría a cualquier parte. Pronto renuncié a la idea, como a todo aquello que papá solía predicar. No sabía nada

de la realidad..., todo eran palabras. — Tenía el rostro contraído en una amarga sonrisa.

—Pero lo creía.

—Oh, sí. Por eso causaba daño. Él era muy bueno, pero eso no basta... No en este mundo, siendo las cosas como son. No hay oportunidades para uno que no tiene influencias, dinero u otra cosa. ¿Te acuerdas de la carta que me conseguiste? No me sirvió de nada. Bair no quería ni acordarse de Bradley. Apenas si la miró. Conseguí el empleo porque dio la casualidad de que necesitaban manos en ese momento. Era verano y había mucho trabajo. —Se miró las manos con cuidado, como si

nunca se hubiese fijado en ellas—. Bueno, pues luego hubo menos trabajo y me despidieron, y ya no había nada más que hacer allí. Yo esperaba haberme convertido en uno fijo de los del equipo de tierra. Y por entonces me escribiste lo de papá..., pero yo no quería venir a Middlehope.

—No, fue mejor que no lo hicieras.

—Es una cocina bonita. Me gustan grandes.

La miró agudamente y ella prosiguió:

—Quiero decir que no hubieras podido hacer nada..., todo había terminado.

—Eso pensé. Así que me fui a

Michigan con un compañero y conseguí allí un empleo en una fábrica. Era trabajo de hornos. No pude resistirlo. Tenía que pasarme el día alimentando hornos..., la piel me saltaba..., estaba medio asado. Solía mirarme las manos y esperaba que la carne se me caería. Entonces me metí en un lío. Me vi mezclado con algunos tipos que fueron arrestados por intentar provocar una huelga. Joan, en aquella fábrica no había trabajo para un hombre que quisiera vivir, excepto el de portero. Él podía resistirlo a la luz y al aire libre. Los demás aguantábamos diez horas al día haciendo algo, alimentando, remachando, calentando el mismo lugar

cada vez que llegaba un coche. Si estabas en aquella línea de montaje no podías detenerte un minuto, ni para respirar o enderezar la espalda..., el siguiente coche ya estaba allí y tenías que cumplir tu tarea. Otro de los que estaba en el horno conmigo se llamaba Jim Dobie..., era un individuo del oeste de Virginia, y su padre había trabajado en las minas de carbón. Él juraba que nunca volvería. Pero tuvo que volver, y yo me fui con él. Decía que por lo menos en la mina se estaba fresco..., fresco y a oscuras. Yo solía mirar aquel fuego hasta que creía que se me reventarían los ojos. Pensé que si podía estar en un sitio fresco y oscuro..., pero

no pude soportar la mina. Cada día tenía que bajar y bajar... en la oscuridad.

Retorcía sus manos sucias, y ella vio que temblaba un poco. Alrededor de sus labios apareció un fino sudor, que se secó, y siguió retorciendo las manos.

—Yo miraba al cielo antes de descender. Después tenía que bajar. Tenía que soportar estar en un agujero en la oscuridad, mientras la tierra y las rocas me oprimían. Nunca he podido soportar verme encerrado en parte alguna, incluso cuando era un crío. Una mañana (poco después de recibir tu última carta) miré hacia arriba. Era la más hermosa mañana que jamás he visto: el sol brillaba en todas partes, y

las hojas relucían amarillas... Todo era resplandor de sol. Y al mirar arriba vi un avión que volaba alto en aquella luz. Dejé en el suelo mi equipo y me fui. Creo que no me comprenderás. Pero me fui. Me dije que nunca bajaría de nuevo, aunque me muriera de hambre, aunque no volara nunca. Por lo menos no bajaría.

—Te comprendo. Te comprendo mejor de lo que puedo explicarte.

—No creo... —empezó, y la puerta se abrió y entró Bart.

Bart extendió la mano hacia Francis con animación.

—Me han dicho abajo que estabas aquí.

En su cara angulosa y sin afeitar aparecía una sonrisa amable y bobalicona. Ella vio cómo era a través de los atónitos ojos de Francis. Vio las toscas facciones de Bart, escuchó su risa brutal, vio su mente sencilla. Contempló sus gruesas aletas nasales y los ojillos hundidos e inexpresivos, su enorme pero inútil fuerza, tan inútil como la de un animal, a menos que estuviera uncido a algún instrumento primitivo.

Sus ojos encontraron los de Frank y le suplicaron con valor.

—Ya ves que te comprendo —le dijo.

Ella había estado viviendo aquí, al lado de la colina, y, más allá del final del establo, el mundo había estado girando y agitándose a su alrededor, tan grande y desconocido como el cielo nocturno contra el que había arrinconado las sombras para no perderse. Francis había quedado atrapado y retenido en el torbellino, zarandeado, apresado y vuelto a ser arrojado a este lugar tranquilo. Estaba demasiado herido. En fragmentos, en trocitos desgarrados de sí mismo, en palabras sueltas, se lo había dejado entrever. Paseaban por el huerto hasta el bosque. Se sentaban junto al

arroyo del valle bajo las hojas que caían. En la casa permanecía completamente silencioso, con un silencio precavido y cortado. Pero sólo con ella, y fuera, hablaba, deteniéndose con frecuencia para respirar profundamente, para secarse la frente cuando el sudor brotaba de golpe, para saltar de pronto:

—Bueno, de nada sirve volver sobre todo eso.

Nada quedaba en él del voluntarioso muchacho que bajaba las escaleras dando tumbos en la vieja y soleada casa rectoral, que irrumpía en el comedor pidiendo de comer a gritos, que por todas partes silbaba ruidosamente, que

hacía planes en voz alta para divertirse, que discutía eternamente para salirse con la suya. Se movía, se callaba y se controlaba, con la cabeza ligeramente inclinada, como si durante largo tiempo hubiese caminado bajo un techo demasiado bajo para él. Pero de esos fragmentos reunía ella lo que giraba alrededor de este tranquilo rincón de la tierra. En el silencio de los bosques, donde el arroyo se deslizaba tan suave sobre las piedras que apenas se le oía, ella escuchaba.

—Ahora todo nos rechaza en todas partes. No hay trabajo. No te necesitan. Nadie se preocupa si te mueres de hambre. Casi me morí de hambre allí

mismo, en Nueva York... Había comida en todas partes, restaurantes llenos de comida, tiendas repletas de comida, comestibles, charcuterías, vagones llenos de alimentos, la gente sentada comiendo por doquier. Y yo tenía tanta hambre que enloquecí y me dirigí a un taxi detenido en un semáforo. Dentro había una mujer..., una anciana. A una chica no le hubiese hablado. Le dije: «¿Me permite ir con usted a algún restaurante para comer? Estoy tambaleándome de hambre».

—¡Frank! ¿Por qué no viniste a casa?

—¿Para qué? De nada hubiera servido. No puedo andar viniendo a

casa toda la vida. Ella quiso darme dinero. Me dijo: «Aquí tiene un dólar».

—¡Oh, Frank!

—No quise tomarlo. No era eso lo que yo quería. Me dijo: «Se lo presto». Y yo le contesté: «No puedo devolvérselo».

—¿Y entonces, qué? —musitó.

—Entonces la luz cambió y el taxi se fue.

Una hoja descendía flotando despacio, sostenida por la brisa, y se posó sobre un pequeño y plácido remanso. Su sombra, aumentada por el agua clara, descansaba sobre una piedra del fondo del arroyo.

—¿Y luego?

—Me topé con otro tipo que no tenía trabajo, me llevó a un sitio que conocía, y el individuo que lo regentaba nos dio algunos restos de lo que no había vendido: tarta de limón y cosas que se estropeaban si se guardaban.

Ella callaba contemplando la sombra de la hoja, tan clara, tan bailarina. Una ardilla trepó a un árbol. Podía ver su imagen invertida en el charco.

—Si hubieses venido a casa...

Pero él se enderezó, impaciente, y tiró una piedra al inmóvil pozo. Se rompió en una espiral de ondas y la hoja se balanceó como un barquito sobre pequeñas olas.

—¿No ves que nada solucionaría? Hay cientos de tipos como yo, que intentan prender en algún sitio, con más hambre que el demonio..., y el ir a casa no les sirve de nada. Tiene que haber un sitio para ellos. Dios, cuando me acuerdo de lo que papá nos decía..., ¡todo aquello de la bendita salvación! Escucha, nada de lo que me dijo me ha servido jamás para nada.

—Él creía sinceramente... —
empezó, turbada.

—Sí, y ¿qué? —se mofaba. Ella vio un chico hambriento vagando por las calles de la ciudad, el pelo caído sobre los ojos, el cuerpo dolorido por el hambre—. Hoy hay que hacer algo más

que hablar. Hay que hacerlo, ¡y hacerlo de prisa! Hay muchos que piensan así. ¡Y yo estoy con ellos! Estoy con los hambrientos y con los tipos que no encuentran trabajo.

Gritaba, y su voz resonaba en el bosque dormido. Se había puesto en pie y ella alzó la vista para mirarle.

—¡Pero, Frank, si pareces igual que nuestro padre!

Se la quedó mirando.

—¡Oh Dios mío! —susurró.

Se dejó caer en el tronco, junto a ella, y empezó a remover las piedrecitas.

—Quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir —

repuso con amargura—. ¡Es una maldición no poder librarse uno de sus antecesores!

Se calló, enfurruñado, y ella quedó atónita.

—De todas formas, ahora ven a casa a cenar —le dijo al fin.

Al menos hoy tendría eso que darle: comida en una mesa y un techo bajo el cual dormir. Ella le traería a casa. Se levantó para seguirla, y por un instante se quedaron ambos mirando el charco. De nuevo estaba liso, y la hojita flotaba suavemente sobre una onda, navegando sin rumbo, y la piedra que él había tirado yacía en el fondo entre otras piedras.

Pero no había hogar para Francis, aunque con todas sus fuerzas intentara hacerle uno. Intentó que aquella casa fuera un lugar para cobijarse. Le preparó en el desván una cama, blanda, con mantas acolchadas, y le puso sábanas para que estuviera más cómodo, aunque Sam dormía sin ellas y Bart no las había usado hasta que llegó ella. Pero Francis tendría las sábanas de su madre, que ella había traído. Movié cajas y baúles para hacerle una especie de cuarto junto al estante de los libros. Y en la mesa le atiborraba de alimentos, pasándole la mantequilla, el pan, la carne, sin preocupación, ante los ojos de todos.

—Haré una torta —dijo a la madre de Bart.

Antes no le había importado, pero ahora quería hacérsela.

—Se necesita manteca —respondió la mujer, protestando.

Entonces Joan, sin avergonzarse, utilizó a Bart.

—Bart dice que le gustan las tortas.

Y cuando vio que la madre de Bart cedía, utilizó el sistema una y otra vez: «He hecho un pastel de pasas, Bart». «Bart, hoy he preparado pastelillos... Francis, son aquellos pastelillos de jengibre, como los de mamá».

—Caramba, Jo —comía Bart, encantado—, eres una estupenda

cocinera. ¿Qué te ha pasado para haberlo tenido tan oculto?

Ella sonreía, mirando a Francis. Su delgadez iba convirtiéndose día a día en fuerza resistente y esbelta. Cuando estaban solos, ella apremiaba:

—Come, Frank. Quiero que recuperes tu fortaleza.

—Sí, comeré. Tengo que volver a empezar. Estaré aquí hasta que me sienta capaz de empezar de nuevo.

Era tan hermoso, que ella no podía dejar de mirarle. Sus manos ya se habían librado de la negrura de las minas, pero eran muy duras, limpias y duras. Ayudaba silencioso en la granja, cortando leña y llenando el cajón de la

cocina y del comedor, ayudándola a retorcer la ropa y colgarla, llevando agua al establo. Cuando se fuera a trabajar, ella le daría algo, le compraría un traje nuevo. Le haría mimos para que lo tomara. Por el momento le dio un par de viejos pantalones vaqueros que usaba Bart.

—Limpiaré y te plancharé el traje.

Cepilló y planchó la ropa con cuidadoso placer. No le resultaba trabajoso tocar, limpiar y arreglar lo que vestía a quien ella quería. ¡Era curioso cómo las ropas formaban parte de la persona a quien vestían!

Pero nada de aquello le hacía estar en casa. A veces se encontraban solos en

el desván y sabían que su único hogar era todo cuanto habían compartido y que se fue. Allí charlaban juntos largas horas, él, hablador de nuevo, y ella, callada, escuchando. Ella le empujaba a hablar, y ahora lo hacía con mayor facilidad. Su conversación ya no salía en frases cortadas, ásperas. Iba curándose un poco. Pero al curarse, se iba impacientando. Era como un animal retenido por una herida, que un día se curaría y estaría dispuesto a irse. Pero siempre hablaban sólo de él..., y ella lo quería así. Día tras día evitaba que surgiera la pregunta que veía colgar de sus labios, cada día más cerca de ser pronunciada: «Joan, ¿cómo llegaste a

esto?»). Ella le hablaba, febril, de él mismo.

—¿Qué quieres hacer ahora, Frank querido? Cuando hayas descansado y estés dispuesto a empezar de nuevo...

En el desván pronunciaba las palabras cariñosas que su madre tan abundantemente daba a todos: «Frank, cariño», «corazón», «queridísimo Frank»..., todos los nombres para los que ella no había hallado aún utilidad... ninguna hasta que no naciera su hijo. Y para apartar la cuestión aquélla, le hablaba constantemente acerca de él, porque, al hacerlo, él se olvidaba de su hermana.

—Todavía deseo volar —repetía

una y otra vez—. Tengo que volar..., puedo hacerlo. Si tuviese una oportunidad, lo haría. Lo siento dentro de mí..., el poder de hacerlo. Sabría cómo volar con sólo que pudiera acercarme a los controles. No necesitarían decírmelo más que una vez...

Le gustaba el desván. Acudía allí cuando no había nada que él pudiera hacer, cuando ella estaba ocupada en la casa, cuando no estaban comiendo. Ella le encontraba allí en cuanto quedaba libre, junto a la ventana de gablete, mirando al cielo, las colinas y los campos.

—Aquí casi puedo imaginarme a

veces que estoy volando. La copa de ese olmo de ahí fuera me oculta el suelo. ¿Lo ves, Joan? Si miras derecho por encima de él hacia las colinas, parece la altura.

Sí, sabía que Francis tenía que irse. Le empujaban con su silencio, con su constante silencio de desaprobación. Para aplacar al padre de Bart, decía:

—Deje que Francis desgrane hoy el maíz por usted.

—Lo he desgranado yo mismo durante treinta y cinco años.

—Francis le subirá la leche —le decía a la madre—. Francis y yo recogeremos los huevos.

—A las gallinas no les gustan los

extraños —repuso, y Frank tropezó en la escalera oscura de la cueva y se le derramó la leche—. Mejor será que se vaya a otro sitio —le dijo ella con rencor, y gritó a Joan, que se apresuraba con un trapo y un balde—. Y tú no te agaches..., te harás daño, y luego tendré que cuidarte.

No, éste no era un hogar. Y aquí él nunca se confiaba a ella por entero. Porque pese a toda su conversación, nunca hablaron de por qué se fue él aquel día, por qué le había urgido ella a que se fuera, y por qué se había ido él con tantas ganas. Parte de él todavía se le ocultaba.

Una mañana, después del desayuno,

cuando aún no llevaba allí tres semanas, Sam hizo una seña a Joan con su grueso pulgar. Ella le siguió al vestíbulo y cerró la puerta.

—Sígueme dentro de una hora o así —le susurró—. Estaré en la cuadra limpiando el estiércol. Tengo algo que decirte.

—¿Por qué no me lo dices ahora, Sam? —preguntó, sorprendida.

El rostro lleno y rojo del hombre tenía un aire extrañamente avejentado, así tan cerca del suyo. Incluso había perdido ya sus dientes delanteros. Aún no tenía veinticinco años.

—Me darás las gracias por no decírtelo aquí. Es sobre tu hermano.

—Muy bien, Sam —dijo en voz baja, asustada.

En la cocina, andando con los cacharros, buscaba una excusa.

—Creo que voy a preparar una compota de manzana. Voy a salir a coger algunas mazorcas de maíz, para encender el fuego.

—Ya se lo dije a Sam que lo hiciera anoche —respondió la madre.

—Se le olvidó. Voy a decírselo.

En el establo, entre el estiércol humeante, oía la fuerte respiración de Sam. Estaba inclinado sobre la pala, con sus ardientes ojuelos mirándola atrevidos, contemplando de vez en cuando su redondez.

—Anoche oí algo, Jo. No te importe dónde lo oí, pero se lo escuché a una chica de color. Anda buscando a tu hermano. Dice que él le debe algo y va a conseguirlo. No es negra del todo..., es casi tres cuartas partes blanca. Se llama Fanny. Se enteró de que ha vuelto.

—¿Y cómo? —preguntó Joan.

Sabía que él la miraba, pero hacía como si no se diese cuenta. Podía penetrar aquel cerebro vacío. Él se volvió, paleando con premeditada facilidad en los bordes del montón.

—Oh, las mujeres como ella... siempre encuentran la forma de enterarse... Se enteran de lo que quieren enterarse.

No respondió. Se quedó mirando la pala, que se hundía en el fiemo y lo alzaba. El hedor la invadía... violento, penetrante, caliente. Él estaba allí respirándolo. Ella se volvió de prisa y salió del establo en busca de aire fresco.

Pero le agradeció el aviso, porque, de otro modo, ¿cómo habría sabido ella tan pronto qué hacer a la tarde siguiente? Era una tarde hermosa y tranquila, y acababa de bajar del desván. Había ido a buscar a Francis, pero al alzar el picaporte le vio tendido en la cama, las manos dobladas bajo la cabeza, dormido. Estaba muy quieto, respirando tan suavemente que no se le oía. En su cara había una expresión de profundo

reposo. Volvió a cerrar la puerta con suavidad. Que descansara. Parecía hacerlo tan pocas veces... En el silencio cerrado y tenso en que parecía mantenerse últimamente, no había reposo. En tan breve tiempo había cambiado toda su fácil y alegre forma de ser de la juventud en esta controlada quietud del cuerpo. Era como si, bajo su ropa, el cuerpo estuviera atado con ocultas cadenas. Que descansara.

Salió al sol del atardecer. No era tarde, pero pronto anochecería. Se volvió hacia el Oeste, hacia la carretera, para caminar un poco, vuelto el rostro hacia el sol. En la cuadra, los hombres ordeñaban. Podía oír la voz de Bart que

gritaba a la vaca:

—¡Ponte allí, Bessy! Y ahora, cuidado...

Se volvió con decisión hacia el Oeste.

Entonces fue cuando vio a la muchacha, que venía hacia ella. Caminaba por la carretera con una especie de paso saltarín, como de baile, y llevaba consigo un niño, un chiquillo. Lo había llevado en brazos, pero al ver a Joan lo puso en el polvoriento camino y lo condujo hacia ella.

Joan se detuvo, esperando, mirándolos. Claro que ésta era Fanny. Se acordaba ahora de haber visto su cara, esta preciosa, apasionada cara

decidida, la última vez que estuviera en la misión con su padre. Esta chica había estado allí. Recordó que vestía un delgado vestido de flores rojas en el cual su piel brillaba dorada. El rostro de la muchacha la miró, un rostro como una petunia oscura, de labios llenos y rojos, ojos grandes, negruzcos, movibles, de negros iris y blanco limpio, ojos y boca apasionados, con suaves y redondas mejillas morenas, fuerte cabello negro y rizado, corto bajo un minúsculo sombrerito de fieltro rojo.

—¿Es usted la hermana de Frank Richards? Se le parece muchísimo.

La voz de la muchacha era como de miel, profunda y gruesa, dulce.

—Sí... —no había más que decir—.

Soy su hermana... ¿Qué quiere de él?

—He oído que estaba aquí.

Miró los negros ojos... ¿Por qué se acordaría en aquel instante de la señorita Kinney en la reunión misionera, hablando de los grandes ojos que la miraban a través de la selva, ojos salvajes?

—Se ha ido —mintió—. Ha vuelto a su trabajo.

—¿Tendría la bondad de decirme dónde está?

—Lejos..., en el Oeste.

—¿Volverá pronto?

—No..., pronto no... Tal vez nunca.

No lo dijo.

En la media luz del atardecer, el chiquillo empezó a llorar silenciosamente, y la muchacha le dio un fuerte cachete en la mejilla.

—¡Cállate!

El niño se volvió, escondiendo la carita en su falda y sollozando sin hacer ruido. Llevaba tan poca ropa que Joan vio que temblaba.

—Tiene frío —exclamó.

—No tendría tanto si hubiese andado en vez de obligarme a llevarle auestas —repuso la chica, con petulancia.

Pero Joan se puso de rodillas, sin poder resistir el silencioso llanto de la criatura. Un niño no debería saber llorar sin meter ruido, pensaba. Tendría

que haber pasado mucho miedo antes de haber aprendido a llorar así.

Empezó a desabrocharse la chaqueta.

—Tengo un jersey debajo. Déjeme que le ponga esto.

Se quitó la prenda, se arrodilló en el suelo, metió los bracitos del niño por las mangas y le dobló los puños. Sin darse cuenta le mimaba, le hablaba con ternura, convenciendo al helado chiquillo para que se envolviera.

—¡Vamos, así, pequeño! Ahora esta mano, ahora abrocharemos los botones, así, caliente y apretado. ¿Ves?, te pongo tu cinturón alrededor, para sujetarlo bien. Así..., así...

El chiquillo, ganado por su voz, la miró, y ella contempló su cara redonda, cerca de la suya. Él corazón le dio un vuelco en el pecho. Francis había sido hermoso, pero este niño era la criatura más bella que viera jamás. Su carita era la cara de un niño de ensueño. Se lo quedó mirando, temblorosa, atraída, repelida. Francis, su madre, su padre, ella misma..., todos estaban en el rostro encantador de este niño mestizo, pero sumados a ellos la pasión, la oscuridad, el poder de la jungla.

—Es el niño de su hermano —dijo la áspera voz de la muchacha—. Engendró este niño en mí. Solía venir a reunirse conmigo en el bosque, junto al

arroyo, y engendró este niño y después se marchó, dejándomelo. No tengo medios para mantenerlo. Si un hombre engendra un hijo en mí, tiene que tomarlo o pagar por él, lo uno o lo otro. De otra forma no puedo ganarme la vida. Y estoy esperando afincarme. Hay un muchacho negro que se casará conmigo si consigo hacer algo de éste. Y es de su hermano... Puedo probarlo.

—¡No me diga nada! —musitó Joan—. La creo. No quiero saber. Déjeme pensar.

Se puso en pie y se quedó observando al niño. Él la miraba silencioso, sintiéndose abrigado por la chaqueta, intentando que sus labios no

temblaran. Bajo sus extraordinarias pestañas, la miraba con unos ojos enormes, como de otro mundo. No entendía, seguramente. Era demasiado pequeño. Y sin embargo parecía conocer sus circunstancias. Ella le quiso de pronto, y supo que no podría dejarle ir... Tenía que retenerle... Su madre, su padre, Francis, todos estaban en el minúsculo cuerpecillo. Su sangre era la de ellos.

—Si puede esperar algunos días — empezó sin aliento, mirando aún al niño —, no más de una semana..., digamos una semana a partir de hoy..., le traeré algún dinero. Tengo que sacarlo del Banco. No tengo mucho, pero la

ayudaré. Y pensaré en lo que puedo hacer... si usted se va ahora. Estaré aquí dentro de ocho días, a la misma hora, con el dinero. Confíe en mí, ¿quiere? Mi padre solía predicar en South End.

—Sí, acostumbraba oírle —la muchacha rió, con risa profunda y llena—. ¡Señor, y yo que solía pensar lo que le daría si supiera que era abuelo...!

—Nuestros padres han muerto.

—Sí, lo sé. La capilla se ha cerrado. Dicen que para el verano próximo será un salón de baile... Un tipo que se llama Jack Weeks va a abrir una cervecería allí en cuanto terminen la calle principal..., un blanco pequeño y enfermizo, pero es su padre el que le da

el dinero. También van a abrir otra vez la fábrica. El Estado está haciendo una nueva y grande carretera a través de South End, y todos dicen que las cosas marcharán bien..., todos ganaremos dinero. —La muchacha hablaba con intensidad, su boca semejaba una amapola en el rostro resplandeciente. Le había vuelto el buen humor—. Ahora tengo que irme. Mi hombre me espera carretera abajo. Al niño le llamo Frankie, como su papá. A todos les doy los nombres de sus papás... A las chicas se los cambié un poco. Una se llama Willa, y la otra... Hala, quítate la chaqueta de la señora, Frankie.

—No, deje que se la lleve. Y

cuídele. —Se volvió y empezó a andar.

—¡Pues claro que lo haré! Siempre soy buena con ellos... Nadie podrá decir que no soy buena con los niños.

Se volvió a mirarlos una vez, rápidamente. La criaturita trotaba por la áspera carretera de tierra. Podía ver la chaqueta abrigándole, bailando en la escasa luz como un punto escarlata.

Oh, ¿qué había hecho Francis?

En la casa se percibía el olor a la madera que ardía en la estufa de la cocina. Habían quitado el mantel de la mesa, y en la cocina los hombres se lavaban.

—¿Dónde está Jo? —oyó que decía Bart.

—Creo que arriba —repuso la madre—. Esta noche ya sé que no puedo esperar su ayuda.

Pero ella atravesó la habitación de puntillas y subió directamente hacia la escalera del desván. Francis seguía durmiendo. No, no dormía. Yacía despierto y había encendido una vela.

—¿Eres tú?

—Sí. —Se acercó y se sentó en su cama. No podía perder tiempo. Dentro de unos minutos, Bart la llamaría a gritos.

—Francis —empezó, y luego se detuvo—. Francis..., esta tarde ha

venido una chica..., de South End..., buscándote. La encontré en la carretera.

Sintió que el cuerpo de él se encogía, tenso.

—¿Vino... buscándome?

—Sí..., pero yo lo sabía de antes.

—¿Lo sabías?

—Sí.

Ambos hablaban en susurros. Él se sentó.

—Si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?

—No podía..., tú no me lo habías dicho.

—Quería escaparme... Maldita sea, solía decir que me encontraría dondequiera que fuera. Por eso no podía

volver a casa. Creía que aquí estaría seguro. ¿Cómo lo ha sabido? Yo no he andado por ahí. No he visto a nadie.

—Se ha enterado de algún modo.

Frank no preguntaba por el niño.

—Ahora tendré que irme.

—Pero ¿por qué le tienes miedo, Frank?

—No tengo miedo de ella..., no es más que una ramera. No puedes comprenderlo.

—¿De qué tienes miedo entonces, Frank? Podría ayudarte, lo sabes. Pensaré en algún modo de ayudarte.

—No puedes ayudar..., no sabes — empezó a dar tirones a la vieja manta acolchada con que cubría sus piernas—.

Tú..., no tengo miedo de ella..., es de mí... No puedes entenderlo. Estoy echado a perder, ¿comprendes? Temo... querer volver con ella..., una mujer como ella. No sabes. Yo no sé lo que me pasa. Me da asco de mí mismo. La deseo, y después me doy asco. Me pongo malo cuando la recuerdo..., ¡una mujer como ella...!, pero la deseo. Es la única clase que yo puedo..., puedo desear. Nunca sabrás lo que quiero decir..., nadie puede saberlo. No puedo librarme de ello... Quiero escapar, pero no puedo.

Pero no hablé del niño. No sabía lo del niño. Nunca tendría que saberlo...

—Y yo en una mina de carbón,

¡deseando volar!

—¡Jo! ¡Es hora de cenar! —gritó la voz de Bart desde el pie de la escalera.

—Te escaparás, pobre Frank. ¡Te escaparás! —prometió.

Lo conseguiría de alguna forma, se dijo con orgullo. Haría lo que hubiera que hacer.

Los dejó a todos atónitos.

—¡Pero si no sabes siquiera orientarte en una gran ciudad! —exclamó Bart, sorprendido—. Te perderás..., y yo no puedo ir contigo estos días. Esta semana es la matanza... Ni siquiera sé si Sam podrá ir.

—No necesito a nadie. Frank conoce la ciudad, y yo volveré.

Les imponía su voluntad sin contemplaciones.

—Ya es casi tu hora. Podrías verte en apuros —dijo la madre de Bart.

¡Nueva York! Estaba a cien millas de distancia. Ella lo sabía todo de la ciudad, y no iría por nada, nunca había ido. Allí ocurrían cosas... Se podía leer en los periódicos. Todo el mundo decía...

—Todo irá bien. Aún me faltan tres semanas.

—No puedes saberlo faltando tan poco —protestó la mujer.

—El doctor Crabbe lo dice —

repuso tranquila.

—¿Cómo puede saberlo él? Nadie puede saber exactamente cuándo le toca a una mujer.

No respondió. Siguió limpiando la mesa, recogiendo cacharros, barriendo las migas, pensando. Se iba con Frank. Se iba a buscar a Roger Bair, esta vez ella misma, y a hablarle de Frank. Podía hacerlo.

—No es decente para una mujer en tu estado meterse entre un montón de hombres extraños —decía la madre de Bart observándola desde la estufa.

—¿Quiere decir que es una vergüenza para una mujer tener un niño?
—Se volvió.

—No —replicó la otra, apurada. Secaba el fregadero de cinc, y no alzó la vista—. No es una vergüenza..., después del nacimiento. Pero, antes una mujer decente no anda exhibiéndose.

—Yo sí. No me importa..., me siento orgullosa. —Ahora triunfaba en esta casa, triunfaba sobre su silencio, sobre su testarudez.

—¿Te vas a Nueva York? —preguntó el padre de Bart en la cena, mirándola con el ceño fruncido.

—Sí, me voy.

Gruñó, llenándose la boca de pan.

—Tráeme algo, hermanita —dijo Sam, sonriente. Había terminado su plato y se limpiaba las negras uñas con

las puntas del tenedor.

Ella vio cómo Francis la miraba y fijaba de nuevo la vista en su plato. Comía con humildad, sin decir nada. Pero terminada la cena se inclinó sobre ella mientras trabajaba.

—No vengas. No importa lo mío. Ya encontraré algo. Hay muchos que están como yo. Seguiré de nuevo mi camino.

—Nos vamos mañana —decidió ella, animada—. Siempre he deseado ver Nueva York.

Pero nunca pudo recordar nada de Nueva York. Se mantuvo muy cerca de Francis, bajando del tren, metiéndose en

el Metro, subiendo a los trenes aéreos, caminando por calles repletas de gente. Él parecía saber por dónde iba, andaba seguro de un sitio a otro. Ella miraba los rostros que pasaban de prisa a su lado, un ramalazo de esta cara, una chispa de aquélla, antes de que pasaran. Era como si todos anduvieran girando alrededor de Francis y de ella, y sólo ellos parecieran tener una dirección.

¿O, se habrían perdido también? Una vez en el Metro, a mucha profundidad, lo cogió de la mano.

—No te pierdas.

—No me perderé —le prometió, asiéndose a él.

Por fin subieron a un autobús.

—Ahora ya estamos casi allí —dijo Francis, sentándose junto a ella—. No hay ninguna esperanza, ¿sabes, Joan? Es una tontería. No me recordará..., y no te conoce. —Su rostro parecía inexpresivo en la temprana mañana.

—¿Estás seguro de que ésta es la hora en que está allí? —preguntó ella, sin contestar a su desesperación. Haría cualquier cosa. Todas aquellas casas y gentes... No tenía miedo de nada.

—Sí. He mirado en el horario de vuelo. Viene a la misma hora en que solía hacerlo. Yo siempre estaba allí para verle llegar y despegar. Estará allí a menos que haya muerto. Está loco con su avión.

—Entonces le veré. He traído dinero bastante. Aunque tenga que comprarme un billete y viajar a algún sitio en su avión, le veré.

El aeródromo era tan grande como toda la granja alisada. Ella jamás había visto un lugar tan vasto y llano. Jamás había visto antes un avión, excepto cuando volaban, aves entre las aves, en el cielo. Pero parecía imposible, al contemplar la lejana silueta desde lo alto de una colina, parecía imposible que contuviera en su cuerpo seres humanos. Sólo su sentido parecía dirigido y humano. Los pájaros revoloteaban y se desviaban, se zambullían, aleteaban y se dejaban

llevar en soñadores círculos. Pero un avión iba derecho a su destino.

Caminaban por liso campo.

—Ése es su avión —dijo Francis.

Olvidó mirar a su hermano... No se percató de la ansiedad que expresaba el tono de su voz. Contemplaba el enorme avión. Era inmenso, mayor de lo que había imaginado. Lo contemplaba olvidada de todo, de ella misma, de su vida. Toda su admiración estaba retenida por la reluciente forma de metal plateado, que parecía tomar la tierra con tal delicadeza, que daba la impresión de que la desdeñaba, las alas extendidas permanentemente, dispuestas para un vuelo instantáneo, sus alas que jamás se

plegarían.

Pero, en medio de la admiración, alguien le hablaba.

—¿Qué mira?

Alzó los ojos hacia la cara de un hombre aún más alto que ella (se le hacía raro alzar la vista por encima de ella misma, siempre era más alta que todos). Él la miraba hacia abajo, vestido con camisa caqui y pantalones bombachos, con una gorra de visera en la cabeza. Bajo la gorra, su rostro aparecía delgado y agudo, de pómulos aplastados y ojos azules.

—El avión. Nunca he visto nada tan hermoso antes. Es..., es algo perfecto..., bien hecho..., es la imagen misma del

vuelo..., es el movimiento hecho forma.

Volvió la cabeza. Contemplaba el avión como soñando, extasiada. Pensaba: «Me alegro tanto de haber visto esto antes de que naciera mi niño; de aportar esto en los momentos finales de su formación».

—¿Es usted una pasajera? —la voz la trajo de nuevo a la realidad—. ¿Va usted a subir?

—Oh, no —repuso con rapidez—. No podría... Tengo que irme a casa... He venido aquí con mi hermano. Desea volar. —Buscó a Francis con la vista y le vio un poco alejado, retorciendo el sombrero entre las manos—. ¡Ahí está! Espere... Quizá pueda usted decirnos

dónde encontrar a Roger Bair. Es el piloto.

Francis se acercaba y oyó sus palabras.

—Pero, Joan —musitó.

—¡Yo soy Roger Bair! —sonrió el hombre.

—¿Usted? —exclamó, riendo fuerte.

Al mirarle ahora a la cara vio claramente la frente y la nariz rectas, las profundas líneas de la boca a la barbilla, la piel morena y curtida. Por su cara era imposible deducir su edad, y la gorra le ocultaba el cabello. Pero tenía los ojos azules, de un azul imperial claro. Al mirarle a la luz matutina le pareció ver el cielo a través de su cara,

tan azules eran los ojos.

Un joven mecánico se le acercó a grandes pasos.

—Ya está, señor, está preparado.

—Muy bien. Yo estoy listo. Oiga — y volvió sus ojos al rostro de Joan—: ¿qué es eso de su hermano?

—¡Siempre he deseado volar, señor! —repuso rápidamente.

—Creo recordar su cara —dijo el hombre.

—Trabajé aquí algún tiempo.

—¿Equipo de tierra?

—No, señor. Nunca llegué tan lejos. Era una especie de extra. Entonces disminuyeron el personal, como consecuencia de una escasez de trabajo.

Roger Bair miraba a uno y a otra. Ambos le imploraban.

—Mire —dijo apresuradamente a Francis—. Yo no soy un potentado. No soy quién para dar empleos. Pero... ¿siente usted por los aviones lo que ella? —E indicó con la cabeza a Joan.

—Sí, señor.

Frank humedeció sus labios resecos y devolvió la mirada al dios que podía salvarle.

—Muy bien. Venga aquí dentro de dos días, a la misma hora, y veré qué puedo hacer. Ahora tengo que irme... — Se volvió hacia Joan y su faz se contrajo en la más cálida sonrisa que ella viera jamás—. Algún día volará usted

conmigo.

—¿Lo haré? —dijo, devolviéndole la sonrisa. Era imposible, al verle, no responder a su sonrisa y no creerle.

—¡Sí! —exclamó confiado.

Corría ya. Estaba en el avión y ella no podía verle.

Retiraron la escalerilla, se cerró la puerta y la gran criatura rugiente se movió para subir al aire con la pesada ligereza de un águila. Ella permanecía quieta sin darse cuenta de nadie alrededor, mirándole volar cada vez más alto hasta desaparecer en la bruma de la mañana. Se había ido. Sin decir palabra siguió a Francis, que la acompañó a la estación.

—Ahora estarás bien.

—Sí —contestó él—. Estaré bien.

Ella retornaba, sola de nuevo. Pero poseía aquellas palabras como un presente, como una flor depositada en sus manos. «Algún día volará usted conmigo». Todo era posible si la vida duraba. Su corazón volaba, danzarín, en su pecho, y giraba entre las brillantes nubes, siguiéndole alegremente. «Creo que así será», pensaba. Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa, que tuvo que retener porque podía haber reído de exaltación y delicia. ¡Belleza! El mundo estaba lleno de belleza. Su rostro se encendió, resplandeciente, pero no dijo nada. Dejó que su puro

placer se extendiera por campos y paisajes. Pensaba en él con el mayor deleite, recordándole, dando forma al recuerdo, reteniendo en su mente los movimientos de su cuerpo, las líneas de su cara, el color de sus ojos. Y allí quedaba, en imagen para toda la vida, el recuerdo de su sonrisa.

La casa estaba oscura y cerrada. Volver a ella con sus ventanas cerradas, sus cuartos vacíos, el pequeño comedor abarrotado, la cocina donde se lavaban los hombres, donde se preparaba la comida, donde se sentaban cada vez más a menudo alrededor de la chimenea de

hierro ahora que se cerraba el invierno, era como meterse en una madriguera en la tierra. Mientras viviera no olvidaría jamás el campo extenso y liso, la brillante luz del sol, el erguido avión proyectando resplandores argénteos. Y Roger Bair formaba parte de ello, de la encarnación de aquella mañana, como Bart era la encarnación de estos campos cerrados, de esta vida a ras de tierra que nada llenaba más que el trabajar para conseguir alimento, alimento extraído a la fuerza del suelo, lavado, cocinado, comido.

Aquí, los días se pasaban sacando y comiendo los alimentos. Iban pronto a la cama, exhaustos, durmiendo como

animales, profundamente, pesadamente. Se levantaban al amanecer para conseguir de nuevo la comida. Y daban las gracias a Dios por ello. Era una vida de topos, abriéndose paso en la tierra hinchada. Jamás alzaban sus ojos de la tierra al cielo. Las estaciones eran para que fructificaran sus cosechas para comer. Podía nevar, mas no había en ello belleza. Si caía durante demasiado tiempo, era motivo de irritación; si demasiado poco, el trigo se malograba. La primavera no se medía por las sanguinarias de los bosques y los arbustos bajo las hojas castañas rodeando las raíces de un viejo roble, sino por la helada en los frutales, y

maldecían el verano por los insectos de las patatas y de las alubias, por las tormentas demasiado dañosas sobre el maíz y el grano maduro, y el otoño resultaba lúgubre si la cosecha era escasa. Estaban atados a la tierra en cuerpo y alma, y sus espíritus no se elevaban jamás. Cuando el anciano rezaba, hacía bajar a Dios a la tierra.

Pero a veces oía Joan un zumbido lejano y salía corriendo, aunque el viento fuera agudo en el bosque, al soplar del Norte, y alzaba la vista a las nubes para buscar en la distancia la brillante silueta cortante. A veces la hallaba, reluciendo como una estrella fugaz diurna. A veces estaba perdida en

una nube y sólo podía oírlo pasar. Pero siempre podía imaginar que era el avión junto al que había estado, aquel en que había subido él. Podía imaginarlo, y tener así una luz en sus tinieblas, y él aparecía como compañero de su soledad. Y argüía ella, para excusar sus sueños, si pensaba en él, el niño podría tal vez parecerse un poco. No estaba mal soñar; no estaba mal, sobre todo si no había otra cosa, y especialmente si sus manos seguían cumpliendo su tarea día tras día.

Al cerrarse el invierno pasaba cada vez más tiempo en el desván mirando sobre las copas de los árboles. Se sentaba con frecuencia al caer la tarde

rápidamente, junto a la ventana, oyendo crujir las heladas ramas que se movían a su alrededor. ¿Volaría el avión entre las nubes cargadas de hielo...? Francis le había escrito para decirle que ya tenía el trabajo. Roger Bair había sido muy amable. Algún día le enseñaría a volar. Estaba aprendiendo todo lo del avión. Si llegaba por la mañana temprano, Roger Bair le enseñaba cosas. Siempre iba temprano, y siempre estaba ya allí cuando llegaba Roger Bair... Ella permanecía en la quietud del desván. Francis estaba ya seguro. Podía alejar sus pensamientos de Francis. Abajo en la tierra, en esta casa, enterrada entre las colinas, podía recordar el cielo y la

aguda y limpia forma del avión adentrándose en el cielo.

Cuando el desván quedaba a oscuras, como ocurría muy pronto aquellos días, se enroscaba para calentarse entre las mantas donde había dormido Francis. Había dejado el lecho como estaba, y ahora era un rincón para ella. Ya no podía dormir con Bart. Se sentía inquieta con él, y no era inquietud ligera del cuerpo. Era una inquietud que caía sobre ella como una enfermedad desde la primera noche de su regreso. Temía su agitación creciente. Por la noche se alejaba de él, para no tocarle, ni siquiera sin darse cuenta. Al principio yacía lejos de él, agradecida a la

anchura de la vieja cama, para que, durmiendo, no dejara caer sin saberlo su pesado brazo sobre ella. Y una noche se deslizó en la oscuridad a la cama del desván, y sola cayó al instante en un profundo sueño. Él la encontró allí, atónito, enfadado. Se despertó ella la segunda vez y le encontró en la puerta, con la ropa interior de lana que se ponía de noche y de día.

—¿Para qué has subido aquí? — exclamó, resentido, mirándola con la vela encendida que sostenía—. ¿Y qué te pasa todos estos días?

—Estoy inquieta. El niño está tan próximo. —Le remordió la conciencia. Se hubiera sentido igual de inquieta sin

el niño. Era otra clase de agitación. Pero su valor brotó con fuerza. Se forjaría una vida. No tenía miedo de Bart, y prosiguió con calma, latiéndole con fuerza el corazón—. Dormiré aquí cuando me plazca, Bart. Desde ahora haré lo que sea mejor para el niño. Tengo que pensar en él.

Se la quedó mirando, con la vela. La luz proyectada hacia arriba le resaltaba la fuerte y testaruda mandíbula, sus labios ásperos y secos, la base ancha de su nariz. La frente y los ojillos grises permanecían ocultos.

—Tengo mis derechos. Tienes que concederme mis derechos.

—Me quedo aquí. —Tenía que

hablarle claramente. No entendía nada si no se le hablaba con las palabras más sencillas y fáciles—. Me quedaré aquí, siempre que sea lo mejor para el niño.

Dio media vuelta y cerró los ojos. El corazón le latía con ruido y tenía que silenciarlo. Este asco, esta terrible repulsión no tenían que seguir forjando a su hijo. Tenía que pensar en otras cosas, cosas bonitas. Pensaría en el cielo; en sus inquietas estrellas de plata. Permaneció esperando hasta que le oyó bajar la escalera dando tumbos y dar un portazo a su puerta. Entonces saltó de la cama y miró al cielo. Pero no había estrellas. Fuera no había sino profunda oscuridad.

El día acordado, acudió a la curva del camino donde tenía que verse con Fanny. Era un día pesado y la nieve caía desde unas suaves y frías nubes grises. Llevaba algún dinero. Por el momento le llevaría un poco de dinero cada semana, pero pronto tendría que pensar en alguna forma de ganar más. Guardaba el preciado tesoro en su mano. A Fanny no podía resultarle más preciado que a ella. Le diría a la mujer que tenía muy poco y que esperaba su propio niño. Pero Fanny no estaba allí.

Esperó un rato, contemplando las sombrías colinas, sin osar marcharse

demasiado pronto. Anduvo de arriba abajo hasta que sintió frío, tanto que notaba dentro de sí a su hijo, frío e inmóvil, y temió por él. Turbada, pensó que volvería de nuevo la próxima semana, el mismo día. Buscó en el blanco paisaje, con el viento agudo que le abría el abrigo, revolviéndole el pelo. Pero no se divisaba criatura viviente alguna. La carretera se cernía vacía hasta el horizonte. Se volvió y retornó a la casa.

Antes de que transcurriera la semana, en Nochebuena, nació su hijo. Este año no se había molestado en hacer la pantomima de preparativos navideños. Su madre había muerto hacía

tres años. Lo recordó y apartó el pensamiento. Al año siguiente sí habría una razón para la Navidad, un niño a quien hacer regalos, cortar un árbol y adornarlo. Y entonces, cuando la luz decaía, nació el hijo.

Pero nació con tal facilidad que fue un don. Se había preparado para cualquier dolor. Recordaba fragmentos de susurros por aquí y por allá en sus años adolescentes..., su madre, entrando de prisa a veces, pálida pero animosa, para estar a la mesa del desayuno.

—Sí, querido, estoy un poco cansada. Me he pasado casi toda la noche en casa de Watson. Tienen un encanto de niñita.

Otras veces entraban los vecinos, a los cuales oía mientras quitaba el polvo en el vestíbulo, y la voz apagada de su madre.

—El doctor Crabbe me mandó buscar. No, las cosas no han ido bien, pero ha salido adelante. Es un milagro que se salvara la criatura. ¿Qué? ¡Sí, ha sufrido una agonía! Con tal que el niño esté bien..., ya saben lo que quiero decir. Nunca se sabe...

Una vez Hannah dijo, puritana:

—Yo no me he casado nunca, pero tiene sus compensaciones. Así me he ahorrado algunos sufrimientos.

Ella había estado dispuesta para la agonía, aunque el doctor Crabbe le

dijera:

—Estás hecha para esta labor, Joan... ¡Medidas perfectas! Hoy no se ve a menudo una mujer así..., ¡flacuchas, viviendo de fruta y espinacas y con aspecto de alubias amarillas como la cera!

Pero el niño llegó como un regalo. La tarde de Nochebuena estaba en el desván, mirando por la ventana una puesta de sol de color naranja profundo. Había tenido un presentimiento de dolor, y lo reconoció al instante. Se había tumbado en la cama y esperado, y casi al instante empezó el ritmo de los dolores. Bajó la escalera y llamó a Bart.

—Vete a buscar al doctor Crabbe.

—Y luego a la madre de Bart—: Me ha llegado el momento. Estaré en el desván, en mi propia cama.

—¡No vas a dar a luz en el desván! ¡La gente hablará! ¡La esposa de mi hijo en el desván como un asalariado!

—¿Quién va a saberlo? —contestó con suavidad, ya en la escalera. Quería que su hijo naciera entre las copas de los árboles, elevado de la tierra. Había hecho preparativos allí. Sus ropitas estaban en la bandeja del baúl de tapa redonda, así como las pocas cosas que el doctor Crabbe le había dicho que preparara.

—Lo dirá el doctor —le gritaba la madre de Bart en la escalera—. ¡Será

una vergüenza para nosotros! Y si tengo que andar cuidándote, serán unos escalones innecesarios. Ya tengo bastante trabajo con lo que hay.

—Bart dormirá mejor —dijo Joan, y no obtuvo respuesta.

En el desván se preparó. Lo dispuso todo de acuerdo con el ritmo de los dolores, que iban acercándose cada vez más de prisa. Cuando el ritmo le hizo brotar el sudor en la frente y en el labio superior, y cuando las palmas de sus manos se humedecieron, se echó en la cama y se quedó mirando las vigas, cobrando fuerzas para cada crisis de dolor. Pronto llegaría el doctor Crabbe. Le había dicho: «Unas cinco horas

quizá, por ser la primera vez». Ya habían pasado tres. Llegaría en cualquier momento. Casi podía oír la tos y el tartajeo del viejo coche de Bart. ¡Dios quisiera que condujese con cuidado! Estaba tan absurdamente orgulloso de conducir, que se burlaba de hacerlo despacio. Presumía como un niño:

—¡Mira cómo adelanto a ese tipo!

¡No tenía que pensar en Bart! Esto era algo que estaba haciendo ella sola. Estaba teniendo su propio hijo, su primer hijo, el primero de muchos hijos. Los niños llenarían su vida, todos sus pequeños. Ahora es cuando en verdad empezaba a vivir. El dolor se asentó en

ella, profundo, inmenso, tensando cada fibra de su ser en un foco de dolor brillante. ¿Por qué diría la gente que el dolor era oscuro y sordo? Si se dejaba que se liberara... así..., así..., dejándolo que se apoderara del cuerpo, dejándolo subir, crecer y hacerse con todo, era brillante, una forma de perfilada belleza, agudo y claro, alzándose, resonando, volando hacia los más puros sentimientos..., un cuerpo alado que subía, dolorido, hacia el cielo. Sobre ella estaba el cielo, negro, profundo, blando, de una negrura para que el dolor brillara en su fondo, para perforarlo..., perforarla, hendirla, desgarrarla.

Algo se rompió en ella y todo su ser se derramó. Tenía que haberse aterrado de ese fundirse y derramarse. Pero no tenía miedo. Con los sentidos corporales sabía que eso era lo que tenía que pasar. Después, casi al instante, nació el niño. Lanzó un fuerte e involuntario grito, un grito mezclado con el primer llanto del niño. Se oyeron pasos, y la voz del doctor Crabbe tronó en la escalera. Ella vio su cabeza gris y rizada que se alzaba en la puerta.

—¡Dios mío, Joan! —entrecortado, apresurado, tropezando. Ella sonreía, moviéndose, repitiendo una y otra vez:

—Doctor Crabbe, doctor Crabbe...

Él se movía, se agitaba, jurando.

Pero ella lo había preparado todo. Al instante el doctor pudo ponerse a trabajar, gruñéndole, sonriente.

—Tenías que hacerlo antes de tiempo, ¿eh? ¡Maldita sea con estas mujeres tan eficientes! Bonita clase de mundo sería éste para nuestra profesión si las mujeres tuvieran los hijos solas..., y ya es casi lo único que me queda por hacer... Nadie se pone enfermo, y la vieja señora Kinney sigue con vida. Es una criatura grande. Joan..., ¡un chico!

Se pasó todo el día de Navidad echada en la cama, bajo las vigas, en una profunda calma. Junto a ella descansaba el bebé. Nunca más estaría ya sola, nunca. Su cuerpo se había

dividido, creando su segunda mitad. Estaba satisfecha con una satisfacción jamás sentida antes. Era una satisfacción corporal, satisfacción del instinto. Su mente no se agitaba, el corazón dormitaba. Pero su seno se había llenado de riqueza, y ella y el niño dormían. Se despertó dos veces, una a causa de los pasos pesados de Bart en la escalera.

—Malditas escaleras; aquí tienes la comida, Jo.

—Gracias, Bart.

Estaba hambrienta, y comió mientras él se sentaba a esperar, golpeando el respaldo de la silla. Había mirado al bebé, con curiosidad, una vez.

—Casi tan grande como un ternero —dijo, sonriendo. No le contestó. Nada tenía que ver con su niño—. Parece de nieve —observó él.

—¿De verdad? —miró por la ventana. Sí, el cielo estaba de un gris suave, profundo, igual. Él cogió el tazón y la cuchara, y sus pasos sonaron fuertes en la escalera. Volvió a despertarse para encontrar al doctor Crabbe, que la miraba.

—Duerme, muchacha —murmuró—. Así está bien. Duerme profundamente. Todo va bien. No hay nada que yo pueda hacer. Volveré antes de que la nieve caiga con más fuerza. Ya alcanza seis pulgadas.

Nieve... Entonces nevaba. Estaba contenta. Fanny no vendría con la nieve. Estaba a salvo. El niño y ella estaban seguros bajo este techo. La nieve iba cubriéndolos mansamente, prestándoles su cobijo. Se deslizó más bajo las mantas y sintió el cuerpo del niño, caliente, robusto, dormido. El niño estaba allí. Volvió a quedarse dormida.

Seguro que este niño era el mejor que hubiera nacido jamás. Yacía horas enteras en la tosca cunita que ella encontrara bajo el tejado. Había cogido una vieja almohada, que limpió y convirtió en colchón, y cortado en dos

una de las sábanas de hilo de su madre para hacer sabanitas; confeccionó una almohadilla, y en los bordes le puso un fino encaje de ganchillo de la enagua de boda de su madre. La enagua se hallaba en el baúl de cubierta redonda, y la encontró allí, amarilla, apenas usada, muy fina. Su madre había sido hija única, sus ropas de boda fueron finas, y poseía buena lencería, aunque su padre era pobre, profesor de latín en alguna pequeña universidad del Sur. Apenas hablaba nunca de sus padres, porque habían muerto juntos el año antes de que naciera Joan. Ya no tenía casa adonde ir..., ninguna casa adonde llevar a su pequeña y enseñarle todas las cosas.

Solía decir:

—Hubiera deseado tanto que mi madre te viera, Joan. Eras la niña más bonita, y a ella la encantaban los niños. Fue tan duro no tenerla para que pudiera verte...

Sí, era duro. Al mirar a su propio hijo, Joan exclamaba en su corazón: «Ojalá pudiera enseñárselo. Ojalá pudiera verle, como fuera. Tal vez le vea».

Pero aunque le estuviera viendo desde algún lejano cielo de los muertos, no bastaba. Deseaba gritar a su madre: «¡Mira sus manitas y sus pies! Mira qué tranquilito está. Creo que tendrá el pelo rizado. ¡Verdad que su pelo es del más

brillante oro?»).

Anhelaba oír la voz de ella, ansiosa, excitada, dándole la razón, alabando: «¡El niño más precioso, querida! Siempre he sabido que tendrías unos hijos preciosos».

Pero no había más que silencio, y se sentaba sola junto a la cuna, sosteniendo la manita gordezuela y pasiva. Era tan bueno... Le dejaba que le cogiera de la mano o le mimara, estrechándolo contra sí. No le importaba que le apretara firmemente, nunca lloraba. Comía y dormía, sin llorar nunca cuando le tumbaba. Permanecía en la cuna, contemplando las vigas, respirando suavemente, despacio. Era tan tranquilo,

tan silencioso... Incluso la madre de Bart reconoció de mala gana:

—Es bastante bueno. Pero declaro que no veo para qué hay que lavarle cada vez que se moja un poco. La jarra de jabón está otra vez casi vacía. Y hacer jabón es un trabajo.

Pronto estuvo fuerte para bajar la escalera. Todo estaba exactamente igual, y sin embargo era diferente ahora que había nacido su hijo. Era su casa. Ahora tenía raíces en ella.

—Creo que ya va siendo hora de que te pases a la cama que te corresponde — le dijo Bart una noche. Ella estaba

doblando las camisas azules que acababa de planchar. Él ya estaba acostado, dispuesto a dormir.

—El niño te molestaría, Bart —dijo de pronto, ahogándose.

—No hace ningún ruido —protestó Bart desde la cama. La miraba, asomándole por los ojos y las aletas de la nariz su torpe mirada. Ella se detuvo un momento, recordando luego. No tenía miedo. No le contestó. Guardó los zapatones de Bart y colgó sus ropas.

—¿Abro la ventana un poquito?

—No. Fuera hace más frío que el demonio.

—Entonces, buenas noches. —Sopló la vela en silencio y se escapó a

oscuras.

Subió la escalera del desván, preparándose a acostarse. En la cunita, el niño dormía. Abrió la ventana de par en par y sintió cómo el viento helado la acariciaba. Pensaba que siempre le tendría donde pudiera abrir ventanas y que viviría allí arriba con ella.

Permanecía en la profunda oscuridad, despierta, mientras el aire frío entraba y salía, notando en su cuerpo una energía que le impedía dormir. De nuevo estaba perfectamente fuerte. El niño tenía tres semanas. El doctor Crabbe dijo que ya no vendría más... Ella no le necesitaba.

—Aunque nunca me necesitaste,

picarona —dijo, cariñoso, acusándola—. Tienes bastante salud como para curarte de cualquier enfermedad.

Sí, era fuerte..., lo bastante fuerte para hacer cualquier cosa, fuerte contra cualquiera.

Como un eco en sus pensamientos estaba la voz de Fanny. Fanny vendría cualquier día. Las largas extensiones nevadas iban fundiéndose. Tenía que enviar recado a Fanny. El niño moreno también le pertenecía. Tenía que hacer algo, tenía que pensar en hacer algo. Pero ahora sabría cómo; era tan fuerte... Se le ocurrían cosas cuando se sentía así de fuerte.

Y al día siguiente pensó en cómo

enviar recado a Fanny. Encontró a Sam en la pequeña escalera de atrás y le esperó. La escalera era demasiado estrecha para pasar. Mientras aguardaba que bajara pesadamente, esperando que su áspera y ruda cara le sonriera, lo pensó. En el rostro de él había una mirada que ella aborrecía y no quería ver. No podía mirar a ninguna mujer sin aquella expresión. Pero ella sabía aprovechar aun eso.

—Sam —susurró—. ¿Quieres hacer algo por mí?

—Claro. —Le puso su mano pesada en el hombro, palmeándola. Ella no se inmutó.

—¿Ves a Fanny alguna vez?

Dejó caer la mano y su sonrisa se ensanchó.

—Ahora intentas averiguar algo.

—No, no —negó con rapidez—.

Sólo quiero que le digas algo de mi parte... Dile que estoy dispuesta a hacer lo que le dije.

—¿Qué le dijiste?

—Ahora eres tú el que intenta averiguar algo.

—Sí. —De nuevo la mano pesaba en su hombro—. Te he cogido.

—Lo mismo que yo a ti —dijo con suavidad—. Y podría decírselo a tu padre, ¿sabes?

La mano pesaba como muerta en el hombro. Se le borró la sonrisa en el

rostro.

—*¡No lo harías!* —musitó.

—¡No, claro que no! —se rió, sintiéndose asqueada—. Claro que no diré una palabra. Pero tú se lo dirás, ¿verdad, Sam?

—Claro que lo haré. Le diré..., tal vez se lo diga esta noche...

Ella subió, sacó al niño de la cuna y lo meció contra sí misma, asqueada, asqueada. Tenía que recordar la morena y angelical carita. Lo que hacía era por él..., por todos ellos.

Miró al bebé. Era tan rubio, con ojos azules como los de su padre. «Le llamaré Paul, como a mi padre», pensaba. No había sabido qué nombre

darle. Una vez preguntó a Bart de pronto:

—¿Te gusta el nombre de Roger, Bart?

—¿Para qué? —preguntó estúpidamente.

—Para el niño.

—No sé —pensando—. Una vez tuvimos un alazán llamado Roger. Papá lo vendió porque no servía para tirar con otro. Coceaba y se encabritaba si se lo uncía con otro caballo.

No, pensó ella, mirando la amplia y pálida frente del niño y los grandes ojos azules. Roger no le iba bien. Roger hacía pensar en otro. Paul, le llamaría Paul.

—¿Llamaremos al niño Paul? — preguntó, alegre, a la hora de cenar.

La miraron en silencio. Siempre que ella hablaba la miraban atónitos, incapaces de comprender al momento lo que decía, porque ella no hablaba de las cosas en que ellos pensaban: el campo recién segado, un caballo por herrar, la yacija para los cerdos. Habló Sam.

—Paul... está muy bien, ¿no es verdad? A papá le gustará.

—Es corto y fácil —dijo Bart.

—No podrán ponerle diminutivos cuando vaya al colegio —añadió la madre.

El viejo esperó con la boca llena de pan seco. Lo tragó metiendo ruido y

después bebió la leche desnatada.

—Es un buen nombre del Evangelio —dijo.

—Entonces será Paul —terminó Joan.

De todas formas hubiera sido Paul.

Con frecuencia había soñado en el silencio de la casa con voces infantiles, con charlas y canciones, con gritos y risas. La casa se llenaría de sonidos deliciosos cuando naciera el niño. Hasta el fuerte llanto de una criatura sería agradable de oír.

Pero Paul era tan silencioso... Nunca lloraba. No lo hacía a menos que estuviera enfermo o sintiera dolor físico. Ella esperaba los sonidos de una risa

burbujeante, de gritos y pequeñas rabietas. Se acordaba de Frank, repasando en sus recuerdos, que siempre estaba haciendo ruidos y gorjeos, o que reía y lloraba a gritos. Pero Paul callaba. Ella le mimaba con canciones, caricias y sonrisas. Pero él la miraba silencioso, su rostro grave, vagos los ojos azules en su cara. Ella le tomaba en brazos y lo sacudía jugando, y él lo soportaba, paciente. Lo más que hizo fue una vez que ella le tocó la mejilla con el dedo, moviéndolo por la barbilla regordeta, por los labios, y entonces, por un instante sonrió, como si le hubiese tocado algún nervio o músculo. Pero cuando ella lanzó una exclamación

encantada, había vuelto a ser como antes. Cuando ella retiró el dedo, había desaparecido la sonrisa. Era como la onda que se forma cuando se pasa un dedo por el agua. Ni siquiera podía estar segura de que hubiera sido una sonrisa.

Escribió a Rose: «¿David, se ríe y sonrío? ¿Hace ruidos?». Rose le respondió, sorprendida: «Olvidas que David tiene casi un año. Está intentando hablar. Es muy delicado, y ha estado mucho tiempo enfermo». Envió una pequeña fotografía de un niño grave, sostenido por una china de cara alegre y oscura. Joan estudió la carita. Era delicada, muy derecha sobre un cuerpo

delgado. Los ojos miraban de frente, intensos, trágicos, y la boca, contraída en una especie de rebelión. Su corazón voló hacia él. «Si yo lo tuviese lo haría fuerte. Necesita comer bien..., debería salir de aquel clima». Se fue a sacar a Paul de su cuna. Tenía el cuerpo gordo y sólido, gorditas las manos, con hoyuelos, los muslos anchos y carnosos, las mejillas coloradas y los labios como cerezas. Pero era tan perezoso...

—¡Perezoso, perezoso! —se reía con él y escondía la cara entre las fragantes arrugas de su cuellecito—. ¡Siéntate, perezoso! ¡Ya tendrías que empezar a sentarte!

Pero al quitarle la mano de la

espalda cayó sobre ella, blando sin esfuerzo, apoyándose. Le riñó:

—No lo intentas.

Y después, enferma de cariño por él, le retuvo contra ella. Todos los niños no eran iguales, pensaba, haciéndole mimos. No todos los niños podían serlo. Y daba tanto gusto cogerle, en brazos, parecía tan anhelante de que lo cogieran...

«David es tan independiente... — escribía Rose—. Es tan difícil mantenerle en la cama cuando está enfermo... Es un niño muy difícil de controlar».

Besó el suave y casi blanco cabello de Paul bajo su barbilla. Yacía contra su

seno, apretada la redonda mejilla sonrosada contra su pecho. No lloraba ni siquiera para pedir de comer. Era como si no supiese que el pecho quedaba justo bajo su mejilla. Sus labios nunca buscaban. Era como un muñeco gordito y precioso. Lo apretó con firmeza.

—No todos los niños pueden ser iguales —se dijo.

Y al cabo de cierto tiempo, cuando pasó el invierno y llegó otra vez la primavera, empezó a sostenerse un poquito la cabeza y a buscar a veces los juguetes que ella le había hecho: un perro rojo que cosió, un conejito verde. Tal vez si los juguetes eran brillantes los

viere mejor. Los buscaba, los sostenía, y pronto los dejaba caer de las manos sin echarlos de menos. Ella corría a recogerlos, a jugar con ellos por él, a obligarle a que sus manitas los cogieran.

Una ventosa mañana de abril le sacó fuera, y sobre el viento huracanado oyó un zumbido fuerte. Alzó rápida la vista para ver el avión que cruzaba entre las enormes nubes blancas, cortando el azul.

—Mira, mira —gritaba a Paul, sosteniéndole en alto, y con la mano bajo su barbilla, le obligaba a mirar arriba.

Y si por suerte Roger Bair estuviera allí, muy alto, por encima de ella, si mirara abajo, ¿vería una mujer que

sostenía a un niño hacia él? Pero los ojos de Paul no podían ver la forma que se movía ligera.

—¡Mira, niño de mamá! ¡Mira, queridito!

Pero los ojos vagaban rápidos. Ella los siguió. ¿Qué miraría Paul? No parecía fijarse en nada, y su mirada era tan muda como su voz.

Pero el silencio no era como antes de su venida. No era un silencio vacío, no el solitario silencio de la casa. Él estaba allí y crecía, comía, dormía. Estaba para que ella le cogiera en brazos. A lo largo de la primavera le llevó al bosque y le hizo una cama sobre blandas hojas secas, tendiéndole bajo el

sol caliente mientras ella buscaba sanguinarias y violetas, y le llevó también al huerto, contemplándole seráfico bajo los capullos, sus mejillas también rosadas, el pelo como un pulmón dorado, los ojos azules. Tenía que tenerle en todas partes. Cuando estaba despierto, lo incorporaba sobre almohadones mientras trabajaba. Cuando dormía, corría a ver si seguía respirando.

Ninguna otra cosa era real. Bart pasaba los días resentido con ella, que contestaba a sus reproches:

—Todavía estoy criándole, Bart. No estoy dispuesta, por lo menos no lo estaré hasta que no haya terminado de

criarle.

Bart le lanzaba frecuentes miradas bajo sus espesas cejas rojas. Intentaba, torpe, asirla cuando ella pasaba por su lado, pero ponía su cuerpo tenso y frío contra él y la soltaba. Una vez la madre le dijo, ruborizadas las mejillas y con manchas rojas en el cuello:

—Si pones cuidado, no tienes por qué temer a Bart esperando hasta que hayas terminado de criar al niño.

Joan planchaba uno de los vestiditos del niño, y al oír tales palabras volvió rápidamente la cara a su trabajo. Bart se había quejado a su madre.

—Te diré lo que puedes hacer — escuchó de nuevo la voz junto a la

estufa..., con pausas, ronca de apuro—. Te diré lo que mi propia madre me dijo. El día que me casé con Abram, me dijo: «Un hombre siempre puede echarlo en cacharro...». Eso me dijo.

Joan siguió sin hacer caso... Ahora pasaba la plancha por ese lacito, después por el fino borde de encaje. Dobló el vestidito, alzó por un momento la vista a la ventana y contempló los arces. Tenían el color verde del verano, con las hojitas nuevas completamente abiertas. Un vientecillo se movía entre ellas agitando las sombras color verde pálido y dejando expuestas las ramas un instante, oscuras y lisas. Conocía la forma de las ramas de cada árbol. En las

mañanas invernales había alzado la vista hasta ellas, desnudas contra el cielo gris, o irguiéndose nobles bajo la nieve, estatuas de tormenta. No contestó. No era capaz de contestar sintiendo dentro aquella repugnancia. Tenía que pensar sólo en cosas bonitas, en helechos entre las piedras del muro, en lirios silvestres que crecían bajo los árboles. Pero lo que veía contra la cortina interior de su cerebro era un rostro de hombre, el rostro de Roger Bair, delgado y finamente perfilado en su pensamiento. Recogió el montón de ropa, y por la escalera de atrás subió al desván, guardando las cosas en el baúl de tapa redonda, sintiendo aún en la nariz el

olor caliente de la frescura de la ropa recién planchada. Se dirigió a la cuna y miró al niño. Yacía despierto y la miró.

—Paul —musitó—, Paul. —Toda su soledad salió a la superficie apoyándose en la criatura—. Háblame, soy tu madre...

Ya tenía casi ocho meses. Cayó de rodillas, le envolvió en sus brazos y alzó la cabecita en su mano. Se obligó a sonreír y le hizo señas con la cabeza para atraer los ojos vacuos a su cara. Por fin, titubeantes, se posaron en ella aquellos hermosos ojos azules. Por un instante los ojos se encontraron frente a frente, un instante antes de que vagaran de nuevo. Durante aquel momento pudo

ella entrever su profundidad, pudo captarlos y ahondarlos, mirando los suyos. Estaban vacíos. No podía contestarle, porque no la conocía. Los retuvo rígidamente durante un minuto, aterrada, y volvió a acostarle con dulzura. A Paul le pasaba algo. Era como si cuando le hubo acostado se hubiera ido para siempre. Se dirigió a la ventana, permaneciendo allí. Tuvo una fantasía de que en algún lugar un niño se había escurrido de puntillas y cerrado una puerta, dejándola sola de nuevo.

Al amanecer empezó a ocurrírsele que tal vez el verdadero Paul no hubiera nacido nunca. Permanecía sentada sosteniéndole, reteniendo el cuerpo al

que había traído a la vida. Había estado sentada con él en brazos toda la noche. No podía pensar en dejarle en la cuna. Tenía que sentir el cuerpecito caliente entre sus brazos, por lo menos. «Es como tenerle muerto —pensaba—. Es como tener a mi niño muerto. Paul está muerto».

Al alba escuchó los pasos de Bart en la escalera. Se detuvo en el umbral.

—Dime, ¿dónde has puesto las camisas azules que tenía el verano pasado? Tengo que cortar heno hoy y me voy a asar. —Vio la cara de ella por encima del niño—. ¿Está enfermo? —Se acercó y tomó la manita del chiquillo en su manaza. La manita blanca y

gordezuela permaneció allí, en su palma sucia y agrietada.

—Bart, a este niño le pasa algo malo —pronunciaba cada palabra con lentitud.

—Tiene buen aspecto —sonrió Bart—. No tiene fiebre, la mano está tan fresca como un pepino.

—No me conoce..., no se sienta solo.

—Es demasiado pequeño.

—No, no lo es. Rose me dice que David se sentaba mucho antes que éste.

—Todos los niños no son iguales. Te preocupas demasiado, Joan. Sam era bastante lento, me acuerdo, pero creció muy bien. Dale tiempo. Mira, nene... —

Puso su grueso dedo bajo la barbilla de Paul haciéndole cosquillas. Una sonrisa lenta y vaga apareció en los pequeños labios—. ¿Verdad que estás muy bien? Oye, Jo, ya podías venir a traerme esas camisas. Papá anda gritando para que empecemos con la hierba.

—Muy bien, Bart.

Era bueno moverse, tener que moverse para hacer algo, saber que la noche había terminado. Dejó al niño en la cama. Tras las sombras de la noche le hacía bien sentir los escalones bajo sus pies, abrir cajones, notar algo sólido en sus manos, duro, áspero, las cosas de cada día.

Encontró las camisas y se las dio a

Bart. Bajó la escalera y se afanó en la cocina. El sol empezaba a asomarse por el horizonte y la luz brotaba de él como agua brillante. En el establo, al otro lado del camino, Sam ponía los arneses a los caballos, obligándolos a seguir los surcos. Las grandes cabezas se inclinaban sobre él, resoplando, protestando. Venían las vacas en solemne procesión por la puerta y se volvían al camino, hacia los pastos, ricos de hierba crecida. Tras ellas iba el padre de Bart, inclinados los hombros bajo el peso de un cubo lleno de leche en cada mano. Joan cogió una taza y fue a su encuentro para tomar un poco de la leche recién ordeñada. El viejo la

miraba hacer, gruñendo, silencioso, y luego siguió hacia la despensa.

Ella permaneció bebiendo la leche al sol. Dentro sentía la vigilante oscuridad de la noche, a la que tenía que volver. Pero al menos por ahora era la mañana. Los árboles, las colinas, el cielo, eran reales. Permanecía entre ellos en el amanecer. La noche había quedado atrás y estaba delante de ella, pero aquí ahora era la mañana. Alzó rápidamente la vista al cielo, buscando. Ya era una costumbre buscar en el cielo. Pero estaba vacío, alto, por encima de ella, sereno y azul.

—¿Cuándo empezó a hablar Bart?
—preguntó a la madre cuando ya Paul tenía más de un año. Durante todos aquellos meses había pasado cuantos momentos tenía observando a Paul, midiéndole, probando todas sus facultades. ¿Le oiría cuando le llamaba? Sí, volvía la cabeza con lentitud cuando le llamaba. ¿Veía? Sí, sus ojos seguían al perrito de franela roja si ella lo movía lo bastante despacio. ¿Extendería la manita para cogerlo? Sí, lo cogía, pero lo dejaba caer. No se acordaba de que lo tenía.

La madre de Bart removió la salsa

hecha con manzanas dulces. Utilizaba las manzanas dulces para salsa, para poder ahorrar el azúcar.

—Ya hay bastante azúcar en los alimentos naturales —solía decir—. La gente no debería tomar más azúcar. Es un halago de la carne.

Tanto Sam como Bart compraban a escondidas dulces baratos, como niños, y los comían como otros hombres beben licor, hambrientos de dulzor. Los bolsillos de Bart estaban pringosos de aquello cuando Joan le lavaba la ropa.

—¿Bart? —preguntó la madre, con vaguedad—. Oh, no sé... Creo que bastante tarde. Me parece que lo que se dice hablar no habló hasta que casi tenía

cinco años. Me acuerdo de que una pelmaza de vecina vino una vez cuando él estaba en un árbol a decir que era muy raro que aún no hablara. Pero yo decía siempre que hablaría cuando fuera su momento, y lo hizo. —Removió y probó la salsa—. Em tuvo una niña que no habló nunca, sin embargo. Siempre decían que había sufrido una caída. Nunca estuvo bien del todo. Al fin tuvieron que llevársela a algún sitio. Em no podía tenerla alrededor una vez que creció... Obraba de forma rara delante de la gente.

Una mañana de primavera esperó a

Fanny bajo el roble de la curva del camino, y cuando llegó cogió la mano de Frank y preguntó:

—¿Quieres mirarme, Frankie? —Él la miró al instante, de frente, con sus ojos dirigidos a los de ella, conscientes, inteligentes—. ¿Cuándo habló, Fanny?

—¿Quién..., él? ¿Este niño? Habló en cuanto empezó a andar creo... Aún no tenía un año y ya hablaba.

—Es muy silencioso.

—Habla cuando quiere —repuso Fanny con indiferencia—. ¡Y sabe cantar! ¡Canta, Frankie!

Entonces él soltó la mano, y juntando las dos suyas a su espalda abrió la boca, tan grande que podía verse su lengüecita

rosada y los pequeños y blancos dientes, y empezó a cantar. La voz brotó clara, llena, muy poco infantil.

—Canto con una espada en la mano, oh Señor —cantaba, ferviente, meciéndose.

Ella le escuchó en silencio hasta que hubo acabado. En el árbol que los dominaba un pájaro empezó a trinar como loco.

—Tenga —dijo a Fanny, entregándole el dólar que le daba ahora todas las semanas.

—Gracias. Vamos, Frankie, tenemos que irnos.

Pero Joan no esperó. Recorría ya el camino. ¿Qué clase de Dios era aquel de

quien su padre había hablado con tal fe, que contaba hasta los cabellos, que cuidaba de que un gorrión no cayera? Un niño oscuro y sin nombre había nacido y se le habían prodigado los dones muy generosamente. Pero su hijo, su hijo tan deseado, no había recibido nada.

¡Adorado cuerpo de Paul! Al menos mantendría su cuerpecito suave y fresco..., el cuerpo perfecto que ella le había hecho. Se fue a Clarktown y compró, sin escatimar, hilo fino y suave, azul, amarillo, y guinda estampada de flores, alegre, para hacerle vestiditos. Sobre la tela vivida resplandecía su carita sonrosada. Era un cuerpo hermoso, el cuerpo de un niño bello,

de hombros cuadrados, de muslos fuertes, con rodillas y pies llenos de hoyuelos. Ahora lo tomaba en brazos todo el tiempo, dormido y despierto. Por la noche lo acostaba junto a ella. Durante el día lo sentaba en su regazo, reteniéndole mientras andaba o trabajaba. Tenía que sentir su cuerpo. Poseía este cuerpo.

Una mañana de agosto le vistió con cuidado y se dirigió en el coche a Middlehope, a ver al doctor Crabbe. Condujo por la calle, sin verla. Había levantado la capota del coche. Era para proteger al niño del sol..., al niño y a ella. En la sombra no tenía que ver a nadie. Llegaría al mediodía, y el doctor

Crabbe estaría en su propia casa..., y todos los demás comiendo. Durante todo el camino iba pensando en lo que diría. Estaría muy tranquila y compuesta. «Doctor Crabbe, estoy preocupada por Paul. Es tan lento para hacer las cosas... Quiero que le vea. Deseo la verdad».

Sí, tenía que saber la verdad. Tenía que comprimir la cruel verdad contra su corazón y saberla entera. Pero estaría muy serena y esperaría a que él se la dijera. Había aguardado tantos meses reuniendo fuerzas para ser fuerte, para tener calma...

Se dirigió al pequeño despacho color pardo, y su ama de llaves, Nellie Byers, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Eres tú, Joan? Está comiendo. ¡Vaya, qué crío tan precioso tienes! Es tuyo, ¿verdad?

—Sí, mío. Esperaré, Nellie.

Se alegraba de esperar, de tener la posibilidad de vencer la dureza que sentía en la garganta. Pero no tuvo ocasión. Él se presentó al instante. Se secaba los labios con una servilleta y la tiró al suelo.

—¡Vaya, vaya, Joan! —¡Bendita su animosa voz, su cálida voz buena!—. Llegas a tiempo. Estaba para irme a ver a la señora Mark... Nada urgente, pobrecilla, sólo para ver cuánto más ha muerto en ella. Siempre voy a verla de vez en cuando, aunque ella no quiere que

vaya. Bueno, Joan, ¿qué pasa?

Ella le contemplaba sollozando, llorando en voz alta. Los sollozos le brotaban fuertes y secos, y no podía ni respirar. Se apoderaban de ella, sacudiéndola. Sin palabras le tendió el niño y él lo tomó. Entrecortadamente, entre los terribles sollozos le dijo:

—Algo le pasa... No me... conoce.

Le entregó el niño y se tranquilizó. Dejó de sollozar. Por primera vez en todas aquellas noches vigilantes y agotadoras, en aquellos inquietos y aterradores días, descansó de su carga. Se rompió el largo silencio que en ella había. Ahora no podía cesar de hablar. Tenía que seguir hablando.

—Yace tan quieto..., está tan horriblemente quieto..., no sé explicárselo, doctor Crabbe... Es horrible..., horrible...; el silencio de la casa... le ha envenenado. Nadie dice nunca nada. Creen que hablar está mal... Es como si le hubiesen marchitado...

Mientras ella hablaba y hablaba, él miraba al niño, tocándole, apretando aquí y allá, moviéndole los miembros. Le quitó las ropitas y lo sostuvo.

—Hermoso cuerpo —dijo con brusquedad, interrumpiendo su charla—. Tiene tu bello cuerpo, Joan.

Ella se agitaba en el terror, con los labios secos. Tenía que asir al dolor con firmeza, fuerte, entre ambas manos.

—Doctor Crabbe, ¿dónde está su mente?

El dolor de dar a luz no tenía comparación con el dolor de esta espera. Toda la vida, todo el mundo se había detenido, borrado, no era nada. En todo el mundo no había más que este minúsculo cuarto, este anciano, este niño, ella misma. Pero no le contestó durante un buen rato. Por fin empezó a vestirle de nuevo, despacio, con cuidado, a abrocharle con pericia, seguro. Cuando hubo vestido al niño, miró a Joan, cubierto el rostro de arrugas.

—Su mente no nació nunca, Joan..., mi querida niña...

Condujo despacio, por la calle sombreada de hojas. Alguien la llamó una vez, excitada, y vio, a través de la niebla de su terror, a Netta Weeks que empujaba un cochecito de niño.

—¡Joan, Joan! —gritaba—. Espera. No te he visto hace siglos.

Tuvo que detenerse un instante.

—No, no voy a bajar, Netta. Tengo que ir a casa. Sí, es mi niño.

Paul dormía. Descansaba en su regazo, con la cabeza en su brazo. Estaba tan quieto que podía mover las riendas mientras le sostenía. Se alegró de que durmiera. Dormido estaba

bello..., todos los niños están quietos cuando duermen. Escuchaba las alabanzas de Netta.

—¡Pero si es una hermosura, Joan! Sale a ti, ¿verdad? ¡Vaya, qué fuerte y grande es! Tienes suerte..., seguro que es fácil cuidarle. Mi Petie es un terror... en todos estos días. —Bajó la capota del cochecito y dejó al descubierto un niño delgado, amarillento, de aire despierto. Estaba sentado muy tieso, haciendo ruiditos con un patito de juguete que destrozaba. Netta le riñó—. ¡Cielos, y su abuelo acaba de regalárselo en el almacén! Es tan travieso... —Le arrebató el pato y al instante él vociferó, por lo que se lo

devolvió, guiñando a Joan—. Listo como una ardilla. Tu niño es una preciosidad.

—Es un buen niño —repuso Joan bajo. Paul se movió un poco y ella tomó rápida las riendas. Tenía que irse antes de que despertara, antes de que abriera los hermosos ojos vacuos, indiferentes. No podía resistir el pensamiento de los comadreos de Netta: «Joan Richards siempre llevaba la cabeza tan alta..., pero tendríais que ver a su hijo...».

—Ven a verme, Joan —exclamó Netta tras ella.

—Sí.

Pero sabía que nunca lo haría. Sentía dentro aquel dolor que la esperaba, que

la aislaba de todos. Tenía que dominarlo, luchar con él, forjarlo, vivirlo. Condujo despacio, sosteniendo a Paul. Pero alrededor de ellos, junto a ellos, como una presencia separada estaba el dolor esperándola.

En el desván lo tendió en la cama, quitándole el sombrerito y el abrigo, y con un paño húmedo y suave le lavó la cara y las manos. Luego se sentó a su lado y le dio de comer. Había que hacer esas cosas, por él, y para consuelo de ella. Aunque no había llorado, tenía hambre. Estudió la absorta cara. Cuando dormía, cuando comía así, se parecía a cualquier otro niño. El doctor Crabbe no era más que un anciano. Quizá se

hubiera equivocado. Repasó la conversación con rapidez. Había olvidado decirle que Bart no había intentado hablar hasta que tuvo cinco años. Y Bart estaba muy bien ahora. ¿No estaba bien Bart?

El doctor Crabbe era tan impetuoso... Tomaba sus decisiones con tal rapidez... Todavía le quedaban casi trescientos dólares. Llevaría a Paul a un doctor de la ciudad a ver qué le decía. Iría a Nueva York, y en la guía de teléfonos buscaría un puericultor y le pediría que viera a Paul. Sí, eso haría. De pronto se sintió más contenta al pensar en tener que hacer algo. No diría nada a nadie hasta que lo hubiera hecho.

Hasta haberlo hecho podría alejar el dolor de la espera. Era como apartar una sustancia sólida con las manos. Lo mantuvo lejos.

—Es preocuparse por nada — declaraba Bart. Abajo, en la cocina, cuando estaba lavándose después de ordeñar, ella le había dicho:

—El doctor Crabbe dice que Paul no está bien, Bart.

—A mí no me convencen los doctores —dijo la madre de Bart—. Ojalá nunca te hubiera dicho que Bart no habló hasta los cinco años. Te lo dije para tranquilizarte. Bart salió adelante

muy bien.

No le contestó. Ahora le resultaba siempre más fácil no contestar. Iría al día siguiente. Tal vez sabiéndolo podría dormir de nuevo..., cuando supiera. Paul estaba bien en realidad. Pensó rápidamente en el día. Era jueves. Fanny estaría esperando. Tendría que pedir a Sam que le diera el recado para que volviera el sábado. Cuidó de hallar el momento para decírselo antes de que llegara a la puerta de la cocina. Llevaba los cubos de leche. Pero al pedírselo negó con la cabeza.

—Ya no la veo. Se ha casado.

Tuvo miedo por un instante; después no le importó. Sólo podía combatir con

una cosa cada vez. El temor a lo que Fanny pudiera hacer después de verse defraudada debería esperar hasta que el dolor de la incertidumbre hubiese terminado. Volvió al desván y preparó un paquetito de ropas para Paul.

Encontró un médico con facilidad. En la cabina telefónica había una mujer esperando el turno, y cuando la vio sosteniendo a Paul en un brazo y volviendo las páginas del listín con la otra mano le dijo:

—¿Puedo ayudarla?

—Quisiera el nombre del mejor puericultor de Nueva York. —La cabeza

de Paul se deslizaba de su hombro y tendió la mano, rápida, para sostenerla.

—Lo mejor es que vaya a la «Clínica Edmonds» —dijo la mujer. Iba vestida con un traje color rojo brillante y su cabello rubio se elevaba sobre la cara redonda y gruesa. Pero sus pequeños ojos azules eran amables, y los labios, llenos y rojos, suaves—. Puede ir allí y no le costará nada si dice que no tiene dinero. No tiene más que escribir que no percibe ayuda. Vaya, pesa, ¿eh? ¿Qué le pasa? —Volvía despacio las hojas, moviendo su reluciente y afilada uña entre los nombres—. Aquí está, ¿lo ve? Coja el autobús aquí, en la esquina de arriba.

¿Qué ha dicho que tenía?

—No habla ni anda.

Allí estaba el dolor, bien cercano.

Al decir las palabras voló a ella, hiriéndola. Lo alejó otra vez.

—¿No? —La mujer estaba a punto de seguir hablando cuando se abrió la puerta de la cabina telefónica y un hombre fue a entrar—. ¡Eh, usted! ¡Soy la siguiente! —le gritó.

—Bueno, pues hable —musitó el hombre. Estaba cansado y hundido, era de mediana edad, y mientras esperaba, chupaba el puño de su paraguas. La puerta se cerró de golpe y la mujer quedó dentro. Gritaba en el teléfono, con la cara contraída y roja.

Joan contempló la dirección. Se la grabó en la mente al momento y la halló con facilidad. Las personas que encontró fueron muy amables con ella. Era maravilloso que la gente fuera amable con ella cuando pasaba, mucho más amables que Bart o la familia de Bart. Resultaba dulce escuchar una frase cortés o una ayuda. En el autobús, un hombre de cabello blanco le cedió su asiento sonriendo y tocándose el sombrero, y al salir ella, alguien le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—Pesa demasiado para usted —murmuró una voz, una gentil y agradable voz de tenor. Pero al volverse para hablar no pudo ver quién había sido. No

era sino una voz en la multitud. Pero la consoló. Había personas amables, desconocidas y bondadosas.

Miró por las calles de Nueva York mientras el autobús seguía su camino. Y sin embargo estas gentes apresuradas no parecían amables. Su mirada parecía tan distraída... Una vez, cuando el autobús se detuvo enfrente de una tienda, vio algunas personas que no iban con prisa..., una mujer y dos hombres vestidos de harapos. Caminaban arriba y abajo con las manos recogidas delante, llevando carteles que decían: EXPULSADOS DE BRISK Y BRAM POR PEDIR CONDICIONES HUMANAS. Pero nadie los miraba ni

les daba nada. El autobús siguió adelante. Llegó al hospital y entró por una puerta sobre la que estaba pintado: CLÍNICA GRATUITA. Entró y se sentó en uno de los bancos del largo vestíbulo. Los bancos estaban alineados junto a la pared, llenos de mujeres con niños enfermos..., niños que lloraban, gemían y yacían en débil estupor. Junto a ella, una joven de frente blanca y estrecha y ojos agotados sostenía una niñita con una enorme cabeza deforme. Miró con envidia a Paul. Estaba dormido, tan profundamente como si estuviese en su cuna del desván.

—No parece que un niño tan encantador pueda tener algo.

—¿Verdad que no? —añadió Joan, agradecida. Era cierto que entre los niños enfermos Paul parecía sano y hermoso. No podía evitar sentirse un tanto orgullosa de él. Por lo menos, dormido era hermoso. La niña de la otra mujer empezó a llorar con ruido.

—Se cansa tanto la pobrecita... —dijo la mujer, intentando equilibrar el peso de la enorme cabeza—. El doctor viene tarde. Siempre viene tarde. Ojalá me devolvieran todas las horas que he perdido esperando a los médicos.

—¿No pueden hacer nada? —preguntó Joan.

Bajo la abultada y grande frente, la carita de la niña la miró, ajada,

pequeña, ratonil, retorcida de un sufrimiento viejo, muy viejo.

—No pierdo las esperanzas — repuso la madre con fervor. Se inclinó para besar la enorme frente—. Sigo esperando. Hay que esperar.

Todas tenían la misma esperanza, pensaba Joan al mirar los rostros de las mujeres. Miraban ansiosas los niños de las demás, aliviadas cuando sus ojos veían alguno peor que el de ellas. Apartaban rápidas la vista de Paul porque parecía tan sano, y contemplaban esperanzadas los niños tullidos, deformes.

Al entrar el médico, todas las caras se volvieron hacia él, siguiéndole con

los ojos, buscando ansiosas en su rostro. Entró: una figura robusta, de mediana edad, con pequeña barba cuadrada y ojos muy claros de color gris ágata. Hablaba fuerte y decidido a un joven que estaba con él.

—Le digo, Proctor, que el diagnóstico es perfectamente claro en el noventa por ciento de los casos. La mente subdesarrollada congénita es enteramente diferente de los casos de partos difíciles, que posiblemente son normales mentalmente. Nunca confundo ambos... Mire a esos de ahí...

Sus ojos recorrían, fríos, agudos, analíticos, a lo largo de la pared. Estaba directamente frente a ella. Pudo notar un

fuerte y limpio perfume en él. Vio su barbilla peluda, el agudo triángulo de su nariz, las frías ágatas grises mirando hacia abajo. No la vio. Sólo veía a Paul. Se había despertado y permanecía quieto en sus brazos.

—Soy su madre —dijo febril.

—No necesita esperar, a menos que lo desee, buena mujer. De todos modos, no tengo nada más que decirle. Lléveselo a casa. Cuando le resulte demasiado pesado, será mejor que le encuentre una institución.

Siguió adelante, hablando y hablando. Ella se había vuelto en su agonía hacia el médico joven, pero él no la miró. Escuchaba con atención y

respeto la voz fría, inteligente, sabia. Joan se levantó, encasquetándole el gorrito a Paul.

Volver a casa, al desván. Podía resistir el dolor hasta entonces. No examinaría las palabras hasta entonces. Cuando llegara a casa, bajo el tejado oscuro y bajo, las volvería a su memoria, las comprendería y dejaría que el dolor la invadiera hasta cubrirla. A su alrededor se sentaban las pacientes mujeres sin hacer caso. Se abrió la puerta del despacho del doctor y los rostros se volvieron hacia allí. Salió una enfermera, blanca y animada.

—¡Primer caso, por favor!

Nadie la vio deslizarse fuera.

Bart salió a recibirla a la estación en su coche. Subió, sentándose en silencio a su lado. El coche metía ruido por el pedregoso camino vecinal. Sabía que él estaba dándose pisto ante ella. Quería que le dijera lo bien que conducía. El cuentakilómetros subió y ella le sentía ansioso de su alabanza, y al no oírla conducía demasiado de prisa, con perversidad, para obligarla a decir algo. No tenía imaginación, y por ello no sentía peligro alguno. Era capaz de subirse al tejado de la cuadra y reírse cuando ella apartaba la vista, temblorosa. Pero si morían todos,

estaría bien. No dijo nada, y al fin él frenó, enfurruñado.

—¿Qué ha dicho del niño el médico?

—Ha dicho que Paul nunca estará bien —dijo, asiendo el dolor con ambas manos.

Contempló los campos. El maíz estaba empezando a echar barbas, el verano se hallaba en su plenitud. El verde bosque parecía profundo y oscuro.

Si Bart fuese un hombre adulto, si fuera en realidad lo que parecía su cuerpo, podría volverse, entregarle a Paul y descansar la cabeza en su hombro. Entonces habría un fondo para su dolor. No se haría cada vez más

profundo, sin fin, insondable, como un negro túnel por el que debía caminar sola toda su vida, sin luz que la guiara al final.

—Tonterías, no tienes que creer cuanto dicen los médicos de la ciudad, Jo. Es tan sano como se puede ser.

—Su cuerpo está bien.

—Resultará bien —repitió Bart, animado—. Ya verás como sí.

No le contestó. La carretera estaba llena de polvo. El crepúsculo ardía entre el polvo anaranjado.

—Hace falta que llueva. —Bart se aclaró la garganta—. Pero para el trigo es buen tiempo.

—Sí.

La casa estaba al volver la curva. Ya habían llegado. Se hallaban a la puerta de la cocina. La madre de Bart, en el fogón, friendo patatas.

—La cena está lista —dijo sin volver la cabeza.

—Bajaré luego, no me esperen —contestó.

Llevó a Paul arriba a cuesta, lo lavó, le dio de comer y lo acostó en su cuna. Estaba cansado, y se durmió sin esfuerzo. Ella cogió la lamparita de aceite de la caja que utilizaba como mesa y se lo quedó mirando. A partir de entonces, aquéllos serían sus momentos para soñar, los momentos de la noche, cuando él dormía profundamente. Podría

soñar que era como los demás niños. Había pasado el día jugando, gritando, dando voces, charlando, llorando, llevando a cabo sus apretados planes de niño, y ahora, al terminar el día, estaba cansado. Según fuera creciendo se haría la idea de que iba al colegio, que jugaba al béisbol y montaba a caballo. Cuando yaciera dormido su cuerpo de muchacho, soñaría que iba a la Universidad. Su imaginación volaba sufriendo a través de años. Éste era el dolor de la espera. Ahora que había llegado, nunca más se separaría. Aquí estaba. La acompañaría de noche y de día mientras viviera, caminaría con ella adondequiera que fuese, esperaría dentro de ella despierta,

o aunque durmiera. Ahora le parecía que nunca más volvería a dormirse.

Abrió un cajón para guardar el gorrito de Paul. Allí estaba la canción que empezara a escribir el día antes de su nacimiento. Allí estaban los primeros compases, en un comienzo alegre y triunfal. Pero no había sabido el final. Hoy lo sabía. Sacó el papel, haciéndolo pedacitos, se acercó a la ventana y dejó que volaran en la creciente oscuridad. Después apagó la luz de un soplo y descendió pausadamente la escalera.

En la mesa sentía la comida seca en su boca. Tomaba sorbos de agua para ayudarla a pasar. Claro que tenía que comer. Ahora tenía que vivir, mientras

viviera Paul. Y su cuerpo tenía que vivir una larga vida.

—¿Qué ha dicho el médico?

Miró a la madre de Bart desde las solitarias profundidades del dolor. La pregunta venía de muy lejos.

—Ha dicho que Paul no será nunca como los demás niños.

Una y otra vez, toda su vida, tenía que estar dispuesta a decirlo. Dondequiera que fuese la gente le diría: «¿Qué le pasa a su niño?». Y al cabo de un tiempo preguntarían: «¿Qué le pasa a ese muchacho?». Dirían: «¿Qué le pasa a ese joven?». Y constantemente, una y otra vez tenía que estar dispuesta a repetir: «Nunca será como son los

demás niños..., jamás como son los jóvenes». No debía flaquear.

—Pasadme el pan —dijo.

Sam se lo pasó, añadiendo con animación:

—No hay que hacer caso de los médicos. Una vez uno me dijo que tenía un panadizo óseo. Pero no era más que un divieso.

—Ojalá no te hubiera hablado de la chica de tía Em —dijo, pesarosa, la madre de Bart—. Ahora se te meterán ideas raras. No se parecen en nada. La niña de Em enfermó desde que tuvo la caída. Paul es diferente en todos los aspectos. Es como Bart. Bart era un niño sanísimo. Yo decía que andaría cuando

le pareciera bien y estuviera listo y así lo hizo. Y también lo hará Paul.

—Más leche —interrumpió el padre de Bart—. Esta noche tengo que terminar pronto. Hay una reunión en la iglesia... Habla un misionero de África. El párroco quiere que haya mucha gente y me ha llamado como ayudante. Sam, ponte la ropa buena y ven también. Mejor será que vengas, Minna. Tiene diapositivas.

—No he planeado nada —exclamó, apurada—. Tenías que habérmelo dicho antes para poder preparar el trabajo de después de cenar.

—Yo me ocuparé de todo —dijo Joan.

—Tal vez preferirías ir, Joan —añadió la madre de Bart a punto de aceptar—. Te resultaría interesante... Como tu hermana es misionera... Yo me quedaré con Paul.

—Estoy muy cansada.

—Entonces, quizá... —dijo la madre, complacida a pesar suyo. Añadió rápida—: No es que sólo quiera ver las fotos. Creo que debo interesarme por la labor de la Iglesia en tierras de paganos.

—Sí —opinó Joan, y volviéndose hacia Bart—: ¿Por qué no vas también tú, Bart? Te gustarían las fotos.

—No sé, pero lo haré.

Así la casa quedó vacía. Sólo quedaron Paul y ella. El silencio era

completo. No se oían pasos, ni una respiración. Lavó los platos y recogió las migas, preparando la mesa para el desayuno y poniendo el mantel encima. Después tomó un baño, se cepilló el cabello y se puso el camisón. Pensaba que era como si estuviera disponiéndose a darse muerte. Pero no podía morir, porque Paul vivía. En la oscuridad se acercó a la cuna y escuchó. Respiraba pausada, profundamente. Le tocó la mano. Estaba caliente y relajada. Había hecho cuanto creía que podía hacer. Se echó en su propia cama, dejando que la cubriera la agonía, por fin, sin frenos.

Pero ¿cómo podría vivir en agonía de día y de noche mientras transcurría un

año, y después otro, y otro más? Dormía un poco y despertaba al amanecer, entumecida, como se despierta en medio de humo espeso o bajo un peso grande. Antes de despertarse por completo, mientras su mente se aclaraba, sabía que algo iba mal..., la aguardaba el terror. Entonces despertaba y allí estaba el terror, nuevo y agudo, fresco con la mañana.

Cuando se olvidaba, como olvidaba a veces durante un instante, un instante de luz de sol entre las hojas brillantes, durante un instante del lecho de flor reluciente bajo el sol del mediodía, durante un instante de blancos lirios húmedos de rocío floreciendo nuevos a

la media luz, la hermosura de la bruma ascendiendo de los valles a las colinas bajo la luna, el terror volvía, otra vez nuevo, para realizarse una y otra vez. Mejor sería no olvidarlo nunca que tener que darse cuenta de nuevo de él. «¡Oh, qué hermosas se ven hoy las colinas bajo las sombras movientes de las nubes...! Sí, pero Paul jamás será como otros niños».

Y no había agudeza tan fuertemente desesperada como cuando él mismo la hacía olvidar, la querida proximidad de la curva de su cuello, donde el pelito rubio empezaba a rizarse contra la piel blanca, la deliciosa redondez de su cuerpo en la bañera. Ella era capaz de

reírse de su propia ternura apasionada, adorando su hermosura, olvidando en un momento de unción, sintiendo que el corazón volvía a fundírsele en la eterna agonía.

Anhelaba ver otros niños. Abrumaba a Rose con preguntas sobre David. Pero Rose le replicó entristecida que esperaba otro hijo. «Me queda tan poco tiempo para trabajar ahora...».

—No comprendo de qué habla — exclamó Joan en voz alta, furiosa de envidia. Pensó en ir a casa de Netta, pero alejó el pensamiento.

Al encontrarse con Fanny bajo el

roble, pasada la curva de la carretera, le rogó:

—Traiga al pequeño Frank con usted la próxima vez. Quiero volver a verle. Ha pasado tanto tiempo...

—Pues claro —dijo Fanny. Había engordado en los dos últimos años y se parecía a una gran amapola oscura con un arrugado vestido de linón escarlata.

Y a la semana siguiente Joan apenas la escuchaba por mirar al niño. Ocurría algo. Fanny tenía problemas, peleándose con su marido. Disfrutaba con los problemas y las riñas.

—Queridito —dijo Joan al pequeño, arrodillándose en el polvo ante él—, te has hecho ya grande. ¿Vas a ir al

colegio?

El niño la contemplaba, encantado, sus grandes ojos negros dulces e impenetrables.

—Si Fanny me deja... —musitó.

—¿No la llamas mamá?

—A ella no le gusta.

—No —dijo Fanny riendo profundamente—, no quiero que ninguno de ellos me llame mamá. Me parece mejor. Si le llevo a cualquier sitio, digo que es mi hermanito.

El pequeño la miraba con gravedad mientras ella reía. Luego se volvió hacia Joan, observándola con curiosidad y en silencio, con profunda inteligencia. Ésa era la mirada que deberían haber tenido

los ojos de Paul, aquella mirada comprensiva, ávida. Francis, con toda su indocilidad, solía tenerla, y cuando su madre la veía le estrechaba contra sí murmurándole cosas. ¡Qué extraño ver cómo Francis la miraba ahora a ella desde la selva!

—¿Qué piensa hacer con el niño, Fanny? —preguntó, ansiosa.

—De momento, bien está conmigo —dijo la muchacha encogiéndose de hombros alegremente—, mientras no se me ocurra marcharme. Mientras ese hombre se porte bien, quiero decir. —Frunció el entrecejo—. No ha habido muchos hombres que fueran tan de mi gusto como Frank. Sin embargo, le

aseguro... A veces, cuando me pongo a pensar en Frank, pierdo el gusto por todos los demás. ¿Nunca volverá a casa? No le molestaría... Sólo le enseñaría el chico y le diría «Hola».

—No —repuso Joan, rápida—. Nunca volverá..., así lo dijo.

La muchacha suspiró, un profundo suspiro.

—Bueno, tengo que irme. Gracias otra vez por el dólar... Le aseguro que es una ayuda. Frankie es el más cuidado de todos mis niños.

Pero no podía dejarle ir. Palpó todo el cuerpecito del niño con sus manos. Era firme y duro, bien formado. Le cogió de la mano, reteniéndola apretada

en las suyas. Hasta el mismo tacto de su cuerpo era diferente a la pesadez de Paul, el asir de su mano tan distinto al débil y lánguido de Paul. Retuvo la mano un instante, mirándola. Se imaginaba la piel fresca y suave, blanca. Pero debajo, la sangre corría oscura.

—¿Su pequeño está bien? — preguntó Fanny. Se miraba en un espejito, retocando su boca ya escarlata.

Joan vaciló. Después dijo con firmeza:

—No, no está bien... Tiene algo.

Fanny bajó el espejito. Su rostro se volvió cálidamente compasivo.

—¡Qué pena! Todos mis niños tienen buena salud. Pero conozco una chica con

una nena encanijada. La llevó a una reunión evangélica, y el predicador le puso la mano encima, y ya está mejor... Por lo menos su mamá dice que está mejor. Vámonos, Frankie... ¡Lem estará furioso esperándonos!

Esta vez tuvo que dejar que se fuera. Se levantó y vio marchar al niño, caminando decidido por el polvo. Cuando ya no podía verle volvió a sentarse al borde del camino, otra vez desconsolada. El verano pasaba, el maíz maduraba, nada crecía ahora. Antes, verano tras verano, había sentido crecer todo, formarse en capullo y florecer en fruto, la vida repleta de crecimiento. Ahora se había detenido en toda la

tierra, en bosques y campos. Ya nada crecía. Sólo maduraba y moría lentamente cayendo. Se acercaba otro otoño. Se puso en pie y fue a casa, a Paul.

No hacía más que recordar lo que Fanny le había dicho. Había una mujer con una niña encanijada a la que llevó a una reunión evangélica y mejoró. En South End las gentes eran muy ignorantes y llenas de credulidad. Rose seguía escribiéndole largas cartas que Joan seguía enviando a la señora Winters una vez leídas para que las leyera en las reuniones misioneras. Rose contaba que había paganas que llevaban sus niños a los templos cuando

enfermaban.

«En su ceguera e ignorancia — escribía Rose—, se vuelven a sus dioses y les prometen vestidos nuevos o zapatos nuevos si el niño se recupera. Es difícil persuadirlos de que renuncien a tan estúpida y malvada práctica».

Aquella primera mañana de domingo, cuando volviera a casa de la Universidad, no le había parecido necesario pensar en Dios, porque entonces todo lo daba por descontado. Dios cuidaría de ella. Le habían repetido tantas veces que Dios era bueno... Aquí, en esta casa, permanecía sentada cuando mañana y noche el padre de Bart leía «la palabra de Dios». No

había tenido necesidad de escucharla, puesto que Dios era bueno.

Pero ya no había necesidad de fingir que Paul mejoraba. No estaba mejor. Jugaba con él a diario, cantándole una y otra vez con tenaz y desesperada paciencia las alegres e infantiles canciones que su madre les cantara a todos. «Haz un pastel, haz un pastel, pastelero». Francis solía agitar sus manitas de niño en solemne éxtasis.

—Paul, Paul, ¿lo ves? Haz un pastel, haz un pastel... —Le cogía las manitas dando palmadas juntas, día tras día. Cada día esperaba ver cómo sus manos se moverían un poco por su propio impulso—. Haz un pastel, haz un

pastel...

Día tras día dejaba que las manitas cayeran y se levantaba rápida para entregarse a algún trabajo distinto. Se tardaba mucho en enseñar a los niños... Mucho, mucho tiempo. Su madre solía decir: «Me parece que tengo que estaros repitiendo las mismas cosas una y otra vez, niños». Cada día ella repetía a Paul las mismas cosas una y otra vez.

Entonces, un día, cuando ya casi tenía cinco años, ella dejó caer sus manitas. Se dirigió al baúl, sacó una cajita de juguetes que había preparado para su Navidad. Cada año había hecho planes felices.

—El año próximo prepararé un

arbolito. Seguramente ya será lo bastante grande para fijarse en las velitas y reírse con los juguetes.

No esperaba a la Navidad. Encendió la lámpara y la puso donde él pudiera verla. Abrió la caja y sacó un sonajero que había comprado, con cascabeles en el mango, y lo agitó ante él. Le cogió la mano y la cerró alrededor del mango moviéndolo con suavidad. Pero al retirar su mano, el sonajero se cayó. Quitó la lámpara de un manotazo, sollozando, sosteniéndola sobre él. No reconoció la luz. Sus ojos vacuos miraron y deslizaron la vista a otra parte.

—De nada vale seguir fingiendo —

dijo en voz alta, orgullosa. Posó la lámpara y volvió a guardar todos los juguetes en la caja, puso ésta en el baúl y lo cerró. Jamás habría Navidad en aquella casa. Ahora lo sabía. Empezó otra vez con sus antiguos sollozos.

—¡Oh Dios —repetía llorando—, ayúdame, Dios!

Su padre solía enseñarles, diciendo: «Pedid y recibiréis, porque así se nos ha enseñado».

Buscó en el baúl la Biblia de su madre. Ella y Rose la habían guardado allí. Hacía años que no leía la Biblia por sí misma. Los domingos por la tarde, cuando era una chiquilla, todos tenían que leer un capítulo cada uno. Y

algunas veces, cuando era una muchacha, la había leído por su propia voluntad, para complacerse en las fuertes y sonoras palabras. Allí estaba el Cántico de Salomón. Y después, de pronto la había dejado a un lado para leer en su lugar poemas de los Browning y *La Princesa*, de Tennyson, así tomo cuantas historias de amor podía hallar.

Hubo un tiempo en que rezó de verdad por la vida de su madre, y su madre murió. Pero su madre no era joven en realidad, y llega el momento de morir. Paul no era sino un niño, y la muerte no le aguardaba..., no antes de muchos años. Cayó de rodillas junto a su cama, uniendo las manos, cerrados los

ojos, todo su ser concentrado y entregándose. Sintió que un poder la recorría desde los pies, por los miembros, por el cuerpo, ascendiendo hacia el frío cielo estrellado, forma brillante de intenso deseo.

—¡Oh Dios, cúrame a Paul!

Concedería a Dios cierto tiempo. Vivía en una intensa espera durante días y noches. Tenía que trabajar en la casa. Había mucho trabajo que hacer, una rutina de barrer y sacar brillo, de limpiar. Trabajaba sin levantar cabeza. Los martes abría el salón oscuro e inutilizado, quitaba el polvo a todos los muebles y cuadros, a todas las superficies de madera labrada y

curvada. Ahora conocía todas las superficies sin amar ninguna. No se sentía atada a ninguna forma. Nunca había visto a nadie sentarse en las sillas. Las contraventanas no se abrían más que los martes. Los miércoles limpiaba el comedor. Había tres pesados juegos de comedor completos en los estantes. «Serán para ti cuando me haya ido», le decía con frecuencia la madre de Bart.

—¿Por qué no los usa? —le preguntaba, sincera—. Preferiría que los usara ahora.

—¿Usar para todos los días el buen regalo de boda de mi madre? —exclamaba horrorizada la madre de Bart—. Ella no lo hizo jamás, y tampoco yo.

Además, es un trabajo limpiarlo cada día. Nunca me consolaría si se rompiera algo.

Comían en platos de diez centavos. Limpió, furiosa, la anticuada y vacía vajilla. Si alguna vez era de ella la usaría todos los días, en todas las comidas y la mezclaría con los demás cacharros.

—Siempre digo —la voz de la madre de Bart venía doliente de la cocina, entre el ruido de los platos— que si se rompen las pocas cosas buenas no hay dónde ir a buscar otras nuevas.

No contestó. Movi6 los platos limpiando los bordes. Nada más que cosas y cosas. Esta casa se hallaba llena

de cosas inanimadas, cosas de las que había que cuidar. Le gustaría marcharse de todo aquello, caminar carretera abajo a cualquier sitio, para no volver jamás.

—Tengo que ser paciente — exclamó, aterrada—. ¿Cómo puedo esperar que Dios haga nada por mí cuando tan poco cumplidora soy?

Resultaba muy difícil ser paciente tanto tiempo. Esperaba, día tras día, mientras la oración le brotaba constantemente, temerosa, desesperada, inoportuna oración. Agobiaba a Dios con sus oraciones, sin creer. «De nada sirve. Paul no cambia en lo más mínimo». Y volvía a importunar, con desesperación. «No hay más

esperanza... Oh Dios, ayúdame...».

Barría con enorme energía. Frotaba las escaleras de delante, que jamás se usaban. Viviendo en la casa había llegado a parecerle un sacrilegio utilizarlas. La desaprobación de la madre de Bart hacía que toda rebelión fuese inútil.

—Eso significa tener más que limpiar —replicaba, herida, a la pregunta de Joan:

—¿Por qué tenemos que subir por esa empinada escalera de atrás?

La intensidad de su esperanza retardada la volvía malhumorada. Se enfadaba con frecuencia con la madre de Bart, furiosa por su blanda y enorme

estupidez, su inflexible obstinación... «Oh Dios, ¿cuándo..., cuándo se pondrá mejor Paul?».

—Sí —contestaba con violencia a la madre—. Ya he quitado el polvo a toda la barandilla. Sí, ya he movido la mesita de castaño con tablero de mármol y he quitado el polvo detrás del espejo.

—Bueno, no es para tanto —respondía la madre de Bart, asombrada—. No hacía más que preguntar..., por si no lo habías hecho. Yo iba a hacerlo... si tú... Voy a recoger esa fruta caída para empezar a cocerla.

Se pasaba el tiempo vigilando a Paul, probándole, intentando despertarle. Un día se lo llevó al salón,

abrió el viejo piano desafinado con el niño en su regazo, le cogió las manos llenas de hoyuelos y, sosteniéndolas, tocó suavemente las teclas. Había llovido durante todo el día, un día largo y sombrío. En el desván había caminado con él, jugado con él, hasta que el techo abuhardillado y bajo se cerró sobre ella dejándola sin aliento. La lluvia había chocado en ráfagas contra la ventana, tanto que mirar hacia fuera era ver el verde indefinido de los árboles neblinosos tras el agua, que caía torrencialmente. Se sentía tan inquieta como un niño, y tomando a Paul en sus brazos había bajado corriendo la escalera de delante —¡después de todo

soy yo quien la limpia!— hacia el piano. Canturreaba, mientras hacía que el puñito de él golpeará suave en las teclas:

—Haz un pastel, haz un pastel.

La puerta se abrió de pronto, y se volvió. La cabeza de Paul cayó sobre su pecho, hacia la madre de Bart. El ancho y vacío rostro de la mujer estaba violentamente contraído.

—Mira, Joan, eso es algo que no permito en forma alguna. Ya he aguantado bastante. Nunca dejé que ninguno de mis hijos tocara el piano y no vas tú a hacer que Paul empiece.

Cruzó el cuarto pesadamente, secándose las manos en el delantal, y

cerró el piano de golpe. Joan se puso en pie. Ahora se daba cuenta de que aborrecía a la mujer. Los aborrecía a todos. De nada servía fingir ya..., de nada servía intentar fingir. Se quedó mirando los pequeños ojos pardoamarillentos, perdida en su odio. Así a Paul con tal fuerza que empezó a llorar. Se volvió y corrió fuera del cuarto... Y todo el tiempo sabía que estaba instando a Dios. Porque, ¿cómo podría ayudarle Dios cuando era tan mala y llena de odio? En el desván empezó a sollozar. «Ese viejo piano sin valor..., es el propio hijo de su hijo... No quiero odiarla...». Puso a Paul en la cuna y se arrojó sobre el lecho,

llorando. Aquellos días lloraba mucho. Cualquiera cosa hacía que empezara a llorar.

Cuando se calmaba, permanecía a oscuras, pensando. Tenía que volver a empezar. Tenía que hacer cosas que no había hecho. Era muy fácil para las madres paganas prometer a Dios un abrigo o unos zapatos. Se levantó, encendió la luz y halló la Biblia de su madre, rebuscando en una de las páginas, llena de comentarios. Había un versículo subrayado en negro: «El que se acerca a Dios debe creer primero que Él es...».

No había creído lo bastante. Susurró con fuerza. «¡Creo! ¡Creo!».

«¡Creo!», exclamaba a diario en su corazón, cada hora, mientras barría, lavaba, zurcía. «¡Creo!», repetía, sosteniendo a Paul. Ahora ya no solía suspirar. En vez de ello murmuraba sobre él como una constante letanía: «Creo..., ¡creo en Dios!».

Empezó a ser meticulosa para consigo misma, a leer la Biblia y orar algún tiempo cada día como lo había hecho su padre. En su juventud, recordaba con terror, se había reído de las personas que eran así. Solía ser motivo de broma en el pueblo que la señora Parsons rezara siempre antes de empezar a escribir su novela del día. «Deseo que Dios bendiga cuanto

escribo», acostumbraba decir. «Si la bendición de Dios está en cuanto escribo, algún día un editor me aceptará el libro». Se había reído de ella en la inconsciente plenitud de su adolescencia. La oración era para la iglesia o para musitarla antes de dormir. Era como cepillarse el pelo cien veces, o como tener en orden los cajones de la cómoda... Todas las personas cuidadosas hacían aquellas cosas. La oración era un buen hábito. Pero de ella nada brotaba, a no ser la sensación placentera que procuraba. Aunque tal vez estuvieran equivocados. Tal vez hubiera en ella algo, un poder del que ella no se había dado cuenta.

«Reza, Rose —escribía casi sin darse cuenta—, reza por Paul».

«Dios», clamaba al cielo y a las colinas mientras caminaba por el bosque verde de nuevo con la primavera..., ¡increíble primavera que año tras año llegaba!, siempre igual. «¡Dios, ayuda a mi pequeñuelo Paul!».

En su anhelo de persuadir a Dios, susurraba como una criatura, al oído de su madre muerta. «Si ahora te hallas cerca de Dios, ¡háblale de Paul!».

Pensaba que si había algún medio, ella lo hallaría y lo haría... Pero Paul seguía sin conocerla. Comía y dormía, haciéndose más pesado mientras ella le asistía como lo había hecho siempre.

Pese a toda su llamada no había signo de que fuera escuchada.

—Bart, se me ha ocurrido que deseo ir a nuestra antigua iglesia. Quiero que un domingo te quedes en casa con Paul.

Quizás en la iglesia familiar pudiera volver a capturar el sentido de la infancia en el que recordaba que Dios estaba cerca y la amaba. Solían dar por descontado el amor de Dios hacia ellos.

—No tienes que hacer nada —añadió, para Bart—. Tan sólo estar en la casa... No le toques, a menos que llore. —Se sentía celosa del immaculado cuerpo de Paul. No quería que las sucias y grandes manos de Bart le tocaran.

—Claro..., me quedaré.

Habló con tal calor, que le miró sorprendida. Por entonces apenas si le dirigía la palabra, y ella no le hablaba, a menos que tuviera que hacerlo. Entre ellos estaba aquella eterna espera muda de preguntas y respuestas. En cuanto él abría la boca, ella reunía todas sus fuerzas, dispuesta a la negativa. Si era ella quien tenía que hablarle, la conversación podía derivar a que él le hiciera la pregunta. El silencio significaba seguridad. Al principio, él le tocaba a menudo la mano, creando toda clase de oportunidades para rozarla al pasar. Aprendió a mantenerse alejada de él, a entrar y salir de prisa, fría, sin tocarle nunca.

—¡Parece que crees que estoy sucio o así! —le gritó él una vez.

Ella apartó la vista sin contestar. Era verdad..., la carne de él le resultaba como la suciedad.

Por fin él no se esforzó ya más. Iba y venía de los campos, comiendo en grandes cantidades, durmiéndose en cuanto terminaba de cenar. Ella dejó de sentir su opresión. Se conformaba con callarse con ella como con los demás. Todos vivían en un círculo de silencio. Ahora Sam salía con una chica, la hija de un campesino que vivía a cinco o seis millas de distancia. Cada tarde, después de ordeñar, se lavaba, cenaba en solemne inquietud. Ya no gastaba

bromas torpes ni la contemplaba en secreto. Iba a casarse, estaba instalado, o pronto lo estaría. La madre de Bart protestó un poco.

—Dicen que Annie Beard es muy buena cocinera, pero gasta mucho azúcar y mantequilla. Una vez comí un pedazo de su pastel en la cena parroquial, y era tan dulce que empalagaba. A mí no me gusta más que el bizcocho... El resto es para echar grasas —suspiró.

No era decente decir más. Sus hijos eran varones y suponía que debían comportarse como tales. Puesto que Bart no se quejaba ya, adivinaba que Joan y él debían de haberse arreglado de nuevo. Después de todo, el cuarto de él

estaba junto al pie de la escalera del desván, y ella ya le había dicho a Joan...

—Ya puedes irte —dijo Bart, ruidoso, el domingo por la mañana, en el desván—. Paul se queda muy bien con su papá, ¿verdad, Paul? —Y sonrió hacia la cuna.

Ella se puso el sombrerito blanco de paja que tenía desde antes de casarse. No lo había usado en tanto tiempo que todos lo habían olvidado. También su vestido blanco de hilo era viejo, pero era lo bastante sencillo como para que no se notara. Estaba más delgada que antes y le quedaba un poco holgado en las caderas. ¡Hacía tanto que no se había

visto así vestida...! Tenía el rostro más delgado, las líneas de sus huesos se destacaban con claridad, y la boca no era tan llena como lo fuera. Los labios estaban apretados y firmes. Pero seguía conservando la tez y los labios rojos.

Se apartó de Bart. Sabía que aún seguía siendo lo bastante bonita, y no quería que él se diera cuenta.

—Caminaré desde Corners. Puedo ir en la carreta con ellos hasta allí. Luego, el camino es corto.

Pero Bart no se fijó para nada en ella. Se había echado en la cama y contemplaba las vigas.

Llegó a la iglesia algo tarde. Todos cantaban cuando ella se deslizó en el último banco y se sentó. Inclino un instante la cabeza y de pronto se puso a temblar. Estaba muy cansada. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta llegar a este sitio familiar. El cántico proseguía suave. Los viejos cantaban con dulzura:

*Tal vez no
ascendamos por la
escala celestial
para atraer al
Señor Cristo.*

El órgano recogía las notas con delicadeza, con sordina. El sol entraba como en barras, de la manera que solía hacerlo a través de las ventanas cerradas, posándose sobre el aire quieto y muerto. En todo su cuerpo, pequeños nervios empezaron a relajarse y temblar. Deseaba llorar de nuevo. Deseaba llorar por sí misma, compadecida, a voces: «He pasado una época muy mala. En verdad que he pasado una solitaria y mala época».

El cántico se suavizó en un «Amén», y la gente se sentó. Todas las espaldas estaban vueltas a ella, pero las reconoció. Aquél era el sombrero de

verano de la señorita Kinney, el sombrero de rafia tostado con el círculo de cerezas encarnadas. Allí estaban sentados los señores Billings. Él estaba más gordo que nunca, y la señora Billings ya empezaba a dar cabezadas, bendita ella. Pero los hijos no estaban. En el asiento del órgano vio la espalda de Martin Bradley, angulosa, tan recta y delgada como antes. Tenía el cabello casi blanco. Movía los dedos sobre las silenciosas teclas como siempre lo hacía durante la lectura de las Escrituras. El anciano señor Parker había muerto. Una vez lo leyó en el periódico. Murió poco antes de retirarse con sus ahorros, como siempre temió que le sucedería. Había

ahorrado y ahorrado para tener una rentilla, escatimando todos los días para poder ser independiente en su vejez, y alguien la estaba aprovechando, alguien que nunca se preocupó por él, pues nunca se había casado. «Nunca he tenido lo bastante para respaldar mi invitación a una dama a que comparta mi pobreza», solía decir. Una vez lo dijo en una cena parroquial..., cuando la señora Mark todavía contaba con sus piernas. «He pedido al Señor una esposa, pero no ha habido respuesta. Creo que no pedí lo que debía». Y la señora Mark, cortando diestramente una enorme tarta escarchada, le había gritado fuerte: «Así es, hermano Parker, ¡usted nunca pidió a

una señorita^[2]!».

Todos habían soltado la carcajada, y el señor Parker había sonreído dolorido y se había alejado. La señora Mark era conocida por ser algo indelicada para una dama.

Joan, sentada, sonreía al recordar, olvidando durante un instante la razón de haber venido. Había tantos recuerdos aquí, en este sitio..., su madre, Francis, Rose, ella misma. Más que nada le dolía recordarse a sí misma. Era como recordar a otra persona, una joven y ardiente muchacha. Se abrió la puerta de la sacristía y alzó rápida la vista acordándose de su padre. Pero en su lugar salió un hombre aún joven, calvo,

con un oscuro traje apropiado. Empezó a hablar con una voz áspera y práctica.

—La lección de hoy la hallamos en...

Leía de prisa, simplemente, sin acentuar para nada la poesía de lo que leía, y se sentó con brusquedad. En el coro, una mujer se puso en pie y cantó con clara y aguda voz de soprano. Era su esposa. Joan recordó aquella voz alta y definida: «¿No hay sino un cuarto de baño en la rectoral? ¿Qué clase de cocina tienen ustedes?».

Inclinó la cabeza esperando a que terminara el canto. Cuando cantaba la congregación, podía seguir recordando. El suave murmullo de las viejas voces,

el apagado órgano... Recordando, tal vez recordara a Dios. Su padre invocaba tan bien a Dios en aquel sitio... ¡Ojalá pudiera sentir que Dios era verdad!

Hubo un breve y práctico sermón; se leyeron algunos avisos.

—Después del servicio tendremos en la sacristía la reunión habitual. Interrumpiré la reunión para la oración de los miércoles mientras me voy de vacaciones en julio.

Un joven extraño efectuó la colecta y ella denegó con la cabeza. Había olvidado traer dinero.

Entonces, de pronto, al ponerse en pie para cantar el último himno, se dio cuenta de que no podría hacerles frente.

No podría soportar las apremiantes preguntas: «¿Joan, qué es de ti?». «Ya no te vemos nunca». «Qué gusto verte de nuevo en la vieja iglesia, Joan». Estaba en sus manos, pues todos la habían conocido muy bien. No podía ocultarse. Se volvió, saliendo apresurada de la iglesia, y bajó por la calle. Tras ella oía el suave sonido de su canto tranquilo y viejo. El canto hacía que el mediodía pareciera irreal.

—... ¿Ha estado bien Paul? — preguntó a Bart.

—Pues claro —la voz de Bart sonaba espesa y rara, como si hubiera estado bebiendo.

Pero no podía haber bebido en

aquella casa. Cuando algún extraño pedía al padre de Bart incluso una cerilla, no se la daba si sabía que era para encender una pipa o un cigarrillo. «Eso debilita la carne», solía decir. De forma que hasta beber sidra era algo malo.

Ella le miró atentamente, mas él no le devolvió la mirada. Tenía el rojo cabello revuelto y se lo alisó con torpeza.

—Has estado durmiendo —le recriminó Joan.

—Sí —musitó.

—¡Dormido cuando tenías que cuidar de Paul!

—Bueno, pero está bien, ¿no?

De pronto se le hizo un nudo en la garganta. No podía soportar mirar a Bart. Esperó a que se le deshiciera. No tenía importancia, siempre que Paul estuviera bien.

Importunaba a Rose para que rezara por ella, mientras ella presentaba su propia oración ante Dios. Y rezaba tanto que casi llegó a creer que sus oraciones atravesarían los muros que la rodeaban y llegarían a ser oídas más allá. Pero por la noche era difícil creer. Durante la noche, sola con Paul en el desván, con el baúl de cubierta redonda apoyado contra la puerta, en la oscuridad de la noche profunda, podía dudar, y dudaba con frecuencia... «Tengo que recordar que

esto es sólo porque es de noche y todo está tan silencioso, y porque no tengo a nadie cerca. Tengo que recordar que creo en Dios y que pronto amanecerá».

Pensó con humildad en Rose, que era tan buena, tan segura. Las oraciones de Rose contarían ante Dios. Por la noche era un consuelo pensar que al otro lado del mar, lejos, Rose también oraba por ella. Y por la mañana, cuando el sol inundaba las copas de los árboles, le parecía que las oraciones de Rose serían escuchadas.

Mas había pasado mucho tiempo desde que tuviera noticias de Rose. Una mañana, a finales del verano, se dirigió al buzón junto al camino. Cuando vio al

cartero en su viejo «Ford», se puso a correr. Él solía detenerse apenas allí, raras veces más de una vez a la semana para entregar el *Sunday School Times* o alguna circular para las granjas.

—¡Buenos días, señor Moore! —le saludó, alegre.

Era uno de sus instantes de olvido. La mañana estaba clara sobre las colinas, la tierra hervía de sol y calor. El aire era tranquilo y fértil, ardoroso. Sintió sus pies seguros y vigorosos sobre la tupida hierba. Era imposible no tener esperanzas aquella mañana, Paul estaba tan bien, tan plácido, era tan bueno...

El señor Moore le sonrió, con sus

desdentadas encías.

—Hay una carta del extranjero para usted. ¡Ya le están brillando los ojos! —añadió, pues siempre le gustaba traer cartas del extranjero.

—¡Estupendo! —exclamó, gozosa—. Ya sabía yo que sucedería algo agradable..., ¡es una de esas mañanas placenteras!

—No es mal día —admitió el señor Moore. Hacía tanto calor que se había quitado la chaqueta e iba con su camiseta oscura y una camisa gris. Se sintió algo apurado cuando ella tendió la mano sencillamente para la carta—. Me hubiera puesto la chaqueta de haber sabido que saldría usted —se excusó.

Ella tomó la carta, sonriéndole con calor. Era carta de Rose, con la dirección escrita a máquina con claridad. Rob no había escrito nunca.

Rose decía que Rob estaba tan ocupado..., y tenía además sus propios padres a quienes escribir. Rob estaba con frecuencia abriendo nuevos campos, Rob se abría camino hacia el Noroeste entre pueblos mahometanos, por desiertos, hacia las altas y desérticas mesetas cercanas al Tibet, donde los hombres se parecían a los indios, delgados, oscuros y orgullosos.

—Bueno, estará usted deseando leer su carta —dijo el señor Moore.

Su coche produjo un gran estrépito y

agitó mucho el polvo. Lo puso en movimiento con una sacudida, impulsó el motor con un gemido de engranajes, y el vehículo, tosiendo, se puso en marcha.

Metió la carta entre los pliegues de su vestido y subió al desván. La mañana estaba mediada, y había una pausa en el trabajo. Dentro de algunos instantes tendría que ir a la cocina a pelar patatas. Pero estos escasos momentos estaban vacíos. Paul dormía en un cesto de ropa bajo el manzano. Ella se sentía siempre más dichosa cuando estaba dormido. No era sino un niño dormido. El desván empezaba a parecer su propio cuarto. Era su incontrolable instinto de

embellecer toda habitación. Había cosido cortinillas verdes fruncidas para la ventana con gablete y una cubierta para el baúl. El invierno último unió pedazos distintos de telas formando una alfombra redonda. La madre de Bart le había enseñado cómo hacerlo. Eran trozos de descoloridas y viejas camisas de trabajo, demasiado gastadas para ponérselas, pero ella las había teñido de verde castaño. Se sentó en una silla de brazos que hallara en el ático y que había cubierto con la misma tela verde de las cortinas. Rasgó el sobre de la carta.

Siempre había sido un lujo leer las cartas de Rose una y otra vez, despacio,

extrayéndoles todas las imágenes. Lentamente, a través de las parcas descripciones de Rose, había ido construyendo el cuadro de una casa misional cuadrada, oscuros sirvientes que entraban y salían, un jardín cubierto de helechos, lirios moteados y plantas que crecían de prisa.

«Pero ya ves, hay serpientes y ciempiés», le había escrito Rose. «Tenemos que vigilar a David constantemente». Veía claramente a David como un niño pequeño, demasiado delgado, intrépido. David estaba siempre escapándose. David siempre tenía que ser buscado, y le encontraban junto al río, con los

marineros de los juncos, o en la plaza del mercado. A veces le encontraban los primeros, pero otras, antes de que le hallaran, alguien llamaba a la puerta del muro y veían a un hombre, un campesino de piernas desnudas o un culi portador de ricka^[3] que asía con firmeza la mano del niño.

—Se escapa pese a todo —escribía Rose con ansiedad—. Nada es capaz de retenerle dentro de los muros.

Leía absorta cada carta, ansiosa de ver a David, riéndose de David, a diez mil millas de distancia.

Rasgó el fino sobre chino... Pero no era verdad, no lo eran aquellas palabras parcamente escritas allí. ¡Una carta no

podía llevar semejante mensaje, una carta corriente! Las líneas se entrecruzaban según iba leyéndolas. Mejor sería volver a empezar despacio y con cuidado para desenmarañar las ideas. El nombre de John Stuart (aquél era el doctor de la misión). Rose le había hablado un poco de John Stuart. «Es un servidor fiel —le había dicho Rose—, un hombre de pocas palabras». ¡Pocas palabras! En aquel puñado de palabras escribía: «Y sin previo aviso los bandidos irrumpieron en la ciudad y forzaron las puertas del recinto. El señor y la señora Winters fueron muertos casi inmediatamente, según supimos más tarde por los que observaban a los

asaltantes. Los niños fueron salvados por su fiel aya. La niña no contaba sino once días. Huimos...». Las líneas volvían a danzar y retorcerse.

Rose, te vas a quedar en la cama y retener aquí contigo a los niños y a la amah. Yo iré a su encuentro. Les hablaré con calma y les diré que sólo estamos aquí para ayudar al pueblo, para darles el verdadero conocimiento de Dios. ¿No tienes miedo?

—No, Rob. —Rose estaba echada en la cama en medio del cuarto, mirándole. De nuevo parecía una muchachita, sonriente, brillantes los

ojos—. Me siento como si toda mi vida me hubiera conducido a este momento.

—Dios, en quien hemos creído... — empezó él rápidamente, con la mano en la puerta. Se oyó un enorme griterío en la calle.

—En quien hemos creído —repetía ella, ansiosa la voz en las palabras. Él abrió la puerta con rapidez y salió. El silencioso niño se libró del abrazo de la mujer china y corrió a la ventana. Gritó de pronto, fuerte:

—Madre, dan golpes...

La puerta se abrió de repente y los hombres irrumpieron en el cuarto. Estaba perdido... Su madre estaba perdida. Era como el agua que entrara

a borbotones por la puerta y los ahogara. Una mano se tendió hacia él, tirando de él...

La carta proseguía: «Los encontraron; él en el umbral, apuñalado, y ella, desnuda y apuñalada en el dormitorio de su casita contra el muro de la ciudad. Probablemente todo sucedió muy de prisa. Por la noche fueron enterrados en secreto en el jardín por algunos amigos... Yo llevaré los niños a casa».

Permanecía sentada, con la carta en su regazo, intentando convencerse de que estaban muertos. Había confiado en

que Rose rogaría por ella, y Rose llevaba semanas enterrada en su tumba. Hubiera dicho que con seguridad tenía que haberlo sabido, que su esperanza, volando por el espacio, se enfrentaría a una barrera y caería, vencida. No había habido señal.

No había intuido que Rose estuviera muerta. No lo había sabido. Pero todo aquel tiempo Rose estaba muerta.

Y ahora, cualquier día, siguiendo a la carta, aquel hombre vendría trayendo a los dos niños de Rose a través del mar, hasta ella, para que fueran de ella. Bajo este techo tenía que hacerles de alguna forma un sitio. El ático se amplió a su alrededor, hasta los aleros. Si

podiera poner dos camitas allí, al sol, lejos del viento...

Se movió en silencio en el hermosísimo día de calma. Aún no podía hablar a nadie. Siguió haciendo cosas en la silenciosa mañana, atontada, con frecuentes lágrimas en los ojos. Hiciera lo que hiciera veía a Rose en algún momento pasado... Rose, compuesta, hasta cuando era una criaturita, decidida, sabiendo siempre lo que haría, convencida de cómo tenía que hacer su vida. Pero no podía decidirse contra la muerte. Tan irrazonable como la idiotez era la muerte. No había sino aceptarla.

Pasó aquel día y el siguiente con el

secreto de la muerte dentro de ella. Para ellos nada significaría que Rose hubiera muerto. Nunca habían visto a Rose, a Rose de pie para recibir el vestido como una lluvia de flores veraniegas cayendo sobre sus blancos hombros, a Rose moviéndose por la casa con su dulce mirada resplandeciente.

—Todo este jaleo que se trae el Gobierno con los campesinos no va a servir de mucho —decía quejándose el padre de Bart—. Las cosas van peor. En tiempos de mi padre...

Rose yacía ahora a diez mil millas de distancia, en una colina baja que daba a una llanura tibetana, en un jardín junto a los muros de una ciudad.

—... Este otoño las manzanas no van a venderse a más de dos dólares el barril —continuaba—. Haz tanta compota como puedas, Minna. Comeremos manzanas.

Y John Stuart le traía dos niños, dos niños más...

—... No sé cómo vamos a vivir, Annie y yo, con lo poco que gano —decía Sam. Temía a su padre, y su rostro aparecía más rojo que nunca—. Es una buena administradora, pero...

—Tendrá que serlo —dijo el padre.

Metió una miga en el café y la chupó.

Los niños podrían comer manzanas, pan y leche. Ella les conseguiría la

comida. Encontraría un trabajo. Pero le quedaban menos de doscientos dólares de los quinientos. Semana tras semana habían ido para el pequeño Frank.

—¡No puede administrar lo que no tiene! —gritó Sam, harto.

—No creo que yo tenga obligación alguna de tener que mantener a las esposas e hijos de mis hijos.

De pronto ella habló por todos, pues no le temía.

—Trabajamos todos.

—Demasiadas mujeres en la casa —murmuró él con la boca llena de trozos goteantes.

—No todos los niños no son tan buenos como Paul —dijo la madre de

Bart—. Y de todas formas, casi no da trabajo.

—No —añadió Bart, dejando de masticar—, tienes razón, mamá. Paul no da nada de lata.

No, pensó con tristeza, escuchando, sólo la lata bastante como para destrozar el corazón de su madre. Y David, que venía desde el otro lado del mar y que estaba siempre escapándose. Querría escaparse de esta casa. Las paredes no podrían retener a David. Le quedaban menos de doscientos dólares, y eran tres niños... y Frankie..., cuatro niños.

El domingo, en la iglesia, se sentó, ansiosa, haciendo planes, pensando. Paul aún tenía que curarse, pero faltaban

los dos que venían. No pudo orar. Hoy la iglesia no estaba llena de recuerdos. No podía sentarse a pensar en el pasado, ni siquiera en su padre y su madre. Tenía que hacer planes para lo que venía. El ministro empezó a hablar.

—Hoy hemos de orar por uno de nuestros miembros que se halla en profunda aflicción. Dios ha tenido a bien llevarse como mártires a Robert Winters, hijo de los señores Winters, misionero en China, y a su esposa. Hace ocho años la joven pareja salió de esta iglesia, y hoy descansan en sus tumbas. Roguemos por nuestros hermanos, los afligidos padres, por los niños huérfanos...

No puso el nombre de Joan entre los parientes. No la conocía.

Su voz untuosa proseguía. La gente inclinó la cabeza. Sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y se levantó bruscamente en medio de la oración. Sí, pero habría que hacer algo. Tenía que hacer algo. Se sintió traicionada. Mientras había estado rezando... Caminó con presteza por la calle, a casa de los Winters. En la ventana de la casa de al lado vio la vieja y blanca cabeza de la señora Kinney como un tembloroso esqueleto, pero no la llamó ni le hizo señal alguna de saludo..., la anciana señora Kinney, siempre cuidándose, viviendo sin más,

inútilmente. Corrió escaleras arriba, tocó el timbre, y el señor Winters salió a la puerta. No habían ido ese día a la iglesia, pero él estaba con la chaqueta puesta porque era más digno ante semejante dolor. Era un dolor auténtico. Tosió ahogadamente al verla y dijo en voz más alta de la que utilizaba normalmente:

—Ha pasado mucho tiempo desde que te vi, Joan. Entra. Mattie está echada. Está terriblemente conmovida. Parece como si echara la culpa a Rob y Rose de lo ocurrido. —La siguió al saloncito limpio y cuadrado—. Iré a decírselo. —Se detuvo a la puerta, y volviendo la vista, su rostro largo y

pálido, dijo con melancolía—: Siempre he sentido que no le enviáramos aquel perfume —habló con brusquedad.

Se le quebró la voz, y salió, arrastrando las zapatillas.

Se sentó a esperar. Una vez, en este mismo cuarto, Rob había dado una fiesta de cumpleaños, y el pastel estaba en la mesa central cuadrada y tallada. Había ofrecido el primer trozo a Rose, y Rose había comido un poco, guardado el resto en el pañuelo, y se lo había llevado a casa. Aquélla era la diferencia entre Rose y ella. Joan siempre se comía el pastel de prisa. Rose decía: «Sabía que habría helado y cosas que no podría llevar a casa, así que me guardé el

pastel y dos trocitos de azúcar». Pero ella no sabía prever así. Rose había ido vestida de rosa, y ella, de amarillo.

De pronto entró la señora Winters. Parecía mayor. Estaba más delgada, mucho más delgada. La piel parecía colgarle, como si la carne se le hubiera fundido debajo. Pese a lo cálido del día, llevaba sobre los hombros una vieja capa de paño negro.

—Hola, Joan, fíjate...

Joan se levantó con presteza, la rodeó con sus brazos, y durante un segundo la señora Winters se apoyó en ella. Después se apartó, sentándose, secándose los ojos rápidamente con su pañuelo.

—Si me hubiesen hecho caso... —
Sus labios gordezuelos y azulados temblaron ligeramente—. Pero nunca me escuchaban. Y ahora ha sucedido esto... Los dos niños... Yo no estoy nada bien, y en los dos últimos años los asuntos del almacén han decaído. Si Rob me hubiese escuchado y se hubiera quedado en casa... ¿Qué son los rojos? No he podido entenderlo.

—Nunca lo entendemos —repuso Joan, rápida—. Yo me quedaré con los niños.

—Pero ¿cómo estás tú? —preguntó, dudosa, la señora Winters, mirándola.

Joan sonrió. En este cuarto se había comido una vez todo el pastel en su

plato, al momento, sin pensar en mañana.

—Estoy muy bien —opinó, decidida—. Vivo en una granja. Tengo un hijito, ¿sabe? Es una casa muy grande..., hay mucho sitio en la casa.

Ella tomaría la casa, y con ella arrojaría a los niños, sus niños.

—Yo no estoy bien —dijo por fin la señora Winters contemplando la limpia habitación—. Rob era un hijo tan bueno... Nunca revolvía nada. Yo digo que no hay derecho a que las personas se vayan al confín del mundo y dejen sus hijos para que otros los cuiden. Pero cumpliré con mi deber hacia los hijos de mi propio hijo, claro.

El señor Winters, se sentaba encogido, sin decir nada.

—Pero yo los quiero... También son hijos de Rose —exclamó Joan—. Yo los traeré a veces, y usted podrá aconsejarme y ayudarme...

—Pues claro que haré cuanto pueda —dijo la señora Winters asintiendo con la cabeza tristemente—. Siempre deseo hacer cuanto puedo..., y lo hago...

—Desde luego que lo hace —repuso Joan con suavidad. La señora Winters parecía anciana, cansada y desconcertada, mucho más desconcertada que el día en que se casaron Rob y Rose—. Adiós, no se preocupe. Yo me las arreglaré.

Salió de prisa.

Caminó despacio por la calle, llegó a la carretera, con el corazón firme, dolorido y exultante. Ella tendría a los niños. Siguió impaciente, lleno su cuerpo de impetuosa generosidad. No sabía cómo se las arreglaría, pero lo haría. Tenía que escribir a Francis y decírselo. Él nunca le escribía, pero ella seguía haciéndolo, porque a su madre le hubiera gustado.

Y de pronto se halló ante la casita de piedra de la señora Mark. Se paró en seco. Entraría, puesto que era temprano. No había tenido noticia alguna de la señora Mark en mucho tiempo, ni había ido a verla. No había querido que la

rudeza de la señora Mark la hiriera; la voz agria de la señora Mark diciendo: «¿Cómo se te ocurrió ir y casarte con semejante prisa? Un patán...».

Pero hoy podía enfrentarse a la señora Mark. Hoy no le importaba... nada de cuanto había hecho. Abrió la puerta y llamó, contestándole una voz ruda aquejada de ronquera. La señora Mark yacía enterrada bajo una gruesa manta de algodón acolchado. Su cara la miró con la cansada y expectante mirada de un mono viejo y doliente.

—Me alegro de que hayas venido, Joan Richards. He esperado durante un tiempo mortal que viniera alguien. Estoy muerta desde ayer al mediodía de

cintura para abajo. Ya nunca podré moverme de la cama.

—¡Oh, señora Mark!

Esperaba gruñendo un poco mientras Joan calentaba la sopa, que halló congelada en un cazo. La bebió despacio, y un aire más suave se extendió alrededor de su arrugada boca.

—Lávame —ordenó—. De cintura para abajo no me importa que el agua sea fría o caliente, pero arriba que sea caliente. Mientras pueda, quiero sentir.

Cuando la hubo lavado y dado de comer, Joan dijo con ansiedad:

—Tendré que buscar a alguien que venga a quedarse con usted.

—No quiero a nadie —repuso con

presteza—. Puedes ponerme cerca un poco de pan y leche y el orinal limpio y volver dentro de un par de días. Odio el dar quehacer. No duraré más de una semana o dos, a lo sumo. Una pulgada más, o algo así, y alcanzará mi corazón.

—¡Y tal vez esté usted sola! — exclamó Joan.

—Todos estamos solos.

—Me alegro de haber venido en este momento.

Pero la señora Mark la miró suspicazmente.

—No vayas a creerte que rezaba para que vinieras. Yo no rezo. Me quedo aquí echada y lo aguanto, pues no me pasa a mí peor que a otros. Ha sido el

azar..., como fue un azar el que tú entraras. No hubiera sucedido nada distinto aunque...

—No la dejaría si no fuese por Paul.

—Vete. —Los ojos de la señora Mark eran pequeños, oscuros y agudos con la tragedia mortal de los ojos de un simio—. Vete ya. —Cerró los ojos y esperó que ella se fuera.

—Me voy, pero volveré mañana —dijo Joan.

Mas la señora Mark no le contestó, y salió.

Se había quedado más tiempo del que creía en casa de la señora Mark. Cuando llegó a Corners, el sol, ya en el cénit, iniciaba su descenso. No se veía

rastro del carromato. Buscó en el polvo profundo del camino y vio el hondo surco de las ruedas, doble, que iba y venía. Se notaba la ligera oscilación de la rueda derecha, que se deslizaba un poco. Estaba floja en el eje. No había señal de patas de caballos que agitarán el polvo.

Apretó los labios y echó a andar a grandes zancadas.

Paul tendría hambre, y ellos no le darían de comer. Nadie le había dado nunca de comer más que ella. No era fácil hacerlo, ni agradable. Hacía falta mucha paciencia. Tenía que prepararle la comida, aplastarla y metérsela en la boca una y otra vez cuando se le

escapaba. Le dejarían que estuviera hambriento hasta que ella llegara. Nunca parecía ocurrírsele a nadie que Paul pertenecía a la familia tanto como Bart o Sam. Pero no tenía que amargarse. Era fácil no amargarse con pequeñeces cuando todo marchaba bien. Pero ahora la pena oprimía su alma.

Aceleró el paso hasta que casi corría por el polvo caliente. Se quitó el sombrero y dejó que el sol le diera. Sus pensamientos se acompasaban a sus pies. Tenía que conseguir de alguna forma poder volver el día siguiente a casa de la señora Mark. Le había puesto al lado pan, leche y té, y dos latas de sopa, llenándole la lamparita de alcohol.

Si pudiese hallar a alguien que fuera todos los días..., tal vez lo hiciera Fanny si le añadía otro dólar por semana. Tenía que conseguir más dinero de alguna forma. Tal vez si escribía a Francis le enviaría algo.

O quizá pudiera ganar algo de alguna manera. Solía creer que podía escribir canciones. Pero ¿qué iba a poder cantar ahora? No tenía canción que cantar. No podían brotar canciones de días como los que ella vivía. Ni siquiera podía cantarle a Paul. Ahora que la tragedia la agobiaba, vivía en un silencio aún más profundo. Siguió andando bajo el cálido cielo azul.

No había rezado los dos últimos

días desde que llegara la carta. Ya no había por qué. Todo se había parado dentro de ella, cada voz..., hasta su propia voz. El cielo era un vacío azul, profundo, infinitamente vacío y azul. Se detuvo un instante a escuchar la intensa calma del cielo. Pero no estaba completamente silencioso. Se aproximaba un sonido apagado, que crecía constantemente. Tenía que ser un avión. Alzó la vista con rapidez. Muy lejos, por encima de ella, pasó el plateado aparato, atravesando limpiamente el cielo. El sol vertía calor sobre su cabeza y ella permanecía abandonada a él, con el rostro alzado. El cielo no estaba vacío. El cielo era un

mar para que navegara aquella nave. Sonrió, olvidando... Aquélla podría ser una canción si continuaba con ella. Entonces recordó que Rose había muerto y volvió a correr.

Cuando dobló la curva del camino junto al viejo olmo escuchó un ruido. Estaba tan acostumbrada al silencio que caía pesado sobre la casa, que no pudo creer que salía de ella. Alguien gritaba, una voz de hombre, fuerte, áspera, dando voces. Oyó el crujido de muebles volcados. Chilló una voz de mujer..., una voz desconocida para ella. Algo le había pasado a Paul. Corrió con mayor rapidez, la boca seca, cortándosele el sudor en el cuerpo. La carreta estaba

quieta a un lado del camino. Los caballos coceaban y se agitaban, sacudiéndose las moscas, y relincharon al verla. Corrió sobre la hierba. Podía distinguir las voces, el padre de Bart, la pesada voz de Bart, la madre que suplicaba: «Vamos, padre...». La voz desconocida que lloraba y lloraba, la voz complaciente de Sam que instaba:

—Déjalo, papá..., ya está hecho, ¿no?

Llegó a la puerta lateral abierta del comedor, sin aliento.

—Está Paul..., está Paul... —Y se detuvo.

Bart y su padre peleaban, y la madre y Sam se aferraban a ellos para

separarlos. Sam agarraba a Bart, y la madre se colgaba del viejo. Bart estaba de pie, enorme, sólido, apartando los torpes y duros golpes del padre. Al oír su voz se separaron. Se sintieron avergonzados ante ella.

—¡Sentaos! —rugió el padre.

Bart recogió la silla volcada y se sentó, enfurruñado. El viejo también se sentó, agitando las manos, y se sacudió el polvo de la ropa. La madre se dejó caer en una silla y apoyó el codo en la mesa. No habían comido. La mesa estaba aún cubierta y no se notaba olor alguno a comida.

Entonces vio a la muchacha, aquella torpe y tonta muchacha, hija del granjero

de la colina vecina. La conocía. Eran descuidados, dejaban que las vacas se secaran y a veces la chica venía a por leche, no a la casa, sino a la cuadra, donde ordeñaba Bart. Allí se sentaba. Se había pintado la cara y tenía la pintura corrida por el llanto. Los brazos estaban desnudos y sus manos eran gruesas y rojas, como las de Bart. No miró a Joan. Ninguno la miraba. Pero el ruido había cesado al sonido de su voz.

—¿Está bien Paul? —volvió a preguntar con brusquedad.

—¡Eso es todo lo que se te ocurre! —exclamó la madre, alzando la cabeza—. No piensas en nada más que en ese chiquillo mudo... ¡Has echado a perder

a Bart! —Su pesada cara pálida estaba manchada de rojo.

La chica volvió a llorar, con un llanto fuerte y estúpido.

—No sé a qué se refiere —dijo Joan.

La chica se miraba las gruesas manos rojas unidas sobre el regazo de su vestido de algodón rosa. Había visto chicas así. Había muchas chicas así. Venían al almacén del señor Winters los sábados por la mañana a comprarse vestidos de cincuenta y nueve centavos, rosa y azul.

—¡Yo te diré lo que significa! —le gritó de pronto el padre de Bart, volviendo la silla hacia ella—.

¡Significa que al volver a casa de la iglesia hemos hallado a Bart acostado con esta chica en el heno! Tú y tus modales, creyéndote que eres demasiado fina para nosotros..., demasiado fina para cumplir con tu obligación hacia Bart..., le has empujado a hacerlo..., ¡es como si no hubiera tenido mujer hace años!

Se quedó mirando a Bart. Permanecía sentado, su cuerpo pesado e inerte, el pelo revuelto, la cara gruesa y roja, las enormes manos entre las rodillas. Bart y esta chica... De pronto se sintió mal, el estómago revuelto de asco. Su horrible cuerpo pesado y grueso... La muchacha seguía gimiendo.

Se pasó la mano por la nariz y luego por el borde de su blanca enagua almidonada.

—¿Está Bart enamorado de esta chica? —preguntó.

—¡No quiero nada de palabrería! —gritó el padre. Seguía agitando los brazos como si aún luchara—. Si tú hubieses cumplido tus deberes de esposa... —Se le quebró la voz. Se pasó la manga por la frente—. Es horrible que ocurra una cosa así en esta casa de un hombre temeroso de Dios y cumplidor con la iglesia —musitó, agitado.

—Bart es un buen chico —empezó la madre—. Bart es un buen chico de

verdad. He educado a mis hijos para que fueran buenos muchachos.

Bart tosió, juntó las manos y las dejó caer de nuevo. Sam se apoyó en la silla. En su ropa de ir a la iglesia parecía limpio y amable junto a Bart. Bart iba con su vieja camisa y pantalones de trabajo, descalzos los pies. Pero por la mañana, cuando ella se había ido, estaba vestido con su traje azul de los domingos. De pie en el umbral, apoyada en la puerta, los miró. La esperaban. Todos estaban esperándola para ver qué haría. Pero no sabía qué hacer. Miró a su alrededor, a cada uno, y sintió su dolor. Sufrían aquel viejo y aquella anciana. Sufrían, sin comprender la

razón. No comprendían nada, en realidad no más que Paul. Pero la verdad es que nadie entendía por qué le sucedían cosas. Podría haberles tocado las manos sin sentir repugnancia por vez primera, y decirles: «Seamos pacientes los unos con los otros porque ninguno sabemos por qué...».

Pero era cierto. Había sido injusta con Bart. Les había hecho mal a todos. Había venido a aquella casa de gentes sencillas, de buenas gentes. Bart no era malo..., sólo era estúpido. Ah, Paul le ayudaba a entenderlos a todos... Paul, que había nacido como era y que no tenía la culpa.

—Sí —dijo—. Tienen razón. He

obrado muy mal.

La miraron atónitos. No habían esperado que ella se mostrara amable. No era suave por naturaleza. Pero Paul la había enseñado a ser suave..., había aprendido a ser infinitamente suave.

—Yo no... —empezó a tartamudear Bart.

—No te echo la culpa —prosiguió con rapidez—. No me digas nada, Bart. Tú... Quizás esa muchacha te hubiera hecho feliz. Yo te he defraudado.

La chica cesó de llorar y escuchó, puestos los ojos en los polvorientos zapatos de Joan. Su boca áspera estaba hinchada y fruncida, los pálidos ojuelos perdidos en los abultados párpados. Se

parecía a la chica que fuera a casarse a la rectoral hacía tanto tiempo...

—¡No admitiré un divorcio en esta casa! —gritó el padre—. Eso es peor todavía. Lo que Dios ha unido...

—Bart y yo no estamos unidos..., no podríamos estarlo... Aunque viviéramos juntos toda nuestra vida no estaríamos unidos. —Permanecían estupefactos por su tranquila voz. No eran capaces de comprender. Se volvió de uno a otro de los sorprendidos rostros. Comprendían la carne, la bebida, el trabajo. Prosiguió —: Ya veo lo difícil que les ha resultado soportarme —vaciló, pero siguió rápidamente, obligándose a sonreír. Hizo que su voz resultara animada,

como se hace para hablar a los niños de forma agradable y decidida—. Lo veo todo tan claro... Lo único que puedo hacer por ustedes es irme. Pueden vivir como lo hacían antes de que yo viniera. Al cabo de algún tiempo se olvidarán de que alguna vez estuve yo aquí.

Sin aguardar a que le contestaran, corrió por el cuarto y escalera arriba hacia el ático. Tenía que irse al instante. No podía esperar que viniera Bart, borreguil, torpe, deseando que se quedara. No tenía que esperar a que la instaran a que se quedara para que la gente no lo supiera. Paul gemía pidiendo su alimento, pero no le hizo caso. Al salir pasaría por la despensa y le daría

un poco de leche. Empezó a empaquetar a velocidad frenética.

¿Adónde podría ir en todo el mundo? No había ninguna puerta que se le pudiera abrir. Entonces pensó en la señora Mark. Iría a estar con ella..., a cuidarla. Dentro de un par de semanas hallaría algún otro sitio, haría un bulto de sus ropas..., sería más fácil que un bolso para llevar. Abrió el baúl, sacó la caja de sándalo y cogió todo el dinero. Era su consuelo..., era suyo. Puso cuanto no podía llevarse en el baúl y lo cerró. Enviaría a buscarlo. Ahora tenía que irse antes de que se dieran cuenta. No creerían que iba a marcharse tan pronto. No se imaginarían que se iría a

pie, cargada con Paul. Pero ella tenía como servidor a su cuerpo fuerte y bueno.

Le puso un gorrito a Paul, lo tomó en brazos, deslizó uno de sus brazos por el bulto y salió calladamente por la escalera de delante a la puerta exterior. Rodeó el porche para ir a la despensa, y llenó una taza para Paul, acercándosela a los labios. Escuchaba. Pero el padre de Bart seguía hablando. Acercó a Paul a su seno y le dio de beber.

Nadie la siguió. Nadie llamó. A su alrededor había el pleno silencio de la tarde otoñal que transcurría. Miró hacia el cielo. Era como un cuenco vacío de pura luz azul. El sol brillaba a través del

dorado aire polvoriento. Una hora antes había caminado por esta carretera, sin soñar con lo que ahora estaba haciendo. Pero ahora era el único final inevitable al que le conducía la vida. Sin darse cuenta había ido recorriendo sola un largo camino, el cual terminaba ante una puerta, y ella había abierto la puerta cerrándola para siempre tras de sí, sin saber lo que había más allá.

Siguió andando sin detenerse, hacia el Este. Paul dormía otra vez, calmado. Hacia la puesta del sol llegaría a la casita de la señora Mark, al menos para el oscurecer.

El sol seguiría dando la vuelta alrededor del mundo para traer consigo

otro día. Ningún grito u oración que ella pronunciara detendría o aceleraría la medida del día y de la noche. Ahora lo sabía, y aceptaba todo cuanto había constituido su vida. Cuanto le había ocurrido, lo aceptaba. Lo que estaba por venir, tenía fuerza para aceptarlo. Siguió adelante sin vacilar, sola en su libertad, llevando a cuesta su propio peso.

IV

Alzó el picaporte muy suavemente. La casita estaba a oscuras; era una silueta pequeña, negruzca y sólida en la oscuridad que la rodeaba, ligeramente más clara. La señora Mark debía de estar dormida. Pero no lo estaba. Su voz surgió cortando la oscuridad, débil y fina.

—¿Quién es?

—Sólo yo..., Joan... He vuelto.

—¿Para qué has vuelto a estas horas de la noche?

Oyó cómo la señora Mark andaba con las cerillas; después un chasquido y el titilar de una luz. En medio de ella, la pálida cara de la señora Mark parecía un manojito de arrugas, mirando.

—Dios mío, Joan, ¿qué traes ahí?

—He dejado mi..., la casa..., la casa de los Pounder. —Se mantenía de pie sosteniendo a Paul, con el bulto en el otro brazo—. Si pudiera pasar esta noche con usted...

La señora Mark encendía la vela que tenía junto a la cama.

—Por mi cuerpo y mi alma —musitaba—, ¡por mi cuerpo y mi alma! No hay paz.

—Es un niño callado —repuso Joan con rapidez.

—No me refería a él. Entra. Hay sábanas en el cajón de la cómoda y mantas en esa vieja arca. No sé dónde vas a poder dormir.

—Dormiré en el otro cuarto, en el diván... Puedo arreglarme.

Se sentía inmensamente cansada. Paul era tan pesado, siempre inerte en sus brazos... Lo tumbó al pie de la cama; la señora Mark le contempló.

—Es un niño muy grande para llevarlo a cuestas. ¿Qué ha hecho..., dormirse?

Sería mejor que lo dijera de una vez, que lo dijera clara y definitivamente.

—Nunca estará bien... Nació mal.

—¡Oh, Señor! —musitó la señora Mark—. Dámelo.

Joan levantó a Paul y lo tendió sobre las piernas muertas. La señora Mark lo alzó en los palillos de sus brazos y se lo

quedó mirando con sus pequeños e inescrutables ojos, repitiendo una y otra vez:

—¡Oh, Señor, Señor...!

En su rostro aparecía una expresión de piedad.

Joan se sentó en la cama y de pronto empezó a brotarle el antiguo sollozo, aquel sollozo seco, viejo y doloroso. Pero lo retuvo en la garganta, ahogándose, seco. De nada servía llorar. La verdad es que llorar no arreglaba nada. Apretó los dientes.

—No..., no me compadezca. Podré componerme si no me compadece.

—No te compadezco. ¿Para qué? Hala, vete a arreglarte la cama. Es tarde.

En la cocina debe de haber pan y leche. He oído al recadero que los dejaba esta tarde.

Se tendió; Joan le tomó el niño y lo desnudó para la noche. Hizo la cama sobre el diván del pequeño saloncito y lo tumbó allí. Luego volvió a donde estaba la señora Mark y le cogió la mano amarilla y seca.

—¿Quiere que le diga por qué me he ido de la casa? Siento que debo decírselo después de venir así.

La mano de la señora Mark era como un puñado de alambres, delgada, rígida, seca.

—A mí no me importa. Hace tiempo que renuncié a enterarme de cosas. Lo

que sucede, sucede. Has venido porque tenías que hacerlo, supongo.

—Sí, tenía que hacerlo.

—Es por lo que la mayoría obramos como obramos. Ahora vete. Ya voy a dormirme.

Apagó la vela de un soplo y Joan salió a oscuras del cuarto.

Cuando despertó por la mañana, era de día. Despertó con la luz, y la casita de piedra estaba llena de cálida paz. Se levantó y lavó y cambió la ropita a Paul, dándole de comer, y cuando estuvo vestida abrió la puerta despacio. Pero la señora Mark no dormía. Se había cepillado el pelo y ordenado las sábanas a su alrededor, se había puesto una

toquilla y tenía los ojos fijos en la puerta.

—No estaba segura de no haberlo soñado —le dijo con su vocecilla—. Estos días me da por soñar. Hay veces que siento a mi viejo por la casa y a mi hija que murió cuando tenía seis años.

—No soy un sueño —replicó Joan, sonriendo. No. La mañana era real. El sol inundaba las ventanas. Se sentía fuerte y confiada, capaz de enfrentarse con cuanto fuera a venir—. Ahora su desayuno. Le traeré agua caliente, y cuando esté lavada, tendrá su bandeja. No voy a preguntarle lo que desea... Sólo se lo traeré.

Estiró la cama y puso la mesilla en

orden. Bajo la cama, la señora Mark había hecho poner cajones para poder alcanzarlos, y en ellos guardaba sus cosas, la ropa que necesitaba, su peine y su cepillo.

—No piensas darme elección, ¿eh?
—gruñó, con los ojos amables.

—No —repuso con animación—. Usted siempre anda mangoneando a todos, ya lo sabe.

Se afanó, cogiendo agua, volviéndose de espaldas mientras la señora Mark se esforzaba. La oyó agitarse y mover las piernas y no pudo resistirlo.

—¿Por qué no me deja que la ayude?
Cuidé de mi madre mucho tiempo.

—Me parece que puedo cuidar aún de mis piernas —le contestó bruscamente.

—Entonces voy a prepararle la bandeja.

En la cocinita, puso leña en la estufa. Intentaba darse cuenta de que era una mujer que había abandonado a su esposo el día anterior.

¿Sería así como sentían tales mujeres? Mas ella se encontraba como quien ha salido dando tumbos de un bosque espeso y oscuro a un prado inundado de luz matinal. El mismo brillo del sol era distinto. Se había levantado con mucha frecuencia en las frías sombras de aquella casa y bajado al frío

silencio. Bart estaba siempre allí para dar fuerza a su espíritu. Ella conocía cómo era, y cada día se había decidido a ser como sería. Sí, como él nunca cambiaba, podía dar vigor a todos sus estados de ánimo. Ella jamás podía sentirse libre y dichosa cuando estaba cerca. Si por un instante se sentía feliz, él estaba allí, como el desventurado Paul..., un peso muerto.

Pero Paul seguía siendo su niño. No le pedía nada, sólo que le diera de comer y le cuidara. Su corazón se llenó de ternura hacia Paul, que nunca le pedía nada, y dejó caer la tapa del fogón y corrió a tomarlo en brazos. Le arropó con mantas en un rincón de la cocina, rió

sobre él, hablándole. Esta mañana no podía sentirse triste. De todas formas, era su pequeño. El fuego chisporroteaba en el fogón de leña y la tetera empezó a silbar. El cuarto estaba lleno de cálido sol.

Si viviera aquí, colgaría cortinas amarillas, pensaba en medio de todo. Le encantaba la casita, pequeña y escasamente amueblada. Tal vez la señora Mark la dejara quedarse. Podía crear un jardín, comprar una vaca y conseguir algún dinerillo... Su mente, liberada, bailaba por la casa como un rayo de luz. Podría hacerlo todo. Hallaría el medio. Escribiría a Francis. No... Se detuvo, inmóvil, con el

cuchillo de pan en la mano, apoyado en la barra... Pensó en Roger Bair. Pese a todos aquellos años, ¿por qué no iba a escribir a Roger Bair y preguntarle cómo podía ganar algún dinero una mujer con niños? Volvió a detenerse ante los huevos que freía, con la espumadera baja. No había dicho una palabra a la señora Mark acerca de Rose..., de los niños de Rose. Ya estaba dando saltos en el futuro, como siempre hacía, sin pensar de qué manera iba a hacer lo que deseaba, viéndolo ya hecho. Siempre veía las cosas hechas. Sacó los huevos y los puso en un plato con el tocino, corrió al arruinado jardín y halló una ramilla de hojas escarlata al extremo de una

enredadera, que colocó sobre el blanco paño de la bandeja; después sirvió el café. Ya estaba todo listo.

—¡Ya está! —dijo, poniendo la bandeja ante la señora Mark, encantada.

La señora Mark la miró. Se había arreglado mucho y se había puesto un camión limpio, de cuello cerrado. Su cara arrugada era como un triángulo de viejo marfil agrietado; los ojillos negros destacaban mucho. Miró la bandeja y se humedeció los pálidos y azulados labios.

—¡Por mi alma, si yo no como dos huevos! —exclamó—. ¡A ver si te crees que camino diez millas! No pienso alimentar unas piernas como éstas que ni

siquiera son capaces de moverse al otro lado de la cama.

Pero empezó a comer.

—¿Está bueno? —le preguntó Joan, sonriente.

—La tostada, algo quemada —bebió un poco de café—. ¿No vas a irte?

—No, no si usted permite que me quede.

—El café, algo fuertecillo —dijo la señora Mark tragándose— Me hace llorar los ojos... No estoy acostumbrada a tomarlo así. —En lo profundo de sus ojos brillaban algunas lágrimas.

—Voy a buscar un poco de agua para suavizarlo —repuso Joan con dulzura.

En esta casa tranquila y libre era

imposible no contárselo todo a la señora Mark. Le contó lo de Rose.

—Rose ha muerto..., mi hermanita.

—¡No me digas! ¡Aquella pequeñuela! Me daba tanto la lata intentando ser buena conmigo, leyéndome cuando quería dormir... Ay —suspiró—. ¿Y por qué tendría que morir una jovencita tan amable, y yo vivir de esta forma?

—Pues porque la vida es así, aunque digan que el joven puede morir, pero el viejo no puede vivir. Yo un me quedaré con sus dos hijos. Es cuanto puedo hacer por ella.

—¿Por qué? ¿Por qué has de cargar tú con todo? Esa mujer, la Winters, tiene

una casa enorme, Winters tiene el almacén, y tú no tienes nada.

—Deseo los niños de Rose.

—¿Cómo piensas cuidar de ellos?

—Ya hallaré un medio.

La señora Mark permaneció en silencio un instante, mirándola con sus ojillos, sin parpadear, como los de un pájaro. Al fin gruñó:

—Bueno, ya eres mayorcita para hacer lo que te parezca. Apuesto a que nadie se meterá con una grandullona como tú..., yo misma... te tengo miedo. No quería esos dos huevos. Pero tenía miedo de no comérmelos delante de ti.

Se echó a reír con una risilla seca y débil, y Joan soltó una fuerte carcajada,

sorprendiéndose de ella. No se había reído con ganas, así, desde antes de que su madre falleciera. Luego se sintió avergonzada de haber reído tan fuerte. Hablaban de Rose y le había brotado aquella risa extraña. Pero sentía una rara dicha, mezclada con dolor. Paul estaba de pie junto a sus rodillas, con la cabeza apoyada contra ella. Alzó la cabecita un instante y ella le recordó.

—Creo que está intentando caminar solo —dijo ansiosa. Le miraron, y la risa murió en ellas. Añadió con tristeza —: No creo que me conozca siquiera... Verá..., Paul, Paul, ¿Paul?

Pero la señora Mark continuó contemplando a Paul, observándole.

—No importa. Tú le conoces, ¿verdad? Ya tienes lo que vale..., haciéndole nacer, alimentándole, cuidándole. Yo reflexiono mucho sobre eso, cuando pienso en mi niña muerta. Fue una vida, aunque muriera. También la vida de Paul es una vida, cierta clase de vida.

—La madre de Bart quería que lo hubiese puesto en algún sitio —dijo Joan.

Poco a poco se le escapaba ahora toda la amargura en palabras.

—Nunca podrás ponerle en parte alguna. Eso es lo que muchos no entienden. De nada serviría alejar su cuerpo. No se puede apartar a un hijo

del corazón. Además, tú no querrás perderle por completo sólo porque no lo tienes todo de él. Él tiene su forma de ser. Es Paul. No le midas por otras personas. Tómallo como es. Si habla, los pocos sonidos que diga significarán más para ti que los de cualquier otro ser.

La escuchaba, bebiendo las pocas palabras. Nadie le había hablado nunca de Paul. Era un consuelo hablar al fin de él. Una madre desea conversar sobre su hijo. Siempre había evitado hacerlo ante los pocos a quienes conocía. Oía hablar a las mujeres en la tienda: «Johnnie ya anda... apoyándose en cualquier cosa». «Mi Mary Ellen empezará a ir a la escuela en otoño...». «Polly ha sido la

primera de la clase este mes...». Y se sentía torturada por las palabras. Se apartaba de todas las madres de pequeños. Ahora, en la mañana, estaba sentada sosteniendo a Paul, hablando con la señora Mark de él, jugueteando con sus deditos, con sus dorados rizos, a veces llorando.

—Anda y llora —le dijo con calma la señora Mark—. Yo solía llorar. Después de cierto tiempo se te pasa la necesidad. No se puede estar siempre así.

Mostraba a la señora Mark la encantadora perfección del cuerpo del niño, la forma de su cabeza, lo firme de sus hombros, la dulzura de la sonrisa

fugitiva.

—Supongo que en realidad no tiene importancia —dijo con voz triste.

—Tonterías. Para ti tiene importancia, ¿no es verdad? Es un niño guapo, y agradece que lo sea. De todas formas, a ti te complace más cuidarle que si fuera tosco. En el cajón más pequeño, debajo de mi cama, hay una alcancía negra, cerrada. Aquí está la llave. —Sacó una cuerdecita del pecho—. Quiero que compres una cama... Cualquiera día te quedarás con ésta..., yo terminaré, y pronto. Sin embargo, no me gusta sentir que la gente está esperando la cama en que voy a morirme.

—¡Oh, no! No quiero que me dé

usted nada.

—No te doy nada —añadió, irritada—. Estoy arreglando las cosas para que puedas quedarte a cuidar de mí mientras me acabo de morir. No me interrumpas. No le pedí a Dios que vinieras. No me rebajaría a pedir después de cuanto me ha sucedido. Lo más correcto que puedo hacer con Dios es no pedirle nada, vistas las circunstancias. Pero no sabes cuantísimo me alegro de no morir sola.

—Los niños de Rose van a venir.

—Tráetelos si esa Winters no los quiere —dijo la señora Mark cerrando los ojos—. Hay una habitación terminada en la buhardilla. Yo iba a poner a mi niña en un cuartito allí, pero

el señor Mark murió aquel invierno y ella se quedó conmigo. Esa señora Winters... Bueno, es una cristiana, ¿no? Vete, Joan. Estoy cansada. —Abrió los ojos mientras Joan salía de puntillas—. Si ese Bart Pounder viene por aquí, no le hagas ningún caso. El fuego y el yeso no pueden mezclarse, y aunque todo el mundo los agite, no se mezclarán. ¡Vete, por piedad! Estoy agotada.

En casa de Bart, a la que nunca perteneció, había considerado todo como una carga. Le había parecido imposible ser libre; escribir a Roger Bair le hubiera resultado un trabajo más

allá de sus fuerzas. Vivía sumergida y derrotada. Ahora, al vivir en esta casita en la que era libre, con la aprobación de aquella anciana agonizante, con la desesperada sencillez de un dolor desnudo, pensó con facilidad, ¿por qué no escribir a Roger Bair? Mientras la señora Mark dormía, y cuando hubo limpiado todo, se llevó a Paul a un soleado rincón de la casa y le hizo un colchoncito de hojas secas, se tendió junto a él y discurrió la carta. Tenía que ser muy corta. Le hablaría directamente si alguna vez llegaban a hablarse. Le escribiría directamente. Empezaría: «Querido Roger Bair...».

Estaba echada al sol caliente,

soñando. Era tan fácil pensar aquí en él... Cuando en aquella casa lo había hecho, había sido un pensamiento sin esperanza, lo mismo que un topo pensaría en un pájaro, lo mismo que un pájaro en una estrella. Al recordarle, el pensamiento volvía a ella como una flecha despuntada y detenida demasiado pronto antes de llegar al blanco. Pero hoy, en esta libre soledad, en esta alegre soledad, le veía claramente. Claro que él sería el único que podría ayudarla. Le sintió dispuesto a hacerlo con calor. Se habían conocido aquel día radiante. Le escribiría y él le contestaría.

El día estaba lleno de seguridad. Yacía con el rostro vuelto hacia el sol,

los ojos cerrados para poder ver dentro con más claridad y recordarle. Pronto se pondría en pie y escribiría la carta. Retrasaba la escritura, pensando. Sería tan dulce tomar la pluma y formar las palabras: «Querido Roger Bair...». Después seguiría: «Usted ha ayudado mucho a Francis, y ahora yo también necesito ayuda. Le recuerdo». O podría escribirle... Se detuvo, pensando, soñando, y sin darse cuenta se sumió en un cálido sueño evocador.

Al despertar, la tarde había refrescado con la puesta del sol. Se había elevado el viento desde el cercano bosquecillo. Paul se movía entre las hojas, luchando por levantarse. Lo cierto

es que ahora intentaba a veces levantarse solo. Se puso en pie de un salto, se sacudió las hojas de la falda y del pelo, le tomó en brazos y corrió con él a la casa.

—¡Cómo he dormido! —llamó a la señora Mark desde la otra habitación mientras cuidaba del niño. Pero la señora Mark no le respondió. Fue a la puerta y le gritó, alegre—: ¿Aún duermes?

La señora Mark no le contestó. Buscó las cerillas y encendió la vela con rapidez. La habitación parecía extrañamente vacía. Con la vela encendida vio a la señora Mark echada en la luz poniente, con las manos bien

recogidas sobre el pecho. Estaba muerta.

Dejó a Paul seguro sobre las mantas del suelo, y cerrando la puerta sobre ambos, corrió en la creciente oscuridad a buscar al doctor Crabbe. Cenaba su leche con pan y dio un brinco al verla. Pero cuando ella le gritó el recado volvió a sentarse.

—Terminaré de cenar. Hace mucho que aprendí a no correr si el paciente ya está muerto. Correr, por los agonizantes..., pero si es demasiado tarde, terminar la cena..., ése es el sentido común de un médico. —Tragó el último bocado. Dijo calurosamente—: Pobrecilla, esperaba que se fuera así, de

pronto, en cualquier momento, hacía meses. He intentado que tomara a alguien, pero siempre decía que ya que no tenía mucho a su gusto en la vida, quería morir como quisiera. ¿Cómo es que tú estabas allí, Joan?

Joan vaciló. El doctor Crabbe la había ayudado a nacer. Había empezado su vida desnuda en sus manos.

—He dejado a mi marido.

—¡Tú! ¡Tú y tus cosas! —Dejó la cuchara y dio un grito—: ¡Nellie! —La sirvienta asomó la cabeza por la puerta—. ¡Me voy! La señora Mark se ha muerto al fin.

—Tiene que comerse un rico budín de arroz —porfió Nellie con

beligerancia.

—No me lo comeré —le gritó, forcejeando con un gastado abrigo marrón. Ella desapareció murmurando —. Vámonos —dijo a Joan, abriendo paso hacia su pequeño y baqueteado coche y poniéndolo en marcha con un rugido—. Conque has dejado a Bart Pounder, ¿eh? —añadió. Ella asintió con la cabeza. El motor se calmó y el coche dio un salto adelante, como una liebre —. Nunca te he dicho que yo estuve casado una vez.

—¡No! —musitó, incrédula.

—Huyó de mí —con brusquedad—, se escapó con un individuo... amigo mío..., un muchacho al que conocía de

la Universidad. Vino a visitarnos..., y era un chico decente. Hasta habíamos hablado de hacernos socios. No puedo echarle la culpa a ella. Era un tipo de cutis suave..., yo siempre he sido un peludo.

—No se escaparía por eso.

—¿Qué sé yo? Huyó cuando aún no llevábamos casados un año. Algunas mujeres huyen y otras aguantan, supongo. Tu madre aguantó.

—Yo no podía —repuso Joan con rapidez.

—No. Bueno, algunas sí. No importa al final. Lucille (ése era su nombre) ha sido feliz. De vez en cuando me escribe, quiere que vuelva a casarme. Y yo digo,

¿y con quién, por Dios? No hay ninguna otra. Sal por ese lado, Joan. No es que pueda ya hacer nada si está muerta.

Pero entró y lavó el cuerpo muerto de la señora Mark con todo cuidado mientras Joan esperaba afuera. Al fin la llamó. Había un trocito de papel en su mano.

—Tenía esto bajo la almohada..., creo que lo ha escrito hoy.

Había cuatro líneas garrapateadas en el papel:

*Joan Richards, de casada
Pounder, recibirá mi casa y
cuanto hay en ella. En la
alcancía hay ciento treinta y*

siete dólares. Escribo esto en plenitud de mis facultades mentales.

ABBY MARK

—¿Tiene parientes? —preguntó Joan en un susurro.

La señora Mark descansaba rígida en la cama.

—Nunca la he oído hablar de nadie —repuso el médico, lavándole las manos.

—No es legal.

—No, pero si alguien empieza a argüir eso, diles que vengan a verme y yo les enviaré a Martin Bradley Martin

me debe favores. Le he sacado de problemas durante años y nunca le he pedido que haga nada por mí. —Se secó las manos y contempló a la señora Mark —. ¿Tienes miedo de quedarte aquí con ella hasta mañana?

Joan miró a la señora Mark, limpia y compuesta.

—No puedo imaginarme teniendo miedo de ella.

—No. Es como si hubiera estado muerta hace años. Bueno, volveré a comerme mi pastel de arroz. —Tomó su estropeado bolso de cuero y salió pisando con torpeza.

Así que no tuvo tiempo de escribirle la carta a Roger Bair. Pero por la noche

se despertó, y el pensamiento le resultó consolador. Quedaba ante ella como una promesa a un niño, un placer aún por consumarse. Aunque nunca le respondiera, le escribiría la carta y la firmaría con su nombre, Joan Richards. No tenía por qué saber su vida. Para él sería sencillamente ella misma, Joan Richards. Detrás de la puerta cerrada la señora Mark yacía muerta, pero no tenía miedo. Le habría gustado entrar a dar las gracias a la señora Mark, de haber podido. «Gracias por darme una casa, un hogar. Me ha dado seguridad». Parecía imposible de soportarlo si no hubiera forma de agradecersele a la señora Mark con toda la fuerza de su

gratitud. Pero la señora Mark hubiera sido la última persona que hubiese querido oír agradecimientos. Se la imaginaba abriendo sus ojillos para decir: «Vete, no me molestes. ¿No ves que estoy muerta?», y volviendo a cerrarlos al instante. Era tan propio de la señora Mark darle cuanto tenía y morirse antes de que se lo agradeciera... Volvió a sumirse en el sueño.

Por la mañana, cuando llegó el señor Blum con sus dos ayudantes, ella ya lo había dispuesto todo. Había cortado un ramillete de ásteres silvestres de color

púrpura pálido y de flores doradas, colocándolas sobre la cama, y abierto las ventanas al sol y el aire. No había olor alguno en el cuarto. Al abrir la puerta había medio esperado el recordado olor de la muerte. Pero la señora Mark no había muerto de pronto, llena de salud y plenitud. Su cuerpo estaba consumido y seco, sólo piel y huesos, ajado sin descomponerse. Yacía exactamente como era. El señor Blum se puso los guantes y sus hombres colocaron una larga caja junto a la cama.

—El doctor Crabbe ya nos ha dado todas las instrucciones —dijo untuosamente—. Creo que es usted la única persona a llorarle, ¿verdad,

señora?

—No tenía a nadie.

—Ya... Recuerdo tan bien a su madre... Siempre he dicho que estaba muy hermosa en la muerte. No recuerdo el nombre del caballero con el que se casó usted, señorita Richards.

No le contestó, y él la olvidó.

—Ahora cuidado, muchachos, los pies primero. Así, ¡tan cómoda como un niño!

Encajó la tapa exactamente y se llevó el cuerpo de la señora Mark.

Era imposible sentirse triste. Se avergonzaba de no sentir tristeza. Ni siquiera la sintió cuando se detuvo en un rincón del cementerio, junto a la tumba.

Alrededor del estrecho hueco había algunas personas mayores..., el señor Pegler, los señores Billings, la señorita Kinney, el doctor Crabbe y la señora Parsons. Escuchaba la grave y abstraída voz del nuevo ministro. Él no había conocido a la señora Mark más que como a una malhumorada anciana que fingía estar dormida cuando iba a visitarla y ahora se apresuraba a enterrarla.

Se mantenían a su alrededor en la tarde resplandeciente, viejos, arrugados, ajados. Sólo el doctor Crabbe parecía fuerte, duro y áspero como un árbol grueso cuya copa hubiera sido cortada hacía tiempo y la herida hubiera

cicatrizado. Su rizado cabello blanco se agitaba con la brisa, mientras se erguía con el sombrero en las manos. La señorita Kinney se mantenía algo aparte de los demás, como un espectro. Hablaba para sí, sus labios se movían sonriendo. Al coincidir con los ojos de Joan la saludó alegremente con la mano desde el otro lado de la tumba; después recordó dónde se hallaba y enrojeció, de un rosado ceniciento. Su cara se parecía más que nunca a una florecilla marchita al extremo de un largo tallo.

Todo concluyó muy de prisa. La señora Parsons cantó, elevando su débil voz hueca en el aire otoñal. «Por todos los santos que descansan de su tarea»,

cantaba. Joan escuchaba, mirando la hierba donde descansaban sus padres. La señora Mark hubiera aborrecido aquel cántico. «Por lo que más quieran, no me llamen santa», hubiera replicado de haber podido.

Sí, pronto acabó todo. El ministro les dio la mano animosamente y se fue. Los viejos se separaron con mayor lentitud. Se dirigieron a Joan.

—Vaya, Joan, no se te ve mucho estos días. —Y, rezagados, se hablaban entre sí.

Ninguno había conocido muy bien a la señora Mark.

—No era una mujer a la que se llegaba a conocer —dijo suavemente la

señora Parsons—, pero estoy segura de que era muy buena.

—No le había hecho un par de zapatos..., déjenme pensar..., por lo menos durante doce años —comentaba el señor Pegler—, y sólo eran zapatillas para andar por casa. Me acuerdo del día que vino a decirme que sentía tirantez en las piernas. Bueno, todos hemos de irnos un día, de una forma u otra, y pronto habremos acabado todos. Ya hemos tenido cuanto había que tener. No hay nada más.

Los viejos quedaron silenciosos, mirando la nueva tumba, conmovidos, temerosos. Por una vez nadie contradujo al señor Pegler. Ahora, cualquier día,

cualquiera de ellos... La señorita Kinney contemplaba el ataúd, sorprendida, como si no hubiese visto antes ninguno. El sepulturero empezaba a echar la tierra.

—Bueno, nos hacemos viejos, ¿eh?
—exclamó la señorita Kinney.

Los miró uno tras otro, con su carita asustada.

—Vámonos —dijo el doctor Crabbe, tomándola por su frágil brazo—. La llevaré a casa. Su madre estará esperándola.

—Sí, claro. Tengo que irme, claro. No puedo dejar sola a mi madre durante mucho tiempo.

Se fue, temblorosa, junto al doctor

Crabbe, levantando la cabeza, cayéndole un mechón sobre su rostro.

Los señores Billings aguardaban. Se mantenían juntos, un poco de lado, esperándola. Aquellos dos no tenían miedo.

—Todo tiene que morir — aseguraba, respetuoso, el señor Billings. Lo decía a menudo en su carnicería. Hacía años que no había vendido carne a la señora Mark. Pero ella formaba parte del pueblo, por eso había venido al funeral.

—Joan, querida —dijo la señora Billings—. ¿Cómo te va?

Todos se habían ido ya, excepto ellos tres. Y ella deseaba contárselo

todo a este sencillo matrimonio. Parecían tan honrados al sol, con sus cuerpos robustos, sus caras rojas y honestas...

—He dejado a mi marido —se la quedaron mirando—. No podía continuar —añadió de prisa.

—Conozco a los Pounder —asintió la señora Billings muy despacio—. Son buenas gentes..., aunque raras. Son muy cerrados. De vez en cuando les compro un par de novillos.

—Bueno, querida —dijo la señora Billings acariciándole la mano y suspirando con fuerza.

—Vivo en la casita de la señora Mark —prosiguió Joan—. Me la ha

dejado a mí. Voy a quedarme con los niños de Rose.

—Aquella bonita Rose —se lamentó la señora—. Es difícil comprender cuanto ha ocurrido..., tantas conmociones y penas en estos años. Y sin embargo parece que era ayer cuando se fue tu madre.

—Sí —dijo Joan.

Guardaron silencio un instante. Ella los sentía cálidamente a su alrededor, sin condenarla, aceptándola como era.

—Bueno —se aclaró la garganta el señor Billings—, con todos los niños parecerás la vieja del cuento. Será mejor que te envíe algo de carne para que les hagas un caldo.

Le sonrió, animoso, y ella le contestó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ustedes son dos de las mejores personas del mundo.

—Somos de lo más corriente —rió el señor Billings.

El sepulturero alisaba con cuidado la tumba, aplastando la tierra. Todo había concluido, y se fueron.

Pero seguía siendo imposible sentirse triste. Al despertarse al día siguiente, en la casita, le pareció como si fuese entonces cuando por primera vez empezara a vivir. La señora Mark le

había dado un sitio donde vivir y se había ido en silencio, sin dejar nada de sí.

Arregló los tres cuartos, los limpió, y reunió la ropa de la señora Mark. Había muy poco. La señora Mark había vivido con muy escasas posesiones. No quería verse agobiada por muchas cosas. En el armario colgaban dos vestidos negros. Eran sencillos, y los pliegues estaban borrados de estar tanto tiempo colgados. No los había usado hacía años. Todas las cosas juntas, apenas si llegaban a llenar un cesto. Joan las empaquetó con cuidado, las llevó al desván y las puso en un rincón bajo el alero.

No había estado antes en el desván. Allí había un cuarto acabado, de madera sin pintar, una habitación en la que nadie había vivido, limpia, a excepción del polvo. Ésa sería la habitación de David, decidió rápida. ¡Esta casa era ahora suya! Cada cuarto era suyo para que lo pusiera a su gusto. En ninguna parte sentía extrañeza. Se la habían dado, y ella la había aceptado. La otra casa a la que tan tontamente huyera buscando refugio nunca podría haber sido suya. Desde el principio la había formado una vida extraña. Aunque todos hubieran muerto y se la hubiesen dejado, no habría sido suya ni la hubiera querido. Pero esta casa la cobijó al instante, con

calor, estrechamente. Sentía como si llevase ya viviendo en ella mucho tiempo. Amaba los muros gruesos, las numerosas ventanitas, los adornos de piedra oscura y dorada. Había una vieja chimenea. Alguien había cogido piedras del campo, de su propio campo, y construido esta casa y elevado una chimenea para calentarse, él y su amor. Seguro, seguro que alguna vez esta casa fue construida con amor, planeada por enamorados, y la señora Mark quiso tenerla sólo para sí. Y ella, Joan, viviría allí con todos sus niños, agrupándolos bajo aquel techo.

Y cálido en cuanto hacía, como una corriente del Sur en el mar, estaba el

pensamiento de la carta a Roger Bair. Sería como traerle a él también bajo este techo. Demoraba hora tras hora escribirle..., su corazón necesitaba soñar. Limpió la casa, cambió la cama, aireó colchones con sol y viento, recogió flores del prado, doradas y pequeños ásteres de color púrpura y forma de estrella, y unas ramas de hojas escarlata, y cuando la casa estuvo totalmente a su gusto, se sentó al atardecer de un día de dulce soledad, en la que no había visto más rostro que el de Paul, para escribir al fin la carta. Así, ¿cómo podría estar triste?

Querido Roger Bair, empezó. Se detuvo, y sobre ella, en aquel instante, brotó el significado de su nombre. Le amaba. Le había amado durante todos aquellos años. Siempre que había escrito su nombre en cualquier carta a Francis, lo había visto destacando sobre todas las demás palabras de la página. Pero hasta ahora no había tenido libertad para saber que le amaba. Bajo la sombra de aquella casa silenciosa, el amor había permanecido oculto, vivo, pero desconocido. Ahora, en esta soledad libre surgía delante, una forma encantadora y noble, madura. Había ido

creciendo durante todo aquel tiempo. Se quedó mirando el nombre que había escrito. Escribir había sido abrir la puerta, y él estaba allí. Siempre había estado allí, desde la mañana que le viera en el aeródromo. Dejó a un lado la pluma y se sentó tranquila en su casita, entornadas las contraventanas, sola a la luz de la lámpara. Sola por completo, podía amarle plena y libremente. Podía amarle y vivir en ese amor por él, sin pedir nada. La llenaba, incluso ahora una energía para vivir. Tomó la pluma de nuevo y comenzó a escribir decidida y claramente. *Necesito su ayuda. No temo pedirla.*

Cuando le hubo pedido lo que

necesitaba, firmó con su nombre y cerró la carta, preparándose para la noche. Había acostado temprano a Paul en la cama, y ya dormía. Estaba en camisón, mirándole como lo hacía siempre antes de apagar la luz. Dormía tranquilo, inmóvil su suave carita infantil, los rosados labios entreabiertos. Se hacía alto. Se hacía más fuerte e intentaba ponerse en pie cuando ella le depositaba en el suelo. Le había ido observando, el débil cerebro luchando ligeramente para seguir al vigoroso y hermoso cuerpo sin dirección, y a diario se le partía el corazón por él. Era cuanto tenía, y a menudo lloraba al darse cuenta. Pero ahora, al mirarle, se le ocurrió que ya no

lo era todo. Al fin tenía algo más. Hasta el llanto no sería ya igual.

Con la prisa de los días corría el conocimiento de aquel hilo de plata que se hilaba entre ella y Roger Bair. Su carta le llegó rápida, inmediata, segura. Conoció su escritura, que nunca había visto, pequeña, clara, de letras cuadradas, separadas unas de otras, cada una independiente en su forma. Era una carta fría, una carta desprovista de sentimientos, dispuesta a ayudarla a distancia. Había hablado con su hermano, le decía, sobre lo que podría hacer. Su hermano había recordado que solía escribir música, que ella y Martin Bradley componían música juntos.

Recordaba que Bradley era un hombre muy dotado en aquello. Había llamado a Bradley a su oficina y le había pedido sugerencias. Bradley le contestó que podía escribirse música para alguna editora musical..., hacer orquestaciones, armonizar melodías compuestas por otros..., baratillo en cierta forma, pero podría hacerlo en su casa. Bradley le había dado el nombre de una firma; él había ido a verlos, y enviaban a Joan algunas cosas como prueba.

Leyó la carta. Era larga y apretada, pero todo se refería a sus pesquisas, excepto la línea final acerca de Francis: «Su hermano es un buen piloto...».

Pero en aquel momento no le

importaba Francis. Francis no estaba entre ellos. Había algo más. Tenía que borrar a Martin Bradley de entre los dos. Se apresuró a escribirle: «No deseo aceptar nada de Martin Bradley..., nada en absoluto. No le mencione mi nombre. Sólo lo aceptaré de usted».

Le escribió con franqueza, sin preocuparse de lo que él pensara. Tenía que conocerla desde el principio tal como era. Si ella era libre, era libre. No sería más que ella misma. Su carta regresó de nuevo inmediatamente. «Soy yo quien hace esto por usted. No he dado su nombre a nadie».

Así sus cartas iban y venían, una red

brillante que unía los días. Bajo la superficie de todo cuanto tenía que hacer, estaba aquella madeja plateada que se devanaba entre ella y Roger Bair, una fibra fuerte y resplandeciente que subrayaba toda su vida.

La veía allí, plateada como el acero bruñido de una armadura. Se extendía por debajo y alrededor de ella, salvándola y fortaleciéndola.

El 4 de octubre llegaría John Stuart para traerle los niños de Rose. Estaba confeccionando cortinas amarillas. Sin ellas se había sentido incómoda, pues le parecían necesarias para cubrir las

paredes de yeso de la cocina, oscurecidas por el humo, hasta que al fin, sintiéndose culpable como si estuviese robando algo, cogió dos dólares de su dinero y fue a la tienda del señor Winters. Éste se hallaba detrás del mostrador, con el lápiz sobre la oreja. Había adelgazado mucho, se había encorvado y parecía continuamente distraído. Más que nunca olvidaba dónde estaban las cosas.

—Deseo la tela amarilla más brillante que tenga usted.

—Vamos a ver —meditó, recorriendo con el dedo un montón de vividas guingas.

—Ya la veo..., ¡ahí! —exclamó ella.

El dedo se detuvo, y el señor Winters sacó una pieza dorada, extendiéndola ante ella, mientras Joan le contemplaba ansiosa al mismo tiempo que medía la preciosa tela, que no tenía derecho a comprar mientras Fanny viniera a verla cada sábado, a quejarse: «Frankie lo ha dejado todo chiquito, señorita Joan. Tengo que hacerle toda la ropa nueva». Fanny había aceptado con placidez el cambio del lugar de cita. «Sí, muchas damas no pueden soportar a sus hombres, supongo. A mí misma me pasa a veces. Lem es horrible para estar siempre viviendo con él. Me imagino que lo son todos». No, no tenía derecho a la tela amarilla, comprada para

embellecer las oscuras paredes.

—Los niños llegan el cuatro de octubre —dijo con brusquedad el señor Winters, mientras las tijeras recorrían la pieza—. En el tren de las siete.

—Esperaba sus noticias. Ansió verlos.

—Si Mattie estuviese bien de salud —repuso él señor Winters tristemente sobre el paño alegre—, los niños de Rob estarían con nosotros. Siempre he deseado más niños. Pero ella no quiso pasar por tal trance. Cuando murió la niña que teníamos, me dijo que no quería volver a pasar por ello.

—Yo lo tengo todo dispuesto para recibirlos. Los verán a menudo. Pueden

venir a verlos. Vivo en la casita de la señora Mark, ya sabe.

—Ah, ¿sí?

Estaba doblando la tela, y ella se dio cuenta de que no sabía que vivía sola, por lo que no se lo dijo. Ya habría tiempo cuando llegara el momento. Ya habría tiempo cuando oyera exclamar a la señora Winters:

«¡Pero lo que haces es un pecado, Joan!». Primero tenía que tener a salvo a los niños bajo su techo.

Al mirar el rostro delgado y gris del señor Winters, sintió piedad de él. El resto de su vida lo pasaría viviendo con su anciana esposa en su casita cuadrada de la calle del pueblo, completamente

solos. Tenía que llevarles los niños con frecuencia. Ella era tan rica, con tantos niños...

—Los traeré a menudo para que los vean.

Mas él no sonrió; en lugar de ello movió la cabeza, suspirando:

—Nunca debiera haber sido así. No creo que lo mereciéramos... las personas temerosas de Dios —musitó.

—No, pero de todas formas quedan los niños.

—Yo puse todo mi corazón en Rob desde el día que nació.

Ella acarició la temblorosa mano antes de salir. La piel estaba dura, seca y fría.

Se llevó la tela, la cortó y la colgó como franjas de luz amarilla. Incluso Paul se volvió hacia ella. Ahora ya era capaz de andar un poquito solo..., si ella le ponía en pie. Alzó su cabecita un instante, contemplando las cortinas amarillas. Sus ojos se deslizaron a otra parte y de nuevo volvieron vacilantes hacia el brillo. Después de todo había tenido razón al comprarlas.

Recibió ella también una carta de John Stuart. A la mañana siguiente, mientras planchaba la ropita de Paul, alzó la vista, y al otro lado de la ventana, entre las cortinas, vio a Bart que venía por el sendero. Se le detuvo el corazón. De modo que la había

encontrado. Claro que ya sabía que la encontraría. Por un instante tuvo miedo. Parecía muy grande y fuerte con su ropa de trabajo, parado ante la puerta exterior. Hizo funcionar el cerrojo, lo abrió y se quedó ante el umbral abierto. Ella le miró, con su cuerpo erguido y sereno, aprisionando su asustado corazón, que se le escapaba.

—¿Qué hay, Bart? —le dijo con voz agradable, resuelta.

Asía con fuerza el hierro caliente. Una plancha caliente era algo bueno de agarrar en caso de necesidad.

—Sé desde hace una semana que estás aquí —le contestó, sombrío.

Ella siguió planchando, repasando

con meticulosidad el pequeño cinturón.

—No me he escondido —añadió, animosa.

—Aquí hay dos cartas que llegaron para ti —dijo, rebuscando en su bolsillo.

—Ponlas sobre el repecho de la ventana.

Su corazón volvía a calmarse, como un pájaro que recobra la esperanza. No tenía por qué tenerle miedo. No sabía qué decirle, qué hacer con ella. Era más fuerte ella que él.

—¿No vas a volver? —preguntó, mientras la veía planchar. Ella empezó a doblar la ropa, pero teniendo allí la plancha, caliente, a mano.

—No, Bart. Jamás volveré.

—Nunca te hemos hecho daño.

Siempre hemos sido buenos contigo —
repuso, tras un instante.

—No me quejo, Bart —afirmó,
animada.

Él esperó, buscando las palabras en
su lento cerebro.

—Mamá te quiere bien —dijo al fin
—. Es su forma de ser.

—Lo sé —desplegó otra ropita y
siguió trabajando.

—No me importa nada aquella...,
aquella chica, la Snade.

—Está bien, Bart —aseguró, rápida
—. No me hables de ella.

—Si volviese —añadió

pesadamente—, no le haría ningún caso. Puedo asegurarte que ni la miraría.

—No sigas, no me importa.

—¿No te importa?

—No.

Él se quedó pensándolo, apoyado contra la puerta.

Ella planchaba ansiando con todas sus fuerzas que se fuera. ¿Qué era este poder de arrojar sombras que una criatura podía tener sobre otra sólo con su torpe presencia? Pero ya no sentía temor. No necesitaría la plancha. Podía rechazarle.

—Nunca te importé, Jo. Y yo nunca pude conseguir que no me gustaras ni... dejar de amarte.

—Hice mal en casarme contigo, Bart. Lo veo ahora. Hubieras sido muy feliz con alguna otra..., tal vez con ella. Yo lo arreglaré todo.

—Preferiría que volvieras. Me gustaba cómo era todo antes de tener al niño. Entonces parecías bastante dichosa.

No le contestó. Estaba ordenando cosas, arreglando el cuarto. Recogió algunas zanahorias para la comida de Paul, y empezó a lavarlas. Vio cómo surgía su color al ser limpiadas por el agua..., un color puro y profundo. Era tan hermoso ver cómo el color brotaba en todas partes, del barro de la tierra... La zanahoria era una forma de color

entre sus dedos, misteriosamente formada... Él seguía allí de pie, sin moverse, y ella no podía ignorar su presencia. Estaba loca de deseo de que se fuera y de ver la puerta vacía contra el cielo. Fijó con tenacidad su pensamiento en la zanahoria, cortándola con firmeza.

—Entonces, ¿seguro que no piensas volver, Jo? —preguntó, desalentado.

Y en aquel momento supo ella con toda sencillez que si tuviese que acostarse de nuevo junto a aquel cuerpo grande, se mataría. Dolor y angustia, verdad o mentira, todavía había algo más allí. Su cuerpo no podía volver a ser sometido cuando su mente y su

corazón se rebelaban. Mataría el cuerpo y se liberaría a sí misma.

—No, nunca, Bart.

—Ya —musitó—. Mamá y papá nunca lo comprenderán..., no dejan de hablar de ello.

—No puedo hacer nada por evitárselo, Bart.

—¿Estás segura?

—Tan segura que quisiera pedirte que me trajeras el baúl con mis cosas.

Él escupió en el polvo junto a la puerta, secándose la boca con su enorme mano. Estaba profundamente afectado, ella lo veía. Sintió pena por él. A su modo, sufría. Pero no había mencionado el nombre de Paul. Volvió a hablar otra

vez, lentamente, frotando la fuerte punta del zapato contra el umbral.

—Te das siempre tanta importancia, y eres tan altiva. Pero mamá dice que lo del niño es culpa tuya. Tu viejo estaba chiflado..., todos lo sabían...

—Vete a casa, Bart —replicó con rapidez—. No quiero verte aquí. Soy más dichosa cuando tú no estás.

La contempló, atónito. Pero ahora ella temblaba mucho. La cabeza se le iba, le daba vueltas.

—Si no te vas al momento —insistió con claridad—, cogeré a Paul y nos iremos donde nunca nos encuentres. Lo haré aunque tenga que ser en el fondo de algún río.

—Oye —musitó—, yo no te estoy haciendo daño...

—Vete..., vete —insistió, tensa, obligándole con los ojos, empujándole con su voluntad.

Se la quedó mirando, y se fue despacio por el camino. Hasta que no oyó el golpe de la puerta de la calle, hasta que el aire se vio claro donde él había estado, ella no pudo dejar de temblar. Olvidar..., pensar en formas y colores hermosos que brotaban de la tierra. No volver a recordar nunca más ni a pensar en Bart y en aquellos años..., o en nada de lo que él dijera jamás.

A través de la puerta abierta pudo

ver la larga y hermosa formación de ondulantes colinas. El cielo estaba limpio de nubes y la brisa la acariciaba, pura y suave como el agua de un arroyo soleado, igual de purificadora.

Al cabo de cierto tiempo, cuando se le tranquilizó el cuerpo, abrió las cartas. Una era de John Stuart, en la que le decía cuándo llegaba. «Muy señora mía», empezaba formalmente. David estaba bien. Pero la chiquitina, Mary, había estado enferma. El alimento artificial no la nutría. Él había hecho cuanto había podido, mas ella lloraba sin cesar. Pero cuando comía, se ponía enferma. Era difícil comprender los designios de Dios.

La otra carta era de Francis, algunas líneas garrapateadas. Su escritura era exactamente igual a la que tenía cuando iba al colegio, suelta, nerviosa, irregular.

Es una pena lo de Rose y Rob. Por alguna razón, casi no me acuerdo de Rose. Fue la única de nosotros que hizo lo que quiso, pero murió por ello. Así es la vida. Empezaré los vuelos regulares en cuanto haya una vacante.

Leyó las cartas de corrido y las rompió. Bart las había tocado, las había

sacado de su bolsillo. Se levantó para lavarse las manos.

Después subió la escalera y empezó a hacer planes. Aquí tenía que poner una cama para David, y una cuna para que Mary descansara junto a ella.

De nuevo el futuro se le presentaba tibio a su alrededor. Bart se alejaba por el camino, lejos de ella, empequeñeciéndose su figura a cada momento que pasaba. Estaba forjándose su propia vida, conformándola alrededor de los niños. Uno tenía que tomar la vida y recogerla de aquí y de allá (cortinas amarillas, zanahorias, una cama para un chiquillo, leche para una niña enferma, papel de música que

rellenar, su niño deficiente, una casa), de todo aquello había que hacer por la propia vida. Y por debajo estaba la fuerte y consistente tela de araña en un amor no comunicado. ¿Qué más daba que no lo dijera ni recibiera respuesta jamás? De su infancia le brotó una frase, volando, de su padre, que leía en el púlpito: «Y sobre nosotros, los brazos eternos». Entonces había hecho caso de estas palabras, porque eran hermosas, mientras le escuchaba perezosa en la plenitud descuidada de su infancia. Pero ahora que toda su infancia había transcurrido, tomaba las bellas palabras como una taza vacía, llenándolas hasta el borde con su propio significado, su

propio significado secreto.

En la oscura tarde de octubre se hallaban esperando al tren, ella y los señores Winters. Se había obligado a aprender a dejar solo a Paul a veces. A decir verdad, no estaba muy lejos. La casa se erguía a poca distancia del pueblo, y si le ponía sobre una manta en el suelo, estaría seguro. Pero aun así, dejaba su corazón detrás, con él, para protegerle, y ahora aguardaba impaciente.

En el atardecer se mantenían en silencio, algo meditabundos, los tres.

—Si se me hubiese hecho caso... —

se quejaba de vez en cuando la señora Winters; pero el señor Winters no decía nada y Joan no podía hablar al pensar en Rose. Rose, que había partido tan segura de la voluntad de Dios.

Llegó el tren silbando y haciendo ruido, deteniéndose unos instantes en la pequeña estación. Era un gran tren rápido que por regla general no se paraba en sitios pequeños, a menos que alguien lo requiriera, y ello ocurría pocas veces. Pero se detuvo para traer a casa desde muy lejos a un joven alto, encorvado, de cabello gris, que sostenía en brazos a una niña que se quejaba. Junto a él, colgado de su chaqueta, había un chiquillo pequeño y delgado con un

traje de paño marrón, que contemplaba con avidez y en silencio cuanto veía. Se mantenían alejados en la plataforma, con sus pocas y gastadas maletas a su alrededor. Joan fue la primera en verlos y se acercó corriendo.

—¡Oh, deme esa preciosa pequeñuela!

Se la tomó de los brazos, aquel fragmento de Rose, aquella niña que su hermana Rose le regalaba. Fue un consuelo inexplicable poder estrecharla al fin contra sí.

—Ya estás en casa, cariño mío —murmuraba—. David, queridísimo, ya estáis en casa. ¡Oh, qué cansados parecen!

—Hasta los huesos —añadió el hombre.

Le había dado la niña, pero seguía asiendo la mano de David.

—Vaya, vaya —decía el señor Winters—. Bueno, ya estáis aquí.

—Mis padres han muerto —dijo David—, por eso no han podido venir con nosotros —su voz brotó repentina y clara en la oscuridad.

Por la noche se sentó Joan a escuchar a John Stuart. Había llevado a los niños a casa, los había bañado y dado de comer. Había sido un placer el bañar su carne infantil, el darles pan y leche. Había lavado y consolado a la niña, que gemía, suavizando sus

miembros irritados. Había calentado la leche cremosa, dándosela, y observando la carita ajada que iba quedándose dormida. Al otro lado, David estaba sentado, observando.

—Mi tío John no sabe cómo hacer para que no llore Mary.

—Los tíos no suelen saberlo tan bien —le respondió.

Le miró, expectante, dispuesta a adorarle. Pero no tenía que apresurarse. Su mente estaba llena de imágenes para ella desconocidas. Tenía que esperar hasta que él mismo se fuera dando cuenta.

—¿Vamos a vivir aquí?

—Sí, David.

—No hay muro.

—Ningún muro. Puedes correr hasta donde quieras. Sólo tienes que venir a casa por la noche.

—Quiero irme a la cama —dijo, suspirando profunda y libremente.

—Sí, ya tienes la cama preparada, una cama nueva solamente para ti.

—Sé bañarme solo. Hace mucho tiempo que mi *amah* no me baña.

—Lo harás todo solo.

El niño alzó la vista de su tazón de leche con pan.

—Ya sé que la leche se escurre de las vacas; mi padre me lo dijo una vez. Pero nunca lo he visto.

—Ésta es fresca de hoy, ordeñada

para ti, para Mary y para Paul.

El chiquillo yacía limpio y alimentado entre las sábanas, fragantes de sol, esperando a John Stuart.

—Preferiría no dormirme sin decir mis oraciones al tío John.

Se alegró de haber dicho a John Stuart:

—Será mejor que venga la primera noche.

Pronto oyó sus pasos.

—David le espera.

Subieron juntos. Pero el niño no había podido esperar. Estaba dormido, de costado, con la delgada manita bajo la mejilla. El hombre vaciló.

—No voy a despertarle para que

rece esta noche. No, después de todo, dormir le hará bien.

Abajo, ella y John Stuart se sentaron junto a la chimenea y ella prendió fuego a los leños. Él permaneció sentado, como si estuviese exhausto, sin moverse para ayudarle. Cuando el fuego prendió fuerte, miró el cuartito silencioso, y luego a ella, que aguardaba a que hablase.

—No sabe usted lo que significa esto —le dijo—. La calma, la tranquilidad que rodea la casa. Siempre estoy escuchando.

—¿El qué? —La mirada de él era una mirada que escuchaba.

—Los gritos de la muchedumbre.

Gritos extraños, distintos..., alaridos que nadie va a aplacar, un niño que llora de tal forma que yo sé que sufre, gente que riñe, el zumbido de las gentes, el populacho enfurecido. El mar, al golpear contra el barco, me despertaba muy a menudo por la noche. Era como aquel rugido. Cuando los bandidos asaltaron las puertas de la ciudad fue así..., como un rugido que va hinchándose... Vi cuando derribaban a Rob. Me gritó algo. No pude oírle con el ruido. Pero no hubiera podido acercarme a él. Estaba yo atado a un bambú y me arrastraban.

Ella le contemplaba, intentando ver cuanto él le contaba. Le hablaba con una voz suave, remota, contemplando el

fuego.

—¿Y cómo escapó usted?

—Tenía un amigo entre ellos, un hombre que había estado en mi hospital. Él mismo me ató flojo, y me susurró que no resistiera. Así que le dejé que me atara. Incendiaron mi hospital. Tengo que volver a empezar desde el principio. No ha quedado nada. Todo lo hicieron añicos.

De pronto pensó en el camisón de raso color albaricoque que regalara a Rose. A su manera le había sido precioso..., algo pequeño y tan delicado que era precioso. Nunca había tenido otro tan bonito. Nunca había habido nadie que le regalara cosas así, y ella no

podía permitirse ese lujo. Pero la muchedumbre lo había desgarrado y tirado. Después de todo se había perdido.

—¡No irá usted a volver!

Él tenía las manos extendidas hacia el fuego, y en sus delgadas muñecas, donde los puños se habían subido, ella vio profundas marcas cicatrizadas, todavía moradas, donde las cuerdas habían surcado la carne.

—Sí, me vuelvo... Aquella gente tiene necesidad de un hospital. No hay hospital en mil millas —sonrió ligeramente—. Tal vez vaya por eso, porque allí parezco importante. Aquí sería uno entre cientos..., tal vez un

médico rural. Allí soy un especialista, cirujano y de todo. Y se me ha convertido en una manía salvar vidas. No sé por qué...

—¡Pero mire lo que han hecho! — musitó.

—Es curioso —dijo él despacio, casi con debilidad—. El tipo que me salvó hablaba casi como un cristiano. ¿Sabe?, me hacía pensar en Rob. Era tan joven y ansioso de hacer el bien..., ya me comprende, de ayudar a los simples. Lo curioso es que creía que hacía bien en matar. Ya lo había meditado todo. No estaba loco. Era bueno a su manera. Creía cumplir con su deber. Solía hablar de ello en el hospital. Y gracias a él

encontré más tarde a los niños. La *amah* se los había llevado a su casa, en el pueblo. No habían sufrido daño... Pasaron varios días antes de que pudiera sacarlos. Los había vestido como a los niños del pueblo. No creo que David se dé perfecta cuenta. Ella le tapó la cara cuando..., cuando se apoderaron de la madre..., y se lo llevó al instante.

Joan no pudo hablar.

—Sí, tengo que volver —repitió el hombre, suspirando.

Pero por el momento se sentía cobijado en la casita en calma, en el centro de un mundo ruidoso y agitado. Ella no le hizo más preguntas. Cuando él se puso en pie, ella le dijo, dulcemente,

con sus manos unidas en el saludo:

—¿Volverá alguna otra vez? ¿Será esto algo más que una breve visita?

Mas él se llevó la mano a la frente, con un gesto que le recordó a su padre.

—No lo sé. No puedo decirlo..., nunca se sabe... —Bajo la mano—. Espere, recuerdo que tenía algo para darle. —Buscó en su bolsillo, y de él sacó un libro roto, encuadernado con duras cubiertas de cartón negro—. Encontraron esto. Era el Diario de su hermana.

Salió, y ella no volvió a verle.

Pero después de todo, pensaba sentada sola junto al fuego, sosteniendo el cuadernito, Rose hubiera elegido

morir mártir. La muerte debía de haberle llegado amplia, brillante, rápida. Era propio de Rose morir puramente por Cristo, morir elevada por alas de ángeles. Abrió el cuaderno. Las manos de Rose habían escrito allí. Era la historia de su vida en aquel extraño y lejano país. Empezó a leer con ansia, con ternura, con timidez. Habría allí cosas que Rose no habría querido que nadie supiera, cosas íntimas, secretas que Rose no diría nunca.

Pero una y otra vez se repetía lo mismo... «Hoy hemos de dar gracias a Dios por...». «Tenemos que enfrentarnos a las penalidades como valientes soldados de Cristo». Allí no

había nada, en realidad, nada de Rose.

Se avergonzaba de ser tan feliz. Pero no podía evitarlo. Era la dicha corporal de quien, tras una larga enfermedad, desprovisto de sueño y alimento, del placer de andar y moverse, siente que el sueño se cierne sobre él de nuevo, agradecido, vuelve a conocer el sabor de la fruta, la carne y el pan, y vuelve a sentir sus miembros como propios, moviéndose en todas direcciones. Los días se le pasaban en las más sencillas alegrías de cocinar y coser, de lavar para los tres seres que le pertenecían. Se sentía abrumada cuando le venía un

repentino pensamiento, al ver a David correr por el prado, al viento: «Es mejor que Rose muriera». Pero él era un éxtasis en vuelo al viento y a las hojas caídas. Corría por todas partes. No podía andar. En la incesante maravilla de cuanto había por ver, corría durante todo el día. Ella le dejaba que anduviera libre, porque sabía que había nacido para ser libre y así tenía que serlo. Le esperaba por la noche para proporcionarle alimento y descanso.

Se sentaba a su lado mientras comía, esperando a que hablara, contemplando su rostro estrecho y vivaz moverse y alterarse según sus pensamientos.

—En el bosque he visto un animal.

Tenía una cola tiesa a la espalda.

—Era una ardilla.

—Sostenía una nuez como los monos. Pero no hay monos en estos bosques. Yo he visto monos.

—Aquí sólo hay monos en el zoo.

—Nunca he visto un zoo. Pero lo veré. Lo veré todo. ¿Iré al colegio?

—Irás a la escuela del pueblo donde tu madre, tu tío Francis y yo fuimos cuando éramos pequeños.

—Quiero ver a los chicos de aquí. Espero que no sean cobardes. Allí eran cobardes..., de donde yo vengo. Me gritaban cosas por la calle porque yo era extranjero, y después corrían a esconderse. —Frunció el ceño al

recordar—. Algún día, cuando sea mayor, mandaré un ejército contra ellos. Lucharé contra ellos con un ejército y fusiles. Detesto a los cobardes. Yo solía llenarme los bolsillos de piedras y cazarlos, pero no podía encontrarlos. Había tantas callejuelas que daban vueltas y tantos patios... Y corrían a los patios de las mujeres y se escondían. ¡Se escondían entre las mujeres! —La miraba para que compartiera su disgusto.

Tenía el pensamiento lleno de recuerdos que ella no conocía. Tendría que esperar a que se le borrarán, tenía que crearle otros recuerdos.

Le dijo con calma:

—Aquí encontrarás muchachos valientes, por lo menos algunos.

El niño seguía comiendo, meditando en su plato.

—Mi padre no quería que luchara. Decía que estaba mal. Cuando yo sea mayor no seré predicador, para poder luchar.

—Sólo está mal no luchar con limpieza.

—Ah, claro..., no luchar con limpieza está mal —asintió de corazón. Se levantó, tras haber comido opíparamente. Se echó a reír, de prisa, fuerte—. Oye, ¿te acuerdas del primer día que llegué y no sabía cómo la leche venía de las vacas? ¡Yo creía que se les

escurría! —reía, presumiendo—. Ahora ya lo sé mejor..., ¡tienes que sacarla a tirones! Pero entonces yo no sabía mucho de América. Y uno tiene que conocer su propio país, ¿no es verdad?

—Sí —asentía, sonriendo, adorándole.

Deseaba atraer hacia sí el pequeño cuerpo delgado y ansioso, pero no lo hacía. Podía volverse tenso como una hoja de acero, incluso contra ella, si no le gustaba. Tenía que dejarle solo. Todo cuanto hacía era ponerle la comida en la mesa para que la comiera, ponerle al alcance libros..., tenía que comprar libros..., abrirle las puertas a los campos y al cielo. El niño subió a la

cama, pisando fuerte por la escalera. Estaba aprendiendo a silbar, y ella oyó el incierto silbido en su propio cuarto. Intentaba silbar: «Oh, dime, puedes ver...». Pronto le daría una voz y ella subiría a verle; pero no hasta que la llamara.

Pero a veces, cuando la llamaba, ella notaba en su rostro un aspecto meditabundo, un aire de estar recordando. Pero nunca le había hablado de lo que recordaba. Le veía a veces así, deteniéndose antes de morder un trozo de tarta, o por la noche, remoloneando, antes de acostarse. Una noche en que soplaba y ululaba el viento, él la llamó y, al acudir, le

encontró echado, tenso y vigilante.

—Quería preguntarte algo —le dijo con la voz cuidadosamente impasible—. En América nunca viene una muchedumbre grande a matar a las personas, ¿verdad?

Ella le cogió de la mano. Estaba húmeda y fría.

—¿Te gustaría dormir conmigo?

—Sí —musitó.

En la cama, ella le estrechó con suavidad, sintiendo cómo su cuerpo iba relajándose y calentándose.

—Aquí estás seguro. —A su alrededor, alrededor de todos ellos levantaría seguras las paredes de su propia casa. Ninguna otra parte sería de

tanta confianza.

Pero aun estrechándole mientras dormía, sabía que por la mañana tenía que dejarle otra vez libre. Por la mañana tenía que fingir que por la noche no había tenido miedo y que éste no le había acobardado.

A Mary, el bebé, la podía estrechar en sus brazos hasta que se tranquilizaba. Mary había cesado de gemir. Empezaba a crecer. Yacía satisfecha en brazos de Joan, mirándola con sus ojitos alegres, oscuros y comprensivos.

«Mi cara será la primera que conozca», pensaba Joan temblorosa de alegría, mirando a su vez los ojos de la niña. Ahora conocía el misterio de la

carne, suave al tacto y llena de sentido, con el pensamiento. La carne de esta niña estaba informada con su propia mente. La mente recorría venas y músculos haciéndolos moverse y actuar. Sus manos eran rápidas, buscaban, queriendo investigar y explorar, tenaces al cogerse. Así era sostener una vida ansiosa de florecer. Crecía con los días convirtiéndose en una criatura alegre, llena de voluntad y de risas, que se movía, buscaba, deseaba, de risa pronta, que a cualquier negativa se ponía al instante rígida.

De aquellos dos, Joan se volvía a Paul en silencio. Había aprendido a vivir en David cuando era su momento,

en Mary al llegar su hora. Paul también tenía que tener la suya. Pero le cuidaba en silencio. Ahora ya podía ponerse en pie con dificultad y caminar de alguna forma un pequeño trecho. Pero no estaba segura de que la conociera.

—¡Joan, Joan! —La voz airosa de David resonaba en la casa miles de veces.

Mary reía al verle entrar. Pero Paul sonreía a todo, de todo, su cuerpo pesado luchando con fuerza al menor movimiento. Cuando ella le tomaba ahora, lo hacía en silencio, dándole de comer con cuidado, atendiéndole amorosamente. Era de ella para siempre, y sin embargo nunca sería suyo por

completo. Antiguos y extraños antepasados habían entrado en su formación y le habían influido. Ella intentó mezclar partes separadas para siempre. Su propia carne no era suya. Ahora no le besaba las manos, ni los pies, como lo hiciera antes. Iban tomando el aspecto de las manos de Bart, de los pies de Bart. Apartó vivamente el pensamiento. Le sostenía exclamando dentro de sí: «Tú eres mi propio hijo». Pero no lo era del todo. Ahora sabía que sólo el amor puede hacer que un niño sea propio.

«... Yo no tengo hijos —le escribió

Roger Bair, cuando ella le contó cómo era su casa—. Mi esposa no es fuerte, y no hemos tenido niños».

Leyó las palabras y apartó rápidamente la carta. No le había dicho nunca que estuviera casado. Debería habérselo dicho. Por un momento se sintió desconsolada al saber que no era libre. Nunca había pensado en él más que viéndole libre, ascendiendo al cielo, como le viera aquella mañana. Parecía que todo le era arrebatado. Tenía que forjar su vida a trocitos. Y entonces el sentido común de su madre gritó en ella: «¿Y alguna vez le has hablado tú de ti?». No, pero él la había visto hinchada con su hijo. Él la había visto así la primera

vez. Entonces le escribió todo, con sencillez. «He dejado a mi marido. Quiero que usted lo sepa». Se lo contó todo. Cuando lo hubo hecho se sintió de nuevo en paz. El dolor había cesado. Él era él mismo, vivía en el tiempo de ella, en el mundo. Era suficiente. Era fuerza suficiente sobre la que vivir. Y aquel día, en el prado que había tras la casa, que se deslizaba hacia una pequeña corriente, halló gencianas ciegas. Eran de color azul intenso. Jamás las había encontrado antes con la estación tan avanzada.

El padre de Rob entraba y salía de la casa, inquieto hambriento de los niños, pero todavía tímido con ellos,

porque le hacían pensar en Rob y, por tanto, sufrir. Él no entraba en la vida escolar apasionada de David, ni en sus juegos, ni en la de Mary, que crecía cada día. Mary se alejaba de la triste sonrisa de él para reír con Joan, porque Joan reía con facilidad. Siempre hacía reír a Joan, y lo sabía.

—Esta nieta suya va a ser una guasona —le dijo.

—¿Sí? Sí... Mattie no está muy bien —habló al fin—, si no me llevaría a los niños a que pasaran allí el día.

—Lo siento —musitó, pero sus ojos vigilaban a Mary en secreto.

Mary contemplaba atónita sus manitas, moviéndolas de todas formas.

De pronto se las chupó, probándolas cuidadosa y críticamente, y Joan se echó a reír. No podía quitar un instante la vista de Mary. Nada tenía verdadera importancia más que Mary preguntando al universo de sus dos manitas.

—Dice que tú no deberías ocuparte de los niños añadió el padre de Rob.

Éste era el momento que sabía que llegaría. Esperó a que las palabras se formaran en su lengua.

—Ella... cree... que tú no deberías cuidarlos. Ha oído tu situación.

—¿Se la contó usted?

—No..., lo oyó en el pueblo..., habladurías. Vino a casa después de la reunión misionera, y me preguntó. Le

dije que lo sabía. Me acusó de no habérselo dicho antes.

—Yo iré a verla —dijo, poniéndose en pie de un alto. Luego vaciló y se sentó—. No, no lo haré. Ustedes deben decidirlo. ¡Señor Winters, míreme! ¿Cree que soy capaz de cuidar de los niños?

Al principio le suplicaba. Si se negaba, entonces lucharía por ellos. Las palabras se agolpaban en su garganta, como una bola. Se sacudió el pelo hacia atrás.

—Haga usted lo que quiera, pero los niños son míos —dijo en voz alta—. Puedo trabajar para darles de comer, no tiene que pensar en el dinero. Aquí serán

felices. ¡Mire a David!

Le miraron. Venía corriendo de la escuela, con el cabello negro revuelto, las mejillas ligeramente enrojecidas, empezando a llenarse.

—¡Me muero de hambre! —gritó.

—Hay pan y compota de manzana preparados en la cocina.

—Quiero cumplir con mi deber hacia los hijos de mi hijo, Joan —repuso con suavidad el señor Winters—. Los quiero, sobre todo ahora que David se hace mayor.

Ella le contempló, pensando de prisa. Tenía que pensar en algo que le obligara. Él seguía hablando.

—Si Mattie cree que es su deber,

podríamos encontrar una mujer respetable que sirviera de ayuda. — Mientras hablaba miraba la lámpara encendida.

—Usted no lo comprende, señor Winters. ¡Son míos!

Se detuvo, impotente ante la estupidez de él. ¡Oh, la estupidez de estas buenas y testarudas gentes! Le ardía el cuerpo de furia. Se puso en pie para volver a sentarse. David volvía.

Apareció con una enorme tostada en la mano, llena la boca. Ella le miró, ansiosa. Le había preparado buena comida, sabiendo el instante en que entraría. En ese momento hacía trampa. Le tomó por el hombro y sostuvo en sus

brazos el cuerpo tenso de él. Pero él no cedió. Estaba lleno de impaciencia por marcharse.

—David, ¿quieres ir a vivir con tu abuela?

Se miraron. El niño olvidó mascar, lleno de consternación.

—No iré. —Y ella sintió que el cuerpo se ponía más tirante—. No puedo ir. Tendría que andar demasiado para ir a la escuela. Y voy a ofrecirme para el equipo juvenil de béisbol.

—Tú no has jugado nunca al béisbol —repuso, blando, el padre de Rob.

—He tirado muchísimas piedras —añadió David, acalorado—. ¡No sabes cuántas piedras he tirado a aquéllos en

Chito! ¡Y tiro muy bien!

Ella hubiera querido reír, pero no debía. Dijo dulcemente, soltándole:

—No irás. Vete a jugar.

—No iría —se detuvo a decirles—, porque ésta es mi casa.

—No sé de dónde saca David su temperamento; Rob era tan dulce...

—Rose era terca como una mula —respondió Joan triunfante—. Será mejor que me lo deje.

Se miraron. Ella resistió, firmes los ojos, sobre él, iluminándole. ¡Qué cara tan buena y dulce tenía el hombre! ¡Qué ojos tan inquietos, serios y azules, inocentes y testarudos en su bondad! Ella no era buena, y no le importaba.

Ahora tendría lo que quisiera. Tenía que forjarse una vida.

—Serían una gran molestia para usted y su esposa. La señora Winters está tan ocupada con la iglesia... Y hace tanto en el pueblo... Ahora recuerdo cómo solía...

—¡Está hecho! —exclamó él, de pronto, mirándola. Ella se echó a reír. Oh, qué bueno era reír. Él se levantó con ojos relucientes—. No voy a decir que eres una mujer buena —protestó—. Te has escapado de tu marido, vas poco a la iglesia y es como si me raptaras los hijos de mi propio hijo.

—Venga siempre que quiera —le rogó—. Y mañana vestiré a los niños y

los llevaré a que vayan a ver a la señora Winters..., ¿es decir, si David no tiene que jugar al balón!

—No tengas miedo de Mattie —le dijo él, volviéndose ya en la puerta—. Yo le hablaré.

—No tengo miedo de nadie —repuso tranquila.

De nuevo transcurrió el año, cerrándose el otoño, y llegaron las primeras heladas. En el campo vecino a su prado cortaron el maíz, y las mazorcas esperaban desnudas, doradas.

Vivía día tras día, de un extremo a otro de cada día, abandonada a cada

momento. Jamás se levantaba de la cama por la mañana para planear: «Hoy haré esto y lo otro», ni se decía por la noche, «Mañana...».

Vivía tan criatura del tiempo como cualquier pájaro o animal. Cada hora traía su necesidad, y ella la llenaba. La prisa acuciante de madres y esposas no era la suya. No vivía en círculo alguno. Nadie venía a la puerta a darle prisa para que fuera a la iglesia o a una reunión de mujeres. Como no se hallaba en el trillado sendero de la vida de ellos, la dejaban estar, tímidos ante lo que no comprendían. Tampoco había nadie que la reprendiera, y si lo había, no le escuchaba ni le importaba.

Iba y venía de sus compras en el pueblo, tan decente como cualquier ama de casa; todos se sorprendían por su laboriosidad y la dejaban en paz.

Un día llamaron a la puerta, y al abrirla vio al ministro. Le pidió que entrara, como lo hacía con todos cuantos iban allí, y esperó a que le diera su recado.

Empezó rápido, brillante:

—Usted pertenece a mi parroquia, señora Pounder, y he echado de menos su rostro en mi congregación. —Ella le contemplaba sin temor y con fuerza, fijos en él los ojos, y él volvió a empezar—: Dios está dispuesto a perdonar a los que a Él acuden.

—¿Perdonar? —repuso con claridad

—. ¿Quién tiene que perdonarme?

—Dios —afirmó el ministro, con un ligero sudor sobre el labio.

Ante su silencio, la miró sorprendido y pronto se fue. Le vio caminar por la carretera. «He obrado exactamente igual que hubiera hablado la señora Mark», pensó, divertida.

De haber sido una generación antes, no hubiera podido vivir con aquella libertad. Pero los tiempos se habían relajado en todas partes. El periódico del pueblo contaba cosas extrañas de las grandes ciudades, hombres y mujeres que vivían de cualquier modo, borracheras y descuidos. Empezaban a

construirse automóviles en serie, dotados de gran velocidad, abiertos a todos los vientos. Pasaban a través del pueblo, llenos de jóvenes de ambos sexos que corrían tan de prisa que no se distinguían sus rostros. No eran sino confusas líneas de colores escarlata, verde, amarillo y azul brillante, y sus cabellos se estiraban tras de sus perfiles, agudos contra el cielo.

Una mañana la señora Kinney bajó de la acera. Sarah Kinney había entrado corriendo en busca de un chal, había tardado y provocado con ello a la anciana señora, que la llamó con voz chillona.

—¡Sarah, me voy!

Bajó de la acera para castigar a Sarah, y un coche la golpeó en un costado, la tiró al suelo y siguió adelante. Era un coche grande y rojo, con las caras jóvenes mirando adelante, sin detenerse. La señorita Kinney, que salía corriendo, no vio más. Gritó y corrió hacia su madre. La anciana señora Kinney yacía en la calzada, agonizando. Pero se demoró lo bastante para decir impaciente:

—Siempre se te olvida algo.

—Confieso que la echo de menos — contestó el doctor Crabbe a Joan, en el funeral—. Me siento como si me hubiesen estafado. Creo que aún la hubiera mantenido viva otros diez años

si no ocurre el accidente.

Tras de su mano enguantada de negro, la señorita Kinney susurraba excitada:

—¡Me voy para Banpu en cuanto haya desenmohecido el idioma!

Pero transcurría un día tras otro y no se iba.

—Empezaré a repasarlo en seguida —decía alegre, pero luego se le olvidaba y paseaba por el jardín entre las hojas caídas.

La hacían reír al caer sobre su rostro, sobre su cabello blanco como espuma. Sacudía la cabeza a menudo.

Así las idas y venidas de Joan no llamaban la atención. Además, había

sido una niña allí, en Middlehope. Los viejos se volvían más viejos, y aún la veían como a una chiquilla. «Al final Joan acabará bien», decían, viéndola aún como a una criatura, rememorando unos instantes. Pero era una mujer que forjaba su vida con lo que tenía a su alrededor. Su vida era sólo suya y de los seres a los que amaba.

Cuando entraba en el almacén a buscar comida, ropa o calzado, los dependientes la saludaban igual que a cualquier otra. Era cierto que Ned Parsons se mostraba algo cauto con ella, amable pero cauto.

—¿Qué puedo hacer por ti? —no pronunciaba nombres. No le decía

«Joan»..., parecía demasiado íntimo ahora que él tenía dos hijos. Y Netta nunca había olvidado por completo que una vez estuvo enamorado de Joan Richards, o casi enamorado. Por la noche hablaban en la cama contra las mujeres que abandonaban a sus maridos.

—Lo que yo digo es que no tiene justificación. Creo que es mi deber hacerlo lo mejor posible. —E insinuaba contra Joan—: Hay cosas de ella que nunca he dicho ni a ti siquiera..., ella y Martin Bradley...

—Yo creía que Martin anduvo algún tiempo contigo repuso él, suave.

Pero ella le chilló en la oscuridad.

—¿Yo? ¡No, gracias! No me hubiera

casado con Martin Bradley aunque hubiera sido el único hombre de la tierra. No le tocaría ni le dejaría que me tocara, me da escalofríos..., ¡y siempre me los dio! Nunca entendí a Joan Richards...

Pero Netta hablaba mal de las mujeres. Habría hablado mal incluso contra su propia hermana.

—Fíjate en Emily, tiene un buen empleo en la ciudad, trabaja para un periódico. No tiene a nadie más que a sí misma. Sería de esperar que enviase algo a Petie. Ni siquiera escribió cuando nació la pequeña Louise. Las personas son tan egoístas...

Él la escuchaba. Netta hablaba

tanto... No podía contestarle a todo. Hacía años que había dejado de contestar. Su madre había sido una mujer muy silenciosa, sonriendo, soñando y escribiendo sus cuentos. Cuando estaban creciendo, solían pensar que era tonta. Ahora se alegraba de que no hubiera sido tan impaciente como Emily. Ésta le había dicho a su madre: «No sé cómo esperas que ningún editor acepte la porquería que escribes». Pero Emily siempre estaba de parte de su padre. Se enfadaba si al volver del colegio no estaba la comida preparada, y su padre removía abstraído en la chimenea, mientras la voz de la madre sonaba desde el desván: «Ahora mismo voy».

Pero muchas veces no bajaba en seguida y Emily se desquitaba, y por eso se fue de casa en cuanto halló un empleo. Al parecer, se enfadaba aún más porque en secreto deseaba escribir historias y no podía ser feliz con ninguna otra cosa, aunque siempre se burlara de ello.

Pero su madre nunca pareció darse cuenta de que Emily estaba furiosa. Siempre andaba callada, pensando, sonriendo para sí y diciendo: «Creo que esta vez la tengo». Una mujer callada hacía la casa tan agradable...

—Me gustaría ver alguna guinga de color azul pálido —dijo la alegre voz de Joan.

Joan siempre había tenido una

susurrante y encantadora voz.

—Vamos a ver, Netta acaba de hacerle a Louise unos vestiditos de ésta.

—¡Tú nunca has visto los ojos de mi Mary! —La voz de Joan era como una risa—. Ésa, ¡esa color de cielo!

Tenía idéntico aspecto que antes, quizás algo más pesada, pero era muy alta. Netta se volvía cada vez más delgada. Netta presumía: «Fíjate en Joan Richards... Vaya, siempre se me olvida que está casada..., el pelo de Joan Pounder se está volviendo todo gris. Yo no tengo ni una cana. Me parezco a mi madre. ¡Con sesenta años, y ni una cana!».

La cara suave y sonrosada de Joan

bajo el cabello tempranamente encanecido... Le hizo un paquete con la guinga azul.

—Aquí tienes —le dijo con brusquedad—. ¿Algo más?

—No, gracias, Ned —su voz sonaba como una canción, y salió de la tienda como si bailara.

«Ned se está quedando calvo —pensaba Joan con la guinga azul bajo el brazo—. Parece que sufre del estómago. Me pregunto si Netta será buena cocinera». Recordó con cierta ternura la juvenil cara de Ned llena de granitos, que le imploraba con una guitarra. ¡Parecía hacer tanto tiempo...! Se avergonzaría si supiese que ella le

recordaba así. Pero así había sido, y a su manera también formaba una bonita imagen. Todo cuanto en su propia vida era ahora de ella, le era precioso. Había hecho tantos planes para el futuro antes, deseándolo todo... Ahora no deseaba más que seleccionar el mundo que sería el suyo. Sólo había vivido en Middlehope. Oía hablar de huelgas y subversiones, fuera, de marchas de hambrientos, de hombres encarcelados por hablar con demasiada libertad de su descontento. Un cambio cualquiera, en cualquier momento, y podría haber sido una de ellos. Pero se había vuelto hacia dentro.

Ya iba acercándose a la casa, y vio

entonces a alguien sentado en la escalera de piedra del pequeño porche. Había dejado en casa a David para que cuidara de Mary y Paul, no era David. Al acercarse se dio cuenta de que se trataba de Frankie. Estaba sentado, quieto y arrebuñado, esperándola, con las manos en los bolsillos. El aire invernal soplaba frío. Corrió hacia él.

—¡Vaya, Frankie! —No le veía hacía meses. Fanny había desaparecido esporádicamente. Se había ido a trabajar fuera, decían, y se había llevado a Frank consigo. Ya llevaba casi un mes sin ir a recoger el dinero—. ¿Por qué no has entrado, Frankie?

—Su hijo me dijo que entrara,

señora, pero he preterido esperar aquí.

Había crecido mucho. Era mucho más alto que David, alto y fuerte, de piel morena, ojos oscuros de increíbles pestañas. Pero sus labios eran como los del padre de Joan, puros, enmarcados fríamente en el redondo y suave óvalo de su cara. Su cuerpo no era esbelto y anguloso como el de David. Sus miembros eran suaves, de poca carne. Ella le recorrió de prisa con la mirada.

—¡Creí haberle dado algún dinero a Fanny para que te comprara ropa nueva!

El muchacho estaba casi desprovisto de ropa, las manos le colgaban por las cortas mangas, los pantalones se ceñían demasiado a sus piernas.

—Hace mucho que no la he visto, señora, hace muchísimo. Se fue y nos dejó.

—¿Adónde fue?

—Dijo que se iba a Nueva York a buscar un empleo. La fábrica ha vuelto a cerrarse, señora. Hay otra huelga, y no van a emplear más gente de color. Lem se quedó una semana y un par de días más, y luego se fue a trabajar a la fábrica de pantalones de Newville, pues oyó que hacía falta gente.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Esperando..., esperando a que ella volviera. Me dijo que esperara. Pero como ya he terminado cuanto había

que comer en casa...

Ella se quedó mirándole, y él le devolvió la mirada confiado, silencioso, esperando. ¿Sabría lo que era ella de él? No podría decirlo.

—¿Dónde están las demás niñas?

—Willa tiene trabajo en el centro parroquial..., sólo tiene quince años, pero parece mayor..., y Roberta ha encontrado a uno que la mantenga. Roberta es la mayor.

La miraba con paciencia, con su encantadora mirada oscura y triste.

—No sé qué hacer de ti —murmuró, apenada.

—No, no esperaba que hiciera nada. Fanny también me dice lo mismo.

Bajó la vista y removió un poco la hierba muerta. Entonces vio ella que estaba descalzo.

—Pero si no tienes zapatos...

—No —asentía, suave—. Fanny iba a comprarme unos antes de que nevara, según dijo, pero no ha vuelto.

La miraba como disculpándose.

—Me arreglaré dentro de uno o dos años, señora, cuando haya crecido bastante para buscar un empleo en algún sitio, cantando. Pero ahora no tengo adonde ir.

No se quejaba: daba tan por descontado que no tenía casa y que nadie le quería, que a Joan le dolió el corazón por su causa. Y alrededor de él,

como un aura visible, flotaba un aire de Francis. Ningún rasgo separado era idéntico. El cabello negruzco de Frank era aquí más negro y rizado, los oscuros ojos todavía más oscuros y líquidos, la cabeza, más redonda, y la cara, más ovalada. Pero había semejanza en la mirada, en la postura, en la forma en que se tenía, con el peso descansando en la pierna derecha, las manos en los bolsillos. Hasta había cierto aspecto de ella..., lo halló mientras buscaba, como una fugaz impresión en un lejano espejo.

—Ven conmigo.

De nuevo la invadió la antigua y familiar necesidad de hacer algo por los suyos. En el agitado mundo había unos

pocos que eran de ella. Metió a Frankie en la casa y cerró la puerta contra el frío.

Dentro, David estaba apoyado en la puerta, leyendo ávidamente, la cara apretada como si fuese a luchar, las manos revolviendo el pelo. Mary estaba sentada junto a él, absorta con una muñequita. En el rincón, una pluma que había hecho para Paul, permanecía a su lado. Ya tenía seis años, y aún no decía una palabra. A los tres les dijo con calma y decisión:

—Éste es Frankie.

Entró en seguida en la cocina, y en silencio empezó a preparar la cena para todos.

Durante mucho tiempo no había sabido nada de Roger Bair..., es decir, desde hacía semanas. Eso era mucho tiempo. Él le había pedido que le enviara un retrato suyo, pero no tenía ninguno para mandarle. No se había hecho una foto desde que saliera de la universidad. En su lugar le había escrito contándole su aspecto y lo que hacía, y se lo envió. ¿Me ve? Treinta y tres años, el pelo ya un poco gris. Cinco pies y nueve pulgadas de altura, peso en proporción, ojos azul-verdoso, quizá con tendencia a parecer un poco duros. Bueno..., no sé escribirle de mí.

También pidió ella a David:

—David, escribe el aspecto que

tengo. Alguien quiere mi retrato y no tengo ninguno.

El niño se tumbó ante el fuego, con lápiz y papel, la miró muy serio y escribió mucho, casi una hora, sacando la lengua por entre los labios, borrando de vez en cuando alguna palabra. Cuando hubo terminado lo dobló muy pequeño y se lo dio.

—¿Lo leo? —preguntó.

Enrojeció, de un tono brillante.

—No me importa —musitó, y salió corriendo de la casa hacia la tarde primaveral. Pero ella no lo leyó, y se lo envió a Roger Bair. «He dicho a mi hijo David que le describa un retrato mío».

Desde entonces no había sabido de

él. No podía olvidarlo. Le mordía por dentro durante el día, y por la noche recordaba con un sentimiento de vacío que había pasado mucho tiempo desde que recibiera su última carta. Pero esperaba. Esperaría, y si pasaba el tiempo le preguntaría a Francis. Pero todos los días leía con cuidado el periódico, porque empezaba a asustarse. Entre los encabezamientos sobre valores que caían en vertical y las muchedumbres que hacían cola ante los Bancos, buscaba noticias distintas: ACCIDENTES DE AVIACIÓN. Pero no estaba allí. Al final casi llegó a bastarle el que no estuviera.

En la casa, su vida se dividía entre

los cuatro niños. David era el centro vivo y cálido alrededor del cual se movían. Siempre era a aquél a quien algo sucedía. Cada partícula de él era una aventura. Ella se pasaba el día con el corazón angustiado porque por la tarde su equipo del colegio jugaría con el de Clarkville. Él era poca cosa, pero iba adonde fueran los muchachos mayores. Cuando entraba en la casa gritando para encontrarla, dando voces:

—¡Hemos vencido, les hemos ganado! —Ella sentía el corazón instantáneamente aliviado.

—¡Oh, David, me alegro tanto!

—Sí —presumía—, los dejamos hechos polvo..., polvo, ¡fíjate, Joan!

Se tensaba tan alto, tan fino, sufría tales abismos de agonía, se sentía tan abrumado por el dolor, la alegría hasta el éxtasis, que la casa vibraba con él. Ella se encontraba envuelta en todo su ser. Durante cierto tiempo se sintió cortado ante ella, hasta que un día le preguntó:

—¿Leíste lo que escribí de ti?

Ella denegó con la cabeza sonriendo.

—Lo mandé tal y como lo doblaste.

Se sintió aliviado, le desapareció la timidez como una ropa incómoda, de otro. No era tímido por naturaleza.

Pero al cabo de cierto tiempo vio ella que quería preguntarle algo y le

facilitó el camino suavemente para que pudiera hablarle:

—Tú eres para mí un consuelo, David. No sé qué haría sin ti.

Al recordar las raras y preciosas alabanzas que su madre le había hecho a ella, vertía generosamente las suyas sobre todos. Incluso para Paul tenía alabanzas.

—Eso está muy bien, Paul, ahora ven hacia mí, aquí. Buen chico, buen chico... —Él marcaba sus pasos tambaleantes, con trabajo, asiéndose a la mano de ella, cubriendo el espacio vacío para conseguir su alabanza.

El calor de su voz soltó la lengua de David.

—No quería más que decirte que sólo escribí buenas cosas de ti. —Tenía la cara vuelta, pero ella vio que el borde de sus orejas estaba de color carmesí.

—Gracias, David —repuso, plácida, con cuidado de no mostrarse tierna. Él volvía las páginas de un libro que estaba leyendo.

—Decía, decía que quisiera que fueses mi madre de verdad —añadió David, confuso.

Ella hubiera deseado correr a él, tomarle en sus brazos, acariciarle y mirarle. Pero le conocía. Siguió cosiendo.

—Tú eres como mi hijo —alzó los ojos para encontrar los de él, y entre

ellos se cruzó una profunda mirada.

—Creo que voy a salir un rato —
dijo el niño deprisa.

—Hay dulces frescos en la jarra —
le recordó.

Así que ése era el cuadro que había descrito a Roger. Sería más fácil esperar de nuevo a Roger.

Se había notado preocupada hasta saber qué sentiría David por Frankie. Se mantuvo en silencio mientras David observaba a Frankie, sopesándole.

—¿Por qué es tan moreno si no es chino? —preguntó francamente ante todos.

—Frank es americano. Hay muchos americanos que son oscuros. La madre

de Frankie era oscura y su padre blanco. Por eso es moreno y tiene el pelo rizado y esa preciosa voz.

—Canta —mandó David.

Frankie abrió la boca y comenzó a cantar. La canción era abominable, basura musical, pero la voz la sorprendió de nuevo. Le brotaba rica, vasta, noble de volumen, dignificando la tonadilla. Le escuchaban; hasta Paul le escuchaba con ojos vacuos, buscando la fuente del sonido. Mary tendió los brazos, imperiosa para que la tomaran y la estrecharan.

—¿Qué más sabes?

—Sé muchas cosas —dijo Frankie. Empezó a cantar de nuevo—. «Gloriosa

como un río, es la paz perfecta de Dios». —Ella le escuchaba recordando a su padre.

—¿Quién te lo enseñó? —le preguntó.

—Lo he oído cantar en South End. Algunos de los viejos lo cantan. Fanny lo canta a veces, cuando se siente contenta.

Bueno, también ella había hallado una paz. Y David quiso a Frankie.

—¡Canta algo divertido! —le mandaba. Y Frankie, con sus grandes ojos de pronto divertidos, cantaba un aire alegre. *El granjero dijo al diablo*. David escuchaba, riendo. Amaba a Frankie, porque éste podía hacerle reír.

Pero Frankie, sin saberlo, se adaptaba a cada uno de ellos. Hacía reír a David, tomaba y llevaba cosas a la imperiosa Mary, ponía a Paul en pie y le hacía andar: «Ahora, vamos, ¡buen chico!». Y para Joan era algo que ella no entendía. Pero ella sabía ahora que cuando fuera vieja y débil, David andaría por otros mares, Mary viviría su propia vida, Paul sería como cuando nació, pero Frankie volvería a ocuparse de que ella estuviera cuidada y alimentada. En él había fidelidad. La sentía, profunda y constante en su mirada dulce y hermosa, en su rostro sereno y apacible.

David y Frankie crecían juntos, durmiendo en el mismo cuarto, yendo a

la misma escuela. Pero Frankie estaba mucho más atrás de lo que le correspondía. David vino una tarde a casa sangrando, herido en una pelea.

—¡Pero, David! —exclamó Joan horrorizada, apresurándose a buscar agua y vendas.

—Algunos chicos se rieron de Frankie —aseguraba, furioso—. Decían que era mudo y le llamaron negro, y yo les sacudí. Sólo es moreno, ¿verdad, Joan?

Ella miró a Frankie y captó su mirada, llena de resignada comprensión.

—Voy a lavarte, David. Vuélvete y deja que te vea.

Se volvió, sin darse cuenta, en su

ira, de que ella no había respondido. Cuando subió metiendo ruido en la escalera a cambiarse la camisa ensangrentada, Frankie le habló:

—Ya sé que soy un negro, señora.

Ella le miró impulsiva. ¡Pero si en ese momento podía haber sido Francis esculpido en bronce! Se inclinó, besándole rápidamente la frente.

—Tú eres uno de mis hijos.

Él se conmovió, se fundió, dudando, anhelante. Pero no se atrevió a acercarse demasiado. Ella le cogió de la mano y le retuvo contra su mejilla. Bajo su palma, la cara del niño era caliente y suave. Sentía esta otra carne. Era tan dulce, tan fuerte como cualquier otra carne, no le

era extraña.

—Hala, corre a buscar a David. Voy a prepararos un poco de pan y mermelada.

Pero bajo el paso de los días había cierta quietud. Casi le bastaban aquellos niños. Paul era casi bastante dolor. Estaba allí, entre los demás, ciego, tambaleante, agitando las manos, tomando glotonamente la comida. Su plácida carita de bebé cambiaba. La vaguedad de su mente empezaba a marcarse inexorablemente y con mayor rapidez de lo que lo hubiera hecho la sabiduría. Era casi bastante dolor, pero no del todo. Podría haber, empezaba Joan a saberlo, un dolor más profundo

que Paul, lo mismo que había una alegría más profunda que la de ver crecer a David y Mary, más dulce que el cantar de Frankie. No bastaban, todos ellos, para su pena y su alegría. Algo brillante había cesado de tejerse en el fondo de ella, como si Roger no existiera. El silencio era peor que la muerte. Ya no podía soportar nunca el silencio desde que se fuera de casa de Bart. Estar viva y silenciosa tenía más significado que estar muerta. Llegó a pensar que vivía como en una isla lejana, lejos de sonidos y de vistas. Por encima de ella, el aire, alrededor de los mares, la gente que iba y venía, se movía y luchaba. Pero no oía nada.

Fanny no había vuelto. Francis no escribía. Hasta el pueblo guardaba silencio. Nadie se le acercaba, día tras día. Tan sólo la señora Winters había venido un par de veces a visitar a los niños.

—Quiero que conozcan a su abuela—decía. Pero muchas veces se había quedado mirando a Paul—. ¡Dios Joan, no puedes seguir teniendo un niño así aquí!

Joan le levantó, secó su boca babeante y le limpió la ropa. Soportaba su dolor sin aspavientos. Volvería una y otra vez, cuando David preguntara: «¿Por qué no puede andar Paul?», cuando Mary le arrebatara los juguetes,

al darse cuenta ya de que era indefenso. Tan sólo Frankie no se sorprendía nunca. «Sí, señora, hay muchos niños en South End que son lentos como Paul». Él siempre cuidaba de Paul. Le quitaba a Mary los juguetes de Paul con suavidad, devolviéndoselos al niño.

Repuso con placidez a la señora Winters:

—Creo que no está mal que se acostumbren a niños como Paul. Forman parte de la vida.

—Si estuviese bien yo, nunca te los hubieras quedado. El señor Winters solía ser muy delicado, y ahora pesa más que yo. —Alzó el brazo—. ¿Te acuerdas de cómo mis brazos eran

blancos y redondos, Joan? —Y contempló con tristeza su brazo ajado y amarillo.

—¿Ha visto usted al doctor Crabbe? —le preguntó Joan, olvidando lo que le había dicho de Paul.

—¡Ése! No iría nunca a que me visitara, no le tengo confianza..., nunca se la tuve. Siempre aconseja al señor Winters contra los ponches de huevo. Dice que no le servirán absolutamente de nada. Es contrario a la religión, y algo más. Todos tenemos que hacer lo que es debido..., es la vida.

Joan sonrió. La señora Winters era ahora una anciana. De nada servía contradecir a los viejos, cuyas voces

pronto callarían. Pero ella sabía que la vida sólo empieza cuando uno hace lo que desea. Ella deseaba ver a Roger Bair, hablarle. Ya no le bastaba con escribirle.

—Bueno, me voy —dijo la señora Winters—. David me parece pálido. Está demasiado delgado. Ayer le vi en la calle.

—Nunca engordará..., se quema él mismo. ¡Mire a Mary!

Ambas observaron a Mary. Chupaba una muñeca de goma, y cuando vio que la miraban, su cara se le llenó de hoyuelos, murmurando. La señora Winters se rindió.

—Sí está muy gordita. Te has

portado muy bien con ella, Joan. Bueno, como decía..., mi Ellen era igual de saludable, y en una sola semana se murió..., pulmonía. No puede una apegar su corazón a nada de este mundo. —Se apartó de Mary.

«Yo apegaré mi corazón —se dijo Joan en silencio—. ¿De qué sirve vivir sin apegar el corazón a algún sitio? No es vida vivir sólo para evitar el dolor».

Y seguía esperando que la señora Winters se quejara de que hubiera abandonado a Bart.

Pero la señora Winters empezó:

—Ya no voy más a la iglesia. No puedo tragar a la esposa del ministro..., una mujer fría y mandona, implantando

la ley, en especial en las reuniones misioneras. Ya se lo dije. ¿Es que mi hijo, que era misionero, y mi nuera no han muerto como mártires? Estos niños no se hubieran quedado huérfanos si se me hubiese hecho caso. Bueno... —suspiró—, será mejor que empieces a darle a David aceite de hígado de bacalao. Y si yo fuese tú, y no quiero ofenderte, Joan, me llevaría a ese chiquillo a algún sitio. No está bien. Así que hazme caso.

Cuando la mujer se hubo ido estrechó a Paul contra sí durante un buen rato. No se podía alejar un dolor y olvidarlo así como así. Seguiría viviendo mientras el corazón latiera

para sentirlo.

David irrumpió en el cuarto.

—¡Hola, Joan! —gritaba, y corrió como una flecha hacia la cocina.

En un instante Frankie estaría allí. Entró siguiendo a David, sonriendo a Joan en silencio. ¿Se parecía tanto a su padre como ella creía? A veces tenía miedo de que alguien del pueblo le viera y se diera cuenta de cómo se parecía a Francis Richards. ¿Pero quién iba a recordar ahora a Francis? Ya nadie pensaba en Francis, nadie más que ella.

Apenas si tuvo importancia el que Roger la alcanzara primero o el que ella

viera antes la noticia de la muerte de Francis. El suceso no ocupaba sino un minúsculo espacio: un avión se había perdido de forma curiosa por un hombre que, al parecer, había querido perderlo..., un hombre llamado Francis Richards. Permanecía sosteniendo el periódico en la mano, contemplando el nombre. Pero Francis Richards no era un hombre muy corriente. Sin embargo, lo era lo bastante como para que ella no tuviera la certeza. Tenía que telegrafiar. Pero el timbre de la puerta había sonado en aquel momento, y sin esperar llamaron con los nudillos de tal forma que ella dejó el periódico y corrió a abrir. Él le había telegrafiado primero,

claro. Roger..., ¡pero si era él mismo! Le reconoció al instante. No había olvidado una línea de su rostro, de su cuerpo.

—¿Llego a tiempo? —preguntó rápido. Ella le contemplaba—. Quiero decir, ¿ha leído usted el periódico de la mañana?

¡Entonces era Francis!

—Sí, lo he visto.

Entró como si la casa fuese suya y se sentó ante ella. Había venido a decirle que Francis había muerto. Al cabo de cierto tiempo, pronto no importaría que Francis estuviese muerto. Pero ahora sí.

—¿Es cierto?

Él se había quitado el sombrero.

Luego se quitó el abrigo. Ella no le había visto antes vestido de calle. Ésta era la clase de ropa que llevaba, esta tela áspera, rojiza.

—Tengo que contárselo. Ojalá hubiera estado allí. Era un muchacho tan raro..., nunca estaba en tierra. La gente no le tenía simpatía. Pero en el aire era totalmente distinto. —Tragaba con dificultad, secándose la frente con un pañuelo de hilo oscuro—. En el aire algo le transformaba. Estaba alegre, sabe..., completamente alegre, en cuanto dejaba la tierra. Ví que le pasaba eso muchas veces, siempre que volábamos juntos.

Le hablaba de Francis y tenía que

escucharle. No estaba bien mirarle ahora los ojos, la boca, las manos.

—Marchaba muy bien..., sólo que no gustaba a nadie. No creo que ninguno tuviera jamás prueba alguna de que estuviera mezclado en el jaleo que tuvimos sobre los sueldos. Pero era de esos de los que se sospecha que estén descontentos. ¿No la estaré hiriendo a usted? —La miraba amable. Ella negó con la cabeza y él prosiguió—: A mí me agradaba... porque sabía cómo era en el aire, ¿comprende?

Pero le hablaba distante, como si nunca se hubieran escrito, como si no hubieran entrecruzado cartas cientos de veces.

—No..., no se entristezca —le suplicó. Se inclinó, con el rostro muy junto al de ella..., muy junto. Ella vio las arrugas alrededor de sus ojos. Tenía la piel fina, quemada, los dientes fuertes e iguales—. Nadie sabrá nunca con exactitud lo que ocurrió. Nadie estaba cerca de él..., quiero decir que no tenía amigos íntimos. Los hombres le vieron ir al campo, caminar con una mujer. Ella le contaba algo, le hablaba...

—*Muchachito, ¿no te he dicho que no consigo encontrar un empleo? Llévame contigo adonde tú vives. ¿Cómo te he encontrado? Tengo mi*

sistema. No, te diré la verdad..., pregunté a un granjero...

—Déjame. ¡Quita tu mano de mi brazo!

Pero ella no le soltaba. Estaba allí, todavía bonita. ¿Cómo permanecerían bonitas tanto tiempo las mujeres como ella? ¡Dios, si al menos hubiera estado gorda..., fea..., vieja! Pero aún era bonita. Su pecho se apoyaba contra el brazo de él. Lo sentía. Ninguna mujer blanca tenía unos senos tan hermosos. Ella se había apartado el abrigo con toda intención. ¿Por qué no podía él odiarla cuando sabía que lo hacía a propósito? Pero sólo conseguía volver a desearla. Y cuando la deseaba

pensaba en su madre, y no podía tomarla... ni para hartarse. Si pudiera saciarse de una vez tal vez lograra despegarse de sí mismo para siempre.

Solía sentarse en la iglesia junto a su madre. Podía permanecer quieto mucho rato, sintiendo su calor, notando su olor, el órgano, el sonido de la aguda y vehemente voz de su padre que actuaba intensamente sobre él.

—¡Vete! —gritó. Empezó a caminar de prisa, tan de prisa como podía. Pero ella le decía algo, se colgaba de él, no le dejaba irse. Alrededor de ella flotaba un olor, cálido, cercano. El muchacho empezó a correr. Pero ella le decía algo.

—*Y tu hijo, Frank..., está Frankie...
Se detuvo.*

—*¿Quién?*

—*¿No te lo ha dicho la señorita
loan? Me pusiste dentro un hijo,
Frank..., ahora es casi tan grande
como yo.*

—*¿Joan?*

—*Me ha ayudado todo este tiempo
a sacarle adelante.*

—*¡Mientes!*

—*¡Vete a casa y mírale! Es tu
misma imagen, Frank. Tu hermana lo
sabe..., todo el que le ve lo sabe.*

*Esta vez sí pudo sacudírsela. Ahora
tenía que librarse de ella. Corrió por
la estación, hacia el campo de vuelo.*

Allí esperaba el avión, el pequeño avión en el que había aprendido a volar. Alguien estaba subiéndose, algún otro que estaba aprendiendo. Echó al chico a un lado.

—Tengo que hacerlo —se atragantó, saltó al asiento y asió el timón.

Ya estaba rugiendo el motor. Ahora estaba lejos de tierra. Así, arriba..., arriba..., arriba..., hasta donde pudiera llegar, ¡al cielo!

Roger le asía ambas manos.

—El avión cayó como un pájaro herido, dando vueltas y más vueltas. Nadie sabrá lo que sucedió. Ardió hasta consumirse.

El cuarto estaba muy silencioso. Los dos niños estaban en la escuela, los dos bebés dormían. Ella se avergonzó de sus propias manos, ásperas de trabajar en el huerto. Él las notaría ásperas entre las suyas. Francis abrazado..., y porque Fanny le había encontrado. Ella había intentado desesperadamente apartarlos. Si Fanny volvía alguna vez le diría: «Ya no puedo verla jamás. He adoptado al niño. Ahora no quiero verla ni saber de usted nunca más».

—No sufra en silencio..., hábleme..., confíese a mí. —Le acariciaba las manos. Tenía que apartarlas.

—Mis manos son tan ásperas —dijo

con voz clara.

—¿Por qué están ásperas? —Las miraba, con ternura.

—Cultivo casi todas nuestra verduras. Los niños comen mucho.

—¿No gana bastante con la música?

—Oh, sí —contestó rápida—. En realidad lo hago todo. Ocupo en ella varias horas al día. Pero todo sirve. Me gusta trabajar en la huerta. La tierra es buena.

Él seguía mirándole las manos. Y las dejó caer como si hubiese pensado algo. Buscó la pipa en los bolsillos. Empezó a hablar como lo hacía antes de que le cogiera las manos.

—Bueno..., ¿y su hermano la ayudó

en alguna forma..., quiero decir monetariamente?

—No. No, Francis nunca me ayudó en nada. En realidad no podía.

Encendió la pipa y empezó a fumar. Miró el cuarto y después a ella.

—Aquí es donde usted vive. Me preguntaba cómo sería la habitación donde usted vivía..., ¿usted y todos sus niños!

—Es en verdad donde vivo.

Tenía que mirarle con atención, cada línea de su cuerpo, sus manos, su cabello y su cabeza, la forma de su boca, el color de sus ojos. Éste era él. Dejó a Francis de lado. Francis tenía que esperar ahora, pues ya estaba

muerto. Tenía que esperar este instante de la vida. Pronto Roger se iría... Pero ya se iba, ya estaba de pie, poniéndose el abrigo, con el sombrero en la mano.

—Ahora tengo que irme. ¿No sufrirá usted demasiado?

Movió la cabeza negativamente, sin sonreír, con ojos serenos.

—Estoy demasiado acostumbrada a las penas. Pero será un dolor. Le recuerdo de niño...

—Tengo que volver —le dijo con brusquedad.

Tenía una voz muy amable y apacible, la voz de alguien habitualmente amable.

—¿Volverá?

—exclamó,

sonriéndole.

—Sí. Tengo que volver... para ver cómo le va. Aquí está usted muy solitaria.

Ella asintió sin palabras, y él se fue.

Las cartas comenzaron otra vez, sin fingimientos ahora.

Estoy acostumbrado a ver mujeres desvalidas, apoyándose en los hombres. Usted vive en esa colina solitaria y no tiene miedo...

... ¿No ve usted que no estoy solitaria? Lo tengo todo.

Empezó a hablarle de su esposa..., poco a poco, sin excusarse por haberle

dicho tan poco de ella. *Es una criatura delicada..., de usted saldrían dos como ella..., una pequeña criatura que parece una niña hasta que se le ve la cara. Siempre ha sido como vivir con una criatura.*

Dejó la carta. Tenía que recordar a Francis..., recordar que tenía una nueva pena que llorar. Habían llegado sus ropas a esta casa en que nunca había entrado pero que era la suya porque ella estaba allí, porque era la única que sabía si vivía o moría. Separó sus pocas ropas, sus libros. Los miró. Había dos libritos sobre revolución, un ejemplar de una obra de Marx..., recordaba haber oído hablar de Marx en la universidad

hacía mucho tiempo..., otro libro sobre el comunismo en Rusia. Sí, los periódicos hablaban mucho de Rusia. Todo era tan confuso... Nada era claro más que los días de su vida que comenzaba cada mañana y concluía cada noche. Halló entre los libros un retrato de su madre. Pero nada más..., ni cartas, ni señales de cómo había vivido. Su ropa era vieja y barata, a excepción de su ropa de vuelo de repuesto. Ésta la había comprado de buena calidad. La había pagado bien.

¡Era extraño cómo el dolor dejaba de llevar consigo agonía cuando la juventud pasaba! Había desaparecido la agudeza del dolor, del frenético dolor,

ahora la pena era sólo un malestar, un malestar muy hondo. ¿O sería que al haber sufrido tantísimo por Paul se había colmado su capacidad de sufrir de modo que nada pudiera herirla ya? La muerte ya no le parecía entristecedora desde que había empezado a pensar en ella como la única que podría liberar a Paul. No había otra curación para Paul. Por ello había desaparecido el temor de la muerte. Cuando las personas morían quedaban en libertad. Francis era libre, al fin libre de Fanny, libre de sí mismo. No, la muerte no podría ya herirla...

«... Ahora comprenderá por qué nunca podría dejar a mi esposa — escribía Roger—. Es tan indefensa...,

una criatura desvalida. Usted es tan fuerte que puede soportar la vida como es».

Dejó caer la carta y empezó a llorar. Lloró en voz alta, en medio de la hermosa mañana, en medio de la primavera, ya que esta vez se sentía mortalmente herida. Porque era fuerte tenía que soportarlo todo. Porque era fuerte, decía él, tenía que renunciar de nuevo a lo que deseaba. Le escribió contestándole agitadísima, llena de dolor intolerable. Él respondió: «No puedo hacer sufrir a mi esposa. ¿Debe sufrir el ciervo porque es ciervo, porque no nació león?».

Ella se callaba en su agonía...

temblando y agitándose, dando de comer ciegamente a los niños, moviéndose sin ver por la casa.

—¡Joan, no te ríes! —le dijo David—. ¡Quisiera que volvieras a reírte de algo!

Frankie guardaba silencio, observándola con sus grandes ojos melancólicos.

Se revolvió contra Roger. «¿Y debe sufrir el león porque es león? Sufre más por ser también fuerte para sufrir... No nos escribamos más. Usted no es libre. Lo comprendo».

Ella lo terminaría. Cerró la carta, la franqueó en ardorosa prisa. Que terminara todo. Se sentía herida hasta la

médula. Él podía herirla como no lo lograba ni la muerte, como ni siquiera Paul tenía el poder de herirla. Volvió a la casa. Debía contentarse con cuanto tenía. Tenía tanto. Haría que le resultara suficiente.

Puso en su rostro una sonrisa decidida. Paul caminaba, apoyándose de una silla en otra, volviéndose en la pata de la mesa, manoteando en su lucha por caminar. Estaban todos en casa. David fruncía el entrecejo con la aritmética. En la cocina oyó que Frankie se movía en silencio, preparando la cena de ella. En su forma delicada se apartaba de los otros, sin ser nunca como ellos, conociéndose a sí mismo, sirviéndoles

en pequeñas cosas sin que se lo pidieran, tímido de sentarse entre ellos.

—Siéntate, Frankie —le decía todos los días.

—Sí, señora, ya iba a hacerlo —pero lo demoraba si podía.

Y entonces, mientras ella se hallaba entre ellos, Paul la vio. Por primera vez en su vida vio realmente. Alzó la vista al oírla llegar, y se dirigió hacia ella, tres pasos titubeantes, la abrazó por las rodillas y la miró. En su vacilante mirada algo se centró en su mente durante un instante, y habló...

—¿Mamá?

Era su primera palabra. Ella se lo quedó mirando, incrédula de alegría,

contemplando la carita alzada... Pero... sí la conocía... ¡Paul conocía a su madre! Cayó de rodillas, le abrazó y empezó a reír y a sollozar.

—Niños, David, Frankie, ¿habéis oído a Paul? ¡Me ha llamado!

Él tiraba de las cuentas azules de su garganta, las cuentas que el señor Winters le regalara hacía tiempo. Se las había puesto esta mañana porque llevaba el vestido azul.

Se acercaron corriendo, David gritando, Mary clamando de alegría y ruido, Frankie sonriendo.

—¡Dilo otra vez, Paul! —gritaba David.

—Dilo, cariño —instó Joan—. Una

vez más..., mamá..., mamá..., ¡dilo, Paul! —Estaba ávida de oír de nuevo la palabra, de repetir el momento.

Pero Paul se había deslizado al suelo y contemplaba las cuentas, cogiéndolas en sus dedos, como si no la oyera. El momento había pasado.

—Pero al menos ha hablado una vez —se dijo orgullosa, poniéndose en pie—. He oído su voz una vez, aunque nunca más vuelva a hablar.

Él musitaba sobre las cuentas. Ella se volvió.

—Veamos, David, ¿necesitas ayuda con la aritmética? Sí, Frankie, tuesta el pan..., tomaremos tostadas y leche para cenar, todos.

Pero Paul le había hablado de verdad. En la gran desolación («Ha terminado lo que había entre Roger y yo») había aquella llamita, que ardía. Paul le había hablado.

—¿Creías que iba a dejar que te apartaras de mí así? —Roger estaba allí. Abrió ella la puerta por la mañana y él se encontraba allí—. Tu carta llegó anoche. Ella y yo nos encontrábamos solos. La vi como he sabido siempre que era, como lo sabía en mi corazón..., sin querer verlo jamás. Tú me has hecho verla...

Apoyaba sus manos en los hombros de ella. Al otro lado del cuarto Mary se detenía, asombrada. Ella vio los ojos de

Mary que contemplaban atónitos a este extraño que irrumpía en la casa.

—Roger, no es tan fácil...

—No, no es tan fácil... Es tan difícil que tendrás que ayudarme a saber qué debo hacer. Ella está aquí. La he traído.

—¡Roger! —exclamó, consternada—. ¿Qué le has dicho?

—Nada más que tú eres la hermana de uno de mis mejores hombres que ha muerto y que quería ver cómo marchaban las cosas. Ven —le dijo con brusquedad.

Ella le siguió por el estrecho sendero de hierba hasta la cancela. Allí, en la carretera, había un pequeño coche bajo. La esposa de Roger se encontraba

en él.

—Millicent, ésta es la hermana de Francis Richards. Ya sabes, pues te he contado...

Joan tendió la mano y sintió en ella un contacto frío y liviano.

—¿Cómo está usted? —La voz era ligera, bonita. Alzó sus ojos al rostro.

—¿Quiere usted pasar? —preguntó, serena. Éste era el rostro que Roger amara tanto una vez. Él le había dicho: «Estuve muy enamorado una vez. Yo era muy joven». Sí, se trataba de una criatura desvalida. La bonita cara que empezaba a envejecer se volvió a Roger interrogante, desamparada.

—Sí, sal y vamos a entrar.

Le abrió la puerta, ayudándola a salir. Ascendió la vereda con sus llamativos zapatos de tacón alto, colgada del brazo de él. Tras ellos Joan caminaba, sola. En toda su vida jamás se había cogido de nadie como lo hacía esta mujer, ni siquiera una vez.

En la casa, los tres se sentaron. Instintivamente acercó a la mujer la silla más cómoda.

—¿Quiere sentarse aquí? — procuraba que su voz sonara suave, hospitalaria.

Ésta era su casa, y ellos, sus invitados. Sin dar importancia, la esbelta figura vestida con un traje de chaqueta azul de corte juvenil se instaló

en la silla cubierta de cretona que era la que ella usaba. Joan se sentó en una de respaldo recto, sintiéndose enorme, desarreglada junto a aquella diminuta perfección. Roger había amado a aquella criatura de porcelana. La profunda pasión de Roger se había vertido en esta infantil mujer. Miró al hombre. Estaba allí sentado, sombrío, esperando.

El pequeño ser le miraba con pálida ansiedad.

—No creo que estés bien, Roger. Desde anoche ha tenido mal aspecto —le contemplaba con sus lindos ojos azul porcelana—. No quería yo que viniera esta mañana, pero él ha insistido —rió

con coquetería un poco rancia—. Tengo que mimarle un poco. Nunca he tenido niños, señora..., señora...

Joan no le dio su nombre. No importaba cómo se llamara.

—Hace usted bien en cuidarle —repuso con gravedad. Claro que Roger no abandonaría nunca a esta criaturita, este pequeño e indefenso ser. Los fuertes, los fuertes debían sufrir—. Yo tengo mis cuatro niños —añadió de pronto.

—Es un consuelo muy grande, lo sé —murmuraba la fría y aguda voz.

Pero Roger no había dicho nada. Permanecía allí sentado, con su abrigo de mezclilla color castaño, silencioso,

el sombrero en las manos. Era cierto que no tenía buen aspecto. Bajo sus ojos se veían profundas ojeras y su piel oscura estaba tensa. «¡Amado mío!», le gritaba ella en su corazón. Como si le hubiera hablado, él alzó la cabeza y se miraron de frente.

—¿Verdad que no tiene buen aspecto? —decía la cantarina voz de niña.

—Vámonos, Millie —dijo él de pronto. La tomó del brazo y se dirigieron a la puerta. Volvió la cabeza para decirle a ella—: Me gustaría ver alguna vez a esos cuatro niños. —Ya se iban hacia el coche, por la hierba—. Volveré a verles. Cuidado, Millicent...,

te has enganchado el vestido en la puerta. —Desenganchó con cuidado el vestido y la ayudó a subir al coche.

—Adiós —dijo Joan despacio.

Se volvió y entró otra vez en casa, cerrando la puerta. Se sentó en una silla recta esperando oír el sonido del motor al arrancar. Pero no lo oyó.

Se abrió la puerta y él entró. Había cerrado la puerta y estaba a sus pies, arrodillado, con la cabeza en las rodillas de ella. Pero no, no le acariciaría la cabeza ni los hombros. Se agarró a sus propios brazos, lejos de él. Pensaba una y otra vez: «Nadie ha cuidado de mí nunca. Ojalá fuera pequeña para que alguien me llamara

¡chiquilla...!»). «¡Así de tonta se podía ser —exclamaba, furiosa, en su interior— para soñar que alguien pudiera llamar alguna vez a una criatura grande como ella "chiquilla"!»).

—Comprendo —decía ella en voz alta—. Claro que comprendo que no puedes dejar a una cosita así...

Había empezado tan paciente y despacio, comprensiva. Para Roger abandonar a Millicent sería como para ella dejar a Paul. Lo comprendía. Entonces, ¿por qué se le revolvía dentro tanta amargura? Subía hasta su lengua, como amargo acíbar.

—¡Qué lástima —decía con voz seca, resentida—, qué lástima que todas las mujeres no nazcan pequeñas, lindas y débiles! Las mujeres no necesitan más que manitas lindas y débiles, pequeños cuerpos esbeltos.

—No sé qué quieres decir —dijo él alzando la cabeza para contemplarla.

Se echó a reír apartándose de él.

—¡Quiero decir que vuelvas a cuidar de ella!

La miraba como la hubiera podido mirar uno de los niños si de pronto les hubiera contestado con aspereza, ella que jamás había sido áspera. El hombre sentía temor porque ella le rechazaba.

—Pero he vuelto a decirte que no

puedo resistir no verte más. No hay vida para mí lejos de ti.

Su cuerpo estaba absurdamente doblado a sus pies. Tenía el cabello gris en las sienes, tan gris como el de ella misma. Pero ella le amaba. Podía venir a esta casa como habían venido los niños. Algún día vendría así, si no le rechazaba ahora, si pasito a paso llegaba por su propia voluntad.

—Te necesito —exclamaba él.

Entonces Joan se dejó llevar por su impulso. Se relajó, le tomó la cabeza entre sus manos y la apretó contra su pecho. Estaba bien así, esta cabeza contra su pecho. Estaba bien... aquel profundo alivio.

—Oh, cómo he necesitado tu fuerza. Me he sentido tan cansado —le decía Roger con voz quebrada.

—Sí, lo sé..., lo comprendo... Calla ahora.

Él suspiró como un niño que se rinde al sueño. Ella le miró a la cara. Había cerrado los ojos. Ahora los surcos habían desaparecido de su rostro, durante este instante. Descansaba en ella, apoyándose en ella.

—¡Roger! —la voz de Millicent llegó llamando desde el coche.

Al sonido de esta voz se puso en pie de un salto. De nuevo aparecieron las arrugas alrededor de su boca, de sus ojos.

—Tengo que irme.

—Sí, vete.

—¿Roger, vienes ya?

Él apartó la voz. Ella vio cómo la apartaba de entre ellos. Le había cogido las manos.

—Éste no es el final, ¿sabes? Es el principio. No sé cuál será el final. Pero proseguiré hasta encontrarlo. Volveré.
—Seguía reteniendo sus manos.

Ella asintió sonriendo. Él la soltó, despacio, y ella dejó caer las manos en su regazo, como él las había dejado. Se había ido. Ahora ella no contaba más que el instante en que la cabeza de él se apoyó en su pecho. Todavía sentía el contacto de aquella cabeza en su seno,

su rostro allí como una marca de amor. La necesitaba. Era bastante para el comienzo del amor, cualquiera que fuese el final.

Oyó que Paul se agitaba, despierto de su sueño, y al oírle se levantó para volver a él. Los chiquillos estarían también a punto de regresar de la escuela. Sí, ahora podía oír a Frankie, su voz que desde la carretera cantaba: «Canto con una espada en mi mano, Oh Señor..., canto con una espada en mi mano...».

Al pasar miró por la puerta. El coche se había ido. Y por la carretera caminaban dos muchachitos, de la mano, marcando el canto de Frankie. Se había

quitado los zapatos y calcetines, y andaba con los pies desnudos. El sol primaveral se derramaba sobre ellos. Joan se detuvo en su camino hacia la cocina y empezó a cantar con ellos según iban acercándose, con su voz fuerte y fresca: «Canto con una espada en mi mano, Oh Señor...».

Después de todo no necesitaba apresurarse. El día estaba aún en el mediodía.

FIN



PEARL SYDENSTRICKER BUCK
(Hillsboro, 1892 - Danby, 1973).
Novelista estadounidense y Premio
Nobel de Literatura en 1938, que pasó la
mayor parte de su vida en China y cuya
obra, influida por las sagas y la cultura
oriental, buscaba educar a sus lectores.
Recibió el premio Nobel en 1938. Hija

de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista

chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el

imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario

norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que

tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Residencia de la Asociación
Cristiana de Jóvenes. <<

[2] Juego de palabras entre «to ask amiss» (pedir equivocadamente, lo que no se debe) y «to ask miss» (pedir o pretender a una señorita). <<

[3] Carrito de dos ruedas para transporte de personas con tracción humana. <<